MIENTRAS SIGA LATIENDO



AUTORA *BEST SELLER* DE *USA TODAY*

JENNIFER HARTMANN

VeRa



«—SIGUE LATIENDO —SUSURRA. SUS PALABRAS SON COMO UN BESO SUAVE EN MIS LABIOS—. MIENTRAS SIGA LATIENDO, ESTARÁS BIEN».

Una resaca y una caminata de la vergüenza: eso es lo que Cora Lawson esperaba que ocurriera después de la fiesta de cumpleaños de su hermana. Lo que no esperaba era que le robaran la cartera, que se quedara sola y que dependiera de Dean Asher, su archienemigo y, casualmente, el prometido de su hermana.

Pero lo que nunca se hubiera imaginado era que quedaría inconsciente y despertaría encadenada en el sótano de un loco con Dean atado a su lado.

Ellos, que siempre fueron enemigos acérrimos, ahora deben trabajar juntos si quieren escapar de este horror. Sin embargo, su secuestrador tiene un plan para ellos que los unirá aun cuando logren liberarse de las cadenas.

Están juntos en esto. Mientras siga latiendo.

JENNIFER HARTMANN vive en el norte de Illinois con su marido y sus tres traviesos hijos. Cuando no está escribiendo dramas románticos, probablemente está pensando en hacerlo.

Le gustan las puestas de sol (porque madrugar no se le da bien), montar en bicicleta, viajar a cualquier lugar fuera de Illinois, ver maratones de *Buffy, la cazavampiros* y ese momento del día en el que el café se sustituye por vino.

Jennifer es excelente haciendo juegos de palabras y encontrando humor inapropiado en situaciones cotidianas. Le encantan los tacos. También adora acariciar a su perro.

MIENTRAS SIGA LATIENDO



JENNIFER HARTMANN

TRADUCCIÓN: FRANCO MONTERROSO

VeRa

¿De qué sirve la tibieza del verano sin el frío del invierno que le dé dulzura?
John Steinbeck

Primera parte

EL CASAMENTERO

Cora

CAPÍTULO UNO

–Mira que eres contumaz.

Le clavo los ojos entrecerrados al hombre que he estimado merecedor de mi insulto más preciado.

«Contumaz». Es una muy buena palabra.

El hombre en cuestión es Dean Asher, el idiota del prometido de mi hermana.

Dean se ríe, no parece que lo afecte la hostilidad que le disparan mis ojos como rayos láser. A esta altura, debe de estar acostumbrado.

–¿Qué diablos quiere decir eso?

–Y, además, estúpido –comento con la ceja arqueada, y bebo un sorbo de mi trago aguado.

Quince años. Quince benditos años es el tiempo que he estado sometida a las bromas, las burlas y la mala onda de Dean. Es el típico «chico malo»: hosco, musculoso, siempre con olor a cigarrillos y cuero. Patético, de tan guapo.

Imbécil.

Mi hermana, Mandy, cayó derecho en su trampa. Se pusieron de novios en la secundaria. Mandy era el prototipo de popularidad, con su título de Reina del Baile, su pelo rubio decolorado y su guardarropa de Abercrombie. Es lo que estaba de moda en ese ámbito.

Yo, por mi parte, no era nada de todo eso; por suerte. A pesar de que soy solo diez meses más joven que Mandy, no podríamos ser más diferentes. Ella es atlética, dicharachera y vanidosa. Yo soy un ratón de biblioteca que preferiría mil veces comprarle atuendos adorables al perro de la familia que comprarme algo para mí. Mandy

es alegre y yo soy gruñona. Yo podría pasarme el día recitando Shakespeare, mientras que a Mandy le gusta citar los chismes de Twitter.

Si bien tenemos nuestras diferencias, nuestro vínculo de hermanas se ha afianzado a lo largo de los años, y ahora me preparo para ser su madrina de boda el mes que viene. Me gustaría decir que Mandy creció y dejó atrás todo lo relativo a la secundaria, pero, por desgracia, Dean Asher sigue en su vida ahora que ella cumple treinta años. Se le ha pegado como una infección. No se lo puede quitar de encima.

Yo no me lo puedo quitar de encima.

Así que ahora tendré el privilegio divino de convertirme en cuñada de Dean dentro de cuatro cortas semanas.

Asco.

–Estoy bastante seguro de que esa palabra no existe.

Revuelvo mi bebida con la pajilla diminuta y alzo los ojos hacia el hombre que me mira desafiante con su característica sonrisita altanera. Su mirada es toda fuerza y determinación. Sacudo la cabeza; me avergüenza que pronto tendré que considerar a este tipo como de mi familia.

–No me obligues a buscarlo en internet, Dean. Sabes que lo haré.

Estamos celebrando los treinta años de Mandy. Hemos venido a El Remo Roto, un bar tranquilo del norte de Illinois, sobre el lago. Es un lugar divertido para festejar, a pesar de la compañía problemática.

Dean le da un buen trago a su cerveza; los ojos azul pálido le centellean con picardía. Y *no* de la divertida.

–Siempre fuiste un poco nerd, Corabelle.

–No me llames así.

Me guiña un ojo y yo le lanzo una mirada fulminante. Dean es la única persona, además de mis padres, que utiliza mi nombre completo: Corabelle. *Detesto* el nombre. Todo el mundo me dice Cora. Dean lo sabe, por supuesto, pero siempre le ha dado una inmensa alegría atormentarme.

El diálogo agudo se ve interrumpido por la cumpleañera, que llega en un estado impresionante de embriaguez. Mandy nos rodea a

Dean y a mí con los brazos y nos estruja a los tres en un abrazo incómodo.

–Los aaaaamo. Son mis mejores amigos. Me voy a casar con mi mejor amigo de todos –arrastra las palabras Mandy, habiéndose zampado, a esta altura, por lo menos diez chupitos de *Sex on the beach*. Se vuelve hacia mí y deja caer la cabeza sobre mi hombro–. Y *tú*, Cora. Tú te casarás con tu mejor amigo de todos muy, pero muy pronto.

Me libero del abrazo. El olor del perfume demasiado caro de Mandy y el aliento a whiskey de Dean me están dando ganas de vomitar.

–No me voy a casar nunca, Mandy. Divorciarme no está en la lista de cosas que quiero hacer antes de morir. Quizás en otra vida.

Empiezo a darme vuelta, pero Mandy me detiene. Me clava la uña francesa de un dedo en medio del pecho y yo retrocedo con una mueca, rascándome el cosquilleo que me deja.

–El matrimonio es sagrado. Dean y yo no nos divorciaremos nunca.

Es posible. Dean parece el tipo de persona que se contentaría con permanecer casado mientras disfruta de sus amantes. Y Mandy es el tipo de persona que miraría para otro lado, sin duda.

–Un cuento de hadas. Me muero de celos.

–¿Pueden *tratar* de llevarse bien? ¿Por favor? –ruega Mandy, y revolea las manos con gesto teatral. Un poquito de sinceridad se entremezcla con la borrachera.

Suspiro y le lanzo una mirada a Dean. Él sigue con su sonrisita altanera. Tamborileo el costado de mi vaso y finjo que considero el pedido de Mandy.

–O sea, lo haría… quizás, *tal vez*, pero… ¿cómo se supone que supere el incidente de la «araña en el zapato»? ¿Cómo se recupera una de algo así?

Dean suelta una risita mientras se termina su cerveza de un trago, muy divertido con sus payasadas.

–Eso fue impagable. No me voy a disculpar nunca.

–¿Lo ves? –Señalo a mi futuro cuñado con la mano que sostiene el vaso, el meñique extendido–. No colabora. Yo lo intenté.

–Dean, trata bien a mi hermanita –Mandy le pega a su prometido en el pecho.

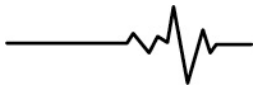
–¿Qué tiene? Se puede defender sola.

Lo fulmino con la mirada, y mantenemos el contacto visual solo por un momento.

–Bueno, en algo tiene razón –concluyo.

Luego me doy media vuelta y me voy, dándole los últimos sorbos al cóctel malísimo que bebía mientras me acerco a la barra. Apoyo el vaso vacío con un golpe y, sentada en un taburete, ojeo al camarero.

–Otro, por favor. Que sea doble.



Tendría que haber aceptado que me llevaran a casa.

Es un poco más tarde de la una de la madrugada, y me las arreglé para encontrar al tipo más aburrido del bar con el que quedar atrapada en una conversación. Me está bajando la ebriedad, así que ahora solo estoy cansada y de mal humor, con el codo haciendo presión contra la barra mientras me sostengo la cabeza con la mano. Estoy mirando al idiota que tengo a la izquierda parloteando sobre su carrera de abogado, su auto genial y su audición para un *reality show* o algo así. La verdad, me perdió incluso antes de abrir la boca. Huele igual que mi exfoliante de maracuyá y es *muy* perturbador.

Simulo un bostezo enorme y hundo más la cabeza contra la palma.

–Qué bueno, Seth. Muy bien.

–Me llamo Sam.

–Eso dije. –Me paso los dedos entre los mechones de mi pelo largo y dorado, alzo la cabeza y fuerzo una sonrisa–. En fin, debería irme. Es tarde.

Seth/Sam me mira frunciendo las cejas tupidas, y los labios finos configuran una línea recta.

–No es tan tarde. Te invito otro trago.

Nop. Voy a lanzar. Voy a vomitarle todo ese chaleco ridículo que tiene puesto.

–No, gracias –lo rechazo con un gesto rápido de la mano–. Me voy.

–¿Necesitas que te lleve?

–No.

En realidad, puede ser. Mandy y Dean me trajeron acá en auto, y no podía soportar otro viaje con el mismísimo Satanás, así que no acepté su ofrecimiento de llevarme a casa.

Pero para eso está Uber.

Me incorporo del taburete con esfuerzo, me tambaleo sobre mis tacones altos de porquería y, de un manotazo, tomo mi bolso de la barra.

–Nos vemos.

Seth/Sam refunfuña mientras me cuelgo el bolso del hombro y salgo con parsimonia. He conseguido arruinarle los planes nocturnos y me siento bastante bien al respecto. No me molestaría pasar una noche de travesuras de borracha y decisiones cuestionables –Dios sabe que mi vibrador está harto de mí–, pero Seth/Sam perdió el atractivo más rápido que los Chicago Bears perdieron la oportunidad de jugar el Supertazón este año, que fue rapidísimo.

Quizás soy demasiado quisquillosa.

Mandy dice que soy demasiado quisquillosa.

Y bueno. Parece que mi vibrador va a tener que seguir aguantándome.

La brisa fresca ataca a mis pulmones cuando camino por el costado del bar, con los tacones repiqueteando contra la acera. Me arrebujo en el abrigo de lana para que me cubra mejor el vestido azul marino, en un intento por diluir el frío, y luego busco mi teléfono en el bolso. Nunca usé Uber; quizás sería menos complicado llamar un taxi. ¿Existen los taxis todavía?

Sigo rebuscando en los compartimentos y localizo el teléfono, pero entonces arrugo las cejas al darme cuenta de que el bolso está mucho más liviano de lo usual. *Ajá*. Ilumino el interior con la linterna del celular para evaluar mejor la situación y se me empieza a anudar la angustia en la boca del estómago.

Rayos.

Me falta la billetera.

¿La habrá tomado el hijo de puta de adentro porque sabía que no me iba a ir con él?

Vuelvo a entrar al bar hecha una furia, el corazón me late como una estampida salvaje bajo las costillas. Las tarjetas de crédito, el permiso de conducir, más de cien dólares en efectivo. Fotos, los carnés del seguro social, contraseñas que no recordaré nunca.

Maldita sea.

Con la palma abierta, le golpeo el hombro a Seth/Sam con el pecho inflado. Ni siquiera espero a que se dé vuelta.

–¿Me robaste la billetera?

–¿Perdón? –El hombre gira despacio sobre la silla con expresión de disgusto.

–Me falta la billetera. Eres la única persona con la que estuve hablando esta noche.

–Exacto –resopla Seth/Sam–. Estuviste hablando conmigo toda la noche. ¿En qué momento habría tenido la oportunidad de robarte la billetera? –Me mira sacudiendo la cabeza, luego me da la espalda y toma su cerveza–. Vete a dormir, zorra.

Ignoro el insulto, demasiado enfrascada en mi dilema actual como para abofetearlo. Lo que dice el tipo tiene sentido. Literalmente lo tuve enfrente todo el tiempo que estuve sentada en la barra; semidormida y babeándome la mano, cierto, pero me habría dado cuenta si me hubiera revisado el bolso. De hecho, lo tenía apoyado en el mostrador, apenas detrás de mi hombro derecho.

Es decir que alguien *detrás* de mí debe de haberla robado.

Mierda, mierda, mierda.

A esta hora, el bar está casi vacío. Interrogo al camarero que está detrás de la barra, que solo se encoge de hombros; inflo las mejillas de aire y largo un suspiro de frustración. Vuelvo a salir a la calle y me preparo mentalmente para rogarle a la gente que me pase a buscar, ya que, de pronto, no tengo dinero.

Empiezo con Mandy, sabiendo que duerme con el teléfono en silencio.

Correo de voz.

Pruebo con mi mejor amiga, Lily.

Directo al correo de voz.

No hay manera de que llame a mis padres.

Reviso mi lista de contactos, intento con tres personas más.

Correo de voz, correo de voz, correo de voz.

Mi pulgar se detiene sobre otro nombre, y arrugo la nariz y frunzo los labios: la sola idea me aterra. Caminar once kilómetros a casa en tacones altos suena más placentero que un viaje de diez minutos en auto con Dean Asher.

El viento cobra fuerza y me vuela el pelo. El frío es casi asfixiante.

Hago clic en su nombre y de inmediato empiezo a mascullar insultos a la noche.

–¿Corabelle?

No sé si estoy más molesta o aliviada de que haya atendido.

–No me digas así.

–¿Por qué me llamas ebria en mitad de la noche? –Tiene la voz ronca, adulterada por el sueño. De seguro lo desperté; *bien*. Algo positivo.

Estoy a punto de explicarle, pero me interrumpe antes.

–Déjame adivinar, tomaste un chupito de whiskey de más y me estás llamando para confesarme tu amor eterno. Siempre supe que gustabas de mí.

Aprieto los dientes, arrepentida sobremanera de mi decisión. Siento desde acá su sonrisa altiva.

–¿Sabes qué? Olvídalo. Volveré caminando.

–Espera, espera –me detiene Dean cuando voy a cortar–, ¿no tienes cómo volver? Pensé que ibas a pedir un Uber.

–Sí, bueno, algún cretino me robó la billetera y ahora no tengo dinero. Pero no importa. Prefiero caminar. –De verdad que quiero colgarle.

–No seas estúpida. Tu hermana me mataría si te dejara volver caminando.

–Me anonada tu empatía.

–Sensible *y* apuesto –responde con una risita–. Soy una amenaza por partida triple.

–En todo caso, doble. Solo mencionaste dos cosas.

–¿Cómo?

Me pellizco el puente de la nariz, buscando una pizca de autocontrol. *Respira hondo*.

–No importa. Solo date prisa.

Presiono el botón «Finalizar llamada» como si me hubiera sonado la alarma un domingo por la mañana. Estos son los momentos en los que desearía ser fumadora. Analizo si volver a entrar, pero no tengo cómo pagar los tragos y realmente no quiero verme succionada a otra fascinante conversación con Seth/Sam, así que, en vez de eso, me apoyo contra el edificio de ladrillo.

Pasan solo unos minutos hasta que un idiota se me acerca al lado con disimulo y me pide encendedor. Echo un vistazo en su dirección y me alejo rápido unos pasos. Es un hombre panzón que se está quedando pelado y huele a zanahoria hervida. Contengo una arcada.

–No fumo. Lo siento. –Sigo abriendo distancia entre los dos, pero siento su mirada lasciva a unos pocos metros. Uf.

–Déjame que te invite un trago, gatita.

–No, gracias. –Me cruzo de brazos cuando lo descubro mirándome el escote–. Ahora me pasan a buscar.

–Que te pasen a buscar por mi casa –responde con un tono desagradable, la insinuación estúpida y para nada sutil.

Más arcadas.

–De nuevo, declino la invitación. Que tengas buenas noches.

Jamás pensé que estaría deseando que Dean se apresurara y llegara. Hasta ese tonto es más tolerable que este tipo con pinta de payaso asesino, que me perfora el frente del vestido con su visión de rayos X.

–Qué cosita preciosa que eres –sigue parloteando el hombre, y me revuelve el estómago.

Diuj, *diuj* y más *diuj*. El tipo está empezando a meterse en mi espacio personal, y cuando me estoy decidiendo a volver a entrar al bar, el Camaro negro de Dean aparece derrapando en el estacionamiento con su motor bestial y sus neumáticos gigantes. Frena delante de mí y se apea del auto, lanza las llaves al aire y las atrapa con la otra mano. Me mira, como esperando que haga «uhh» y «ahh» o algo así.

No me impresiona para nada.

Sigo de brazos cruzados, a la defensiva, mientras Dean se acerca pasando la mirada entre Gacy y yo. Mi lenguaje corporal grita «Te odio», pero mis ojos casi le suplican que me saque de acá.

–Hola –murmuro sin mucha emoción.

Dean frunce el ceño en dirección al hombre que tengo al lado, así que dirijo mi atención a la derecha y veo que el asqueroso *sigue* mirándome las tetas con una sonrisa lujuriosa en la cara. Dean entrecierra los ojos y los vuelve hacia mí.

–¿Lista? Porque estoy agotado y…

–¿Es tu novia? –interrumpe Gacy, y los dos giramos la cabeza hacia él de golpe y en simultáneo.

–De ninguna manera. –Dean responde rápido. Demasiado rápido.

Dios. Como si tuviera lepra o sífilis o la peste bubónica. Lo fulmino con la mirada, ofendida.

–Guau, gracias.

–¿Qué?

–Nada. Vamos.

Me muevo irritada hacia el asiento del acompañante, con Dean pisándome los talones.

Gacy nos despide con un tono que me eriza la piel.

–Que disfruten la noche.

Me meto al auto, cierro de un portazo y trabo enseguida. Dean me imita, mirando por mi ventana al hombre que apesta a zanahoria.

–¿Te tocó ese raro? –Todavía tiene los ojos entrecerrados y pensativos.

Le doy un vistazo rápido al rostro de Dean, molesta con lo atractivo que es. Él se pasa una mano por la mandíbula áspera, se rasca la barba incipiente, y me llega el aroma almizclado de su colonia de cedro y una nota de cuero. Me mordisqueo el labio inferior y me recuesto en el asiento.

–No. Como si te importara –mascullo, y vuelvo la vista hacia delante.

–Me importa, Corabelle. Eres parte de nuestra boda… no puedo permitir que ese tipo te rebane en pedacitos y te esconda debajo del parqué antes del gran día.

Giro la cabeza en su dirección con un movimiento brusco y lo atrapo con la sonrisita traviesa y altanera en esa cara estúpida y apuesta que tiene.

–Te odio.

–Ya sabes que te estoy molestando –me guiña.

–Te odio igual.

Me recorre con la mirada, como analizándome de alguna manera, mientras gira la llave de arranque. El motor se enciende con un aullido.

–Vistiéndote así solo te expones a tipos siniestros –dice como si nada, con la muñeca pendiendo del manubrio mientras pone el auto en marcha.

–Le echas la culpa a la víctima. –Suelto una risita por la nariz ante la osadía de su afirmación–. Qué buen partido eres. Qué suerte que tiene mi hermana. –Lo miro parpadeando y agitando las pestañas largas con teatralidad.

–No es eso –replica–. Solo digo que, cuando vas así vestida, los hombres lo notan.

–¿Así cómo? ¿Quieres decir que estoy muy zorra?

–Quiero decir que estás linda.

Dean lanza el extraño cumplido con tanta indiferencia que casi olvido de quién viene. Jugueteo nerviosa con el dobladillo de mi vestido y me cruzo de piernas, sin saber cómo responder, pero después recuerdo que aun así culpó a la víctima y que aun así es un imbécil.

–Sí, bueno, tú estás… feo. –*¿Qué?*

Una risa estruendosa se mezcla con el rugido del motor, y yo me hundo de vergüenza en el asiento.

–¿Es lo mejor que tienes? El alcohol te debe estar afectando. Tus respuestas ingeniosas están decayendo.

–Cállate.

Dean vuelve a rascarse la mandíbula, echa un vistazo en mi dirección cada dos segundos.

–De nada por pasarte a buscar, por cierto. Y por salvarte la vida allá.

Vuelvo a soltar una risita por la nariz. Ni me había dado cuenta de que era de las que hacen eso.

–Lo único que hiciste fue aparecer con tu auto de macho, con cara de tonto, e insinuar que te repugno. –Le sonrío con dulzura y me llevo las manos al corazón–. Mi héroe.

–Ese tipo estaba a una mirada galante de robarte las bragas y quedárselas como trofeo. –Sorbe por la nariz–. Te salvé la vida, definitivamente.

–¿*Galante*?

–Sí, ¿qué tiene? –se encoge de hombros, con la atención dividida entre la calle y yo–. Lo saqué del Manual de Cora Lawson. Prácticamente eres un diccionario andante.

–No le tiré ninguna mirada «galante» –replico, ignorando el comentario burlón–. Estaba tratando de no atragantarme con mi propio vómito. –Entonces arqueo una ceja y carraspeo para añadir–: Deberías estar bastante familiarizado con esa mirada.

–Con razón me pareció que gustabas de mí. –Intenta ocultar la sonrisa, pero me doy cuenta.

Ay, Dios. Sacudo la cabeza y reprimo mi propia sonrisa.

Dean se mueve en su asiento y se estira para buscar los cigarrillos en la consola central.

–Sabes, estuve pensando que podríamos terminar con este desacuerdo que tenemos. Una especie de tregua.

–¿Desacuerdo? ¿Te refieres al odio profundo que te tengo hace quince años?

–Sí, eso.

Lo miro boquiabierta.

–No.

–¿Por qué no? –pregunta, con la voz amortiguada por el cigarrillo que está encendiendo. La brasa resplandece, naranja oscuro y carmesí. Dean me echa un vistazo disimulado cuando no respondo de inmediato–. Por Mandy. Quiere que seamos amigos.

–A menos que planees hacerte un trasplante de personalidad, te aseguro que van a volar las vacas antes de que yo te considere amigo mío. –Dramático, pero real.

–Mierda, Cora, no soy *tan* malo.

La declaración me obliga a enderezarme en mi asiento, y estiro el cuello hacia atrás, furiosa. ¿Está hablando en serio? Discrepo con un resoplido.

–Me llamaste «Cora, la aburridora» durante toda la secundaria porque prefería estudiar a salir de fiesta todas las noches. Me organizaste una cita a ciegas con Steve, el oloroso, filmaste mi reacción y la publicaste en MySpace. Recreaste *La llamada* la noche en que la vi por primera vez y me asustaste tanto que me desmayé. Mandy creyó que me había muerto y tuvo un ataque de pánico. Todavía me niego a tener televisión en mi cuarto.

–Eran cosas de la secundaria. Todo fue hace años –les resta importancia Dean entre risas.

–Llenaste de sal mi tarro de azúcar cuando viniste a buscar a Mandy, cosa de que empezara la mañana con un café bien interesante. *Ayer*.

–Bueno… –Dean se rasca el pelo castaño desgreñado, medio avergonzado, medio divertido–. Tú me las devuelves, Corabelle.

–Me llamas *Corabelle*. Sabes que lo detesto. –Podría seguir. Podría seguir y no terminar más. Me tienta hacerlo, pero solo me hace hervir la sangre, y no tengo energía para pelear–. Nunca seremos amigos.

Tengo la vista hacia delante de nuevo, pero veo de soslayo que Dean me está observando. Juro que hay un atisbo de dulzura ahí. Una banderita blanca que flamea al viento.

–Es tu nombre.

–Mi nombre es Cora. Corabelle es la abominación que me pusieron mis padres porque ya habían usado el nombre lindo y normal con su hija favorita.

Okey. Estoy llevando la discusión a un lugar muy personal. Tengo que parar.

–Escucha… –Dean va a responder, pero los dos nos distraemos cuando aparecen unas luces intermitentes detrás, que nos ciegan con sus destellos incesantes. Él baja la velocidad, y se le delinea el fastidio en los rasgos mientras mira por el espejo retrovisor.

–Maldita sea, Dean, ¿qué hiciste? Quiero llegar a casa.

–No hice una mierda. Iba dentro del límite de velocidad. No tengo la matrícula vencida. –Conduce el auto a un costado de la carretera de grava y le da un puñetazo al manubrio–. Qué ridículo.

El vehículo se detiene por completo y yo me dejo caer contra el asiento de cuero con un suspiro exasperado.

–De seguro tienes una orden de arresto. Tal vez mataste a alguien. A mí no me van a detener por asesinato. No soy tu cómplice.

–¿Crees que podría matar a alguien?

Bueno, no.

–Probablemente sí. Pero eres demasiado tonto como para hacerlo bien, así que ahora te han atrapado y me estás arrastrando contigo. Qué bien.

–Dios. –Dean balancea la cabeza hacia delante y hacia atrás, y se frota la cara con las palmas–. Con razón sigues soltera.

Uf. Dejo que el agravio me hinque los dientes, que se filtre en cada resquicio de vulnerabilidad. Conoce mi punto más débil. Creo que le da placer jugar con mis inseguridades y darles vida.

–Vete a la mierda. –No hay ironía ni intercambio ingenioso; solo animosidad.

Dean me fulmina con la mirada.

Lo imito.

Y entonces el sonido del cristal que estalla al lado de mi cara me retumba en el oído, y suelto un grito. Dos manos carnosas me rodean el cuello a través de la ventanilla rota del lado del acompañante, y no tengo ni puta idea de qué está pasando, pero sigo gritando por instinto, empujando los pies contra la puerta para impedir que me saque del auto, mientras le rasguño los brazos.

–¡Cora!

Tengo a Dean encima mío, sobre mí, golpeando al tipo e intentando liberarme de su yugo. Me estiro hacia Dean, me aferro a su abrigo, desesperada por no abandonar este auto, desesperada por que no me lleven. Chillo a través del miedo, me atraganto y balbuceo:

–¡Arranca!

–¡No te tengo! –Dean sigue tratando de forzar las manos y separarlas de mi cuello.

–¡Solo… arranca!

Los dedos me aprietan la garganta con más fuerza y se me nubla la visión, pero entonces una mano me suelta, y hay un momento de esperanza –quizás Dean lo lastimó, quizás Dean lo asustó–, pero la mano regresa. Lo hace con una pieza metálica brillante, y me parece que es un arma, ay, Dios, me parece que es un arma.

Más gritos.

Son míos, estoy segura.

Y entonces la culata de esa arma impacta contra la cabeza de Dean con un ruido sordo y repugnante.

–¡No! –grito, pido, suplico. Dean cae sobre mi regazo como un muñeco de trapo, y yo siento que me levantan del asiento y me arrancan del auto por la ventanilla; las astillas del cristal me rasgan el vestido y la piel–. ¡Suéltame!

Una palma gruesa que huele a gasolina me tapa la boca como una prensa y sofoca mis alaridos, y cuando alzo la vista, se me abren los ojos como platos.

Es él.

El tipo turbio que estaba afuera del bar.

No.

Mis sollozos apagados se escurren por entre las grietas de sus dedos, y sigo resistiéndome mientras me arrastra por la grava. Pateo y pataleo, le hundo las uñas en los brazos rollizos hasta hacerlos sangrar.

Después abro la boca todo lo que puedo y muerdo.

Con fuerza.

El hombre aúlla de dolor mientras la sangre mana de la herida de su dedo, y trato de aprovechar el momento y huir. Logro liberarme por un segundo, solo un segundo, hasta que algo me golpea la cabeza por detrás…

…y todo se vuelve oscuro.

CAPÍTULO DOS

Plic. Plic. Plic.

Estoy soñando.

Estoy soñando con el océano.

Cuando tenía ocho años, fuimos a Disney; Mandy, mamá, papá y yo. Yo estaba emocionadísima. Quería meter los dedos de los pies en el mar salado desde que tenía memoria. Alquilamos un auto y condujimos hasta el océano Pacífico una tarde, y todavía recuerdo cómo me latía el corazón en el pecho, descontrolado, cuando lo vi. Me imaginé a Ariel y sus hermanas marinas nadando bajo la superficie.

Había magia. Había belleza.

Y entonces me bloqueé. Me instalé en la arena y observé de lejos cómo mi hermana y mis papás se salpicaban y se reían, y creaban recuerdos que yo estaba desesperada por compartir.

Pero no me podía mover. Estaba congelada en la playa, rodeada de castillos de arena y caras desconocidas. El agua me había parecido muy oscura y amenazante cuando me acerqué. La inmensidad del océano me había espantado, y tenía terror de que me llevara.

Y después se hizo la hora de irse.

–¿Seguro que no quieres meter los pies? Te morías de ganas –me animó mi madre, mientras recogía juguetes y toallas de playa coloridas.

Tragué saliva con fuerza; mis ojos evaluaban con atención las olas que rompían en la orilla.

Quizás. Quizás pueda hacerlo.

Me puse de pie, los dedos se me hundieron en la arena mojada. Luego avancé hacia el mar atronador con pasos tímidos y piernas temblorosas. Me detuve al borde del agua y levanté brevemente la vista hacia las nubes grises que tenía encima.

–¡Vamos, Cora! –gritó mi padre a la distancia–. Está por llover.

Espera, espera, no… Ya casi. Solo necesito un minuto más.

Tomé una bocanada profunda y llena de valor, y continué mi ardua caminata hacia delante. Fue entonces que empezó a llover. Observé las gotitas que vapuleaban el océano, cómo el agua se mezclaba con el agua. Cómo mi sueño se me escurría entre las manos.

Plic. Plic. Plic.

Comenzó a llover con fuerza e intensidad. Traté de correr, pero una mano fuerte me sujetó del brazo y me llevó hacia atrás.

–Debemos irnos, Corabelle. Se viene una tormenta fea.

Los ojos se me llenaron de lágrimas mientras mi padre me alejaba. Nunca llegué a sentir el agua salpicándome los tobillos. Nunca sentí las cosquillas de las algas en los dedos. Mi padre prometió que volveríamos al día siguiente, pero no lo hicimos.

Hasta hoy, no he regresado todavía.

Plic. Plic. Plic.

Parpadeo varias veces hasta abrir los ojos, el goteo constante me arranca de un sueño que tal vez me persiga para siempre. Pero no es lluvia lo que oigo. Y no estoy acostada en mi cama calentita, preparándome para otro día de enseñar inglés en la secundaria. Estoy en otro lado. Es un lugar frío y oscuro y aterrador. Un dolor leve pulsa en la parte de atrás de mi cráneo, y trato de llevar la punta de los dedos al origen de la sensación. Entonces me doy cuenta de que tengo las muñecas amarradas detrás de la espalda: estoy encadenada como un animal.

Dios mío.

Abro los ojos de golpe, grandes y alertas. Estoy petrificada. Sacudo las cadenas que unen las esposas, trato de orientarme, de recordar cómo diablos terminé acá. Está oscuro, pero no tan oscuro. Solo que la vista no se me acostumbró todavía al entorno. Pestañeo rápido y escaneo la habitación donde me tienen encerrada. Estoy en una especie de recámara o celda. Quizás un sótano. Entrecierro los

ojos y reparo en una ventanita angosta al otro lado de la habitación, por donde pasa un rayo apenas perceptible de luz. Asoma el amanecer en mi nueva pesadilla, lo que confirma que, efectivamente, estoy despierta.

En ese momento, lo oigo. Un quejido profundo y gutural.

Tuerzo el cuello a pesar del dolor y descubro a Dean Asher encadenado a la esquina opuesta de la habitación de cemento, en la misma posición, con la cabeza colgada y oscilando mientras va volviendo en sí.

No sé si hay algo de ironía dramática en el hecho de estar cautiva con la persona que más odio en el mundo, o si hay una pizca de alivio en comprender que no estoy sola en esto.

–Dean. –Mi voz sale ronca y débil, apenas un susurro que fractura el silencio abrumador que nos envuelve. Dean alza la cabeza y se la choca contra un duro poste, lo que suscita otro gemido–. Dean –repito, esta vez un poco más alto.

–Dónde diablos estoy –emite con voz ronca, y es más una afirmación que una pregunta. Es un reclamo. Veo que me mira con los ojos entrecerrados a través de la densa oscuridad y duda de mi existencia, duda de que la mente no lo esté engañando, duda de todo–. ¿Cora?

–Dean.

El nombre atraviesa mis labios deshidratados con un chirrido. Las lágrimas comienzan a arderme en los ojos a medida que el miedo se dilata en mi estómago. Tengo náuseas. Me siento vaciada. Empiezo a tironear de mis ataduras, a halar y tirar, sacudiendo los grilletes contra un caño de acero.

Dean me imita, pide ayuda a gritos y hace sonar las esposas de metal mientras yo chillo a todo volumen.

–¿Qué carajo es esto? ¿Dónde estamos? –Dean respira con dificultad, jadea las preguntas con desesperación frenética–. ¿Te lastimaron?

Creo que debería sorprenderme que mi bienestar sea la primera de sus preocupaciones, pero estoy demasiado abrumada por el terror y la angustia como para pensarlo. Trago saliva con fuerza.

–La cabeza… –Es todo lo que logro decir hasta que se me llenan los ojos de lágrimas y quedo demasiado acongojada para agregar nada más.

–Sí, a mí también.

Intento recomponerme aspirando bocanadas agitadas de aire a través de los dientes apretados. Siento que un ataque de pánico se está abriendo paso dentro de mí, pero no puedo permitir que me domine. Entraré en pánico cuando la esperanza esté perdida; cuando todo lo demás haya fracasado, cuando hayamos agotado todas las opciones y la muerte sea inminente.

Ahora tengo que mantenerme enfocada. Cuerda.

Tengo que sacarnos de acá.

Lo observo a Dean ponerse de pie, con las manos esposadas detrás y encadenadas también a un caño. El metal chirría contra el metal cuando se levanta, y después él golpea los grilletes contra el acero con todas sus fuerzas, una y otra vez.

–¡Socorro, alguien! ¡Sáquennos de aquí! –brama; su voz resuena en el sótano frío y húmedo y se mezcla con el estrépito metálico de las cadenas.

–¿Qué nos querrá hacer? –Apoyo el costado de la cabeza contra la pared que tengo detrás.

–No sé. Ni quiero saber. –Dean sigue haciendo un alboroto, fuerte y estridente. *Clin, clin, clin. Pang, pang, pang*–. ¡Te voy a matar, hijo de puta! –grita.

–Ya sabe que no puedes matarlo. Estás amarrado a un caño.

Dean interrumpe sus esfuerzos para fulminarme con la mirada desde la otra punta del sótano.

–Entonces, qué, ¿debo rendirme y pudrirme acá abajo? De ninguna manera. –*Pang, pang, pang*–. ¡Ayuda!

–¿Te querrá a ti o a mí?

Oigo los jadeos laboriosos de Dean a unos metros de distancia. Vacila antes de responder, con un zumbido grave que le roza los labios.

–A ti.

Dios.

Cierro los ojos y reprimo una nueva oleada de lágrimas. Se me escapan unas pocas, que resbalan por mis mejillas magulladas y se demoran en el borde de la mandíbula. Me las seco con el hombro.

–Supongo que tienes suerte.

–¿*Suerte*? Estoy encadenado a una puta pared en el sótano de un psicópata. Tú por lo menos tienes algún valor. Yo soy hombre muerto.

–Prefiero morirme a tener *valor* para ese enfermo. Sabes lo que significa eso, ¿no? –Me hago un ovillo; me sube la bilis por la garganta de solo pensarlo–. Me va a violar.

Se instala el silencio entre los dos, porque, la verdad, ¿qué se puede decir?

Nada. Absolutamente nada.

Los dos sabemos lo que me espera y ninguno puede hacer nada al respecto. No entiendo bien por qué secuestró a Dean; ¿quizás porque ya le había visto la cara al pervertido?

Un enojo intenso empieza a aflorar y lo expulso de la única manera que conozco:

–No puedo creer que me toque morirme acá abajo justo contigo. El universo debe de odiarme en serio.

–¿De verdad? –Dean contraataca rápido–. Este tipo probablemente vaya a destriparnos y sodomizarnos, ¿y tú aferrándote a un resentimiento de la secundaria? Madre mía, Cora.

Con los tobillos tambaleantes, intento estabilizarme sobre mis tacones altos y me incorporo, deslizando las cadenas por el caño al mismo tiempo. Me tiemblan las rodillas y casi me desplomo en el suelo de piedra.

–¿Por qué no arrancaste? Te dije que arrancaras. –El sol naciente sigue derramando más luz en nuestro infierno personal, iluminando la indignación en la cara de Dean. Desvío la vista, con la mandíbula apretada.

–¿Así que esto es culpa mía? Trataba de rescatarte.

–Si hubieras acelerado, el tipo me habría soltado, y en este momento estaríamos a salvo y calentitos en nuestras camas. –El rencor me sale a chorros de adentro, y tal vez Dean no se lo

merece, pero es más fácil así. Es más fácil que aceptar la realidad de nuestra situación.

Lo veo sacudir la cabeza, visiblemente ofendido.

–Eres tremenda, Corabelle.

Espero que continúe. Quiero que diga más. Deseo que muerda el anzuelo, que canalice todo su miedo y sus frustraciones en una ira mezquina y me la devuelva. *Dame todo lo que tengas, Dean*.

Pero eso es todo. Dice solo eso, y yo vuelvo a sentirme vacía.

Bajo deslizándome hasta el suelo, me pesa el cuerpo, me pesa toda la situación, ya no puedo mantenerme en pie. Dean se sienta unos momentos después, con las piernas extendidas delante, y se recuesta contra el poste con los ojos cerrados. Yo siento los párpados secos e irritados, casi ácidos; como cáscaras de limón. Me duele pestañear.

El silencio baila entre nosotros un rato largo. Ha salido el sol y, con sus rayos felices y brillantes, alumbra nuestro calabozo, ilumina la verdad desgarradora de nuestras circunstancias. Casi que echo de menos la oscuridad. A oscuras se puede tapar la mayoría de las cosas.

Tengo el mentón contra el pecho cuando se abre una puerta con un chirrido y unas botas gruesas pisan con fuerza los escalones, de a uno por vez.

Pum. Pum. Pum.

Levanto rápido la cabeza y lo miro a Dean, que hace lo mismo y con una inquietud similar. Sin romper el contacto visual, los dos nos volvemos a poner de pie.

–Mis mascotas están despiertas –declara el hombre cuando aparece en la base de la escalera. Le sobresale la barriga de la camiseta demasiado corta y tiene manchas de sudor en las axilas.

Se me arremolina el vómito en la boca del estómago, y quiero lanzar.

–¿Qué diablos quieres? –demanda Dean, golpeando las esposas contra el caño–. Tengo dinero. Puedo transferirte todo lo que tengo en la cuenta.

El hombre bajo y regordete se ríe con una gárgara, después tose hasta doblarse y ponerse a resollar. Cuando recobra la compostura,

se endereza y se nos acerca. Los ojitos redondos y maliciosos apenas si le dan un vistazo a Dean antes de concentrarse en mí.

La misma mirada lasciva de anoche le cubre la cara mientras me come con los ojos, de la cabeza a los pies. La posa en mi escote, y yo trato de mover los hombros para cubrirme de alguna manera, pero mis esfuerzos son infructuosos. Solo logro que se bambolee la prominencia de mis senos y me parece que lo está calentando. Retrocedo despacio unos centímetros, como si tuviera donde ir; donde esconderme.

–Nos vamos a divertir mucho juntos, gatita –me dice, frunce los labios como en un beso y emite un ronroneo repugnante.

Siento cómo flaquea mi determinación. Me galopa el corazón entre las costillas, como tratando de escaparse, y tengo que pedirle que se calme. *No hay adonde huir*.

Dean se pone a golpear las cadenas otra vez, en un intento por distraer al cerdo asqueroso que me desviste con la mirada gris y desalmada.

–Ey, esto es una tontería. Los dos tenemos familia. Trabajo. Amigos. Se pondrán a buscarnos… no te saldrás nunca con la tuya.

Brota otra risa gorgoteada del hombre, pero él ni siquiera mira en dirección a Dean. Sigue ojeándome las tetas, asomando la lengua para humedecerse los labios delgados.

–Tessie Evans y el payaso de su hermanastro me dijeron la misma estupidez –comenta, y da un paso largo hacia delante. Se acerca–. Su carne es abono en mi granero. Sus huesos sirven de juguetes para que mastiquen los perros.

Pego un chillido

Chillo y chillo y chillo, enceguecida por las lágrimas, temblando de terror.

–Por favor, no lo hagas. No me quiero morir –me fuerzo a decir, y pataleo en dirección al hombre que empieza a acorralarme–. No, no, no. Por favor.

–¡Carajo! –grita Dean desde el otro lado de la habitación, todavía sacudiendo las cadenas con furia, como si eso fuera a ayudar de alguna manera. Como si eso fuera a sacarnos de este lío.

–Guarda esa fuerza para más tarde, galán –vocifera el hombre, su atención fija en mí.

Siento en la cara el roce de su aliento hediondo. Huele a zanahoria hervida y gasolina mezcladas con un olor corporal rancio. Aprieto los ojos, mis hombros suben y bajan en sincronía con mis sollozos. Él se inclina hacia delante, más y más…

–Dame unas horas, gatita, que te haré pasar un buen rato –murmura con un guiño, casi raspándome la nariz con la suya–. Primero tengo que ir a hacer desparecer un auto.

Dios mío.

Retrocede unos pasos, nos da unas ojeadas a mí y a Dean, luego voltea con un silbido y desaparece escaleras arriba.

Caigo al suelo; me *desplomo*, llorando y temblando.

En mi cabeza no cabe duda de que nos va a matar. Se entretendrá primero, nos cortará el cuello después y alimentará a los perros con nuestros cuerpos.

–Carajo. Mierda. La puta madre.

Dean repite su cántico a un costado, caminando de un lado al otro lo poco que puede, y después avanza y se lanza contra el caño, con la esperanza de liberarse, de alguna manera. Tironea y forcejea con gruñidos furiosos, y me preocupa de verdad que se le separen las manos de las muñecas.

–Es inútil –lamento en voz baja, la cabeza apoyada contra el poste de metal que me ata a esta pesadilla. A esta prisión–. Estamos atrapados.

–No me voy a rendir.

Lo observo con los ojos empañados mientras continúa sus esfuerzos estériles, todo el tiempo entre quejidos e insultos.

–Te vas a lastimar.

Tira. Tuerce. Grita. Maldice.

–Seguro que la idea te tiene desconsolada –masculla.

Cierro los ojos, se filtran más lágrimas, y aspiro una bocanada temblorosa.

–¿Estará buscándonos alguien ya? –me pregunto en voz alta, sin esperar respuesta, realmente: no hay forma de saber.

Llegado un momento, Dean detiene sus intentos de escape, con una pátina de sudor en la cara que refleja la luz de la mañana. Dirige la vista hacia mí y nos quedamos mirándonos durante unos segundos; la cruda verdad del apuro en el que estamos nos atraviesa el estómago como una lanza.

Buscándonos.

Vamos a ser objeto de equipos de búsqueda y perros rastreadores y noticias y documentales macabros de la televisión por cable.

Dean Asher y yo.

Dean toma aire con un escalofrío y apoya el hombro contra el caño.

–Sabes, solía bromear con que un día íbamos a terminar matándonos entre nosotros –murmura, y patea una piedrita que tenía cerca–. Supongo que siempre tuve el presentimiento de que moriríamos juntos.

Sé que está intentando quitarle seriedad a nuestro calvario, pero las palabras son como un puñetazo. Me quitan el aliento y no puedo respirar. *No puedo respirar*.

Me quedo ahí sentada en el suelo frío y duro, llorando en silencio hasta que se me secan los lagrimales y estoy demasiado agotada, demasiado débil para moverme.

Dean se pone a cantar.

Siempre he sabido que canta bastante bien, de las noches de karaoke que hemos pasado en familia en la casa de mis padres durante los últimos diez años. Solía sentarme en el sofá de brazos cruzados, con los ojos inexpresivos, fastidiada con el sonido de su voz grave y melodiosa. Mandy quedaba embelesada. Mis padres lo miraban con el rostro iluminado y orgulloso. Hasta la perra lo observaba fascinada, agitando la cola al son de cada nota afinada a la perfección. Después todo el mundo aplaudía, excepto yo, y Dean saludaba con una reverencia y, de vez en cuando, me lanzaba un guiño lisonjero.

Yo le enseñaba la lengua o el dedo, rebosante de desprecio. Mandy me pegaba un codazo en las costillas y, a veces, mi madre me regañaba por ser descortés.

¡Ja! Descortés.

Envolver mi auto con puto plástico antes de una entrevista laboral decisiva es descortés.

Trato de ignorar el sonido de su voz y cierro los ojos, pero encuentro que la melodía áspera me tranquiliza, extrañamente. Está cantando una de mis canciones favoritas: «Hey Jude», de los Beatles.

Y de alguna manera, a pesar del miedo y de la incertidumbre, a pesar del suelo pedregoso que se me clava en los muslos y del terror que se me clava en el corazón, consigo quedarme dormida.

CAPÍTULO TRES

–Arriba, arriba.

Me despierto de un salto, por un momento sublime creo que fue todo un sueño.

Un sueño siniestro y horrible.

Pero el hombre se cierne sobre mí, con el aliento que ahora le apesta a tabaco y calcetines sucios, y tiene los labios curvados en una mueca grotesca.

Estoy en una pesadilla, sin dudas, pero no es una de la que vaya a despertarme pronto; apenas acaba de empezar.

Reculo reptando sobre el cemento fresco, y mis tacones arañan el suelo. Intento darle la vuelta al poste, como si el tipo no fuera a poder alcanzarme, pero él me tira del pelo y me obliga a incorporarme. Me arde el cuero cabelludo y protesto con un chillido.

–Aléjate de ella, mierda –grita Dean desde la otra esquina.

Yo aprovecho la distracción momentánea para pegarle un rodillazo en las pelotas. Si me va a llevar, voy a darle pelea. El hombre aúlla, dolorido, y me suelta el pelo, para después abofetearme con fuerza la mandíbula con el dorso de la mano. El dolor me recorre toda la cabeza y siento que el cerebro se me va a salir por las orejas.

–Putita estúpida –ladra el hombre, y me escupe en la cara.

Su saliva me gotea por la mejilla y casi vomito.

–Qué gatita agresiva –continúa, me toma la barbilla con los dedos y me obliga a mirarlo.

Le devuelvo el escupitajo, le doy en el ojo. Luego me preparo para el castigo inevitable que le seguirá.

El hombre se queda paralizado unos buenos cinco segundos: mis acciones lo han tomado completamente desprevenido. Se limpia la

saliva del ojo mientras me mira boquiabierto, con una expresión indescifrable.

Y entonces se ríe.

Se dobla de risa, la voz se le quiebra en chirridos, se aferra las rodillas con las manos adiposas. Ojeo a Dean, que observa la escena con interés discreto y el entrecejo fruncido, mientras sigue tironeando de sus ataduras.

–A la gatita le gusta jugar.

El hombre se arroja sobre mí y me rasga el vestido en dos.

Dios, no.

–Tenías ganas de jugar con Earl, ¿no? –dice, provocativo, mientras con las manos viscosas me palpa los senos ahora expuestos, revestidos con un sujetador de encaje turquesa.

Earl. El canalla se llama Earl.

Dejo caer la cabeza hacia un costado, mis ojos encuentran los de Dean. Me mira horrorizado, impotente, mientras Earl me toquetea como si fuera un puto proyecto de ciencias.

Earl me va a violar. Estoy a punto de ser violada aquí, ahora, con Dean Asher de testigo. Las náuseas aumentan y se me arremolinan dentro; las reprimo mientras me caen las lágrimas por la cara.

–Por favor, no lo hagas –gimo, y trato de alejarlo a patadas.

Earl le impone su cuerpo obeso y enorme al mío, me sujeta contra el poste para que no me mueva, y sus manos me pellizcan los pezones a través del encaje.

–Qué gatita más linda… –murmura, prácticamente babeándome todo el escote.

Dean se pone a rugir otra vez, y sacude las cadenas contra el caño con una fuerza impresionante.

–Te juro por Dios que te mataré si le pones una sola mano encima. Encontraré la manera de salir de esto y te *enterraré*, hijo de puta.

Earl suelta una risita, pero no levanta la vista. Inclinado, está demasiado concentrado en mis pechos, entre los cuales clava su lengua gruesa.

Pego un grito, me retuerzo, le pisoteo las botas con mis tacones aguja. Ni siquiera las abollan. Nada va a impedir que esto suceda.

Jamás me sentí tan indefensa.

Las manos de Earl buscan debajo del dobladillo de mi vestido de cóctel rasgado y suben por mis muslos. Los aprieto en un intento de resistirme, en un intento de dar pelea con todas mis fuerzas.

–Apuesto a que mi gatita linda tiene una conchita linda –me susurra en el oído, y su aliento me revuelve el estómago.

Agito las cadenas, doy pisotones, me tuerzo y retuerzo y grito hasta que me duelen los pulmones.

–*Por favor* –suplico–. Déjanos ir. No le diremos a nadie, lo juro. Déjanos ir… –Dios, sueno igual que un policial televisivo mal guionado. Siempre pensé que yo sería más creativa si me encontrara en peligro. Más convincente.

Pero no hay forma de razonar con este hombre. No puedo formar ningún vínculo con él, no puedo fingir para establecer una conexión. El instinto me dice que está demasiado ido. No tiene conciencia; no tiene alma. No hay ni un rastro de empatía que yo pueda intentar manipular.

Earl tironea de mis bragas hasta hacerlas caer de la cadera a los tobillos. Se me tensiona todo el cuerpo, como haciendo todo lo posible para resistirse al acto execrable que se está por consumar.

Dean sigue protestando a mi lado, gritando y lanzando obscenidades variopintas y amenazas vacías. Son inútiles. Earl hace oídos sordos.

Mis ojos buscan a Dean al tiempo que todo lo demás empieza a difuminarse. Levanto un muro, como un mecanismo de defensa; un bloqueo mental. Me desconecto por completo y me quedo mirando a Dean, que trata con todas sus fuerzas de arrojarse sobre nosotros mientras Earl me ataca de la peor manera posible.

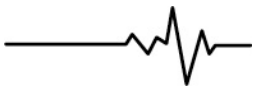
–Mírame, Cora. No apartes la vista de mí. Escucha mi voz –ordena Dean, y hace todo lo posible por retener mi atención. Por distraerme del hecho de que me están ultrajando en sus narices–. Vamos a salir de aquí, ¿me oyes? Nos sacaré de aquí. Concéntrate en mí. Soy lo único real, en este momento. Solo estamos tú y yo, Cora. Concéntrate, ¿sí? Mírame… concéntrate en mi voz…

La voz de Dean empieza a diluirse al tiempo que mi mente se apaga y se vuelve niebla. Mantengo la vista sobre él, sus

movimientos erráticos y rápidos. Sigue moviendo la boca, pero ya no puedo discernir las palabras; todo se ve borroso. Confuso. Creo que estoy bajo el agua, hundiéndome, ahogándome, disipándome…

Creo que el mar por fin me encontró.

Creo que me gusta estar acá.



Plic. Plic. Plic.

Despatarrada en el suelo duro, escucho el goteo continuo de un caño pinchado. Tengo la cabeza apoyada contra la pared de piedra a mi izquierda y las piernas extendidas adelante.

Diecisiete minutos y veintidós segundos.

Ese tiempo ha pasado desde que fui mancillada. Desde que fui usada y luego arrojada al suelo como basura. He estado contando los segundos a medida que transcurren, en perfecta sincronía con las gotas que caen.

–Cora.

La voz de Dean se entreteje con el goteo continuo, y parpadeo despacio, la mirada fija en la nada misma.

–Cora.

Plic. Plic. Plic.

No me muevo. Me obligo a respirar, solo para mantenerme con vida.

–Háblame, Corabelle.

¿Qué se supone que diga? Dean sabe exactamente lo que pasó. Vio la secuencia completa en primera fila. Por fin junto la fuerza necesaria para erguir la cabeza y clavo la mirada en la base de la escalera, en la otra punta de la habitación. Me aterra el momento en que reaparezcan esas botas negras y pesadas; el preludio para un nuevo conjunto de horrores.

–¿Estás bien?

Esto termina capturando mi atención, y fuerzo los ojos hacia la derecha. Dean está recostado contra su caño, mirándome de frente, con los brazos sujetados detrás. Subo la vista de sus zapatos

deportivos gris melange a la maraña alborotada de pelo castaño oscuro que le cubre la cabeza. Se le está empezando a rizar justo debajo de las orejas. Recuerdo que Mandy se quejaba de que se estaba dejando el pelo demasiado largo y que se lo iba a cortar ella misma.

–Estoy bien –trago saliva.

Suelo mentir muy mal, así que me sorprende lo sincera que suena mi respuesta. No es la verdad, por supuesto. Es la mentira más grande que dije en mi vida.

Dean lo tiene muy claro.

–No estás bien. Puedes hablar conmigo.

Se me arquea una ceja por instinto mientras mi mirada apática sigue analizándolo. En algún momento terminó sin abrigo, así que solo viste una camiseta celeste que le combina con los ojos y unos jeans desgastados.

–¿Puedo hablar contigo? –Suelto una risita rasposa. Siento la garganta inflamada de tanto haber gritado en vano–. Porque somos los mejores amigos, ¿no?

Estudio la forma en que se le juntan las cejas, una mirada de indignación garabateada en la cara.

–En este momento, soy el único amigo que tienes –dice con firmeza.

–Preferiría estar sola.

Otra mentira descomunal.

No quiero estar sola. Pero está Dean acá, y no me agrada particularmente, así que voy a canalizar todo mi miedo y mi trauma y voy a desquitarme con él. Ahora es lo único que tengo bajo control.

Es mi único poder.

–Escucha –sigue Dean, con la voz grave y quebrada–. Sé que hemos tenido nuestros temas, pero debemos trabajar juntos. Una vez que nos hayamos ido a la mierda de acá, puedes volver a odiarme, pero esto es cuestión de vida o muerte, Corabelle. Supera ese maldito resentimiento que me tienes y pensemos juntos.

–No me llames así. –Aparto la mirada y hundo el mentón en el pecho.

–Era obvio que te ibas a enfocar en eso. –Una risa mordaz me llena los oídos. Por el rabillo del ojo lo veo sacudir la cabeza, después golpea las esposas contra el caño y yo me sobresalto–. Me despertaste en mitad de la noche para que fuera a buscarte, después de que ya nos habíamos ofrecido a llevarte. Pero fui igualmente, porque, lo creas o no, Cora, sí que me preocupo por ti, carajo. Vamos a ser familia.

Me asoman las lágrimas al oír sus palabras. Qué curioso: creía que no me quedaban más.

–Te recogí casi a las dos de la madrugada, y termino acá. Encadenado a un caño de mierda, a la espera de lo que sea que ese hijo de puta nos tenga preparado. ¿Y me tratas así de mal?

–¡Me acaban de violar! –le espeto con los dientes apretados, y la voz se me quiebra al tiempo que se torna más aguda–. Me violó ese cerdo asqueroso. ¿Tienes idea de lo que es eso? –Se me escapa a mí también una risa sardónica cuando vuelvo la cabeza al costado–. No puedo lidiar contigo ahora.

Él se queda callado un momento, asimilando mis palabras, y luego:

–Ya te dije… puedes hablar conmigo.

–¡No quiero hablar contigo! ¡No te soporto!

–¡Okey! –Dean bate las cadenas con un gruñido de frustración–. La puta madre. Solo trato de ayudar.

Sorbo por la nariz para contener las lágrimas.

–Tal vez si hubieras empezado a ayudar hace quince años, a *preocuparte* por mí, como sostienes, estaría más predispuesta a abrirme. Pero lo único que has hecho siempre es burlarte de mí, lastimarme y ridiculizarme. No tengo ninguna razón para confiar en ti. –Se me infla y desinfla el pecho, me arde y me pincha con la angustia que se mezcla con años y años de amargura reprimida.

Dean considera mi respuesta un largo rato. El único sonido que permea el espacio que hay entre nosotros es el de nuestra respiración que se confunde y el del caño que gotea. Entonces raspa el suelo polvoriento con el zapato y me observa desde el otro lado de la habitación.

–Siempre fue lo nuestro –murmura–. Yo te trato mal y tú me tratas mal.

–Nunca tuve alternativa –replico–. Estoy programada para defenderme cuando estás cerca. Siempre tengo la espada desenvainada, lista para pelear.

–Porque es divertido.

–No es divertido. Me tratabas *horrible*.

Le lanzo una mirada lacerante y estudio el modo en que él aparta la vista. Vuelve a raspar el suelo, moviendo el zapato para adelante y para atrás, y el ruido débil de la suela contra la gravilla suena altísimo en el sótano vacío. Es estridente.

–Era un cretino en ese entonces –responde por fin, todavía mirando para un costado–. Era un adolescente estúpido. Pero ya no es así. Te molesto porque tú me la devuelves, y es inofensivo, y es lo *nuestro*. –Dean lanza un vistazo en mi dirección con sus penetrantes ojos azules–. No me digas que no disfrutas de las bromas pesadas o de los comentarios agudos o de todas las tonterías que nos hacemos mutuamente.

–No lo disfruto. –Mi respuesta es veloz.

–Mentira.

–No miento, Dean. No disfruto que te metas conmigo. No disfruto de tener que andar siempre alerta cuando estás cerca, preguntándome con qué «tontería» me vas a dejar en ridículo. –Hago una pausa para dar efecto y suelto despacio mis últimas palabras–: O preguntándome cómo harás para sabotear mi próxima relación.

En sus ojos aparece un destello de algo que no logro identificar. No es ni culpa ni remordimiento. Tampoco es placer.

–Como digas.

–¿Eso es todo? –alzo las cejas; esperaba más que un ninguneo–. ¿Eso es todo lo que tienes para decir acerca del papel que jugaste en acabar con mi relación de cuatro años?

–Sí. Como digas.

Siento las llamas propagarse por mi pecho como un incendio, prendiéndome fuego el cuello, las orejas, la lengua.

–Eres un imbécil de mierda.

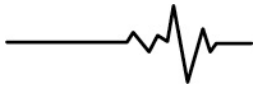
Tuerzo el cuerpo hacia la izquierda para intentar alejarme lo más posible de Dean Asher. Me ovillo contra la pared y me recluyo en mi propia prisión mental.

Lo oigo lanzar un suspiro detrás de mí, y no estoy segura de qué significa. Entonces murmura casi para sus adentros:

–Soy el único imbécil que tienes.

Me equivoqué.

Preferiría estar sola.



No estoy segura de cuánto tiempo pasa, pero parecería que el sol se está poniendo, porque un resplandor naranja cálido penetra la ventana polvorienta en lo alto. Me visualizo liberándome de las esposas y trepando por la pared, dándole un puñetazo certero al cristal y apretujándome para salir por la angosta abertura. Correré en libertad, sin siquiera preocuparme por dónde acabe.

Cualquier lugar es mejor que este.

Dean y yo no hemos hablado desde nuestra discusión, que debe haber sido hace algunas horas. Se quedó dormido poco después, con la espalda contra el caño y la cabeza sobre el hombro. Parece sereno, y cada tanto me descubro con la mirada clavada en él. Me da celos que ahora mismo esté en otro lado. Yo no he logrado volver a dormirme; cada vez que cierro los ojos, siento el aliento hediondo de mi captor contra la mejilla mientras me degrada.

Además, tengo muchas ganas de orinar, y no estoy segura de qué hacer al respecto. ¿Se supone que nos hagamos encima acá? ¿No le alcanza a este enfermo con encadenarnos como animales, violarnos y torturarnos? Aprieto los muslos; sé que pronto no tendré más opción que dejarlo salir. Se me encienden las mejillas de solo pensarlo.

Pensé que a esta altura tendría más hambre, pero el agujero que tengo en el estómago solo me provoca náuseas. *Aunque daría lo que fuera por un vaso de agua…*

Fantaseo con largos tragos de agua helada y me cosquillea la vejiga. Respiro hondo para calmarme.

Y entonces, de golpe, se abre la puerta del sótano y aquellas botas sucias con punta de acero se nos acercan a pasos ruidosos. Alcanza para despertar a Dean, intuyo al oír sus cadenas tintineando detrás de mí. Me contorsiono y arrincono más en la esquina para refugiarme de cualquier horror que esté por tener lugar.

–Hora de ir al baño –anuncia Earl, mientras se sube los pantalones sobre la barriga hinchada.

Me siento más derecha al tiempo que un soplo de esperanza me recorre el cuerpo. Mi vejiga empieza a bailar de felicidad, lo cual no es precisamente una buena noticia, siendo que está a punto de estallar.

–¿Nos dejarás usar el baño? –Muevo el trasero por el suelo alrededor del caño para poder hacer contacto visual con Dean, que ya está poniéndose de pie. Me lanza una mirada rápida, luego a Earl.

–De a uno. Nada de trucos, o les meteré la pistola en la garganta y pintaré las paredes de rojo con ustedes. –Earl extrae un arma de la espalda y la revolea en la mano para enfatizar lo dicho–. No quiero que anden haciendo sus necesidades en el suelo. Huele feo y le quita la magia al momento, ¿entienden?

¿La magia? Dios mío. Para él hay *magia* en nuestro sufrimiento y terror.

Pero no muestro mi disgusto por miedo a que cambie de opinión. Asiento con la cabeza y me incorporo despacio, las piernas débiles y temblorosas bajo el peso de mi cuerpo.

–Gracias.

Earl suelta una carcajada atronadora mientras avanza hacia mí y se vuelve a guardar la pistola en la cintura de los pantalones.

–No me agradezcas, gatita. Vas a morir de cualquier manera.

Mi mirada se dispara hacia Dean. Estoy convencida de que me puse lívida y los ojos verdes se me opacaron y volvieron grises. Él me devuelve la mirada, igual de desesperanzado, igual de consternado; los párpados se le cierran despacio y la garganta traga con fuerza.

Earl me desamarra las ataduras con un alboroto y entre gruñidos trogloditas. Sin poder evitarlo, considero un intento de escape. Quizás si logro aventajarlo, de alguna manera, quitarle el arma o robar un objeto punzante del baño, pueda reducirlo. Pero apenas se me cruza el pensamiento por la cabeza, las esposas caen al suelo y tengo el cañón de la pistola apuntándome la sien. Los grilletes están unidos a cadenas, que están aseguradas a la pared con anillas de metal, y retumban por todo el sótano cuando chocan con el cemento.

–Intenta algo estúpido y puedes despedirte de esa cabecita linda que tienes.

Earl me hunde la pistola en el costado de la cara mientras me froto las muñecas lastimadas. Me cierro con las manos el vestido rasgado para protegerme los pechos y me abrazo con fuerza.

–No lo haré.

–Bien. Quizás aprendas rápido, después de todo. –Earl lo mira a Dean, que nos observa con escepticismo y la mandíbula tensionada–. Sigues tú, muñeco. No te preocupes.

Dean y yo nos miramos a los ojos hasta que una mano robusta me empuja hacia delante, y casi me tropiezo con mis tacones aguja.

–Cora…

Echo un vistazo sobre mi hombro antes de llegar a los escalones. Dean está tirando de sus cadenas como si tratara de alcanzarme. Tiene los ojos inundados de preocupación y desasosiego. Es la misma expresión que le vi antes, cuando me hablaba para ayudarme a atravesar el peor momento de mi vida, intentando reconfortarme de la única manera que podía.

Me muerdo el labio inferior al tiempo que nos sostenemos la mirada un momento más. Luego la pistola fría colisiona con el centro de mi espalda y me apremia a subir la escalera.

Me resulta inevitable rumiar las palabras de Dean mientras Earl me conduce a través de la casita de alfombra verde oliva y paredes anticuadas.

Lo creas o no, Cora, sí me preocupo por ti.

CAPÍTULO CUATRO

No vuelve a abusar de mí esa noche, y es un pequeño consuelo.

El sótano se oscurece, mucho, y todo a mi alrededor se cubre de sombras. Mis ojos tardan un buen rato en adaptarse lo suficiente como para ver la silueta de Dean posada a mi lado contra su caño. La medianoche debe haber quedado muy atrás, o sea que es lunes; lo cual significa que, si hasta ahora la gente no se había empezado a preguntar por nuestra desaparición, lo hará. Rara vez me ausento del trabajo por enfermedad y nunca, pero nunca, falto sin avisar. Sería una clara señal de alarma para el personal administrativo y para mis colegas.

Y Dean es un trabajador muy respetado del sindicato de la construcción vial. Trabaja en el primer turno. Sin dudas van a comenzar a hacer preguntas cuando no llegue hoy.

El pie de Dean se desliza por el suelo y atrae mi mirada, a pesar de que, en realidad, no lo veo. Lo oigo suspirar mientras ajusta la postura y trata de ponerse cómodo.

–¿Estás despierta? –Su voz es un alivio que no sabía que necesitaba.

–Sí.

Hago rodar la parte de atrás de la cabeza sobre el caño, para un lado y para el otro, y golpeteo los dedos desnudos de los pies alternando entre el izquierdo y el derecho. Me descalcé cuando Earl me trajo de vuelta abajo después de la salida para orinar. Fue una salida corta, por desgracia: me metió en un cuarto de baño diminuto con una camiseta enorme que apestaba a él y me ordenó que me cambiara. Me quité el vestido desgarrado y lo reemplacé con la camiseta blanca, luego hice mis necesidades, me lavé los dientes con un cepillo rosa que me había dejado ahí y volví a encontrarme

con él en el pasillo unos momentos después. Me dio un sándwich de pavo y un vaso de agua y me dijo que tenía tres minutos para comer. Los cronometró. Después me arrastró de vuelta al sótano, me esposó al caño e hizo lo mismo con Dean.

No ha regresado desde entonces.

Entrecierro los ojos y trato de discernir la figura de Dean a través del manto de oscuridad. Pareciera tener las piernas extendidas delante de él, hacia mí. Me pregunto si él me verá mejor de lo que lo veo yo. Carraspeo y me paso la lengua por el labio superior.

–Te mentí antes –le digo, con la voz ronca del llanto, los gritos y la falta de hidratación adecuada.

–¿Con qué? –pregunta Dean después de emitir un zumbido grave.

–No preferiría estar sola.

Hay una pausa larga. Un silencio atronador.

Me mordisqueo el interior de la mejilla y me pregunto si responderá en algún momento. No hay nada en lo que pueda fijar la vista, así que me quedo mirando el abismo oscuro, y espero.

–El hecho de que nos haya alimentado y dado agua –termina suspirando Dean– es buena señal. Significa que nos conservará un tiempito más.

Echo un vistazo en su dirección, sorprendida con el cambio de tema. Igual, no me molesta. Prefiero no ahondar en los sentimientos y los rencores y el historial de la relación. Solo quería que lo supiera. Por la razón que sea… quería que lo supiera.

–Supongo que sí. –Asiento con la cabeza, aunque él no me pueda ver–. Pero aun así va a matarnos, estoy segura.

–Puede ser. Pero tenemos, por lo menos, unos días para pensar algo. Necesitamos un plan.

Un plan. ¿Qué clase de plan se le ocurre que podríamos armar acá abajo, atados y atrapados?

Mi mente se desvía y no puedo evitar pensar en el último «plan» que urdimos. Mi madre nos puso a los dos a cargo de la fiesta sorpresa por los veintiocho de Mandy, hace dos años. Quería que fuera especial.

Ese fue el primer error de mi madre: creer que algo especial podía salir de que Dean Asher y yo trabajáramos juntos.

–¿Qué pasa?

Levanto la barbilla cuando el sonido de su voz atraviesa mi ensimismamiento.

–¿A qué te refieres?

–Te quedaste callada –creo que lo veo encogerse de hombros–. Por lo general, eso significa que estás perdida en tus pensamientos o articulando un insulto creativo para lanzarme.

Lo miro de frente, y estoy bastante segura de que los dos clavamos la mirada en el otro con descaro; pero, como no lo puedo afirmar con certeza, no la desvío.

–Pensaba en el lío que armamos con la fiesta de Mandy hace unos años y en cómo ningún plan que se nos ocurra puede salir bien.

Su risa me sobresalta porque es real y genuina. No me la esperaba.

–Tú estabas a cargo de las invitaciones –me informa, como si no hubiéramos desenterrado esta discusión un millón de veces antes.

–Mentira. No lo vas a admitir nunca, ¿no? Te puse *específicamente* a cargo de las invitaciones porque estabas más involucrado en su vida social. Además, yo ya me ocupaba del catering, del pastel y del DJ.

–Yo me encargaba del alcohol. Estaba claro que ya tenía demasiadas responsabilidades y mucho estrés.

Se me arquean las cejas con escepticismo.

–Sigo sin entender por qué tu mamá no nos dejó crear un evento de Facebook como todo el mundo y listo –concluye Dean.

Suelto un gruñido y revoleo los ojos. Por más de que no vino nadie a la fiesta porque *alguien* se olvidó de mandar las invitaciones, fue una noche memorable de comida china y películas de terror alrededor del hogar. Se me cruza una sonrisa nostálgica y fugaz por la cara.

–Al menos llegó a festejar este año antes de… –Aparto la mirada y se me va apagando la voz. La atmósfera alegre se disipa a medida que vuelve a asentarse la realidad de la situación. Me llevo las piernas al pecho y presiono la mejilla contra las rótulas–. Voy a intentar dormir. Tengo el presentimiento de que lo que me espera mañana, sea lo que sea, me agotará mentalmente.

Me estremezco al recordar a Earl entre mis piernas, despojándome de mi fe en la humanidad. Estoy convencida de que voy a perder la luz por completo, si es que alguna vez acaba este hostigamiento. No volveré a ser la misma.

Dean me susurra en la oscuridad cuando mis palabras dejan un frío fatídico flotando en el aire.

–Buenas noches, Cora.

Inspiro y contengo el aliento.

–Buenas noches.

Transcurren los minutos. Los cuento.

Seis minutos y treinta y cinco segundos.

Hay demasiado silencio, con lo cual mi cerebro se pone ruidoso y turbulento. Se rehúsa a descansar; y, la verdad, no lo culpo. Me trago mi orgullo y hundo más la cara en el valle entre mis rodillas.

–¿Dean?

–¿Sí?

Me humedezco los labios y cierro los ojos. No puedo creer que le voy a pedir esto, pero es más fácil ser vulnerable en la oscuridad… *y cuando no tienes nada que perder*.

–¿Me cantas?

Se me inunda la barriga de nervios, y dudo si mi pedido no será demasiado íntimo. Demasiado impertinente. Quizás le estoy pidiendo mucho a alguien que ni siquiera es mi amigo. Pero el sonido de su voz, toda grava y arenilla, cantando mi canción favorita, me arrulló más temprano, y estoy desesperada por unas horas de paz. Necesito soñarme fuera de esta prisión.

Dean se queda en silencio unos instantes que cuento con mis latidos, y me preocupa que vaya a ignorarme. A cerrarse. Estoy a punto de disculparme, de recular, de decirle que lo olvide, pero entonces responde:

–¿Algo en particular?

Me recorre una sensación de calma y el cuerpo se me relaja.

–Puedes volver a cantar «Hey Jude» si quieres. Es mi favorita.

–Ya sé –susurra.

¿Ya sabe? Jamás hablamos entre nosotros de nuestras canciones favoritas. Nunca me interesó saber cuál es su favorito de *nada*, y

creía que a él le pasaba o mismo. Pero supongo que, cuando hace quince años que conoces a alguien, te caiga bien o no, vas detectando algunas cositas en el camino.

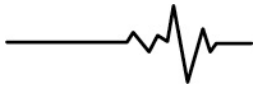
Cuando su voz se infiltra en la oscuridad y llena el silencio de música melodiosa, me descubro adormeciéndome casi en el acto. Es algo familiar. Algo hermoso. Algo bueno a lo que aferrarme, que absorber, en lo que perderme. Lo acompaño tarareando los versos contra mis rodillas hasta que el sueño termina por apoderarse de mí y transportarme a otro lugar.

Vuelvo a soñar con el océano.

El agua me lame los dedos de los pies, me atrae como un imán. Me llama con su profundidad y su misterio. Me tienta con su fuerza vital.

Me meto de un salto.

Y me alejo nadando.



Cuando me quiero dar cuenta, un rayo de luz me está acariciando el costado de la cara y me despierto. Tengo el cuello rígido, y casi grito de dolor al alzar la cabeza de las rodillas. Por instinto trato de levantar la mano y masajearme la contractura, pero se me deniega el privilegio cuando mis esposas se traban contra el caño; un recordatorio siniestro de mi suplicio.

De mi infierno.

Giro el cuello para un lado y para el otro, mientras abro los párpados como cáscaras para encontrar a Dean mirándome desde su esquina con una sonrisa delicadísima en los labios. Pongo mala cara.

–¿Me estabas viendo dormir?

Sus cadenas tintinean cuando se encoge de hombros como respuesta.

–No es que tenga cosas mucho mejores que hacer –replica, y esa sonrisita extraña se le demora en la boca.

Es algo curioso de ver, dada la situación. Yo no me creo capaz de sonreír; no hasta que me suelten las cadenas y salga en libertad.

Pero… ¿saldré en libertad algún día?

Alejo los pensamientos depresivos, estiro las piernas, me enderezo y hago una mueca de dolor cuando los músculos protestan. El suelo bajo mis piernas desnudas está frío y no perdona, lo que aumenta el malestar. Alzo los ojos hacia Dean. La sonrisa desapareció, pero la mirada con la que me observa sigue siendo suave.

–¿Cómo dormiste? –le pregunto. Ya conozco la respuesta, pero no estoy segura de qué más decir; nuestro muestrario de temas de conversación es bastante reducido.

¿Ansioso por que sea hora de ir al baño? ¿Listo para mirar cómo me abusan sexualmente? ¿Cuánto crees que tarden en encontrar nuestros cuerpos?

Mis pensamientos macabros me dan vergüenza ajena, así que me los trago.

–No tan bien como tú –dice Dean. Tiene un brillo nítido en los ojos que hace juego con la sonrisa que ya extraño–. Dormiste como un tronco.

–Me babeé, ¿no?

–Tu secreto está a salvo conmigo.

Casi sonrío. *Casi*. En lugar de eso, bajo la barbilla y frunzo los labios, la mirada clavada en las uñas rosa pastel de mis pies. Con Mandy nos habíamos hecho la pedicura el viernes después del trabajo, para los festejos del fin de semana. Caigo en la cuenta de que *hoy* es su cumpleaños. Es probable que mi hermana descubra que sus dos personas favoritas están desaparecidas… en su cumpleaños.

Feliz cumpleaños, hermana. Te compré un monitor de actividad.

Me pregunto si Dean me lee la mente, porque inclina la cabeza a un costado y me estudia casi con cariño.

–Estaba entusiasmada por tomar ese helado hoy –me dice, y hay algo inusual en su voz.

Me muerdo el labio, y las lágrimas me hacen arder los ojos. Mandy y yo siempre festejamos nuestros cumpleaños juntas con un cono de helado en un café del centro. Hacemos nuestro saludo secreto, nos

tomamos una selfi frente a la tienda de helados y comemos nuestro premio en los columpios de un parque cercano. Ha sido una tradición desde que éramos niñas, cuando nos llevaban nuestros padres. Mandy cumple años en noviembre, así que muchas veces estamos todas abrigadas como esquimales, y la gente que pasa nos mira raro al vernos sentadas en los columpios cubiertos de nieve.

Pero a nosotras nos encanta.

Y ahora no querría estar en ningún otro lugar.

Muevo los dedos de los pies mientras los recuerdos me arrancan unas lágrimas silenciosas, que bajan por mis mejillas. Me las limpio con los hombros y trato de tomar una bocanada tranquilizadora de aire.

Dean sigue observándome, estudiando mis emociones como si fuera parte de una película.

–Tendrás tu cono de helado. Te lo prometo.

No estoy segura de por qué está siendo amable conmigo. Me confunde y me perturba, y no sé cómo reaccionar ante su actitud. Estamos diseñados para pelearnos: espada de acero, armadura pesada, palabras que punzan y hacen sangrar. Bajar la guardia se parece demasiado a rendirme.

Sin saber bien qué decir, le ofrezco un ceño fruncido y nada más.

Dean baja los ojos al suelo gris azulino, algo derrotado. Cuando vuelve a levantarlos hacia mí, el brillo ha desaparecido, y lo ha reemplazado la desesperanza que se cierne sobre nosotros dentro de estas cuatro paredes.

–No soy tu enemigo acá abajo, Corabelle. –Sus palabras, de un peso desconocido, siguen desarmándome.

–No sé cómo verte de otra manera –admito.

Él se queda mirándome, inmutable, desafiándome a apartar la mirada. Entonces reaparece el brillo, y Dean responde:

–Porque es divertido.

–No.

Mis defensas vuelven a encenderse, y lo agradezco, porque es más fácil.

Es cómodo.

No divertido.

–Qué mentirosa que eres –insiste–. Y testaruda.

Lo miro con los ojos entrecerrados, rechinando los molares como siempre que me preparo para cargar contra Dean Asher. Cruzo las piernas a la altura de los tobillos y me recuesto contra el caño.

–Tienes una idea bastante retorcida de la diversión –disparo.

Dean se pasa la lengua por el paladar, respira hondo y se prepara para destruirme. Casi puedo sentir su daga pinchándome el pecho. Inclina la cabeza hacia un lado, con los ojos azules resplandecientes.

–¿Recuerdas cuando vino mi amigo de la universidad y me invitó a tomar unos tragos? Le dijiste que estaba enamorado de él en secreto.

Rayos.

–Después me diste viagra antes de que saliéramos sin que supiera, y tuve que taparme la verga con una servilleta toda la puta noche. Pero estoy bastante seguro de que él se dio cuenta, porque no volví a oír de él, y *además* me eliminó de Facebook. –Dean observa mi reacción como un halcón–. No me digas que no te encantó hacer eso.

Maldita sea. Una sonrisa empieza a tironearme de los labios y me delato por completo. Es la primera en días. No sé si enojarme y recriminarlo, o si seguir sonriendo.

Pero Dean ya sabe que ganó.

–La fiscalía descansa.

Giro la cabeza a un costado para tratar de ocultar las pruebas, pero el daño ya está hecho. No lo puedo engañar.

Nos interrumpe una presencia fea que nos impregna.

Pum. Pum. Pum.

Aquellas botas me pisotean toda incluso antes de llegar a la base de la escalera. Me pongo de pie con el corazón latiéndome en el pecho, atronador, en señal de resistencia. Ya estoy temblando, tiritando de miedo. Dean se incorpora despacio, con los ojos todavía fijos en mí, pero sin la chispa juguetona que tenían hace apenas segundos.

Quiero que vuelva.

–Buen día, mis mascotas –nos saluda Earl, vestido con una camiseta polo de trabajo negra que se le estira sobre el estómago

enorme y casi se le sale del pantalón–. ¿Cómo está mi gatita? Y el perro inmundo –dirige los ojos oscuros hacia Dean.

–Queremos irnos a casa –trago saliva.

Una risa estrepitosa le brota de la boca como una erupción, y su saliva me rocía la cara. Contengo una arcada.

–Están en casa. Ahora soy su amo –dice Earl una vez que se calma–. ¿La gatita está lista para jugar?

No, no, no.

Earl se afloja el cinturón mientras avanza sobre mí con una mirada lujuriosa y repugnante. Empiezo a alejarme de a poco, a patalear, a mover la cabeza para adelante y para atrás en señal de protesta.

–Enfermo de mierda… no te saldrás con la tuya –grita Dean, y tira de sus cadenas, con las venas del cuello sobresalidas y pulsantes–. Cuando salga de aquí te moleré a palos, como la vuelvas a tocar. Te lo juro.

–No te pongas celoso, perrito –Earl suelta una risita, sin inmutarse por la amenaza–. Ya te tocará a ti.

¿Qué carajo? Giro la cabeza de golpe hacia Dean, me pregunto si él también será sometido a los actos viles de Earl. Ay, Dios. La idea me revuelve el estómago.

–Haz lo que quieras conmigo. Déjala en paz a ella.

Las palabras de Dean solo aprietan el espiral de malestar que siento en las tripas. ¿Por qué este hombre se arroja a los lobos por mí?

Me odia. Yo lo odio a él.

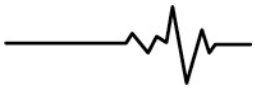
Pero no tengo tiempo para aclarar la confusión porque Earl está levantándome el dobladillo de la camiseta y toqueteándome los pechos desnudos con sus palmas transpiradas.

–No… por favor –susurro. Tengo la voz débil, y mi resistencia es inútil. Mi cuerpo sigue rechazando las acometidas de Earl todo lo que puede, pero llega un punto en el que me aflojo y quedo como anestesiada, y mis ojos buscan a Dean.

Dean me habla como hizo la última vez.

Mírame, Cora. Concéntrate en mí. Nada más es real. Solo estamos tú y yo.

Vuelvo a sumergirme en el agua y me dejo ahogar.



–Tengo frío.

Está atardeciendo y nuestra única fuente de luz comienza a eclipsarse. Una sensación helada se me ha asentado en los huesos. No sé si es el cemento frío contra mi piel expuesta o la realidad que se me clava como estalactitas y me congela las venas.

Las dos cosas, estoy segura.

Me hallo recostada contra el caño, lánguida y paralizada. Las últimas cuarenta y ocho horas, junto con todas las largas horas aciagas por venir, me han pasado factura. Estoy agotada mentalmente.

Y tengo mucho, mucho frío.

Dean está pálido y parece igual de exhausto, pero se ha pasado el día hablándome, contándome historias y tratando de levantarme el ánimo. Noto que mis muros de piedra se van derrumbando en presencia de su alter ego.

Posa sus ojos empáticos en mí y los arrastra por mis piernas desnudas. Se le crispan los músculos de la mandíbula.

–Lo decía en serio –afirma en un tono grave y endurecido–. Nos sacaré de aquí. Y lo mataré por haberte lastimado.

No estoy segura de qué responder a una promesa tan audaz, así que fuerzo una sonrisa tensa que no tiene ninguna intención de llegar hasta mis ojos.

–¿De verdad crees que vamos a salir de aquí? –pregunto con timidez.

–Sé que sí.

Entiendo que Dean no tiene forma de saber eso y que solo lo dice para darme esperanzas, pero dejo que las palabras penetren en todas mis grietas y fisuras susceptibles. Me aferro a ellas con todo lo que me queda.

Antes de que pueda contestar, veo que Dean empieza a quitarse los zapatos con los pies. De a uno, usa la punta del pie izquierdo para extraer el talón derecho. Luego, al revés. Cuando se queda en

calcetines, me hace llegar los zapatos deportivos deslizándolos por el suelo con el pie.

–Seguramente huelan a vestuario de gimnasio, pero están calentitos. Deberían ayudar un poco.

Nuestras miradas se encuentran y se sostienen, y una ternura foránea viaja entre los dos. Aprieto los labios; mis ojos pasan de los zapatos a la expresión vulnerable de Dean.

Él me lanza una sonrisa, igual de tierna, y me pregunto cuán difícil le habrá resultado producir algo así en un momento como este.

–Te daría mis calcetines si creyera que podrías ponértelos.

Quizás esto es lo que mi hermana ha visto siempre en Dean.

«No es tan malo, Cora. Dale una oportunidad. Es un tipo decente».

Solía reírmele en la cara a Mandy porque Dean jamás me mostró su lado «decente». Nunca entendí por qué.

«Porque es divertido».

«Es inofensivo, y es lo nuestro».

«Tú me la devuelves, Corabelle».

–Gracias –le digo, al tiempo que el día se torna anochecer y la luz del sol nos abandona.

Me quedo dormida esa noche, desalentada y perpleja, desmoralizada y extenuada. Pero un resquicio de esperanza permanece dentro de mí, enterrado en lo profundo, tratando con todas sus fuerzas de trepar a la superficie.

Y, sobre todo, estoy calentita.

CAPÍTULO CINCO

Los días pasan lentos y lacerantes, pero pasan.

Seguimos vivos. Me aferro a eso.

Dean y yo jugamos al juego de las veinte preguntas para llenar el tiempo. Va ganando él por dos partidas, lo cual me irrita. Soy profesora y soy competitiva… más que nada con Dean. Le echo la culpa a la falta de alimentación y a las circunstancias traumáticas.

Soy violada a diario.

Ahora lo espero, así que el terror crudo y enceguecedor que me provocaba se ha moderado tanto como es posible. Cada vez me sale mejor disociar y apagarme. Es casi una experiencia extracorpórea. Dean me habla cada vez que sucede, y su voz es un consuelo en el fondo de mi mente mientras me evado.

Nuestro momento para ir al baño es alrededor de las cinco de la tarde todos los días, cuando Earl llega de trabajar. Se nos permite lavarnos los dientes, luego comemos sándwiches de pavo de pan blanco con mayonesa barata y bebemos un vaso entero de agua. Y después se nos manda de nuevo a nuestra prisión, se nos esposa a nuestros respectivos postes y se nos obliga a sobrevivir otra noche en la oscuridad.

Dean me canta hasta que me duermo, todas las noches, y es el único momento que deseo que llegue.

Take a sad song and make it better.

CAPÍTULO SEIS

Cuando sale el sol el séptimo día, habiendo transcurrido una semana completa, no estamos más cerca de la libertad. No estamos más cerca de encontrar la forma de salir de este sótano barbárico y de volver a casa.

Casa.

A veces me olvido de cómo es.

Intento visualizar las paredes lavanda de mi habitación, el ventanal y el espejo vintage que me heredó mi abuela. Es una casita pintoresca de solo ciento diez metros cuadrados y dos habitaciones, pero es *mía*. Trabajé muchísimo por ella y eché raíces.

Estaba en plena exploración de refugios locales de animales para adoptar un perro; está en mi lista de pendientes hace ya un año entero, pero nunca parecía ser el momento ideal. El sábado pasado me lo pasé mirando caritas peludas y leyendo tiernas biografías caninas para estrechar la búsqueda del compañero perfecto. Encontré dos candidatas, aunque todos me llamaban con sus ojitos tristes y sus historias conmovedoras.

Pero Jasmine y Buffy eran las dos que iba a conocer el domingo. Imprimí las fotos y las aseguré al refrigerador, entusiasmada con aquel gran cambio en mi vida.

Algo cambió, efectivamente. Solo que no como había anticipado.

Y una parte de mí agradece no tener una mascota que me espere en casa, que se pregunte a dónde fui, que dependa de mí.

Ahora yo soy la mascota.

Dean tiene la cabeza apoyada contra el caño, pero los ojos clavados en mí mientras sueño despierta con las dos perras que no llegué a conocer.

–Te doy un dólar si me dices en qué estás pensando.

Le lanzo un vistazo y me incorporo hasta quedar sentada frente a él de piernas cruzadas.

–No tienes ningún dólar. No es un intercambio justo.

–Pon tú el precio, entonces. –Parpadea y la boca se le tuerce en una sonrisa diminuta.

–No tienes nada que ofrecer. Mis pensamientos son muy valiosos, para que sepas.

–Estoy seguro de eso. –Dean tiene los ojos tan encendidos como es posible, dada la semana que hemos enfrentado. Inclina la cabeza a un lado, frunce los labios y contempla la negociación–. Muy bien, Corabelle. Un pensamiento por otro pensamiento.

–¿Qué tal una confesión por otra confesión? –subo la apuesta.

–Esto se puede poner divertido –me guiña un ojo, con una ceja arqueada de interés y la sonrisa resplandeciente–. Y peligroso.

–¿Peligroso? –Me mordisqueo el interior del labio inferior, y siento un vértigo en la barriga que había olvidado–. ¿Qué tipo de confesiones tenías en mente? «No le di propina al chico del delivery» o una confesión sacramental completa con diez avemarías y el acto de contrición?

Dean suelta una risita áspera y se cambia de posición hasta tener las rodillas plegadas y los hombros encogidos.

–Nunca dejaría al del delivery sin propina. Imperdonable. –Medita sobre mi pregunta mientras me estudia, la cabeza todavía ladeada–. Pero la segunda, sí o sí. Pongámonos en modo extremaunción.

Le devuelvo la mirada mientras me rompo la cabeza para encontrar algo aunque sea remotamente digno de la extremaunción. Para ser sincera, no soy tan interesante. Pago mis impuestos, respeto el límite de velocidad, no le debo dinero a nadie. No he sido infiel ni he robado. Y *siempre* pongo el rollo de papel higiénico mirando para delante.

–Está bien. Pero soy medio aburrida, así que tendrás que ir primero. Quizás me inspires y me surja algo sórdido y obsceno desde lo profundo de mi inconsciente.

–Okey. –La expresión de Dean se vuelve más seria, y los rabillos de los ojos se le arrugan mientras piensa su confesión.

La barba incipiente le ha crecido bastante esta semana. El vello oscuro le recubre la barbilla y la mandíbula, y le da una apariencia más tosca. A Mandy no le gustaba el estilo descuidado que tenía cuando, cada tanto, se dejaba crecer una barba modesta. Decía que lo hacía parecer un hombre de la montaña. Yo no prestaba demasiada atención por ese entonces, pero ahora que lo único que tengo para mirar es su cara, debo decir que no estoy de acuerdo con mi hermana. Es masculino. Viril.

Quizás un poco sexy, si la cara no viniera pegada a Dean Asher.

Pasan unos minutos más y el suspenso me está matando. Él me mira como si estuviera dudando de lanzar la bomba; es posible que se esté arrepintiendo de la propuesta.

–Cuando quieras, Dean.

–Bueno. Está bien –se le escapa un suspiro. Sus ojos, que me sostienen la mirada, parecen todavía más azules–. Tú me gustaste primero.

¿Qué?

Me atraganto con nada. Empiezo a toser y a escupir, y tengo que forzarme a desviar la vista.

–¿Qué dices?

–Antes de que empezara a salir con Mandy –se muerde el labio y se vuelve a encoger de hombros, indiferente–. Estábamos en primer año y tú entraste a la clase del profesor Adilman con tu faldita de jean y tu blazer morado. Tenías el pelo larguísimo y dorado y con una especie de horquilla floral. Me pareció que eras la chica más linda que había visto en mi vida.

Mi corazón está bailando la Macarena, y se me cae la mandíbula como un dibujito animado de comedia. Creo que he enmudecido, una novedad para mí; las palabras no salen y hasta la respiración se me detuvo en seco. Dean parece algo divertido; me observa a unos metros de distancia, con los ojos paseándose sobre mí, y espera mi respuesta.

Pero yo no contesto. Me he quedado muda, definitivamente.

–Tu turno –termina por canturrear Dean, con la voz suave.

Parpadeo despacio como para transformar los pensamientos en palabras, luego niego con la cabeza.

–Sigue siendo tu turno. Cien por ciento. ¿De qué hablas? ¿Tu sándwich tenía droga?

Dean se ríe, resbala los calcetines por el suelo y estira las piernas largas.

–Creía que me lo iba a llevar a la tumba –admite con una sonrisa–. Pero no podía dejar que siguieras pensando que te odiaba. Está lejísimos de ser la verdad.

–Pues me habrías engañado. Habrías engañado a todo el mundo. ¿Por qué eras tan malo conmigo?

–Te dije. –Se le cae la sonrisa–. Era un niño, y eso es lo que hacen los chicos tontos cuando les gusta una chica. Las molestan.

–No lo voy a entender nunca.

–Sí, es una estupidez. Después crecimos los dos, y hacernos la vida imposible era parte de quienes éramos y ya. No había vuelta atrás. –Dean me está mirando fijo, casi con complicidad–. Y puedes negarlo todo lo que quieras, pero no querrías que fuera de otra manera.

Aprieto la mandíbula con determinación; mis emociones entran en una espiral de frenesí. No estoy segura de qué hacer con la confesión de Dean. No la puedo procesar. Va en contra de todo lo que pensaba que éramos.

Me trago otras preguntas y opto por desviar la conversación. La bomba de Dean *sí* que me hizo acordar de algo jugoso.

–Perdí la virginidad con el profesor Adilman.

–¿Qué carajo? –Me mira boquiabierto.

–Tenía diecinueve –arrugo la nariz; no estoy muy orgullosa del asunto–. Nos encontramos de casualidad en un bar, Mandy y yo acabábamos de conseguir documentos falsos. Me alcanzó a casa, una cosa llevó a la otra y… –Me siento sonrojar con el recuerdo que me he guardado estos diez años–. Seguro que te imaginas lo demás.

–Mierda, Cora. –Dean juguetea con las esposas y suelta un soplido–. ¿Con tu profesor de inglés de la secundaria? Mandy me dijo que tu primera vez había sido con Brandon.

Me titila el ojo con la mención de Brandon, mi primera relación larga y gran motivo de discordia entre el hombre al que estoy mirando y yo.

–Nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera a Mandy. –Se me entrecierran los ojos, y aflora una irritación con mi hermana–. No puedo creer que te cuente de mis experiencias sexuales. *Diuj*.

–Me cuenta todo.

–Tu turno –resoplo.

Dean entreabre los labios, como a punto de hablar, pero vacila. Se le ponen los ojos vidriosos y una máscara de incertidumbre se le cruza por la cara. Lo veo tragar saliva y me pregunto qué otra cosa puede estar por lanzarme.

–Em… tiene que ver con Brandon.

–¿Qué pasa con Brandon? –Me petrifico.

Dean balancea los tobillos de un lado al otro, como si estuviera nervioso. Me devuelve la mirada y responde:

–Te engañaba, Corabelle.

–¿Perdón? –Lo miro perpleja, no sé si oí bien.

–Te engañaba. Lo atrapé afuera de El Remo Roto con la lengua en la garganta de una cualquiera. Le di unos golpes y le dije que, si no te cortaba, le rompería la cara.

Me quedo mirándolo.

–Sabía que te destruiría, así que le dije que me culpara a mí. A mí ya me odiabas. Era mejor que permitir que te odiaras a ti misma o que pensaras que no eras suficiente para ese imbécil.

Sigo mirándolo.

Dean suelta un suspiro largo, cierra los ojos un momento y después vuelve a enfrentar mi mirada.

–Di algo, Cora.

Yo abro la boca para responder, pero solo emerge un chirrido forzado. Estoy abrumada con las verdades que salen de la boca de Dean. No sé si entrar en cólera por haberme pasado tres años extrañando a un hombre infiel, creyendo que Dean había saboteado mi relación solo para lastimarme, o si conmoverme con la revelación de que estaba tratando de protegerme, a su manera retorcida.

Estoy a punto de confesarle que he pasado quince años pensándome insuficiente para *él* para tener su amistad. Para que me respetara. Para que me tratara con decencia. Pero no logro emitir las palabras a tiempo, porque las botas de Earl vienen bajando y

haciendo crujir los escalones del sótano, y voy a ser violada por séptima vez. Dean y yo giramos hacia el sádico hijo de puta que avanza hacia nosotros con una mirada lasciva y diabólica.

–Hoy tengo unos trucos nuevos bajo la manga para mis mascotas –nos dice Earl juntando las manos y frotando las palmas.

Ay, Dios. ¿Qué puede tenernos deparado? ¿Tortura? ¿Sodomía?

Tengo náuseas.

Me preparo para que se me acerque como hace todas las mañanas antes de ir a trabajar, pero va hacia Dean. Me pongo de pie; la angustia empieza a bullir en mi estómago.

–¿Está listo mi perro inmundo para divertirse un rato?

–¡No! –Empiezo a sacudir mis cadenas; me asquea el solo pensarlo–. Déjalo en paz.

–Vete a la mierda. –Dean se queda sentado con la cara inexpresiva.

–Ah, no es lo que estás pensando. –Earl levanta las manos y niega con su cabeza redonda y una risa entrecortada. Luego extrae la pistola y le pone el cañón en la frente–. No soy ningún maricón. Ahora, arriba, mascota.

Dean se incorpora. Cruzamos una mirada perpleja, los dos confundidos. Los dos agotados.

–Te voy a desatar –le dice Earl a Dean, y sigue presionándole el arma contra la cabeza–. Un movimiento en falso y te vuelo el cráneo. Conseguiré un perrito nuevo para mi gatita. ¿Me oyes?

Dean asiente.

–Bien. –Earl extrae una llave del bolsillo y le quita las esposas a Dean. Las observo caer al suelo y a Dean frotarse las muñecas inflamadas mientras aguarda más órdenes.

Earl se queda callado unos momentos y da tres pasos hacia atrás para que Dean no pueda hacer ningún movimiento repentino. Una sonrisa entusiasmada le tironea de las mejillas rojas y regordetas, y la expresión de su rostro hace que mi angustia crezca y se me revuelva dentro. Lo que sea que tenga planeado no puede ser nada bueno.

Con una bocanada de aire satisfecha y prolongada, Earl manifiesta sus intenciones:

–Cógetela.

El aire abandona mis pulmones.

La habitación empieza a girar.

Lo miro a Dean, que está estupefacto y empalidece notoriamente ante mis ojos.

–¿Qué? –pregunta Dean, y su voz no es mucho más que un susurro tenso.

–¿No hablo español? –Earl suelta una risita, y los ojos pequeños le brillan con malicia. Me apunta con el arma y luego otra vez a Dean–. Cógetela.

–No. –Dean está sacudiendo la cabeza, incrédulo; absolutamente horrorizado.

–¿No? –repite Earl.

–No.

–Entonces, mueres. Tres, dos, un…

–¡No! –chillo–. No, no, por favor. Hazlo, Dean. –El pecho se me infla y desinfla con el peso de lo imposible.

Esto no puede estar pasando. No puede estar pasando, mierda.

Los ojos de Dean se abren enormes y conflictuados cuando me mira, con las cejas fruncidas y las venas de las sienes latiéndole con furia silenciosa.

–No te haré eso. Prefiero morirme –me asegura. Y lo dice en serio. Juro por Dios que lo dice en serio.

Earl lo agarra de la camiseta y lo arrastra hacia mí, aplastándole la pistola contra las costillas.

–La gatita quiere. Ya se puso a ronronear.

A los empujones, Dean tropieza y se estabiliza justo antes de chocarse de bruces conmigo. Nuestros ojos se sostienen con fuerza entre sí al tiempo que la realidad innegable de este momento, la verdad aterradora, nos carcome los huesos desgastados. Siento la tibieza de Dean irradiando adentro de mí cuando me toca con sus manos por primera vez.

–No puedo, Cora. –Coloca las palmas sobre mis hombros y aprieta con delicadeza–. Déjalo matarme. Por favor.

–Basta. –Las lágrimas me hinchan los ojos cansados, y yo me inclino contra él por instinto, anhelante de más calor. Más contacto–.

No dejaré que te mueras. Hazlo de una vez.

Mejor tú que él.

Pero no puedo emitir las palabras.

Dean baja las manos y me hunde los dedos en los brazos. Deja caer la cabeza y suelta un suspiro fuerte y afligido.

–La puta madre…

–Vamos, Romeo. Earl tiene cosas que hacer hoy. En un minuto me pondré impaciente y entusiasta con el gatillo.

Los dos le lanzamos un vistazo, para después volver a mirarnos. El contacto visual me resulta demasiado, así que tuerzo la cabeza a la derecha, y las lágrimas se me derraman por las mejillas sucias.

–Cora. –El tono de Dean es apremiante. Bajo, pero teñido con una gravedad espesa. Me toma por el mentón con los dedos ásperos y me obliga a levantar la vista–. Cora, mírame.

Dios. Las lágrimas caen con más rapidez. Se me entreabren los labios, y él baja la mirada hacia mi boca, mientras la nuez de Adán sube y baja en su garganta. Luego se acerca.

Ay, no. No, no, no.

Me va a besar.

Vuelvo a girar la cabeza hacia el costado y lo esquivo.

–No –susurro con la voz quebrada; el pelo se me pega a los rastros de las lágrimas–. No lo conviertas en algo que no es.

Dean aspira una bocanada irregular de aire y detiene su avance. Un ademán sutil de la cabeza me dice que entiende, y entonces me toma una de las muñecas encadenadas. Confundida, frunzo el entrecejo. Él me masajea la articulación con el pulgar, la mirada todavía clavada en mí.

–¿Sientes esto?

Trago saliva. Tengo un nudo seco e irritado en la garganta, y me duele al hacerlo.

–Sí –gimo. El gesto es reconfortante, de alguna manera, a pesar de las circunstancias.

–Concéntrate en eso. –Dean continúa el movimiento circular, y su pulgar calloso me roza la muñeca, casi con cariño–. Cierra los ojos y evádete. Lo único que quiero que sientas es mi pulgar masajeándote la muñeca.

Quiero llorar con más ganas. Quiero llorar porque estoy asustada y exhausta y dolorida y *harta*. Quiero llorar porque no puedo creer que esté pasando esto. Quiero llorar porque el prometido de mi hermana, un hombre a quien yo detestaba hace una semana, está a punto de cogerme mientras un pervertido se masturba a unos metros de distancia.

Quiero llorar porque es todo horrible, *horribilísimo*, pero Dean sigue tratando de hacer que yo lo pase mejor.

Bajo el mentón y, con los ojos apretados, muevo la cabeza para indicar mi consentimiento. Oigo el suspiro de Dean, que me recorre reverberando como una ola espumosa. A eso le sigue el sonido de la hebilla del cinturón al desabrocharse y de los pantalones al caer sobre el cemento frío.

Un gruñido familiar penetra el momento.

–Sí, eso es. Ponte bien duro para ella.

Aprieto más fuerte los párpados y trato de filtrar todo lo que no sea la sensación del pulgar de Dean contra el reverso sensible de mi muñeca. Los movimientos son suaves y fluidos. Constantes. Lo que sea que esté haciendo con la otra mano –y, por Dios, no quiero saber nada al respecto– no afecta la atención que le da a mi muñeca. Inhalo una bocanada de aire temblorosa, larga y lenta.

–¿Qué mierda te pasa? –ladra Earl desde el otro lado del sótano–. Está buenísima. Cógetela de una vez.

Me sobresalto con el sonido estridente de su voz, y abro los ojos despacio. Los alzo hasta la cara de Dean. Él me está mirando con una expresión vacía.

–No pasa nada. Hazlo –lo apremio; quiero que se termine esto. Quiero acurrucarme en una bola de vergüenza y llorar hasta dormirme.

Para siempre.

–No creo que pueda hacerlo. –A Dean se le crispa la mandíbula y se le dilatan las narinas.

–¿Cuál es el puto problema? –nos vuelve a interrumpir Earl–. ¿Pateas para el otro lado?

–No soy un psicópata asqueroso que se calienta violando mujeres –dispara Dean girando de golpe la cabeza a la derecha–. No me va.

Y entonces el cañón de un arma está presionándole la sien, y yo suelto un grito.

–Eso no va a ayudar –sisea Dean; el sudor se le empieza a acumular en el nacimiento del pelo oscuro. Está tratando de fingir compostura, pero le veo el miedo en los ojos. Se lo huelo en la piel.

–Tienes tres segundos para descifrar qué es lo que ayudará, o esta puta flacucha llevará puestos tus sesos hasta que me aburra de ella y la meta bajo tierra.

Se me escapa un sollozo ahogado y, al sacudir las cadenas, noto que Dean aún no me ha soltado la muñeca. No sé qué más decir, así que escupo:

–Bésame.

Él me mira con sus ojos azul hielo, perturbados y enrojecidos.

–Bésame, Dean –repito–. Por favor.

Es evidente que nuestra situación no lo está poniendo «de humor» todo lo rápido que querría Earl, así que tal vez algo de intimidad forzada ayude. Paso la mirada a la pistola, que se retira despacio de la cabeza de Dean. No puedo evitar que se me escape un ínfimo suspiro de alivio.

La boca de Dean se entreabre muy ligeramente, y los ojos bajan a mis labios lastimados. Vuelve a levantar la mirada hacia mí, como para confirmar: *¿estás segura?*

Asiento con un gesto rápido y me trago un miedo que parece tangible.

–Quiero que lo hagas.

Cuando se acerca, inspiro con fuerza y cierro los ojos, a la espera. Dejo salir un suspiro modesto cuando nuestros labios entran en contacto y Dean hace lo mismo. Le pedí que no hiciera de cuenta que esto es algo que no es, pero quizás *tenemos* que actuar así. Tal vez es la única manera de atravesar esto. Siento una ligera presión de su lengua, que busca abrirse paso, y accedo. Mi cuerpo se inclina hacia delante para unirme más a él, y abro más la boca, como incentivándolo.

–Cierra los ojos y evádete –susurro contra su calidez, repitiendo el pedido que me había hecho él a mí–. Concéntrate en besarme.

Mis palabras parecen estimularlo de alguna manera, y Dean levanta la mano derecha para sostenerme la cara mientras la otra sigue con los dibujos perezosos sobre mi muñeca. Los dos tenemos algo en lo que apoyarnos. Una táctica de supervivencia. Su roce, mi beso. Un beso que se intensifica cada vez más, nos domina y disfraza lo que realmente es este momento. Mi lengua es para él un velo; una capa negra.

Pero también es combustible. Cuando me quiero dar cuenta, su mano ha bajado por mi mejilla, se ha deslizado por mi cintura, mi cadera, mi muslo, hasta separarme con delicadeza las piernas. Siento que acomoda la punta en mi entrada y todo se vuelve demasiado real. Emito un sonido que no puedo ni describir; un gimoteo, quizás. Rasgado directo del torrente de incredulidad que se precipita por mi centro.

–Lo siento mucho. –Aparta la boca de la mía y deja caer la cabeza contra mi hombro mientras se introduce en mí–. Lo siento muchísimo.

Círculos, círculos, círculos.

A la izquierda, luego a la derecha. Despacio, con cautela y con gentileza.

Arriba y abajo.

Está siguiendo el trazo de mi vena.

Como arte.

Puedo fingir que esto es algo hermoso.

Dean me está besando otra vez, llenándome con su miembro, que entra y sale con movimientos pulsantes y apresurados. Lo siento grande y grueso, a diferencia del canalla de Earl que me lo estaba metiendo apenas ayer.

Círculos, círculos, círculos.

Nuestras lenguas batallan, desesperadas por borrar todo lo que está sucediendo; todo lo que ha sucedido. *Todo* y ya. La mano derecha de Dean me sostiene la pierna elevada y apoyada sobre su cadera. Sus dedos se hunden en el costado carnoso de mi muslo, aprietan levemente mientras él entra y sale de mí. Entra y sale. Entra y sale.

Círculos, círculos, círculos.

Puedo oír al monstruo putrefacto junto a nosotros respirando con dificultad, gruñendo de placer con la demostración. Con el puto espectáculo que le estamos brindando.

Círculos, círculos, círculos.

Necesito concentrarme. Tengo que bloquear a Earl y este sótano y el olor a muerte inminente que flota en el aire.

Dean.

Solo está Dean.

Y no importa que esté adentro de mí, penetrándome como una lanza, arrancándome gemidos minúsculos del fondo de la garganta. Está aquí. Está vivo. Estamos vivos los dos.

Estamos juntos en esto.

Sigue besándome, su lengua se va poniendo más torpe a medida que los movimientos se vuelven más rápidos y el cuerpo se le tensa. Está por acabar.

Círculos, círculos, círculos.

Mantengo los ojos cerrados. No quiero verle la cara en este momento; no quiero ser testigo de su placer. Y no es porque esté enojada o porque lo culpe. Le tengo envidia. Envidia de que él pueda encontrar un resquicio de felicidad, de alegría, de éxtasis auténtico en medio de nuestra pesadilla compartida. Estamos juntos en esto, sí, pero por un momento –durante unos segundos potentes y enceguecedores– estaremos a años luz de distancia.

La mano de Dean se desliza muslo arriba y me sujeta el trasero desnudo, mientras la mano contraria sigue dejando susurros y disculpas en mi muñeca.

Círculos, círculos, círculos.

Y entonces llega al clímax, e intenta tapar el gemido de placer enterrando la cara en la curvatura de mi cuello. Dean se aferra a mí durante los temblores que le siguen, me sostiene como a una amante preciada. Pero no lo soy. Soy un simple peón en el juego de Earl. Somos los dos peones.

Dean inhala un suspiro hondo y casi se ahoga con el peso del aire.

–Lo siento. Lo siento. Lo siento tanto. –Lo repite una y otra vez, devastado. El remordimiento ha reemplazado a la euforia, y mi

envidia se ha disipado. Siento sus lágrimas calientes sobre mi clavícula.

–Eso fue una puta belleza –Earl nos recuerda dónde estamos y por qué estamos acá; como si pudiéramos olvidarlo–. Acabé con tanta intensidad que vi las estrellas –gruñe, y su risa hosca me da ganas de vomitar.

Dean sigue dentro de mí, se le está yendo la erección, pero todavía es incapaz de salir. Quizás sigue fingiendo.

No lo culpo.

–Se terminó el tiempo, muñeco –dice Earl con brusquedad.

La fetidez del olor corporal de Earl me invade y abro los ojos, por fin, para verlo acercarse a nosotros con el arma. Dean sale, pero mantiene la mano izquierda en mi muñeca, y la mano derecha se ha deslizado de mi trasero para terminar en mi cadera. Me sigue sosteniendo, empapándose de mí todo lo que puede. Lo siento alzar la cabeza de mi hombro, pero tuerzo el cuerpo a un costado, incapaz de mirarlo a los ojos. Todavía no.

Quizás nunca.

–Esto no es una mañana romántica, imbécil. Vete a tu puto rincón antes de que te vuele la cabeza.

La voz de Earl me quema, y me deja vacía y hueca. Pero no más que Dean al soltarme la muñeca y alejarse. Su roce permanece en mi piel, y todavía lo siento delineando mi arteria, donde ha dejado más de sí mismo de lo que nunca sabrá. Mi muñeca hormiguea y zumba con su ausencia.

Cuando finalmente me atrevo a mirar en dirección a Dean, él tiene los pantalones ceñidos de nuevo a la cintura y Earl lo está encadenando.

Hemos regresado a nuestras posiciones anteriores.

Pero, a medida que una tibieza pegajosa me gotea por los muslos y las lágrimas de Dean se entremezclan con el sudor de mi piel, sé que no somos los mismos.

Nunca volveremos a ser los mismos.

CAPÍTULO SIETE

–Dean.

En mi lengua su nombre retumba chirriante por la habitación silenciosa, y sin embargo, Dean hace de cuenta que no me oye. No se mueve ni parpadea ni se crispa. Simplemente se queda ahí sentado, encorvado contra su caño, mirando tan lejos de mí como puede.

–Dean –repito.

Nada.

Suspiro con la barbilla contra el pecho y cierro los ojos. Debe hacer una hora desde… bueno, desde que pasó. Él se retrajo a su rincón oscuro, luego se retrajo en sí mismo.

No me ha dirigido una palabra. Ni siquiera una mirada.

–¿Puedes hablarme, por favor? –intento. No puedo imaginarme pasando el resto del día apartada y aislada de la única otra persona que entiende lo que estoy viviendo.

Por fin Dean se encoge de hombros y emite un sonido suave sin abrir la boca.

Prueba de vida, al menos.

–No estoy enojada, Dean. Hiciste lo que tenías que hacer, y entiend…

–No puedo, Cora. Por favor.

–No me alejes. –La tristeza de su tono casi me quiebra. Por primera vez suena derrotado–. No puedo hacer esto sola. –Con la última palabra se me quiebra la voz, y el pecho me arde con el anhelo por conservar nuestra conexión floreciente.

Dean es todo lo que tengo.

–No puedo ni mirarte –niega él con la cabeza, despacio, y baja los ojos al suelo.

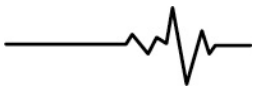
Aspiro una bocanada entrecortada de aire. En este momento no logro comunicarme con él. Está perdido en sus propios demonios, en su arrepentimiento y en decisiones imposibles.

Es verdad que no estoy enojada. Dean tenía una pistola en la cabeza y estaba en juego la vida de los dos. Solo había una salida, y le pedí que la aceptara.

Y quizás ya estoy un poquitín anestesiada.

Cierro los ojos y me recuesto; me obligo a darle el espacio que necesita. Ya habrá tiempo para hablar del tema… cuando esté listo.

Tiempo es lo único que tenemos.



Ha caído el anochecer y se ha apagado nuestra luz nocturna.

Han pasado horas. *Horas*.

Y Dean todavía se rehúsa a hablarme.

El silencio se vuelve demasiado insoportable, así que decido quebrarlo, sentados los dos a solas en la oscuridad; realmente *solos*.

–Iba a adoptar una perra –susurro a las sombras. Casi no lo veo, pero adivino un movimiento sutil, lo que me avisa que no está dormido–. Querías saber en qué estaba pensando, más temprano. Pensaba en las dos perras que no llegué a conocer el domingo pasado. Me pregunto de cuál de las dos me hubiera enamorado.

Silencio.

Mis palabras se quedan flotando en la oscuridad, entre los dos, dolorosamente desatendidas. Traigo las rodillas hacia mí y apoyo el mentón entre ellas. Muevo los dedos en los zapatos grises de Dean, demasiado grandes para mis pies. Pero me proveen de una calidez y un consuelo que ansío con desesperación, sobre todo ahora.

–Buenas noches –susurro con los ojos cerrados.

Dean no me responde esa noche. No canta.

Duermo intranquila, agitada; extraño el sonido de su voz.

CAPÍTULO OCHO

Diez años antes

–¡Dean, frena!

Hay una perra herida en el medio de la intersección nevada y transitada. Cojea, casi no puede caminar, y se encoge de miedo cada vez que un auto le pasa a toda velocidad por al lado, la rocía de nieve lodosa y la deja muriéndose de frío.

–¿Estás loca, Corabelle? Hay una puta tormenta afuera y ya estamos llegando veinte minutos tarde a desayunar.

Mandy asoma desde el asiento del acompañante y estira la cabeza hacia el asiento trasero para mirarme con las cejas delineadas a la perfección.

–¿Olvidaste el bolso o algo así? –me pregunta.

Niego con la cabeza, me desabrocho el cinturón de seguridad y me inclino hacia delante, señalando con el dedo entre ellos dos.

–Hay una perra. Está lastimada.

–No podemos detenernos, hermanita –insiste Mandy, con los ojos sobre la cachorra–. Es demasiado peligroso. Además, a la abuela le debe estar dando un paro cardíaco de preocuparse por nuestro retraso.

–Podemos llamar a protección animal cuando lleguemos al restaurante –concuerda Dean.

–Incluso puedo llamar ahora –asiente Mandy, y levanta su BlackBerry–, si te tranquiliza.

–¿Es en serio? Seguro la chocó un auto a la pobrecita. ¡La van a atropellar de nuevo! –replico, con el miedo latiéndome en el pecho–. Detén el auto, Dean.

–No hay lugar para aparcar…

–Está bien. Me bajo aquí. –Tomo la manija de la puerta como una idiota rebelde, ebria de adrenalina y de la necesidad de salvar a ese animal.

–Madre mía, espera. –Dean sale al costado de la concurrida carretera entre los chirridos del limpiaparabrisas, que junta más y más copos espesos con cada movimiento apresurado.

Casi sin esperar a que se detenga el auto, abro la puerta trasera de una patada y me bajo el gorro hasta las orejas; el viento helado me quita el aliento y hago una mueca. Un auto dobla bruscamente delante de mí y pego un salto hacia atrás; me pregunto si al final esto no será una idea estúpida. Me abro paso a pisotones por los quince centímetros de nieve acumulada y me detengo al borde de la calle para mirar a los dos lados. Es la hora punta, así que el tráfico circula constante. La nieve cae con fuerza, iluminada por el mar de faros de los autos, y me marea. Decido echarme a correr, pensando que debo ser más rápida que los vehículos que suben por la colina. Disparo hacia la carretera, con el corazón en la garganta y la sangre precipitándose caliente por mis venas. Casi me resbalo con una lámina de hielo en el suelo, pero logro llegar entera a la mediana, ignoro los gritos de los conductores y, una vez a salvo, me doblo para recuperar el aliento.

La perra está acostada boca abajo, con el cuerpo mojado y tembloroso aplastado contra el bordillo.

–Hola. Vengo a ayudarte. No te voy a lastimar. –Me quito los guantes y los meto en los bolsillos de mi abrigo. Luego extiendo los dedos hacia ella, despacio y con dulzura, y observo cómo la perra color crema se mueve con cautela para olisquearme–. Eso. Ya pronto estarás calentita y a salvo.

Cuando me estoy acercando para sujetarla del cogote, me sobresalta una presencia nueva.

–Eres una idiota. ¿Qué problema tienes en la cabeza?

Giro la cabeza a la derecha y me encuentro a Dean caminando furioso hacia mí en la nieve, con expresión encolerizada. Se pone la capucha bajo mi mirada fulminante.

–¿Además de ti?

–Muy graciosa, Corabelle –gruñe–. Vas a lograr que te maten.

–Supongo que estás de suerte, entonces.

–¿Puedes parar?

Los dos miramos a la perra, que ahora trata de incorporarse y huir, probablemente porque la aterra Dean, que se comporta como un bruto.

–La vas a espantar –lo regaño–. Yo lo manejo.

Dean suelta un resoplido, que toma el aspecto de una nube de humo al golpear el aire frío del Medio Oeste.

–¿Cómo planeabas llevarla al auto? Apenas lograste llegar hasta acá sin que te aplastaran. Y ese animal pesa por lo menos veinte kilos.

Bueno.

La verdad, no había pensado en todos los detalles.

–Déjame en paz. Ya lo resolveré. –Lanzo un vistazo a través de los dos carriles de la calle y la veo a Mandy observándonos desde el auto con los ojos como platos–. Seguro que mi hermana se está volviendo loca ahora que no te tiene al alcance de la mano.

–Sobrevivirá. Lo tuyo es más dudoso –replica Dean, vociferando cada vez más sobre el aullido del viento y los motores que pasan.

–Lo *tuyo* es dudoso –le devuelvo, y quizás sea la respuesta más patética que di hasta ahora. Es culpa del frío. Me acerco de a poquito al can, que pareciera algún mestizaje de *golden retriever*, y le murmuro más palabras tiernas y vanas para intentar ganarme su confianza en mitad de una tormenta de nieve a la hora punta de un lunes por la mañana.

–Yo la llevo –se interpone Dean, me hace a un lado y se precipita hacia el animal asustado sin ninguna gracia ni delicadeza.

–¡Dean!

–¡Ven acá, amiguito!

Avanza sobre la perra y esta sale disparada.

Huye cruzando los dos carriles opuestos a toda velocidad y por poco no provoca un choque múltiple.

–¡Mira lo que hiciste! ¡Dije que lo manejaría yo! –Clavo los ojos en Dean, boquiabierta, encendida de pánico y enojo.

–Ah, rayos –masculla él.

Antes de que pueda seguir insultándolo, Dean aprovecha una pausa del tráfico, cruza corriendo la carretera y baja un pequeño barranco nevado persiguiendo a la perra. Yo me quedo parada en la mediana con el estómago hirviéndome de nervios; no veo a Dean ni al animal. Los conductores bajan la velocidad y me miran atónitos: la adolescente que tirita en el medio de una intersección cubierta de nieve. Repiqueteo el pie sobre el cemento lodoso y vuelvo a ponerme los guantes para calentarme los dedos congelados. Observo y espero, mientras la angustia crece y el pecho se me cierra.

Y entonces los veo. Dean sube con dificultad por el barranco empinado, con el animal de veinte kilos en brazos. Mi suspiro de alivio golpea el aire y mi cuerpo se relaja; hasta que Dean se lanza a la carrera a través de la carretera, sin notar que un auto con las luces apagadas avanza hacia él a toda velocidad.

–¡Dean! –grito, y le llamo la atención justo a tiempo para evitar que el auto lo atropelle.

Lo veo cerrar los ojos y respirar hondo, seguramente para tomarse un momento y procesar lo que fue casi un encuentro con la muerte. Luego termina de cruzar la calle sano y salvo, se detiene en la mediana y me lanza su mirada fulminante característica.

Está sin aliento y tiene las mejillas rosadas por el viento cortante.

–Te detesto, Corabelle.

–Yo más –replico, sin poder evitar la sonrisa que se me cruza por la cara.

Volvemos al auto con cuidado y Dean deja que la perra salte al asiento trasero conmigo. Me acomodo, tratando de entrar en calor, y sonrío ampliamente cuando el animal me hociquea el regazo como si fuera a ser su lugar favorito del mundo. La perra suelta un suspiro largo, con el mentón apoyado en mi muslo. A salvo, por fin.

–Te llamaré Tormenta –le anuncio a la peludita de pelaje enmarañado y pata torcida–. Más les vale a mamá y papá que me dejen quedarme contigo.

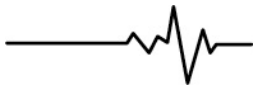
Mientras Dean pone en marcha el auto y vira de vuelta hacia la calzada principal, lo descubro mirándome por el espejo retrovisor.

Juro que noto una suavidad desconocida en sus ojos claros; algo que se asemeja a la ternura. Algo que no le había visto antes.

Pero desaparece tan rápido como llegó, y regresa el brillo malicioso.

Le enseño la lengua.

Él me enseña el dedo.



Presente

El octavo día nos saluda con rayos de sol cálidos, color mandarina, que contrastan vivamente con el sentimiento turbio y nebuloso de desesperación que habita en mi pecho.

Ocho días.

Parece más. Parece una eternidad.

Me pregunto cuándo perderé por completo la noción de los días y todo se difuminará en una sola pesadilla prolongada e interminable.

Dirijo la vista hacia Dean y, para mi sorpresa, lo encuentro mirándome de nuevo. Está demacrado y parece exhausto. Tiene las mejillas macilentas y los ojos bordeados de ojeras. La piel pasó de un bronce dorado y saludable a un blanco tiza. Su apariencia ha cambiado drásticamente en apenas veinticuatro horas.

Pero sigue teniendo los ojos azulísimos, y están clavados en los míos.

Estoy a punto de decirle «Buenos días», preguntarle cómo durmió, conversar de cosas triviales, pero él habla primero.

–Te habrías llevado a las dos.

Su voz suena tensa, y proceso la frase mientras lo miro parpadeando. Demoro un rato más de lo normal en comprenderla, y no sé si es porque estoy agotada o porque hay una parte de mí que dudaba de que Dean fuera a volver a dirigirme la palabra. Trago saliva, se me comprime la garganta.

–Habrías adoptado a las dos perras, porque tu corazón es demasiado grande para una sola.

Me creía demasiado abatida y deshidratada como para producir más lágrimas, pero me sorprendo cuando se me empiezan a nublar los ojos. Sostengo la mirada acuosa sobre Dean, por miedo a romper el contacto visual, miedo de que se repliegue y vuelva a dejarme sola. Le ofrezco una sonrisa leve. Después respondo, con la voz igual de rasposa:

–No pensaba que hubieras reparado en mi corazón alguna vez.

Es una declaración dura, y odio que sea cierta.

La cara cansada de Dean se torna todavía más cansada a medida que asimila mis palabras.

–Es imposible no notarlo, Cora.

Bajo por fin la mirada y me llevo las rodillas al mentón. Ya no oigo el caño que goteaba y me pregunto, distraída, si hará tanto frío afuera como para que las tuberías se hayan congelado. Se suponía que vendría un frente frío la semana pasada.

Cuando el silencio se vuelve demasiado doloroso, alzo otra vez los ojos hacia Dean. Él me sigue mirando. Igual de inexpresivo.

–¿Qué somos? –me pregunto en voz alta. No estaba esperando que salieran esas palabras, pero llevan días fastidiándome. Dean siempre cupo en un compartimento muy específico en mi vida. Dean, el imbécil. Dean, el idiota del novio de mi hermana. Dean, mi enemigo mortal.

Pero…

–Ya no te siento un enemigo –termino.

Te siento un salvavidas.

Observo cómo se le arruga levemente el entrecejo mientras me estudia. Pasan los segundos, se convierten en minutos. Nuestras miradas flotan sin rumbo y se encuentran. Flotan y se encuentran.

Está pensando. De seguro se pregunta lo mismo.

–No lo sé –responde al fin; una cierta tristeza tiñe cada una de las palabras–. Pero creo que tenías razón… no vamos a ser amigos nunca.

CAPÍTULO NUEVE

Cinco años antes

–¿Dónde aprendiste a hacer esto? No importa… No quiero saber.

Dean está forzando el candado de una casa antigua y abandonada con un objeto pequeño; quizás sea una horquilla. Quizás sea un trozo de su cuerno de demonio.

Brandon me ciñe la cintura con el brazo y me entibia con el calor de su cuerpo. Estamos recién a mediados de octubre, pero el aire trae un frescor insoportable, lo que le da a nuestra aventura en la casa embrujada la atmósfera espeluznante perfecta.

Mandy está encogida al lado de Dean, observándolo manipular la cerradura. Rebota sobre las rodillas y se abraza con los dos brazos.

–Date prisa, amor. Nos va a ver alguien –susurra con voz áspera–. Además, me estoy congelando.

–¿Por qué no te pusiste pantalones? –pregunta Dean–. Hace dos grados.

–No me combinaban con el vestido. Obviamente.

Típico de mi hermana, vestirse elegante para una pijamada ilegal en una casa victoriana de tres pisos venida a menos. Sacudo la cabeza y revoleo los ojos con exageración:

–¿A quién tratas de impresionar, hermanita? ¿Al fantasma del señor Garrison?

–Ja, ja –reacciona ella–. A diferencia de otras, a mí me gusta arreglarme para cualquier ocasión.

Mandy inspecciona de un vistazo, y sin disimulo, mis jeans azules gastados, mi sudadera holgada y mis botas ajadas. Me acomodo el moño desordenado con un tirón rápido e ignoro la insinuación de que mi apariencia no se ajusta a los estándares de la sociedad.

No tenía un allanamiento de morada anotado en mi lista de pendientes para hoy; ni para cualquier otro día, para el caso. Pero Mandy me convenció. La casa Garrison, que está embargada, protagoniza varias historias retorcidas y rumores sórdidos en nuestro pueblito, sobre todo en esta época del año. Además, Brandon sonaba más que entusiasmado con la idea de pernoctar en esta casa escalofriante, y no quería que pensara que soy una cobarde.

Lo soy, por supuesto. Prácticamente me estoy haciendo pis encima del miedo.

Mis ojos se enfocan en el intento de invasión de Dean mientras golpeteo el suelo con la punta de la bota, impaciente.

–Dijiste que esto sería sencillo –mascullo–. Eres un pésimo criminal.

–Ya casi.

Clic.

El candado se suelta y Dean me lanza un guiño triunfal.

–¿Decías?

Yo arrugo la nariz y le paso por al lado arrastrando los pies. Brandon me conduce hacia delante con la mano en mi espalda baja.

–Qué genial –declara Brandon, iluminando la entrada oscura con la linterna del teléfono celular. Se inclina y me besa en el espacio entre el cuello y el hombro–. ¿Tienes miedo, bebé?

Me estremezco.

Por el beso; no porque me esté imaginando cincuenta mil arañas ocultándose a toda prisa, esperando a que nos quedemos dormidos para metérsenos en los tímpanos y construir ciudades.

–No tengo miedo. Solo frío –miento.

Soy pésima para mentir, así que Brandon me da vuelta y me arrima para darme un beso rápido.

–Está bien estar asustada. Eso es lo divertido.

–Sí, es divertido, Corabelle. –Dean aparece a nuestro lado subiendo y bajando las estúpidas cejas–. Has leído sobre la diversión en tus libros, ¿no?

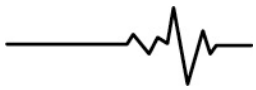
–Espera. ¿Sabes qué es un libro?

Mandy me da una palmada en el brazo y agita el pelo rubio desteñido para un lado y para el otro.

–Me preocupaba que nos liquidaran los espíritus demoníacos que viven en las paredes, pero estoy bastante segura de que tú y Dean terminarán matándose primero.

Me encojo de hombros.

Es probable que tenga razón.



Algo me hace cosquillas en la nuca, y estoy casi segura de que es una tarántula o aquel demonio de *Actividad paranormal* que me respira encima.

Me golpeo el cuello con la palma abierta, después balanceo la cabeza para quitarme los escalofríos que me recorren el cuerpo. *Diuj*. Cuando bajo la vista para terminar de desenrollar mi bolsa de dormir, veo tres arañas enormes y peludas que salen del algodón, listas para chuparme el alma.

Pego un grito.

Fuerte.

Entonces siento otro cosquilleo en el cuello y me incorporo de un salto, pataleo, me sacudo los brazos, el pelo, la ropa. Pateo la bolsa de dormir con un pie tembloroso y, cuando me alejo, impacto con un cuerpo firme. Grito otra vez.

Una risa conocida me asalta los oídos.

Giro como un trompo y diviso la pluma que tiene en la mano, y enseguida me pongo a molerle el pecho a puñetazos furiosos.

–¡Imbécil! –vocifero, con el corazón frenético debajo de la sudadera–. ¡Te odio!

–Sí, sí, sí –Dean me toma por las muñecas y detiene mi ataque en un santiamén–. Yo te odio más.

–No. –El pecho se me sigue inflando y desinflando mientras lo miro con los ojos entrecerrados–. No hay manera de que me odies más de lo que te odio yo. –Me libero los brazos de un tirón.

No me responde a eso. Sabe que tengo razón.

–¿No te gustaron las arañas? –La sonrisa de Dean es ancha y maliciosa.

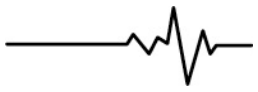
Giro la cabeza para ver los demonios horripilantes, solo para caer en la cuenta de que son, efectivamente, de mentira.

Idiota, idiota, idiota.

–Me lo dejas demasiado fácil, Corabelle –levanta las manos cuando me vuelvo para fulminarlo con la mirada.

No le dedico ni un segundo más y me alejo como una tromba para unirme a Brandon, que va a explorar el primer piso. Me vengaré más tarde.

Es una promesa.



–¿Quieres una, Corabelle?

Estoy sentada frente a una cantidad excesiva de velas, tratando de mantenerme calentita con whiskey y mantas de polar. Mandy está en el baño esponjándose el pelo o algo así, y Brandon juega con su nuevo teléfono celular en la otra habitación.

–No me llames así. –Miro hacia Dean, que ha aparecido a mi izquierda y me tiende una caja de rosquillas espolvoreadas con azúcar glasé.

Me encantan las rosquillas de azúcar glasé.

Lo escruto con ojos entrecerrados, pero su rostro permanece sereno e indescifrable. No le brilla la mirada con ninguna intención traviesa o vil. Extraigo uno de los brazos de la manta cuadrillé roja y negra y tomo una rosquilla de la caja.

Le doy un mordisco, pero la escupo al instante, al inhalar una bocanada de almidón de maíz.

Hijo de puta.

Dean estalla en risas, y estoy a punto de insultarlo a gritos, de ponerme a golpearlo de nuevo, quizás, pero me surge una idea en la cabeza y actúo con rapidez.

Me llevo las manos al cuello y empiezo a toser, con los ojos llorosos, todo el cuerpo tembloroso.

–S… soy alérgica… al maíz… –balbuceo, me clavo los dedos en la garganta, resuello y me doblo con un realismo impresionante.

–Mierda, Cora –Dean empalidece, se arrodilla a mi lado y se pone a golpearme la espalda–. No sabía. ¿Estás bien?

–No… puedo… respirar… –sacudo la cabeza y tomo aire con violencia.

–Mierda… ¡mierda! –grita él, y me zarandea con los ojos llenos de terror.

Me tiro de espaldas sobre la bolsa de dormir, con los dedos todavía enroscados en el cuello, y finjo que me estoy rindiendo. Se me van cerrando los párpados y dejo caer la cabeza a un costado, el cuerpo, inerte.

No te rías. No te rías.

–La puta madre… ¡Cora! –Me sigue zamarreando–. ¡Cora!

Ojalá pudiera verle la cara en este momento.

–¡Mandy! –chilla, y oigo múltiples pasos que ingresan a la habitación.

Dean me endereza la cabeza y sujeta mi rostro entre sus manos, acariciándome las mejillas frías con los pulgares. El gesto es extraño y dulce, y me pone nerviosa, así como estoy, tirada, conteniendo el aliento.

–Se desmayó, Mandy. La cagué. Dios mío –tartamudea–. ¡Cora!

–¿Qué carajo pasó? –oigo que dice Brandon cuando se acerca.

Mandy entra en pánico, y me la imagino agitando los brazos como un pájaro, como hace siempre que se alborota.

–¿Mataste a mi hermana? –le reclama a Dean.

–¡No sabía que era alérgica al maíz!

De repente, una boca caliente desciende sobre la mía, y no es la de Brandon. He memorizado la sensación de la de Brandon, agrietada y áspera, con un labio superior finito.

No, estos son carnosos y suaves y saben a menta y whiskey.

Dean está intentando reanimarme.

Por mucho que me esté deleitando con mi broma, debo trazar el límite en tener la boca de Dean sobre la mía, por más entretenido que sea esto. Además, ahora están involucrados Brandon y Mandy, y no es justo para ellos.

Abro los ojos.

Dean se pone a presionarme el pecho y me sopla bocanadas de aire en la boca, con la frente reluciente de transpiración. Mis labios entreabiertos forman una sonrisa contra los suyos y él se da cuenta, se aparta y me mira.

–Caíste. –Mi sonrisa se ensancha y me echo a reír sin poder controlarme.

Dean se aleja de un salto, se pone de pie y se frota la cara con las dos palmas. Se pasa los dedos por el pelo y se me queda mirando mientras yo ruedo a un costado, ahogada en mi propia diversión.

–¿Es una puta broma?

No puedo parar de reírme.

–¡Pensé que te habías muerto!

Se me escapan unos ronquidos y no puedo recuperar el aliento. Me da miedo desmayarme de verdad.

–No estuvo bien eso, hermanita –habla Mandy, con los brazos cruzados sobre su pecho abundante.

–Sí, amor, nos asustaste. –Brandon está acuclillado al lado mío, una mano en mi hombro.

Permito que mi risa se apague al tiempo que me incorporo sobre las manos, y mis ojos encuentran a un Dean bastante disgustado.

–Te la creíste, y te merecías cada segundo. Tu cara fue impagable.

Dean me devuelve la mirada, me clava los ojos inconmovibles, sus hombros suben y bajan. Es evidente que no comparte mi diversión. De hecho, jamás lo vi mirarme así: cansado, indignado, quizás hasta un poco dolido.

Qué importa.

No me arrepiento.

–Necesito un cigarrillo –anuncia con tono hosco, rebusca en los bolsillos y extrae un paquete. Me lanza una mirada furiosa y final, y desaparece en una de las habitaciones contiguas, donde el viejo entarimado rechina con cada paso.

La noche continúa con mucha menos emoción, conmigo acurrucada sobre el pecho de Brandon, sorbiendo un trago. Contamos historias de fantasmas alrededor de las velas, comemos palomitas de maíz y galletas de chips de chocolate, y permitimos

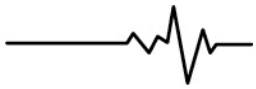
que la mente nos juegue bromas pesadas, nos reímos y chillamos con cada sonido extraño y espeluznante.

Es una noche divertida. Memorable.

Pero hay algo raro.

Pueden ser los lechos incómodos donde dormimos. Puede ser el aire frío. Puede ser el dolor de estómago por toda la comida chatarra que he consumido. Pueden ser las arañas que acechan en las sombras, esperando reproducirse adentro de nuestro cerebro.

O… puede ser que Dean no me vuelve a dirigir una sola palabra en toda la noche.



Presente

Transcurre más de una semana lenta en esta casa del horror.

Dieciséis atardeceres se nos burlan desde la ventana escarchada.

Veinte preguntas. Sándwiches de pavo. Violaciones. Punzadas de hambre. Punzadas en el corazón. Canciones. Anécdotas. Desesperación. Sexo con Dean.

Sexo con Dean.

Eso es algo que probablemente nunca termine de comprender. Ya ha sucedido cuatro veces. *Tuve relaciones sexuales con Dean cuatro veces*. Y no es violación; no lo llamaré nunca violación. Todas las veces espera a que le dé mi consentimiento. Todas las veces está dispuesto a morir en ese momento si decido negarme.

Y todas las veces, aun así, se muere un poquito.

Earl y Dean se turnan los días como si hubiera un maldito cronograma. Mi cuerpo ya no es mío. Pero Earl me trata como una bolsa de basura, podrida y desechable, mientras que Dean me masajea la muñeca para ayudarme a lidiar con el momento, me susurra su vergüenza al oído y derrama sus lágrimas sobre mi cuello antes de ser alejado a rastras y vuelto a encadenar.

Hoy le toca a Dean, y lo agradezco.

Dean me sostiene la muñeca entre los dedos y el pulgar, dibuja círculos y círculos y círculos mientras entra y sale de mí. No me mira. De hecho, ya casi nunca me mira a los ojos. Creo que tiene miedo de lo que pueda llegar a encontrar ahí.

–Buen perro –dice Earl con desprecio a unos metros de distancia, desde donde da órdenes entre sus gemidos repugnantes–. A la gatita le encanta.

Inspiro y mantengo la cabeza hacia el otro lado. Dean se aparta, me suelta el muslo y lleva la mano a mi cara. Por la diferencia de altura, caigo de pie y él se sale. Podría sostenerme con la otra mano, pero no lo hace. No quiere desprenderse de mi muñeca.

Me toca la mejilla con delicadeza y cariño, y se me eriza la piel, algo que espero que él no note.

–¿Estás bien?

–No te dije que pararas, perro estúpido –interrumpe Earl.

Le dirijo una mirada veloz a Dean, asiento con la cabeza y me trago la verdadera respuesta: no estoy bien. Nunca voy a estar bien.

Dean suspira y parpadea despacio. No está convencido, pero también sabe que no puede hacer nada al respecto. Vuelve a alzarme con reticencia y, una vez más, se coloca dentro de mí, y yo suelto un leve suspiro cuando me llena. Sentirlo entre las piernas me provoca una sensación extraña y perturbadora de alivio. Quizás es un caso retorcido de síndrome de Estocolmo. Quizás me he vuelto loca. O quizás Dean me brinda calidez y protección y familiaridad, y eso es lo único a lo que puedo aferrarme.

Tomaré lo que pueda.

Cuando acaba, Dean se retira y hunde la cara en la curvatura de mi cuello, como hace siempre.

–Lo siento. Lo siento muchísimo, Cora. –Su aliento me hace cosquillas en la oreja y sus lágrimas me humedecen la piel–. Por favor, perdóname.

Lo perdono. Siempre lo perdono.

Dean es devuelto a empujones a su rincón y esposado como un perro de verdad. Ahora es cuando Earl suele irse a trabajar, pero se detiene y gira para fijar los ojos oscuros en mí. Me estremezco.

–Mi turno, gatita.

¿Qué?

No. Por favor, no.

–Pe… pensé que te tocaba mañana –replico con un hilo de voz, y retrocedo despacio, deseando poder desaparecer en el caño.

Earl avanza con un paso largo y me pega una bofetada, lo que me provoca un grito.

–¡Ey! –Dean agita las cadenas; la furia irradia de sí como en ondas.

–Yo tomo lo que quiero cuando quiero, puta estúpida. ¿Entendido? –sisea Earl.

Asiento con la cabeza al tiempo que se me escapan las lágrimas de los ojos; la mandíbula me palpita.

Earl se arranca el cinturón… y, mientras lo desliza con dificultad por las presillas, advierto que sale volando una piecita de la hebilla. Es tan pequeña que apenas si hace ruido cuando aterriza junto al pie de Dean; pero él se da cuenta. Intento no llamar la atención ni delatarnos, pero los ojos se me abren como platos cuando se clavan en Dean, y observo cómo esconde el trocito de metal debajo del calcetín.

No sé qué significa ni qué utilidad tendrá, pero es algo.

Es lo único que tenemos.

CAPÍTULO DIEZ

–¿La extrañas?

El sol asoma por la ventana en el decimoctavo día, provocativo. Estamos frente a frente, cada uno en su rincón, con las piernas extendidas delante, y casi llegamos a tocarnos los dedos de los pies. Dean está encorvado y apoyado contra su caño, con los ojos fijos justo encima de mi hombro.

–¿A quién? –duda, ausente.

–A mi hermana. –Sabe a quién me refiero, pero respondo igual.

Dean parpadea despacio y con pereza. Hay una mirada distante en su rostro, una oleada de silencio pasa entre los dos, y me pregunto si está repasando recuerdos en la mente como una película. Finalmente, asiente con la cabeza una vez, igual de despacio.

–Nos íbamos a casar en dos semanas. Mandy quería una boda invernal con chales de terciopelo, un trineo tirado por caballos y luces navideñas blancas.

Una sonrisa nostálgica se abre camino a medida que rememoro lo que veníamos planeando con Mandy para su casamiento. Teníamos vestidos color rubí con echarpes color blanco nieve para las damas de honor. Era mágico.

Habría sido mágico.

Ojeo a Dean, y en silencio le ruego que me mire. Que me *vea*.

Que me asegure que todavía soy real.

–Estaba muy entusiasmada con casarse contigo –susurro.

Amanda Asher.

Mi último recuerdo de Mandy es ella practicando su futura firma en la cuenta del bar aquella noche fatídica.

Observo cómo Dean aprieta la mandíbula como reacción a mis palabras, y cierra los ojos al tiempo que acepta el hecho de que, tal vez, nunca se case con Mandy. Tal vez nunca se case y punto. Tal vez nunca tenga hijos ni mire otro partido de fútbol americano ni coma otro filete jugoso ni acaricie un perro ni duerma en una maldita cama con una alarma que lo despierte y le diga «Buenos días. Es más temprano que la mierda y hoy tienes que pasarte diez horas trabajando como un esclavo, pero al menos puedes respirar aire fresco y sentir el sol en la piel».

La cabeza de Dean vuelve a caer contra el caño, los ojos aún cerrados. Pero, cuando los abre, busca por fin mi cara. Mis ojos tristes, color jade. Mi piel desvaída y mi pelo enmarañado. Me *ve*, y se siente como un pequeño milagro.

Soy real. *Somos* reales.

–Hoy saldremos de acá.

En cuanto pronuncia las palabras que hacen que mi corazón se detenga como por diez segundos, oímos las botas de Earl bajando con pesadez por los escalones de madera.

Hoy le toca a Dean. Gracias a Dios.

–A levantarse, mascotitas. ¿Listos para un nuevo día?

Se acerca a Dean a paso tranquilo, el estrépito de sus botas industriales contra el cemento, tan hostil como siempre. Earl abre las esposas y se aleja unos pasos, con el arma apuntando directamente al cráneo de Dean.

Pero, en lugar de caminar hacia mí como suele hacer, Dean se queda parado donde está. Completamente quieto, inexpresivo, lo desafía a Earl con una mirada feroz.

–Eres un gordo hijo de puta –dice en un tono grave y firme.

Earl no mueve un pelo, y yo observo la escena aterrada y en silencio, rodeo el caño con los dedos y me aferro con fuerza.

Entonces Earl le cruza la mandíbula a Dean con un puñetazo.

Me contraigo y protesto con un grito, y tironeo de mis cadenas para atraer la atención de Earl. Cuando Dean se incorpora despacio, tiene el puño apretado, con un tesoro oculto.

Earl presiona el cañón de la pistola contra la espalda de Dean y lo empuja en mi dirección.

–No te hagas el rebelde, niño. La próxima te meto una bala en la cara, en vez de un puñetazo –advierte–. Tienes los días contados.

Con la respiración agitada, lo espero a Dean que se aproxima a mí y se pone cara a cara, ojos azules sobre verdes. Mi mirada cae sobre su labio roto, que ya está hinchado y manchado de sangre. Inspiro y casi me ahogo cuando el aire me llega a la garganta. Entonces Dean se inclina sobre mí. Apoya esos labios carnosos sobre los míos, y enseguida siento en la lengua el sabor de la sangre, metálico, como de cobre, mezclado con sudor y con un dejo de menta del dentífrico. Entreabro la boca y dejo que su lengua se deslice dentro, y él respira hondo, *tan hondo* que parece que estuviera succionándome la fuerza vital para sobrevivir.

Mientras me besa, lo siento estirar el brazo alrededor de mi cuerpo y encontrar mis muñecas esposadas. Pero, en lugar de colocar el pulgar en el punto donde se mediría mi pulso, como suele hacer, se detiene. Aparta la boca de la mía y roza los labios contra mi mejilla derecha hasta llevarlos a mi oreja. El cosquilleo de su aliento caliente me hace estremecerme.

Entonces susurra con voz rasposa:

–No sueltes los grilletes. Que no se caigan.

Otro aliento se me queda atascado en la garganta al tiempo que, por instinto, envuelvo el metal con los dedos y lo sujeto lo más fuerte que puedo. Dean se toma un momento para desabrocharse el cinturón y bajarse los jeans hasta los tobillos, después de lo cual me alza con las dos manos.

–Pon las piernas alrededor de mí –ordena.

Ignoro el hormigueo que me producen esas palabras y hago lo que pide: me sostengo para que Dean pueda tratar de abrir mis grilletes con el trozo de la hebilla del cinturón. Parece una hazaña imposible, pero, por Dios, nunca deseé tanto algo.

Dean se introduce en mí, apartando la mirada como siempre, incapaz de contemplar mi reacción a lo que él considera una violación horrenda. Yo debería pensar lo mismo, de verdad que sí, pero adivino que mis ojos cuentan otra historia.

Mejor que no mire.

Cuando entramos en un ritmo cómodo, Dean vuelve a encontrar mis muñecas y presiona la barbilla contra la curvatura de mi hombro derecho para esconder la cara de la mirada de Earl. Desde la otra punta de la habitación, probablemente parece que está disfrutando mucho de darme contra el caño; cuando, en realidad, está intentando liberarme. No echo de menos sus masajes en mi muñeca hoy, porque estoy demasiado distraída con la idea de escapar y salir, por fin, de esta prisión.

Por favor, que funcione. Por favor, por favor, que funcione.

Cuento mentalmente los segundos, mientras trato de mantener una expresión concentrada e indescifrable. El tiempo se siente más largo de lo habitual, y el pánico me gruñe en el estómago. Intento regularizar la respiración, con los ojos cerrados. Espero y espero y espero.

Y entonces Dean vuelve a llevar los labios a mi oreja y susurra:

–Necesito que gimas, Corabelle.

¿Que gima?

Trago saliva, vacilante.

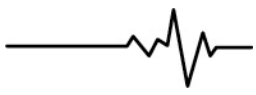
–Por favor –ruega con suavidad, y la súplica amortiguada contra mi oído me hace erizar más la piel.

Asiento con la cabeza y produzco mi gemido más convincente, que tapa el sonido de las esposas que se sueltan detrás de mí y oculta la evidencia de nuestra victoria épica.

Mierda, lo logró. Dean lo logró.

Aprieto los grilletes de metal con todas mis fuerzas, para asegurarme de que no golpeen el piso y nos delaten. Dean se toma un momento para concentrarse en su «tarea» y acaba dentro de mí un minuto más tarde. No me pide disculpas esta vez. No llora ni ruega que lo perdone.

Se aparta y me guiña un ojo.



Esperamos lo que parece una eternidad, en rigor, menos de una hora, hasta estar seguros de que Earl se ha ido a trabajar.

Earl tiene una rutina. Trabaja de lunes a viernes, sale por la mañana y regresa poco después del atardecer. Hoy es jueves, y a esta altura ya debería estar de camino al trabajo, lo que nos da menos de ocho horas para irnos a la mierda.

El corazón está a punto de estallarme en el pecho de la expectativa y la ansiedad. Hay muchísimo que depende de esto; *todo* depende de esto. No tengo ni idea de cómo liberar a Dean de sus cadenas, así que nos llevará un rato resolverlo. Nunca en mi vida forcé una cerradura, menos esposas profesionales.

–Ya debe de haberse ido –dice Dean a mi derecha, y los nervios se me ponen a bailar mambo en el estómago–. ¿Lista?

–Lista –suspiro con fuerza. Suelto, por fin, el metal y siento cómo los grilletes se deslizan de mis muñecas. Al principio no parece real, así que me quedo ahí sentada, sin acordarme de que puedo moverme. Puedo caminar. Puedo bailar de felicidad, si quiero. Me incorporo con pies tambaleantes y fijo la mirada en Dean.

Entonces corro hasta él.

Está parado enfrente de mí, con los ojos abiertos y expectantes, y el pecho se le infla y desinfla al compás de su respiración nerviosa. Me catapulto derecho hacia él, le lanzo los brazos al cuello y lo toco por primera vez en semanas. Toco a *alguien*. Mis manos son mías. Mi cuerpo es mío.

Deslizo los dedos entre su pelo, tironeo con delicadeza, saboreo la sensación de los mechones suaves. Dean no me pide que me apresure; no, me regala este momento. Me permite pasarle las palmas cuello abajo, por los omóplatos, luego subirlas y llevarlas a su pecho. Las planto ahí por unos segundos, para asimilar los latidos rápidos de su corazón.

Está cálido y a salvo y vivo.

Esto está pasando en serio.

Alzo los ojos a los suyos, abrumada por la emoción. Un sentimiento similar me devuelve la mirada y casi me quita el aliento.

Recupero la compostura, aparto las manos del pecho de Dean y doy un pasito hacia atrás.

–No sé cómo quitarte las esposas.

–Yo sí. Te guiaré. Dejé caer la piecita detrás de tu caño, tráela y te diré qué hacer.

Asiento con la cabeza, me dirijo al rincón de mis pesadillas y deslizo las manos por el suelo polvoriento; mis ojos sondean cada centímetro de la superficie buscando el pequeño pasador dorado. Cuando lo veo, lo levanto pellizcándolo con los dedos y regreso con Dean a toda velocidad, a la espera de instrucciones.

Me instalo detrás de él, que vuelve a sentarse y me toma las manos con las suyas. Empieza a guiarme por el proceso, pero yo siento la mente nublada y desconcentrada, y me tiemblan las manos, entonces el pasador no para de caérseme. Él menciona una cerradura y una traba y un seguro. Sentido horario, sentido antihorario, resortes y dientes.

Es muchísimo. Es demasiado.

–No… no puedo, Dean. –Empiezo a entrar en pánico, el metal tiembla en mis manos ineptas–. Soy malísima. Perdón.

–Ey, ey. No es nada fácil. Lo estás haciendo muy bien.

Continúo, mascullo insultos y se me empieza a acumular el sudor en la frente. Transcurren al menos treinta minutos, lo que transforma mi ansiedad en un torbellino. Me dejo caer sentada con un gemido de derrota y me seco el ceño húmedo con el dorso de la mano.

–No puedo.

Dean se queda callado un momento y observo cómo los hombros se le caen un poco. Lo debo haber decepcionado muchísimo.

–No pasa nada, Cora. No te preocupes –trata de encontrarme por encima del hombro. Me acerco para que nos podamos ver–. Sal de aquí y busca ayuda.

–¿Y dejarte a ti solo? –Lo miro boquiabierta–. Ni… ni siquiera sé dónde estamos. ¿Y si me pierdo? ¿Y si no consigo ayuda y Earl descubre que me escapé? ¡Te matará! –divago sin aliento.

–Voy a estar bien. Solo vete de aquí. Busca una calle principal y pídele a alguien que llame a la policía.

–¿Y si…?

–Vete, Cora. Por favor.

Nuestros ojos quedan enlazados al tiempo que sus palabras entran goteando y se pegan a cada parte de mí. Me trago mi miedo y mis preocupaciones y mis dudas, y accedo con un gesto de la cabeza.

–Está bien. –Me incorporo, Dean me imita. Siento las rodillas débiles y temblorosas cuando me inclino para un abrazo más, y memorizo el aroma de su piel–. Te voy a sacar de aquí –le susurro al cuello.

Mantenemos el contacto visual por apenas un momento más, después me vuelvo y troto hasta la escalera.

–Cora.

Me detengo con el sonido de su voz y doy un giro para enfrentarlo desde la otra punta de la habitación.

–¿Sí?

Dean se muerde los labios mientras rumia lo que va a decir. Veo cómo sube y baja su garganta al tragar él saliva, observo el pelo crecido que le cubre la frente.

–Ya sé que dije que podías seguir odiándome cuando saliéramos de acá –con la voz llena de angustia–. Pero espero que no lo hagas.

Flota un silencio solemne entre los dos, espeso y tangible.

Parpadeo.

–Pero es divertido –sonrío entonces.

La boca de Dean se levanta también en una sonrisa, y él absorbe las palabras que he negado con tanta insistencia durante tanto tiempo. Me aferro a esa sonrisa, la uso de combustible para subir los escalones de madera, y ruego y rezo por que la puerta del sótano esté sin llave. Si no, supongo que me apretujaré para pasar por la ventanita diminuta que lleva tentándome dos semanas y media. Me muerdo el labio y extiendo una mano indecisa hacia el pomo.

Gira. La puerta rechina y se abre.

Dios existe. Dios existe, carajo.

Suelto un suspiro lento, y el cuerpo se me relaja apenitas. He logrado salir del sótano. Del calabozo. Del *infierno*.

Ahora… a sentir el aire seco de noviembre en la piel. Quiero tragarlo y que me limpie, que se lleve todo. Cada violación y cada noche sin dormir. Cada punzada de hambre y de sed insaciable. Cada lágrima, cada pesadilla, cada pensamiento vacío.

Doy unos pasos cautelosos por el pasillo angosto, dejo atrás el bañito a la izquierda y me dirijo al salón principal. La casa apesta a moho y orina. Unas cuantas fotografías torcidas revisten las paredes y me muestran que este monstruo no es un monstruo de verdad. Es un ser humano. Tiene una vida. Una familia. Ellos no tienen ni idea de en qué se ha convertido.

Sigo caminando, reparo en una cocina de los años setenta a la derecha y en otra sala de estar a la izquierda que huele a humedad. Hay una puerta de roble junto al salón. Una vía de escape.

Pero, antes de salir, me llama la atención un calendario. Está clavado a la pared que tengo delante con una tachuela roja. Las fechas están tachadas con equis grandes en marcador negro, empezando por el 8 de noviembre y terminando ayer, el 25 de noviembre. Hay una leyenda garabateada al lado del número ocho: «Mascotas nuevas». Un escalofrío me recorre la médula mientras mis pies se abren camino hasta el calendario. Es surreal pensar que desperdiciamos casi todo el mes en cautiverio.

Me gana la curiosidad y hojeo los meses previos. Los nueve días anteriores al ocho están vacíos; la última equis está dibujada en el cuadrado del 29 de octubre. Se me retuerce el estómago de espanto al caer en la cuenta de que, probablemente, otra pareja murió ese día. Cuento las equis precedentes: hay veintidós. La pareja que vino antes de nosotros sobrevivió veintidós días en ese sótano.

Ya casi se nos había acabado el tiempo.

Se me escapa un sonido estrangulado y me llevo una mano a la boca para contener las náuseas. Se me revuelven las tripas, tengo ganas de vomitar. Y de llorar. Y de gritar.

Pero no. Ya casi lo logro. Ya casi salgo.

Por instinto, tomo algunos sobres de una pila de correo que hay sobre la mesa de la cocina.

Están dirigidos a Earl Hubbard. Aparece su domicilio.

Perfecto.

Doy media vuelta, sin preocuparme porque solo llevo puestos los zapatos demasiado grandes de Dean y una camiseta que apenas me llega a la mitad de los muslos. Lo único que me importa es conseguir

ayuda para Dean. Lo único que me interesa es terminar con esta pesadilla y poner a Earl tras las rejas por el resto de su vida.

Corro a la puerta de entrada y la abro con brusquedad. El aire fresco me golpea, mucho más frío de lo que anticipaba. Helado, probablemente. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos en una especie de granja, muy lejos de la civilización. Las hectáreas se extienden más allá de lo que llegan a ver mis ojos. Una parte de mí se pregunta cuánto tiempo duraré acá afuera sin sucumbir a la hipotermia.

No.

Dean cuenta conmigo. Su vida depende de mí.

Yo puedo.

Salgo a toda velocidad y me pongo a correr derecho, con la esperanza de que haya alguna calle o algún pueblo detrás de la línea de árboles. Las hojas congeladas crujen bajo mis pies, el viento frío ya empieza a helarme las piernas.

Pero mi escape se ve interrumpido cuando una mano me tapa la boca y un brazo grueso me rodea la cintura y me lleva para atrás. Se me caen los sobres.

No, no, no.

–Buen intento, gatita –me gruñe Earl al oído mientras yo pataleo y grito en su palma asquerosa–. Pagarás por esto.

–¡No! –grito y grito y grito, pero la mano de Earl sofoca mis esfuerzos. Mientras me arrastra de vuelta a la casa, noto a un costado una parrilla a carbón con un pavo sobre la rejilla. Parpadeo, golpeada por este giro cruel del destino.

Es el Día de Acción de Gracias.

Es feriado nacional.

Malgastamos nuestro intento de huida el único día en que Earl no tenía que ir a trabajar.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras lucho con toda la fuerza que me queda. Cuando el tipo me arrastra por el umbral y hacia la sala de estar, diviso un teléfono de línea en la pared más lejana.

Ay, Dios.

¿Por qué no se me ocurrió buscar un teléfono? Estoy tan acostumbrada a mi celular. Ya nadie tiene teléfonos de línea. Pero, si hubiera prestado atención, podría haber llamado a la policía y esperado a que nos rescataran, lo que habría evitado este auténtico desastre de intento de escape. Ahora volvemos a cero.

Ahora estamos muertos.

Mientras me tironea hacia el pasillo, muevo la cabeza a un lado y al otro hasta que logro abrir la boca. Aprovecho la ventana de oportunidad y le muerdo con fuerza la mano, que sangra. Earl aúlla de dolor e, instintivamente, me suelta, lo que me da la chance de correr hasta el teléfono.

Lo alcanzo.

Descuelgo y empiezo a marcar con dedos temblorosos.

9-1…

–Puta de mierda. –Earl me quita el teléfono de la mano antes de que logre apretar el último número, y entonces me da en la cabeza con una especie de caño de metal. Caigo al suelo de la cocina, mareada, y se pone a patearme en las costillas. Chillo de dolor, de miedo, de desesperanza. Tirada sobre los cerámicos amarillos manchados, oigo que Dean grita por mí allá abajo; me ovillo mientras la punta metálica del pie de Earl me rompe las costillas en dos.

Cuando siento que estoy a punto de desmayarme, Earl me agarra del pelo con un puño y me arrastra por el pasillo. Me retuerzo y me resisto, le clavo las uñas en el brazo, pero no sirve de nada. Abre la puerta del sótano y me arroja por las escaleras.

Oigo que Dean grita mi nombre justo antes de que mi cráneo golpee el cemento y todo se vuelva negro.

CAPÍTULO ONCE

Creo que las olas susurran mi nombre.

Quizás me están cantando y mi nombre es la canción favorita del océano.

–Cora.

Suena tan hermoso viniendo de la boca del mar espléndido. Cada letra es una nota perfecta. Cada sílaba es una melodía, armoniosa y pura.

Pero, al tiempo que el agua me acaricia los dedos de los pies, sopla un viento asolador y arranca mi nombre del suelo oceánico. La canción se vuelve dura y fuerte, como un bombo que me retumba en los oídos, me golpea las costillas y me estruja la cabeza hasta que grito. Me duele… *me duele*.

No debería dolerme.

–Cora.

Abro los ojos con parpadeos lentos y dolorosos, y mi entorno empieza a tomar forma.

Mi realidad.

La evidencia de mi fracaso.

Me pongo a llorar al instante, con la mejilla apoyada sobre el cemento áspero y las manos atadas detrás de mí en una posición que me resulta demasiado familiar. Sollozo, histérica y débil, y descubro que mis ojos son incapaces de producir lágrimas.

Ni siquiera puedo llorar.

–Cora… mierda, Cora, pensé que estabas muerta –suspira Dean con la voz teñida de un alivio impetuoso–. Háblame, Corabelle. Dime que estás bien.

Continúo lamentándome, sacudiéndome y gimiendo, con el cuerpo devastado por la derrota irremediable y más dolor del que puedo procesar.

–Fallé. Te fallé. Lo siento mucho –suelto entre sollozos ahogados y sin lágrimas, y me llevo las rodillas al pecho adolorido. No sé qué tengo más roto, si las costillas o el corazón–. Lo siento mucho, Dean. Solo me quiero morir.

–Ni se te ocurra decir eso –me suplica con desesperación–. No es culpa tuya. Esto no se terminó. Por favor, no te rindas, Corabelle. Te necesito.

No lo puedo mirar. Es la prueba viviente de mi cagada fatal.

–¿Te acuerdas del día en que a Tormenta la atropelló un auto? ¿Te acuerdas de lo que te dije? –continúa Dean.

Sorbo por la nariz, con el mentón en las rodillas, tumbada de lado en el suelo.

–Dijiste que, si se moría, podía adoptar otro perro.

–Esa parte no. –El suspiro de Dean viaja hasta mí, y lo oigo a él acomodar sus cadenas–. Te dije que el corazón le seguía latiendo. Mientras siguiera latiendo, ella estaba bien.

Me acuerdo de eso.

Fue hace cuatro años. Yo había pasado por la casa de mis padres durante mi pausa para almorzar, para pasear a Tormenta. De alguna manera, se le rompió el collar y salió disparada hacia la calle, detrás de una ardilla. La culpa casi me destruyó; estaba segura de que se iba a morir y de que yo sería la responsable.

Pero Dean fue la primera persona en llegar al hospital veterinario. Supuse que era porque siempre había tenido debilidad por aquella perra peludita color marfil que había rescatado durante una tormenta de nieve hacía tantos años, pero recuerdo que estuvo inusualmente amable ese día. Se quedó conmigo tratando de calmarme hasta que aparecieron mi hermana y mis papás. Incluso me acarició la espalda mientras acallaba mis lágrimas. La extrañeza de su disposición alcanzó para distraerme del dolor, y siempre permanecieron en mí sus palabras: «Mantente en el presente», me dijo Dean con una voz tranquilizadora y desconocida. «El corazón le sigue latiendo… mientras siga latiendo, se encuentra bien. Vívelo de

un segundo a la vez, Corabelle. Tormenta está bien y no existe realidad en la que no esté bien».

Tormenta sobrevivió y Dean regresó a su habitual personalidad molesta al día siguiente. Volvimos enseguida a nuestros conocidos intercambios agudos y a nuestra antigua rutina combativa. «Dean, el compasivo» era un recuerdo lejano, que olvidé rápidamente, y me imaginé que solo había sido amable conmigo porque Mandy lo había regañado más de la cuenta esa semana, por casi haber saboteado mi entrevista para el puesto de profesora cuando envolvió mi auto en plástico.

Me trago mis suspiros espásticos e intento aplicar sus palabras de consuelo a nuestra situación actual. Todavía no se terminó. Los dos seguimos con vida y, mientras sigamos con vida, habrá esperanza.

Tengo que mantenerme presente.

No se terminó.

Me obligo a sentarme y, cuando me inunda el dolor, hago una mueca con los dientes apretados. Estoy segura de que tengo costillas rotas, además de una contusión.

Pero no estoy muerta. Todavía estoy bien.

Por fin miro a Dean, respiro con dificultad y trato de bloquear el malestar que me quema y atraviesa el naufragio de mi cuerpo. No digo nada, pero veo que sus ojos se suavizan bajo mi mirada… *esperanza renovada*. No necesito hablar para que lo sepa: me levanté. Me recompuse.

Vamos a pelear hasta el último aliento.

CAPÍTULO DOCE

Llega el día veinte, y nos estamos quedando sin tiempo.

Earl no nos dio ni comida ni agua ayer; solo nos permitió usar el baño y lavarnos los dientes, y luego me sometió a una golpiza con su cinturón de cuero, que incrementó el dolor de mi cuerpo ya roto.

Fue un castigo por «mala conducta».

Sorbí tragos enormes de agua del lavabo mientras me cepillaba los dientes, así que todavía no moriré deshidratada, pero siento que el cuerpo se me debilita a cada minuto.

No dejo de pensar en la pareja anterior a nosotros, que solo sobrevivió veintidós días, y me pregunto si ese es el número fatal. Después me obligo a apartar esos pensamientos improductivos, porque no es el día veintidós. Es el día veinte.

Estamos bien.

Estamos intercambiando posibles planes de escape para más tarde, durante la salida al baño, cuando aquellas botas se abren camino escaleras abajo y se aproximan a pasos pesados, cada uno de los cuales me produce una oleada de náuseas.

–¿Está lista mi gatita para la salchicha de su perrito? –pregunta con sarcasmo, y después estalla en una risa rasposa, divertidísimo con su chiste estúpido y asqueroso–. Espero que mis mascotas la pasen bien hoy… puede que sea la última vez. Mis otros perros tienen hambre de carne fresca.

Ay, Dios.

Contengo un grito de terror.

No se terminó. Estamos bien. No se terminó.

Una vez que le quitan las ataduras, Dean se me acerca, fatigado y demacrado y muy distinto al hombre que alguna vez conocí. Al del

brillo pícaro en los ojos que yo solía aborrecer, al que le encantaba provocarme y fastidiarme; ahora daría lo que fuera por recuperarlo.

Algo me dice que, aunque logremos salir con vida de acá, no volveré nunca a ver esos ojos.

Earl ladra sus órdenes desde el otro lado del sótano, como si a esta altura todavía no supiéramos qué hacer. Agita para todos lados la pistola reluciente, pero no oigo ninguna de las palabras que le salen de la boca. Todo suena amortiguado y lejano, como si me hallara bajo el agua.

Estoy concentrada únicamente en Dean.

No existe nada más.

Dean se arrima, me toma la muñeca e inicia sus movimientos lentos y circulares sobre mi piel. Luego apoya la mano contraria sobre mi pecho y deja caer la frente contra la mía. Contengo el aliento; no anticipaba el gesto. Tiene algo de cercanía… algo diferente. Me fuerzo a cerrar los ojos porque me veo incapaz de mirarlo, en esta extraña posición íntima en la que estamos.

Raro, siendo que ha estado *dentro* de mí. No hay nada más íntimo que eso.

Dean presiona con la mano la cresta de mi seno, pero no de manera sexual. Suelta un suspiro tan hondo que me resuena por todo el cuerpo.

–Sigue latiendo –susurra, sus palabras, un beso suave en mis labios–. Mientras siga latiendo, estás bien.

Con la mano en mi corazón y el pulgar acariciando mi pulso en la muñeca, se inclina hacia delante. Lo encuentro a mitad de camino, ansiosa por sentir su calor, desesperada por ese contacto humano; por esa conexión. Su lengua me invade, y el beso se siente más ávido de lo habitual. No es rutina. No es supervivencia. Quizás él anhele esa conexión tanto como yo.

Dean baja la mano por mi pecho, despacio, y extiende los dedos por mi abdomen. El roce es suave y delicado en mis costillas doloridas, apenas un cosquilleo. Se me escapa un gemidito de la garganta y, por instinto, levanto la pierna para envolverle la cintura. La mano de Dean se aparta para desabotonarse los jeans y bajarlos por las caderas, y entonces lo siento en mi centro, buscando más de

mi calor. Los dos estamos tibios, respiramos, estamos vivos, y es embriagador. La vida es embriagadora cuando uno está al borde de la muerte, día tras día.

Inhalo una bocanada ínfima cuando Dean se introduce en mí, y mis manos se aferran al caño. Con los ojos todavía cerrados, trato de evadirme a mi lugar feliz, el de siempre; el que está lejos, muy lejos de acá.

Pero algo me sigue tirando hacia Dean.

Hoy soy demasiado consciente de él, estoy demasiado ebria de sentir otro cuerpo humano llenándome e insuflándome vida. Su verga entra hasta el fondo y su frente vuelve a tocar la mía, pero mantengo los ojos cerrados, estoy demasiado asustada como para mirarlo. Tengo demasiado miedo de ver si sus ojos azules, azulísimos, reflejan todo lo que estoy sintiendo en este momento.

Sus movimientos son más lentos de lo habitual. Lentos, pero firmes. Intensos.

Suele moverse con rapidez y premura, ansioso por que termine. Pero hoy no. Hoy es distinto; casi como si estuviera saboreando cada centímetro de mí. Y no sé bien por qué, jamás sabré por qué, pero mi cuerpo empieza a reaccionar. Bloqueo todo, excepto a Dean, y siento una oleada de calor entre los muslos… la antigua vibración del placer.

Placer.

Qué cosa más rara de sentir estando encadenada en un sótano con un loco agitando una pistola en tu dirección con una mano y masturbándose con la otra, mientras tu futuro cuñado te coge contra un caño.

Pero me dejo llevar.

Me dejo llevar porque es mejor que sentir que estoy muriéndome por dentro.

Creo que Dean también lo nota. Con la palma de una mano me acaricia el trasero por debajo de la camiseta; mi pelo sin lavar cae sobre nuestras caras como una cortina. Estoy inmunda, y probablemente huelo a cloaca, pero eso no le impide hundir el rostro en mi cuello y respirarme, inhalar mi aroma como si fuera oxígeno dulce y hermoso. Dean toma velocidad, y me doy cuenta de que

tengo mi otra pierna alrededor suyo, estoy sosteniéndome encima de él y lo arrimo al tiempo que su verga entra y sale de mí.

Él alza la cabeza.

Lo siento mirándome. Observándome. Suplicándome que abra los ojos.

Lo hago.

Mis párpados se agitan y se separan, y el aire se me atasca en la garganta cuando nuestras miradas se cruzan. Me ve como si fuera lo único que existe en el mundo, y supongo que, en este momento, lo soy.

Un gemido suave le atraviesa los labios y yo quiero saber qué gusto tiene, así que me acerco para capturar su boca en otro beso ardiente. Él me lo devuelve con todo lo que tiene, con cada soplo de vida y esperanza que le queda, y su lengua se enreda con la mía, desesperada.

Entonces el pulgar detiene los diseños calmantes que dibujaba en mi muñeca.

Mi mantita de apego no está más. Mi vía de escape se ha hecho polvo.

Y apenas me doy cuenta.

Ni me importa, porque estoy demasiado envuelta en todos estos sentimientos extraños y poderosos que me recorren, que me devoran.

Dean sube la mano por mi brazo y me sostiene el cuello, para apartarse de mi boca y volver a buscar mis ojos. No quiere darme una vía de escape, esta vez. Quiere que esté *acá*, en este momento, con él. Respiro con dificultad a la vez que unos soniditos minúsculos trepan por mi garganta con cada impulso de su verga. Quiero alcanzarlo. Quiero tocarlo como me está tocando él. Quiero las puntas de mis dedos sientan su piel y me aseguren que es real.

No estoy sola. No estoy sola.

La mano de Dean desaparece de mi cuello y desciende entre los dos, y casi me atraganto con un suspiro cuando me doy cuenta de lo que está haciendo. Con el pulgar que me ha estado dibujando en la muñeca, reconfortándome, ahora me presiona el clítoris y lo masajea al tiempo que nuestros cuerpos colisionan. Sus ojos no

abandonan los míos. Mis ojos no abandonan los suyos. Estamos enlazados el uno al otro, y algo callado, no dicho, pero avasallador pasa entre nosotros.

No transcurre mucho tiempo hasta que las chispas delatoras empiezan a esparcirse y trepar: estoy llegando al orgasmo. La respiración se me entrecorta con suspiros y gemidos leves, y Dios mío, la cara de Dean cuando entiende lo que está pasando… cuando se da cuenta de que voy a acabar…

Estupor. Incredulidad.

Se le arruga el espacio entre los ojos, se le frunce el entrecejo, se le agrandan las pupilas. Tiene la mirada dilatada y llena de algo que ni siquiera puedo empezar a desentrañar.

Y entonces llego a la cima, estallo, así que él me besa, devora mi gemido con la boca y se hunde en mí tres veces más, hasta llegar él también al orgasmo. Emite un gruñido primigenio, se estremece, me clava los dedos en el interior del muslo y acaba.

Y entonces se terminó.

Los dos bajamos del clímax, con los labios y los dientes presionados con los del otro, y la respiración grave y agitada. Dean me suelta y mis piernas caen de sus caderas. Tengo terror de mirarlo, estoy asqueada por lo que acaba de ocurrir, en parte, pero sobre todo estoy confundida. Agacho la cabeza apenas se separan nuestras bocas, y reprimo las lágrimas de vergüenza que afloran.

¿Qué carajo fue eso?

Un aplauso lento resuena a nuestro lado, retumba por todo mi cuerpo, y me doy cuenta de que había olvidado que él estaba ahí.

–Muy bien. Montaron todo un espectáculo, mis juguetitos –se mofa Earl, y le brota una carcajada como una gárgara.

Dean sale rápido de adentro de mí, y veo que tiene la barbilla contra el pecho cuando retrocede. Él tampoco me puede mirar. Se está acomodando los pantalones, incómodo, cuando Earl avanza de un salto y lo empuja al rincón opuesto con el cañón del arma.

–Intervalo –dice Earl mientras Dean se sube la cremallera.

–Muérete… canalla, asqueroso, pedazo de mierda inhumana.

Una pausa.

Dean, no. ¿Qué estás haciendo?

Debe estar muy ansioso por morirse, porque continúa:

–Eres una basura retorcida y enferma. Jamás vas a salirte con la tuya porque vas a seguir haciéndolo. Seguirás secuestrando mujeres porque en ninguna puta realidad podrías siquiera *pagarle* a una mujer para que te toque la verga diminuta e impotente que tienes. Te van a atrapar y entonces te vas a pudrir en una celda donde Carl te va a meter su verga enorme por el culo todas las noches hasta que te mueras, gordo hijo de puta.

Earl se queda callado un momento, con la pistola ubicada justo en el pecho de Dean. Mi corazón se detiene casi por completo y mis entrañas se retuercen de terror.

Lo matará.

No hay chance de que no lo mate.

No puedo permitir que eso suceda.

Antes de que apriete el gatillo, antes de que resuene un disparo y Dean caiga delante de mis ojos, dejo salir un chillido estridente y poderoso y sacudo las cadenas al mismo tiempo. Alcanza para penetrar el silencio y captar la atención de Earl por un momento brevísimo.

Alcanza para abrirle a Dean una ventanita crucial para que haga su jugada.

Es nuestra única oportunidad de salir de acá con vida, y Dean la aprovecha.

Cumple con su promesa.

Con un rugido gutural, se abalanza sobre Earl y lo derriba. Caen juntos de espaldas sobre el suelo duro, Dean encima del otro, y Earl intenta tomar la pistola, que se le resbaló de la garra rolliza. Dean lo aventaja y la aleja con un empujoncito rápido de la mano, y yo veo cómo se desliza por el suelo, fuera del alcance del hombre.

–Hijo de puta –escupe Dean, le rodea el cuello a nuestro captor con una palma y, arrodillado sobre él, lo golpea con el puño contrario. Lo apalea. Está violento y enojado y totalmente disociado–. Enfermo de mierda. Esto es por ponerle encima tus putas manos repugnantes.

Paf. Paf. Paf.

El sonido del puño contra la cara es nauseabundo; la sangre salpica a Dean y todo a nuestro alrededor. Contengo el aliento, aprieto el caño con todas mis fuerzas, mientras observo la escena horrenda que tiene lugar delante de mí.

–Canalla. Hijo de puta. –Dean está concentrado. Resuelto. Ahora usa los dos puños para destrozar la cara de Earl, hasta que el monstruo termina irreconocible–. Cómo te atreves a tocarla, hijo de puta. Te voy a matar.

Paf. Paf. Paf.

Sangre, carne, hueso. Están por todos lados. Las extremidades de Earl trepidan por el shock, el hombre pierde la pelea y queda inerte sobre el cemento.

–Estás muerto. Estás muerto, hijo de puta –gruñe Dean entre espumarajos que le salen por los dientes, los puñetazos, duros y brutales. Es un animal; está fuera de control–. Te voy a matar.

Pero ya lo hizo. Ya está.

Se terminó.

Oigo el chasquido del cráneo; cierro los ojos con fuerza y grito:

–¡Dean, para!

–Muérete, hijo de puta.

Paf. Crac. Paf.

–¡Está muerto, Dean! –chillo–. Está muerto. Está muerto. Para, por favor.

Mi voz por fin se infiltra en la nebulosa de venganza que lo ha consumido, y Dean detiene el puño en el aire; el pecho se le agita con la respiración pesada, el cuerpo le tiembla de ira. Los ojos se le abren enormes cuando asimila la escena grotesca que tiene delante: un desastre horrible, aterrador, que ha creado con sus propias manos. Una vida arrebatada.

Final de la escena.

Dean se impulsa hacia atrás cuando termina de asimilar la imagen, se aleja a rastras del cuerpo manchado de sangre y se incorpora sobre los pies, que le flaquean.

–Mierda… ay, Dios… –Extiende las manos delante de sí, con la mirada perdida en el baño de sangre, y la respiración se le agita y descontrola.

Quiero correr hasta él, consolarlo de alguna manera, pero sigo encadenada a este maldito caño. Tironeo de mis esposas.

–Dean, por favor, quítamelas. Quiero irme a casa.

Él levanta la cabeza de golpe, y la expresión de terror incrédulo de su rostro me quedará grabada en la mente para siempre. Dean vuelve a mirarse las manos, luego se pone a frotárselas en los pantalones.

–Sí, está bien. Mierda… está bien… –Está fuera de sí, camina en círculos, se tira del pelo.

–Dean. –Su nombre se rompe en mi lengua, y reboto sobre mis rodillas, desesperada por la libertad–. Por favor.

–Perdón… –traga saliva, parpadea y asiente con la cabeza–. Sí, está bien… –Dean hace a un lado la macabra verdad hasta que salgamos de acá y entra en acción.

Se detiene para darle un vistazo al cuerpo de Earl, y creo que va a palparlo para buscar la llave de las esposas.

En vez de eso, regresa corriendo a su caño, cae de rodillas y con las manos recorre el cemento para encontrar el pasador del cinturón. Lo localiza y vuelve hasta mí a los tumbos, con los ojos desorbitados y la piel salpicada de sangre.

–Esto puede llevarme unos minutos.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos para no tener que mirar el cuerpo desfigurado que yace enfrente mío. La respiración de Dean me golpea el pelo, y sus manos se sacuden y tiemblan mientras tratan de desencadenarme.

Demora un rato largo. Diez, quizás quince minutos. Pero, cuando por fin se sueltan las esposas y caen al suelo de cemento con un estrépito, libero los brazos con un grito de alivio. Oigo el tintineo del pasador que las imita, y Dean apoya la frente a mi lado, contra el caño, mientras se toma un minuto para recomponerse. Me vuelvo hacia él, lo miro cerrar los ojos, intentar controlar la respiración. Sus manos pegajosas se aferran a la pieza de tubería; el mismo cilindro de metal que me ha mantenido cautiva en este agujero infernal durante casi tres semanas.

Estiro mi mano temblorosa y la coloco sobre su hombro, luego avanzo hasta que estamos tocándonos casi por completo. La

mandíbula de Dean se tensa y se afloja al tiempo que él tuerce la cabeza hacia un lado, todavía apoyado contra el caño, para buscar mi rostro. Le froto la espalda con la mano, como hizo él conmigo en el hospital veterinario aquella tarde sombría con Tormenta. Nos sostenemos la mirada mientras intento acallar los demonios que claramente están haciendo estragos en su cabeza.

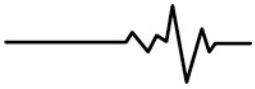
Y entonces, con un solo movimiento, Dean se endereza y me atrae hacia él, me envuelve con los brazos, me aplasta contra el pecho y me aferra con fuerza.

Mis brazos también le rodean el torso, mi cara se hunde contra su corazón acelerado. Puedo oler la sangre y el miedo y el terror y el triunfo. Lo siento temblando en mi abrazo, mientras su cuerpo baja del pico de adrenalina. Él me abraza con más y más fuerza, y ni siquiera me importa que mis costillas se resistan a gritos; no podría nunca abrazarme demasiado fuerte.

Las emociones empiezan a calmarse, y nos apartamos despacio; nuestros ojos se demoran en los del otro durante un momento intenso, y luego Dean me toma la mano y me lleva hasta la escalera.

No le dedico a Earl, o a lo que queda de él, ni una mirada final cuando pasamos corriendo junto a su cadáver. No merece ni otro segundo de mi vida.

Ganamos.



Dean se frota las manos y los brazos sobre el fregadero de la cocina con un cepillo, para borrarse todo rastro de Earl de la piel. Es implacable y duro, se lava y se limpia hasta que la carne le queda rosada e irritada. Observo el agua roja que corre, mientras los ojos de Dean permanecen enfocados en su tarea como dos rayos láser. Incluso cuando toda la sangre ha desaparecido por el drenaje, él sigue frotando.

Frush. Frush. Frush.

–Dean –lo llamo con delicadeza desde atrás, tratando de distraerlo.

No me oye.

Frush. Frush. Frush.

–Ya está, Dean.

Sigue frotando. Está intentando limpiarse algo más que la piel.

Unos puntitos diminutos de sangre se le empiezan a formar en la superficie de los brazos, y termino estirando la mano y poniéndosela en el hombro.

–Dean, basta. Te estás lastimando.

Él detiene sus movimientos, voltea y me mira a mí, luego a las cerdas del cepillo, teñidas de sangre. Traga saliva.

–Lo siento, es que… –se le apaga la voz, pero no necesita terminar la frase.

Los dos sabemos lo que está haciendo.

Doy un respingo al oír las sirenas de la policía a lo lejos, y sin perder el tiempo corro a la puerta trasera, junto a la cocina.

–Cora, espera. Vendrán a buscarnos –dice Dean para tratar de impedir que salga disparada hacia el clima glacial apenas vestida con una camiseta manchada de sangre.

Pero no puedo escuchar ni a la lógica ni a la razón en este momento. La seguridad se halla a poco menos de cuatrocientos metros de distancia, y estoy desesperada, no me importa nada, *muero* por saborear un poco de humanidad. No puedo esperar.

Estoy harta de esperar.

Abro de golpe la puerta, que choca contra la pared, y el aire helado me pega en la cara. Contengo el aliento ante la intensidad de la ráfaga, pero eso no impide que mis pies me lancen hacia delante, me acerquen a la libertad. Hay un camino de tierra detrás de la casa, e intento no pensar en el hecho de que, si hubiera salido por esta puerta hace dos días, probablemente mi escape habría tenido éxito. Tendríamos dos días extra para pasar con nuestras familias en nuestras camas calentitas, comiendo comida de verdad.

Podría haberle ahorrado a Dean un crimen atroz con el que posiblemente cargará el resto de su vida.

Pero intento no pensar en eso. No hay lugar para especulaciones en este momento.

Avanzando a trompicones, me aferro las costillas que pulsan y me gritan que vaya más lento. Me palpita la cabeza, se me desarma el cuerpo, se me adormecen las piernas por el frío, y me doy cuenta de que apenas si he recorrido unos metros. Pero veo las luces intermitentes adelante, y es demasiado tentador… demasiado cautivante. Necesito seguir moviéndome.

Persisto, reprimo los gemidos de dolor y atravieso las hojas crujientes y la hierba congelada. Entonces lo siento detrás de mí; me toca su calor incluso antes de que lo hagan sus manos.

–Aquí estoy. –Dean me pone un abrigo sobre los hombros y me alza, con un brazo alrededor de mi espalda y el otro bajo mis rodillas. Nos detenemos un momento, cruzamos miradas, y yo le rodeo el cuello con los brazos y dejo que me lleve el resto del camino.

Descanso la cabeza contra su hombro, y juro que podría quedarme dormida. A pesar de que estoy semidesnuda y fracturada, cubierta de sangre y tierra y semen, y en brazos del prometido de mi hermana, que me acarrea a campo traviesa… estoy en paz. Me siento a salvo. Estoy exhausta.

Tengo el alma exhausta.

Escucho la respiración fatigosa de Dean mientras me transporta por la propiedad en sus brazos fuertes. Me concentro en los latidos de su corazón, veloces y constantes. No puedo evitar preguntarme qué nos depara el futuro ahora. Es imposible volver a como éramos antes, porque ya no somos esas personas. Hemos atravesado demasiadas cosas. Hemos visto demasiadas cosas.

He sido testigo de las partes más profundas y oscuras de Dean. Lo he visto llorar y asesinar y acabar.

Él ha estado dentro de mí.

Cuando por fin llegamos a la polvorienta carretera bloqueada, donde se alinean patrulleros, ambulancias, el FBI, medios de comunicación y camiones de bomberos, entierro la cara en el hueco del hombro de Dean. Después de tres semanas de haber sobrevivido en las entrañas del infierno con este hombre, caigo en la cuenta de que ya ni sé cómo procesar la vida más allá de nuestra pesadilla.

Dean me baja con cautela, y nos quedamos ahí parados un momento, enfrentando juntos nuestra nueva realidad.

Un comienzo de cero. Una segunda oportunidad.

Luces intermitentes, ruido, cámaras, rostros pegados a personas que no entenderán jamás.

Inhalo una bocanada de aire fragmentada y cierro los ojos, abrumada, asustada y aliviada, todo a la vez.

Y entonces sus nudillos acarician los míos como un beso suave, un roce cómplice, una *promesa*. Sus dedos se entrelazan con los míos. Nos quedamos ahí de pie, de la mano, observando cómo se nos acercan los paramédicos y los policías como en cámara lenta. Me aferro a él. Sigue siendo mi salvavidas. Sigue siendo todo lo que tengo.

Estamos juntos en esto.

Parte dos

LAZOS QUE UNEN

Dean

CAPÍTULO TRECE

Me quedo mirando una hormiga negra que se arrastra por la punta de mi zapato.

Se está enredando ella sola en círculos confusos sobre la gamuza negra, parece perdida e insegura. Baila por los cordones entrelazados, probablemente en busca de comida y calor. No puedo evitar preguntarme cómo sobrevive a estas temperaturas invernales brutales. Es tan pequeña y frágil… tan insignificante. No tiene ninguna oportunidad.

–Dean.

Cora y yo fuimos hormigas. Pequeños y frágiles; perdidos en un mundo frío y aterrador. Destinados al fracaso.

Pero nos teníamos mutuamente.

La hormiga está sola.

–Dean.

Mi nombre se atasca en una fuerte ráfaga de viento que sopla y casi me derriba. Levanto la vista desde donde estoy en la acera y la encuentro a Mandy con los ojos clavados en mí, esa expresión preocupada que tan familiar me resulta después de dos semanas.

–¿Sí?

–¿Listo para entrar?

La ceja maquillada se le arquea con inquietud, y me doy cuenta de que disocié delante de la casa de sus padres porque me estaba compadeciendo de una hormiga. Bajo la vista al insecto y descubro que, desde entonces, ha abandonado mi zapato y desaparecido en las grietas del cemento.

Espero que, contra todo pronóstico, sobreviva.

Mandy esboza una sonrisa en los labios carmesí cuando asiento con la cabeza, luego se acerca y me toma la mano. Está tibia y, sin embargo, me recorre un escalofrío.

–Va a estar todo bien –me asegura, distraída, y siente mi resistencia cuando entrelaza nuestros dedos–. Será bueno volver a tener algo de normalidad.

Normalidad. No hubo nada normal en las últimas cinco semanas, eso seguro. Y no puedo imaginarme cómo esta cena familiar forzada con los padres de Mandy se acercará a algo parecido a la normalidad.

–Sí. Supongo.

Mandy me mira agitando sus pestañas postizas y trata de ocultar su aprehensión con otra sonrisa.

–¿Necesitas un minuto?

–No. –Un minuto no va a cambiar nada. Un minuto no borra todo el daño ocasionado. Un minuto no me teletransportará de regreso a la seguridad de mi propia cama, donde puedo evitar con comodidad mi realidad actual y luchar con mis demonios en privado–. Entremos.

Avanzo porque no tengo otra opción. Caminamos por el sendero de adoquines hasta la casa azul brillante de estilo colonial en este barrio perfecto. He recorrido este camino miles de veces, pero hoy reparo en la estatuita de un gnomo junto a la hilera de arbustos que bordean el frente de la casa. Parece oxidado; deteriorado por los elementos.

–¿Esa estatua es nueva? –le pregunto a Mandy cuando llegamos al porche.

–¿El gnomo Richard? –Arruga la nariz–. Hace como veinte años que está ahí, señor Observador. –Mandy me guiña un ojo con su intento de broma–. Cora le puso Richard porque dice que se parece a Richard Marx.

Me mordisqueo el interior de la mejilla. Me pregunto a cuántas otras cosas cotidianas les habré pasado por al lado sin echarles un vistazo ni pensar en ellas.

Ingresamos al hogar conocidísimo y nos da la bienvenida el aroma a ajo, romero y un dejo de pino. Giro para ver el magnífico árbol

natural en la sala de estar, a nuestra izquierda, decorado de rojo y dorado, con adornos invaluables hechos en casa.

La mayor parte del tiempo ni siquiera sé qué día es, y menos me acuerdo de que casi es Navidad.

–Ay, Dean.

Alzo la cabeza de golpe y veo a Bridget y Derek Lawson que se acercan a toda prisa desde la cocina. Bridget arrastra la falda larga y marrón detrás de sí con lágrimas acumuladas en los ojos verdes, que guardan un parecido notable con los de Cora. Lleva el pelo rubio corto, y se le arman unas patas de gallo cuando derrama toda su preocupación y su amor sobre mí.

Derek viene detrás, con un pelo entrecano que le delata la edad a pesar de su apariencia juvenil. Él tiene los ojos de Mandy: avellana, más rasgados, y adornados con unas pestañas marrones y espesas.

Son mis segundos padres. Mi papá falleció hace casi doce años de un paro cardíaco y mi mamá está en una residencia geriátrica, con demencia. En la secundaria pasé la mayoría de las tardes acá, estudiando con Mandy, jugando juegos de mesa, riéndonos en noches de karaoke y comiendo comidas caseras. A Bridget y Cora les encantaba cocinar juntas. Su pastel de carne era uno de mis favoritos.

Bridget me pone sus manos amables en las mejillas y me sostiene la cara como si fuera su propio hijo.

Iba a serlo hace cinco días. El 5 de diciembre iba a ser nuestro casamiento; en vez de eso, me pasé trece horas enterrado bajo mis sábanas, ignorando las llamadas de Mandy y levantándome solo para mear y para comer galletas saladas rancias.

–Tienes mejor aspecto –dice Bridget, y su sonrisa acuosa esconde con mucho éxito la mentira evidente.

Los Lawson me visitaron en el hospital durante las cuarenta y ocho horas extrañas y confusas que siguieron al rescate, pero no los he visto desde entonces. No he visto a nadie excepto a Mandy, que viene a casa sin avisar más de lo que me gustaría. Tiene llave, así que no puedo hacer mucho al respecto.

No le contaré nunca que pensé en robarle esa llave y arrojarla al inodoro.

–Me siento un poco mejor. Todavía adaptándome. –Le sigo la corriente. Me resulta más sencillo–. Gracias por recibirnos.

–Mamá, dale un poco de espacio. No es una exhibición –la regaña Mandy, y se quita de la cabeza el gorro con pompón blanco nieve, lo que convierte su pelo en un desastre de estática.

Bridget se aleja con reticencia y Derek se me acerca despacio para apretarme el hombro con una mano firme y afectuosa.

–Qué bueno verte afuera. Las chicas hicieron pastel de carne… tu favorito.

¿Las chicas?

Oigo que se desliza la puerta del patio, al fondo, chirriante y familiar, y a continuación, el sonido de unas patas exuberantes patinando por el suelo de madera.

Tormenta debe percibir mi presencia, porque viene a la carrera hasta la entrada con sus treinta kilos, aterriza sobre mis pies y se tira boca arriba para pedir que le rasque la panza. Me acuclillo para darle el gusto, y esbozo mi primera sonrisa genuina en semanas. La cola de Tormenta se agita frenética detrás de ella. No puedo creer que esta viejita todavía tenga tanta energía: debe tener doce o trece años, ya. Pero su entusiasmo por verme cruzar la puerta de entrada no ha flaqueado nunca en los últimos diez. Ni un poquito.

Cuando me incorporo, mis ojos caen sobre la figura que está de pie en la cocina, y la respiración se me atasca en el fondo de la garganta.

Corabelle.

Mandy cuelga el abrigo en el perchero que hay cerca y, acercándose a su madre, carraspea.

–Dijiste que Cora no vendría esta noche –murmura en voz baja mientras doma sus pelos sueltos, y sus ojos me miran pidiendo disculpas.

Es cierto que todavía no estaba listo para enfrentarla.

Quizás nunca esté listo.

–Perdón, mi amor, pero tu hermana me escribió hace unas horas para decirme que había cambiado de opinión.

El diálogo empieza a disiparse cuando cruzo miradas con Cora a través del vestíbulo. Me atraviesan los recuerdos, me ponen nervioso

y me generan un poco de pánico, pero también aparece un profundo consuelo que se me clava en el corazón. Cora es una visión de vida y luz y supervivencia. Tiene el pelo rubio dorado, está brillante y sano de nuevo, y le cae en bucles laxos sobre los hombros esbeltos. Siempre fue menuda, pero su complexión parece aún más frágil y delgada en ese vestido morado oscuro que probablemente le quedaba mejor hace cinco semanas. El escote es bajo y revela sus clavículas huesudas y los vestigios de unos cuantos moretones difuminados.

Cora se acomoda el pelo sobre uno de los hombros y mis ojos descienden sobre su cuello expuesto. El mismo cuello que salpiqué de besos afligidos y que empapé con mis lágrimas de vergüenza.

Se me tensa la mandíbula y se me acelera el corazón; me froto las manos transpiradas en los jeans azules. No sé bien qué hacer, así que simplemente la saludo con un gesto rápido y me trago todas las cosas que no puedo decir.

Pero no se me escapa el destello de dolor que le brilla en los ojos al sentirse desatendida, tras lo cual se da vuelta y se pone a trabajar en la cocina.

Me crispo cuando los dedos de Mandy me tironean de la manga del abrigo y me arrancan de mis pensamientos complicados.

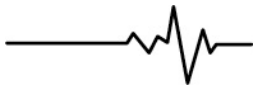
–Quítate esto. Quédate un rato –me propone con la cara iluminada, y después sigue a sus padres a la sala de estar, charlando sobre su turno en la peluquería como si fuera otro día común y corriente en Ciudad Normal.

Yo me quedo plantado en el tapete de bienvenida con el dibujo de un muñeco de nieve, con la mirada clavada en Cora, que se inclina sobre la encimera de la cocina, de espaldas a mí. Tiene la cabeza gacha, los hombros tensionados. Se aferra al borde de la encimera y el pelo le cae en cascada sobre los lados de la cara.

Quiero correr hasta ella. Quiero tomarla en brazos y susurrarle al oído que va a estar todo bien. Sobrevivimos. Se terminó.

Pero no lo hago.

Puedo mentirle a Mandy y a sus padres y a mis amigos y a mi jefe y a mi terapeuta… pero no puedo mentirle a ella.



Nos sentamos alrededor de la mesa del comedor y por un momento todo parece lo que era antes. Es fácil fingir entre cuatro paredes de colores lindos, decoradas con cortinas de encaje, luces empotradas y adornos de Navidad. Es fácil fingir en compañía de la familia que he llegado a querer a lo largo de los últimos quince años mientras discuten de política y de las series de Netflix de moda como si no pasara nada raro.

Pero la fachada se resquebraja cuando dejo vagar la mirada hasta Cora, que está sentada enfrente mío, aplastando su pastel de carne con los dientes del tenedor hasta dejarlo inidentificable, las ojeras iluminadas por la luz tenue. Empujo contra el puré de papas mi pastel también hecho papilla y me doy cuenta de que estoy haciendo exactamente lo mismo. Me estiro por debajo de la mesa para darle a Tormenta mi panecillo y que parezca que sí estoy comiendo la comida que, seguramente, sabe deliciosa.

–… sobre el embarazo.

La voz de Mandy se abre camino a través de mi nebulosa, y levanto la cabeza en su dirección. ¿*Embarazo*? La mesa se sume en un silencio, y me siento totalmente desactualizado.

–¿Cómo? –Paso la mirada por todas las caras, pero todos tienen la vista en el plato como si estuvieran absortos en un crucigrama fascinante. Mis ojos vuelven a Cora, que no está mirando su plato. Tiene una expresión sorprendida y acusadora, y los ojos clavados en una Mandy avergonzada.

–Perdón. –Mandy se muerde los labios y se acomoda el pelo sobre un hombro–. No… no quise soltarlo así. Estábamos hablando del bebé de nuestra prima y me hizo acordar… ya sabes. Nunca pienso antes de hablar.

Parpadeo. Cora junta las manos en el regazo y su tenedor tintinea contra el plato, pero ella se rehúsa a verme a la cara. Creo que no me ha dirigido ni una mirada desde cuando nos cruzamos más temprano. Me paso la lengua por el paladar, sumo dos más dos, y se me arma un nudo en el estómago.

–¿Estás embarazada, Cora?

Finalmente alza la cabeza hacia mí de golpe, alarmada por el sonido de mi voz, que le habla por primera vez en semanas. Observo en sus ojos consternados el torbellino de dolor y confusión y tristeza, y de todas las emociones que hay en el medio. Pero el contacto visual no dura mucho, y ella vuelve a agachar la cabeza agitando las pestañas.

–Estuve –susurra, tan bajo que apenas la oigo. Luego fija los ojos otra vez en Mandy–. No quería hablar de esto. No quería hablar de nada de esto.

Cora se aparta de la mesa y se levanta, rascándose la muñeca, para huir del comedor velozmente hacia la escalera.

Voy detrás de ella; no me importa si resulta extraño o inapropiado: mi instinto me dice que la siga.

Siento en la espalda la mirada intensa de los demás, que tratan de entender por qué persigo a la hermana de Mandy por las escaleras, pero deben ser *conscientes*.

Deben ser conscientes de que ahora somos personas distintas.

La imagen de Cora y yo parados juntos, con las manos entrelazadas, sucios y salpicados de sangre, con la misma mirada distante en los ojos, ha recorrido internet. De hecho, se hizo viral tan pronto como los medios publicaron la fotografía. La compartieron más de dos millones de personas y tiene cientos de miles de comentarios, que pasan de «Rezo por estas pobres almas» a «Esto parece el afiche de la próxima película de Quentin Tarantino» a «Pendiente del anuncio de casamiento». Con delicadeza, Mandy me interrogó acerca de la foto, con la esperanza de comprender la pesadilla que habíamos compartido. Con la esperanza de obtener respuestas que yo no le podía dar. No conoce todos los detalles de lo que aconteció en aquel sótano; solo sabe lo que ha visto en artículos periodísticos y en la televisión.

Lo único que le conté a Mandy fue que formamos una amistad por supervivencia, por miedo, por aburrimiento, por soledad. Era necesario. Era inevitable. Era todo lo que teníamos.

Jamás sabrá las cosas que fui obligado a hacer, las líneas que cruzamos o la culpa que llevaré conmigo hasta que me muera.

Y, definitivamente, nunca sabrá cómo esas líneas se volvieron inexplicablemente difusas aquel último día.

Subo la escalera de a dos escalones, atravieso la sala abierta que da a la planta baja y asomo la cabeza en todos los dormitorios. La encuentro sentada en el borde de la cama para huéspedes de su antigua habitación, pellizcando el edredón con los dedos, los nudillos, blancos. Respira con dificultad y el pelo le tapa la cara.

–Cora.

Alza la mirada, sorprendida de que la haya seguido. Observo cómo pasan las emociones complejas por sus ojos, que intentan leerme; que tratan de entender por qué estoy parado delante de ella, igual de perdido y vulnerable.

Cora se pone de pie, se alisa la tela del vestido un poco holgado y se acomoda el pelo detrás de las orejas. Mis ojos le bailan por la cara, devoran sus mejillas rosadas y esos labios suaves y carnosos que yo no debería conocer tanto.

Entonces cada uno da un paso hacia delante. Después otro. Y otro más.

Y antes de que ninguno pueda reflexionar nada o tenga tiempo de pensar su movimiento siguiente, nos envolvemos en brazos el uno al otro; siento su aliento caliente contra el cuello, y su pelo, que huele a narcisos, me cosquillea la nariz. La abrazo, respiro cada parte de su ser, saboreo su calidez.

Siento que es mi hogar.

–Dean –susurra, y se le quiebra la voz al decir mi nombre, como si la partiera al medio.

La ciño más fuerte, mi mano le sostiene la cabeza y mis dedos se enredan en su pelo. Inhalo y exhalo, hondo y lento, y trato de no volver al sótano donde ella era lo único a lo que podía aferrarme.

–Perdón que no te he llamado –me disculpo, y lo siento de verdad–. No sabía qué decir.

En las últimas dos semanas, he pasado una cantidad humillante de tiempo nada más mirando el teléfono, urgiéndome a marcar su número o a mandarle un mensaje cortito. Solo para ver cómo estaba. Solo para asegurarme de que estuviera bien. Pero he sido un

cobarde, he estado pidiéndole la información a Mandy y vengo evitando a Cora igual que vengo evitando todo en mi vida.

Cora se aparta y lleva las manos a mi nuca; nuestros ojos se quedan enlazados, la conexión, aún tangible. La expresión de su rostro es demasiado familiar, evoca demasiado aquel último día; el momento cuando todo cambió. El momento cuando nuestra relación o amistad o lo que mierda fuera se redujo a huesos pelados y verdades descarnadas y más preguntas de las que jamás podremos responder.

La suelto. Le doy la espalda, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza al tiempo que intento vadear el lodazal neblinoso que me inunda la cabeza. Cuando volteo otra vez, Cora tiene los brazos cruzados sobre los pechos, la guardia alta, la mirada hacia las uñas recién pintadas. Respiro con fuerza.

–¿Estuviste embarazada?

Cora succiona su labio inferior entre los dientes, se rasca la muñeca y me lanza una mirada ínfima. Parece ofuscada cuando responde:

–Sí.

–Madre mía. –Suelto una exhalación entrecortada–. ¿Estás bien?

Se encoge de hombros. Eso es todo.

–Cora…

–Los valores de hCG indicaban que había ocurrido un embarazo. Pero en la ecografía no apareció nada, así que me dijeron que o era un embarazo bioquímico o había abortado temprano… probablemente cuando Earl me pateó hasta romperme seis costillas y después me arrojó por las escaleras como a una bolsa de basura.

Se sigue rascando la muñeca.

–Mierda, Corabelle… –Me paso la palma por la cara; me deja atónito saber que esas tres semanas infernales crearon una *vida*… por efímera que fuera. Se me asoma un pensamiento y agrego–: ¿Sabes si era… mío?

Veo cómo le arden las mejillas y la mirada se le pierde detrás de mi hombro, mientras hace rebotar una rodilla.

–No. No hay manera de saber –responde sin mirarme a los ojos. Se niega a reconocer lo que implica esa pregunta–. No era viable.

Bajo la vista a la alfombra color crema y me enfoco en un mechón de pelo canino de la misma tonalidad.

–Tendrías que habérmelo contado cuando te enteraste.

Siento cómo sus ojos vuelven a posarse sobre mí, pero no levanto la mirada.

–¿Contarte? ¿Cuándo, Dean? –El tono es tenso; acusador–. ¿Cuando te cerraste a mí? ¿Cuando decidiste abandonarme después de todo lo que vivimos juntos?

–Necesitaba tiempo, Cora.

–¿Cuánto tiempo? Noté la cara que pusiste antes, cuando me viste en la cocina. Parecía que hubieras visto un fantasma –dice con vehemencia, a punto de quebrarse–. No me querías acá.

–No es cierto…

–Sí es cierto. Si fuera por ti, me habrías evitado para siempre.

Echo un vistazo por encima del hombro para asegurarme de que no haya nadie en la puerta, después doy un paso hacia delante y susurro con dureza:

–Te *violé*.

–Hiciste lo que tenías que hacer para sacarnos de ahí. –Cora aprieta los labios; los ojos se le ponen vidriosos–. Te pedí que lo hicieras. Eso no es violación.

–No querías que lo hiciera. Eso sí es violación –replico.

Esquivamos la verdad incómoda: el hecho de que, tal vez, ese último día, los dos queríamos hacerlo.

–Quería *vivir* –insiste Cora con voz grave, y se acerca un paso también–. En ese momento, hubiera hecho casi cualquier cosa para sobrevivir.

–¿Todo bien?

Los dos volteamos y, al mismo tiempo, nos alejamos, y encontramos a Bridget de pie en el umbral, con la mano sobre el marco de la puerta, asomada a la habitación. Trago saliva y bajo la cabeza.

–Nos estamos poniendo al día, mamá –carraspea Cora–. Perdón que me fui… saldremos en un minuto.

Levanto el mentón y la veo a Bridget ofrecernos una sonrisa cerrada y esa mirada de «madre preocupada», tras lo cual se retira

por el pasillo.

Poniendo al día.

Como si fuéramos dos viejos amigos que reconectan mientras toman margaritas.

Nop: solo charlamos sobre violación y abuso y abortos, y nos preguntamos cómo mierda vamos a superar esto y volver a ser *nosotros*.

Cora suelta un suspiro largo, deja caer los brazos a los costados y me mira.

–Deberíamos regresar a la mesa. Seguro que Tormenta está ojeando con ganas mi pastel de carne diseccionado.

Estoy a punto de preguntarle: ¿y ahora qué? ¿Qué hacemos a partir de ahora? ¿Cuándo podemos volver a hablar?

Pero ella me pasa por al lado, y el aroma a narciso y maracuyá y otras tantas cosas desconocidas se me queda en la piel cuando ella desaparece por la puerta. La veo salir con los dientes apretados y la desesperanza me inunda las venas.

Estamos amarrados, encadenados, atados… a nuestro trauma y el uno al otro.

Estamos juntos en esto.

Y, sin embargo, nunca me sentí tan solo.

CAPÍTULO CATORCE

Me quedo en blanco, con la mirada perdida en el refrigerador, mientras ojeo el surtido de provisiones que Mandy me acaba de dejar. Le dije que no hacía falta; soy más que capaz de hacerlo, y tampoco tengo otras ocupaciones, puesto que todavía no volví a trabajar. Pero ella insistió y entró con dos bolsas marrones de papel colmadas de compras bajo los brazos.

Ahora está limpiando mis encimeras mientras me arma un sándwich.

–¿Cómo te sientes? ¿Te fue bien en la sesión con el doctor Dryden?

Parpadeo bajo la luz amarilla, sin terminar de registrar la pregunta, aunque la he oído. Miro las cabezas de brócoli, casi seguro de que puedo ver la figura difusa del presentador de *Rueda de la fortuna*. Si inclino la cabeza un poquito a la izquierda…

¿Estará vivo todavía? ¿Sigue existiendo ese programa?

–Dean, ¿me oíste?

Levanto la vista. Tengo a Mandy delante de mí ofreciéndome un sándwich en un plato descartable. Entrecierra los ojos muy maquillados y me disecciona con preocupación. Yo cierro la puerta del refrigerador y me obligo a sonreír.

–Sí, estuvo bien.

Ella suspira aliviada, y los labios preocupados se le curvan en una sonrisa abierta.

–Qué bueno. ¿Eres sincero con él?

¿Sincero? Bueno, no le estoy mintiendo. Pero tampoco le revelo todo. El doctor Dryden sabe que maté a un hombre, pero no sabe que visualizaba la cara de ella, que las imágenes de la destrucción

de su dignidad alimentaron el salvajismo y la brutalidad de mis puñetazos. Sabe que fui obligado a presenciar los abusos y las violaciones de Cora, pero no sabe que yo mismo fui forzado a meterme entre sus piernas, con una pistola en la cabeza.

El doctor Dryden sabe muchas cosas, pero no conoce los verdaderos fantasmas que me persiguen y no me dejan dormir.

Así que supongo que estoy mintiendo por omisión.

–Sí –respondo, y tomo el plato de las manos extendidas de Mandy–. Le soy sincero.

Ahora le miento a mi prometida.

Mandy asiente con la cabeza, el peinado perfecto tambalea sobre su jersey de cachemira. Más alivio. Más sonrisas.

–Estoy orgullosa de ti, Dean. Sé que no es fácil…

Escupo el bocado de sándwich apenas me toca la lengua, suelto el plato y me limpio la boca con el dorso de la mano.

–¿Es pavo?

Mandy me mira boquiabierta, los labios brillosos, separados y alarmados.

–S… sí. Te encanta el pavo.

–No.

–Pensé…

–Ya no me gusta. –Cierro los ojos y sacudo la cabeza para apartar las imágenes dolorosas que me vuelven a la mente. Retrocedo para salir de la cocinita, tratando de controlar la respiración–. Creo que necesito una siesta.

–Dean… –Mandy me sigue hasta el sofá, se sienta a mi lado, más cerca de lo que me gustaría, y me roza la rodilla con las uñas gigantes que parecen garras–. Estoy contigo, amor. ¿Qué puedo hacer?

Pienso en todas las cosas que podría hacer, pero ninguna le va a agradar.

Vete a tu casa.

Quédate en tu casa.

Dame algo de espacio, carajo.

Me pellizco el puente de la nariz; la culpa me sube por el cuerpo como en oleadas. Odio estar alejando a mi novia de hace quince

años; sé que solo intenta ayudar. Sé que se preocupa y que quiere que me ponga mejor. Pero me siento un hombre completamente distinto, y ni siquiera estoy seguro de que este hombre todavía quiera casarse con esa mujer.

Estoy destrozado.

El pensamiento se me clava como una daga, y recuesto la cabeza sobre el cojín de cuero del sofá. La siento a Mandy arrimarse aún más, la mano que va subiendo y subiendo hasta…

La sujeto antes de que llegue a su destino, e intento no ceder bajo el peso del dolor que le genera mi rechazo y me muestran sus ojos.

–Dean… por favor. Hace casi seis semanas que no hacemos el amor. –Se le empiezan a nublar los ojos, las uñas se clavan en mi palma–. Te extraño.

La puta madre, me siento un cretino. Mandy y yo siempre tuvimos una vida sexual bastante normal; un poco vainilla, pero ningún motivo de queja. Es sexy y tiene ganas y es mía, y sin embargo… no puedo.

No estoy listo.

–Necesito un poco más de tiempo, nada más –la decepciono con tanta delicadeza como puedo. No tengo idea de cuánto más tiempo necesitaré. Solo sé que es demasiado pronto.

No puedo.

Mandy retrocede sobre el sofá y baja el mentón al pecho, al tiempo que el dolor empieza a manifestarse como enojo.

–Imaginé que, después de semanas de abstinencia, te me arrojarías encima.

Un calor pinchudo me sube por la nuca y se me acomoda en las orejas. *Mierda*.

–Solo estuviste ahí tres semanas, Dean –continúa Mandy, sin mirarme a los ojos, todavía –. Pensé que… no sé, que a estas alturas te habrías recuperado.

Solo tres semanas.

Una vez con Mandy nos fuimos de vacaciones a Cancún tres semanas. Es curioso: apenas las recuerdo. Puede tener algo que ver con los tragos ilimitados y el guiso de maíz que me dejó de cama

varios de esos días, pero… los recuerdos son vagos y difusos. Solo se destacan fragmentos.

Me acuerdo de cada detalle de aquel sótano.

La tubería pinchada. Las grietas y rugosidades de la pared de piedra a mi derecha. La aislación de espuma de poliuretano rosa, que sobresalía por entre las vigas de madera del techo. La forma en que el amanecer iluminaba nuestro calabozo con un haz radiante y magnificaba las partículas diminutas de polvo que había en el aire. Una mañana intenté contarlas, pero la luz no paraba de cambiar, y perdía la cuenta.

Me acuerdo de la araña de patas largas del rincón, que parecía siempre quieta. Pensaba que estaba muerta hasta que vislumbré el movimiento minúsculo de una de las patas finitas. Me pregunté cuánto tiempo podía sobrevivir sin comida.

Seguro que ella se preguntaba lo mismo sobre mí.

Me acuerdo del empapelado floral de mal gusto de aquel baño mohoso y de que se estaba descascarando en todas las esquinas, de forma que dejaba ver las paredes venidas a menos y la humedad. Recuerdo mirarme en el espejo polvoriento y no reconocer mi reflejo.

Cora.

Pienso en cómo se mordisqueaba el labio cuando jugábamos al juego de las veinte preguntas para pasar el rato. Se lo tomaba muy en serio, como si estuviera compitiendo por el primer premio de un ridículo programa de entretenimiento.

Me acuerdo de los destellos dorados de sus ojos esmeralda, que parecían disiparse con cada día que pasaba.

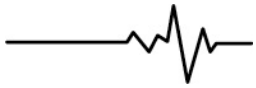
Recuerdo las sonrisas que le arrancaba cada tanto. Parecían mágicas; tan hermosas como fuera de lugar. Su sonrisa era lo más cercano a un rescate que sentí en el transcurso de aquellos veinte días.

Me acuerdo de cómo se le erizaba la piel cuando le acariciaba con dulzura la mejilla o la cadera o el muslo, para tratar de infundirle al momento tanta ternura como podía. «Es el frío, nada más», me decía a mí mismo. Pero, a veces, un sonido o un gemido leve acompañaba al estremecimiento y la delataba.

Solo fueron tres semanas, pero las llevo grabadas en cada célula y cada vena de mi cuerpo, en cada resquicio mancillado del alma.

Para siempre.

Y a ella también.



Pierdo el control el sábado siguiente a la mañana y le mando un mensaje de texto.

Yo: ¿Tomamos un café? Tenemos que hablar.

Me paseo impaciente por la sala de estar, vestido solo con unos pantalones deportivos; miro la pantalla de mi teléfono y, al rascarme la nuca, noto que necesito un corte de pelo con urgencia.

Ella lee el mensaje bastante rápido, y contengo el aliento, preparándome para un rechazo.

Cora: Supongo que sí. Pero solo porque estoy en la puerta de tu casa en este momento.

La respuesta me deja parpadeando, procesando las palabras.

Me lleva el diablo.

Troto hasta la entrada de mi casa adosada, abro la puerta y encuentro a una Cora arrebujada, espolvoreada de copos de nieve, con las manos en los bolsillos. Sus ojos descienden al tiempo que el viento helado me golpea de lleno y me recuerda que tengo el torso desnudo.

Ella levanta la mirada de mi pecho y traga saliva.

–Te olvidaste la camiseta.

–Te olvidaste de avisarme que vendrías de sorpresa.

–Entonces no habría sido sorpresa.

Dos sonrisas tenues se abren camino en nuestros rostros, casi como si nos hubiéramos olvidado de cómo se hace y estuviéramos tratando de acordarnos. Doy un paso hacia atrás y la invito a pasar. Cora vacila un momento antes de avanzar y sacudirse las botas cubiertas de nieve en el felpudo. La observo quitarse los copos del

pelo y advierto que uno se le queda en la pestaña. Quiero acercarme y limpiárselo, pero mantengo los brazos a los costados.

–¿Qué te trae por acá? –Me meto las manos en los bolsillos del pantalón y me balanceo sobre los talones.

–Lo mismo que te hizo escribirme, supongo. –Cora se baja la cremallera del abrigo y se quita las botas; avanza por el vestíbulo con pasos dubitativos mientras se pasa los dedos por el pelo húmedo. Sus ojos bailan por el desorden de la sala de estar, llena de bolsas de patatas fritas y botellas de cerveza vacías, pilas de ropa sucia y el edredón que he estado usando cuando me quedo dormido en el sofá a cualquier hora mirando programas de televisión que no me exigen que piense en nada. Cuando me vuelve a mirar, tiene los ojos llenos de compasión, y extrae los brazos de las mangas del abrigo.

Lo tomo y lo cuelgo en el respaldo del sillón reclinable.

–Perdón por el lío. –Me rasco la barba de varios días que me recubre la mandíbula; todavía no me he afeitado–. No esperaba a nadie.

Cora se encoge de hombros y el jersey gris y holgado se le cae de uno de ellos; ella continúa su inspección distraída.

–Mi casa no está mucho mejor. –Su mirada desciende sobre la mesa de arrime, donde hay un libro que hace de posavasos bajo una Miller Lite–. *De ratones y hombres* –murmura.

Hacemos contacto visual y lo sostenemos, y cuanto más lo sostenemos, más difícil es romperlo. Pero soy el primero que baja la cabeza, y me masajeo la nuca. Busco una camiseta que está tirada por ahí y que, por suerte, solo huele a mi desodorante de cedro, y me la pongo mientras Cora me observa a unos metros de distancia. Carraspeo.

–¿Café?

–Dale –asiente con la cabeza.

Unos minutos más tarde, traigo dos tazas llenas de la cocina y la encuentro a Cora en mi sofá con los pies recogidos. Está hojeando el libro, pero lo deja cuando me acerco.

–Gracias –dice, acunando la cerámica tibia entre las palmas. Se queda mirando por encima del borde unos momentos, mientras yo

me sitúo a su lado–. Creo que lo que más extrañaba eran las cosas más pequeñas. El café caliente. Los besos babosos de perro. Mi lista de reproducción de música. El sol en la piel. –Bebe un sorbo y, con un suspiro, se recuesta sobre los cojines.

Me apoyo la taza en el muslo y la miro. Me siento muy identificado con sus palabras.

–Es raro –cavilo–. Pensaba que lo primero que haría cuando llegara a casa sería devorar hamburguesas con queso y patatas fritas. Comida rápida grasienta. Tenía un antojo terrible de una Big Mac. –Veo cómo la boca se le dobla en una sonrisa leve cuando gira la cabeza hacia mí–. Pero me está pasando que no tengo mucho apetito de nada. Me la paso comiendo porquerías y bebiendo cerveza todo el día. Tengo hambre siempre, pero también siento como unas náuseas dentro… ¿entiendes?

–Me pasa lo mismo. Es una sensación extraña, de vacío… como si tuviera un agujero hambriento que necesita que lo llenen, pero la comida no es la respuesta. –Cora desvía los ojos hacia algo más allá de mi hombro, se escapa antes de que la pueda atrapar. Luego encuentra el camino de regreso, unos diez segundos más tarde, se acomoda en el sofá y se pone a juguetear con el dobladillo del suéter.

–¿Estás haciendo terapia? –pregunto.

Ella asiente con la cabeza, sin dejar de evitarme la mirada.

–Estoy casi segura de que mi terapeuta necesita hacer terapia, a esta altura.

Observo cómo se mordisquea el labio por dentro y, con la mirada clavada en la pared más lejana, se rasca la muñeca.

–¿Le contaste… todo?

¿Le contaste que el prometido de tu hermana fue obligado a cogerte seis veces, y que una de esas veces te gustó?

Me guardo para mí las verdades retorcidas, y ella asiente con la cabeza y responde:

–Casi todo.

Quiero saber qué partes omitió, pero estoy bastante seguro de cuáles son.

–¿Al final encontraron tu auto? –Cora cambia de tema.

Mi puto auto. Si pudiera matar de nuevo a ese hijo de puta, probablemente lo haría. Me pasé dos años ahorrando para el pago inicial del Camaro de mis sueños, con toda la parafernalia; solo lo tuve tres meses hasta que Earl «lo hizo desaparecer». Sacudo la cabeza con furia contenida.

–Nop. Sigo hablando con el seguro, a ver si pueden hacer algo al respecto. He estado yendo a las sesiones de terapia en Uber.

–Qué mal. Lo siento.

–Sí, bueno, ya lo reemplazaré. En algún momento. A ti te quitó muchísimo más.

Los dos dejamos que esa nube negra nos sobrevuele por un minuto, y deseo poder retirar lo que dije. No quise reabrir sus heridas. Cora parece retraerse dentro de sí, y solo puedo imaginar en qué estará pensando.

Espero que esté pensando en mí cuando le hablaba para ayudarla a atravesar el momento, cuando le rogaba que se concentrara en mí, que me viera solo a mí, que me oyera solo a mí…

Pero sé que no.

–Están buscando más cuerpos –susurra Cora con voz grave y temblorosa–. Descubrieron varios huesos enterrados en la propiedad. Están tratando de identificar a las víctimas.

–Mierda… –Cierro los ojos. No he estado siguiendo el desarrollo de la noticia. No puedo lidiar con eso. Es demasiado pronto, está demasiado fresco, es demasiado personal. Ya les relaté la historia a la policía, a los médicos, a mi terapeuta. Me acribillaron a preguntas unos detectives que querían procesarme por homicidio. Si bien era obvio que había sido en defensa propia, no había una herida de bala o una puñalada rápida al corazón. No: al hijo de puta lo pulvericé con mis propias manos. Fue un acto violento y salvaje y desbocado.

Debieron identificarlo por la dentadura.

Pero, por las circunstancias del hecho, nadie presentó cargos. Gracias a Dios. Lo último que quería era salir de una cárcel y entrar derechito en otra.

Por otro lado… tengo que preguntarme si no estaré siempre en alguna suerte de prisión.

–Es horrible –continúa Cora, y apoya el café en la mesita de madera que tiene al lado. Alza los ojos llorosos y voltea para mirarme–. Esos pudimos ser nosotros, Dean. Casi…

Oigo el pánico en su voz y lo veo en sus ojos verdes y enormes, así que me acerco despacio en el sofá.

–Shh, ey… no fuimos nosotros. Salimos y sobrevivimos. –Estiro la mano y le rozo la mejilla con los nudillos, y una lágrima resbala y colapsa en mi dedo. Cora parpadea y cierra los ojos, tomando bocanadas entrecortadas de aire–. Estamos vivos, respirando, y no vamos a volver nunca.

Cora levanta la mano para tocar la mía, me cubre los dedos. El contacto hace que algo dentro de mí se ponga a dar vueltas y a zumbar y a retorcerse. Rechino los dientes cuando frota la cara contra mi mano sin vergüenza, como si fuera lo más natural del mundo. Me besa el talón de la mano y por poco pierdo la cabeza.

–Vuelvo todas las noches.

Mierda. La arrimo, la aferro y dejo que su cabeza caiga sobre mi pecho como una amante perdida. La envuelvo con los dos brazos, enhebro los dedos en los mechones sedosos de su pelo e inhalo el perfume conocido y relajante.

–¿Está bien esto?

–Sí –asiente con la cabeza contra mi camiseta, y me rodea ella también el torso con el brazo. Se queda callada por un buen rato, con la respiración más pareja y estable. Estoy dudando si no se habrá quedado dormida, cuando murmura–: No parece época navideña.

Sigo acariciándole los mechones tersos, masajeándole el cuero cabelludo con la yema de los dedos, tratando de aliviar su dolor lo mejor que puedo. Deslizo la mano contraria en el bolsillo del pantalón, extraigo mi teléfono y voy pasando por las estaciones de radio hasta que encuentro la que busco. Subo el volumen y me recuesto, con Cora en brazos, y la música navideña nos arrulla como una serenata por el altavoz de mi celular.

La siento relajarse casi enseguida, y hunde aún más la mejilla mojada en mi pecho.

Cora se queda dormida unos momentos después al son de «I'll Be Home For Christmas» en nuestros oídos, que nos da calor, que calma nuestras almas torturadas… y sé que estaré completamente satisfecho si, este año, lo único que recibo para Navidad es esto.

CAPÍTULO QUINCE

Un año antes

–Seguro pensarás que soy muy rara, pero te compré un regalo de Navidad, o algo así.

Frunzo el ceño, confundido, y me arden los ojos tanto de curiosidad como del ponche de huevo «retocado» con alcohol. Entonces me siento un cretino terrible, porque yo no le compré nada. Nunca nos hemos hecho obsequios con Cora; bueno, excepto aquel año en que le regalé un vibrador con forma de Papá Noel que decía «Jo, jo, jo» cuando vibraba. Ella, a su vez, me regaló un puñetazo en el hombro.

–Uy, Corabelle. Yo no te compré nada.

Cora está sentada en el sofá, una pierna bronceada le cuelga sobre la otra, y balancea una copa de champaña en la mano. Yo estoy en el suelo frente a ella, apoyado sobre las manos. Las lentejuelas de su vestido de cóctel rojo centellean bajo las luces navideñas, un agasajo festivo para sus ojos verdes brillantes.

Es realmente molesto lo linda que está.

–Quizás es mejor que no me regales nada.

Un rubor rosado le besa las mejillas y me convence de que los dos estamos pensando en el vibrador de Papá Noel.

–Bueno, dámelo. ¿Es un auto? Dime que es un auto.

–¿Por qué Cora te regalaría un auto? –Mandy me pincha el brazo con su uña puntiaguda.

–Porque me ama.

–*Diuj*. –Cora apoya la champaña en la mesa de café que tiene delante, y cuando lo hace se inclina justo lo necesario para revelar una porción peligrosa del escote. Desvío la vista–. Solo tú podrías

confundir el amor y el odio. No dudo de que le resulte muy complicado a tu cerebrito de maní recordar la diferencia.

–Son los dos unos ridículos –masculla Mandy con un suspiro lento–. Necesito más brownies.

Se incorpora tambaleando, y no puedo evitar preguntarme por qué se ha puesto tacones aguja para estar toda la noche en la casa de sus padres. Desaparece en la cocina y me deja a solas con la hermana más exasperante.

Aunque no me molesta. Pelearme con Cora Lawson está bastante arriba en mi lista de actividades preferidas.

Ella piensa que soy un idiota, y yo se lo permito. Me encanta la expresión incrédula de sus ojos cuando digo o hago algo estúpido. Forma parte de nuestra dinámica.

–Lo que tú digas, Corabelle. Muéstrame el regalo.

–No me llames así. –Cora me lanza su clásica mirada de rabia, luego se inclina por sobre el apoyabrazos del sofá y toma un paquete que estaba escondido debajo del árbol–. Atrápalo.

Me lanza el obsequio envuelto en colores vivos y centelleantes, lo atajo con habilidad y le guiño un ojo mientras me pongo a abrirlo.

–Envuelves bastante bien. ¿Tomaste clases?

Otra mirada fulminante.

Sigo quitando el papel y descubro un libro. No soy muy lector; prefiero los podcasts y los audiolibros. Pero supongo que lo que cuenta es la intención.

–*De ratones y hombres* –declara Cora, y se estira para tomar su copa de vino por el tallo y llevársela a los labios–. Era de lectura obligatoria en segundo año, pero imagino que no lo habrás leído. Está bueno.

Frunzo los labios. Tiene razón. No lo leí.

–Bueno, gracias. Qué lindo gesto de tu… –Se me va apagando la voz cuando empiezo a pasar las páginas.

Están en blanco.

Todas y cada una de ellas.

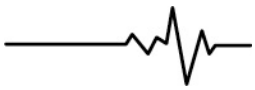
–Eh, pequeño problema –le digo, alzando la cabeza y haciendo girar el libro en la mano; me apena que haya comprado un ejemplar defectuoso.

Cora se endereza y parpadea despacio. Se me queda mirando como si estuviera desconcertada, hasta que responde:

–Uy. Pensé que no te darías cuenta.

Ah, bueno.

Que se prepare para la próxima Navidad.



–Buenas noches, señor y señora Lawson. Feliz Navidad –saludo a los padres de Mandy–. Gracias por una cena fantástica.

Y por el delicioso ponche de huevo con una cantidad maravillosa de ron.

Me balanceo entre uno y otro pie, y Mandy trata de estabilizarme. Noto que gesticula con la boca «Conduciré yo» para tranquilizar a sus padres, mientras nos dirigimos hacia la puerta de entrada.

La veo a Cora poniéndose su abrigo de invierno y recogiendo su bolsa de regalos para seguirnos afuera. Cuando nos pasa por al lado, extrae algo de la bolsa gigante y me lo apoya contra el pecho.

–Tuyo –murmura, con una expresión indescifrable.

Miro el libro: *De ratones y hombres*. Solo que esta vez contiene palabras.

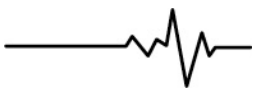
–Léelo. Quizás te guste. –Cora me dedica una última mirada, después le lanza un beso a Mandy y avanza hacia la puerta–. Feliz Navidad.

Desaparece afuera, y deja tras de sí la estela del aroma a galletas azucaradas que despide su cuerpo.

–Podemos donarlo –frunce los labios Mandy, estudiando el libro–. No se va a enterar.

Paso los dedos por la tapa, sonriendo con mi primer regalo de Navidad de Cora Lawson. Me encojo de hombros.

–Nah. Creo que este lo voy a leer.



Presente

La miro por encima de la isla de la cocina mientras ayuda a la madre a filetear el jamón. El pelo le cae rebotando por la espalda como cascadas de champaña, el vestido esmeralda le llega a la mitad de los muslos, y en la mano derecha le tiembla un cuchillo jamonero.

–¿Quieres que termine yo, corazón? –ofrece Bridget, y me pregunto si nota lo mismo que yo.

–Yo puedo –la rechaza Cora con una sacudida brusca de la cabeza.

Feta. Feta. Feta.

Para atrás y para adelante. Cuidadosa y lentamente.

Quiero deslizarme detrás de ella, rodearle la cintura menudita con los brazos y susurrarle en el oído que está bien. Está todo bien. Pero no puedo hacerlo porque mi prometida está al lado mío publicando memes de Navidad en Facebook y no lo entendería.

–Ay. ¡Allie se va a casar! –anuncia Mandy, mientras tipea a toda velocidad, iluminada de emoción, y las orejas de reno se le balancean encima del pelo cardado–. Más le vale que me haga dama de honor.

Feta. Feta. Feta.

–Ayy. Me había olvidado de que el hermano de Allie volvió a estar soltero… ¿te parece que le pueda gustar a Cora?

Mis ojos se mueven de los cortes cautelosos de Cora a Mandy, que le da sorbos a un vaso de ponche navideño.

–¿Qué?

–Jason. ¿Te acuerdas de que fuimos a la fiesta que organizó para el Supertazón? En ese entonces salía con alguien, pero te juro que no dejaba de mirar a mi hermana. –Mandy succiona el ponche con una pajilla roja–. A Cora le pareció lindo.

–Es un poco pronto, ¿no crees? –No me doy cuenta de que estoy apretando la mandíbula hasta que me empieza a doler.

–Hace tres años que está soltera, Dean, y tiene casi treinta años.

–Sí, pero sigue recuperándose de un trauma. No creo que esté buscando salir con nadie. –Me mordisqueo la mejilla y vuelvo a desviar los ojos hacia Cora, que ha conseguido terminar de rebanar

el jamón y ahora transfiere las fetas a una bandeja navideña–. Necesita más tiempo.

Mandy alza la vista del teléfono y del cóctel, y le aflora una sonrisa cómplice en el rostro.

–Te has vuelto protector con ella, ¿no? Qué ternurita. Eres como un hermano mayor que se preocupa. –Suelta un suspiro juguetón–. Siempre supe que resolverían sus problemas.

Mierda. El término «hermano mayor» me da ganas de vomitar.

–Sí, supongo.

–Bueno, como hermana y amiga, tengo el deber de arreglarles una cita. Tal vez podemos salir los cuatro para aligerar la situación.

–No sé si me cayó bien Jason. –Me sigue crujiendo la mandíbula, y me quiero dar una bofetada.

De hecho, ni siquiera me acuerdo de Jason, pero estoy seguro de que no me cae para nada bien.

–No tiene que caerte bien a ti. No eres tú el que se va a desnudar con él –Mandy me da una palmadita en el pecho, me guiña el ojo y se traga el resto de su ponche.

Me da náuseas imaginarme a Cora desnuda con algún idiota. Es demasiado pronto. Y quizás sí estoy muy protector, pero ¿cómo no serlo? Soy el único que entiende lo que ella soportó durante esas tres semanas en el infierno. Si alguien la va a defender, voy a ser yo, y no me disculparé por eso.

Me acerco al carrito-bar, que está adornado con un bol de ponche navideño y otro de ponche de huevo con ron. Los primitos de Mandy y Cora corretean por ahí, persiguiéndose con unas barras luminosas rojas y verdes, mientras los adultos conversan en el salón, a la espera de la cena. Me sirvo un poco de ponche con la cuchara y me bebo el vaso entero de cuatro tragos. Después me sirvo otro vaso, y otro, de manera que, para cuando termina la cena y nos trasladamos al árbol de Navidad para intercambiar regalos, estoy más que borracho.

Me siento en el suelo con la espalda contra el sofá y las piernas extendidas delante, y Mandy, sentada detrás de mí, me masajea los hombros. Estoy acunando mi sexto, y ojalá que último, vaso de

ponche, observando con ojos cansados cómo Cora abre uno de sus regalos enfrente mío.

Es un jersey.

Fuerza una sonrisa que no le llega a los ojos. Nadie parece darse cuenta, excepto yo.

Me toca a mí abrir un regalo.

Otro jersey.

También fuerzo una sonrisa.

Cuando uno de los primitos desgarra una bolsa de regalo y extrae un disfraz de policía, se pone a dar saltos de entusiasmo. Sigue excavando entre el papel tisú y grita:

–¡Qué *cool*! ¡Esposas!

Se me encoge el estómago, y mi mirada desciende sobre Cora, que se pone a rascarse la muñeca y a moverse en el asiento. Deja vagar los ojos hasta mí, pero solo por un momento, y luego se excusa de los festejos y desaparece escaleras arriba.

Mierda.

Espero unos minutos para que no resulte evidente que la estoy siguiendo y después le aviso a Mandy que voy al baño. Pero ella está enfrascada en una conversación sobre mantas pesadas con la tía, así que mi escape pasa desapercibido.

La hallo a Cora en el mismo lugar donde estaba la noche de nuestro encuentro: sentada en el borde de la cama para huéspedes de la habitación de su infancia, estrujando el edredón con los puños. Advierte mi presencia sin que yo diga nada, y me pregunto si anticipaba que la seguiría hasta acá.

–Estoy bien, Dean.

De pie en el umbral, aprieto los dientes y noto que no me mira. Decido acercarme, entro a la habitación y cierro la puerta detrás de mí. El sonido la hace crisparse.

–Feliz Navidad –digo en voz baja.

Casi que siento cómo se le va un poco de la tensión cuando me siento al lado suyo y el colchón se hunde bajo mi peso. Por fin Cora alza la vista hasta mis ojos con una arruguita en el entrecejo.

–Hueles a vodka y confites.

–¿No probaste el ponche? –Una sonrisa me estira los labios.

–No. Pero parece que tú sí. –Me inspecciona de arriba abajo, como si las rayas de mi camisa fueran a revelar la cantidad de vasos que he succionado en las últimas dos horas–. Tómatelo con calma. No te ves muy bien.

Me paso la mano por mi maraña de pelo marrón y reparo en que tengo desabrochados los dos primeros botones de la camisa de vestir y solo una de las mangas enrollada sobre el codo. Creo que Mandy me hizo ponerme un moño de Papá Noel, pero no tengo idea de dónde quedó.

–Tú te ves triste –replico, y estudio sus ojos vacíos, a los que les falta el destello que he aprendido a querer tanto.

–Dije que estoy bien.

–Bueno, quizás pueda ayudarte a estar más que bien. –Le doy un empujoncito en el hombro con el mío–. Te compré un regalo de Navidad, o algo así.

–¿Qué? –Abre los ojos de par en par, sorprendida, y separa levemente los labios rosados y tersos–. ¿Por qué?

–Porque tú me regalaste algo el año pasado. Me toca a mí.

–Yo no hice muchas compras este año –se excusa bajando la barbilla al pecho, y se pone a juguetear con los hilos del cobertor–, así que no te compré nada. Me siento una miserable.

–No pasa nada. Un año de estos se alinearán los astros y los dos nos haremos regalos al mismo tiempo.

Se mordisquea el labio. Por instinto, dejo vagar la mirada hasta su boca, para redireccionarla hacia arriba, demasiado consciente, de pronto, de que su muslo desnudo está aplastado contra mis pantalones. Debería apartarme, pero el alcohol me mantiene anclado en mi lugar.

–No está tan bien envuelto como el tuyo –me meto la mano en el bolsillo y extraigo una cajita–. No juzgues.

–Yo juzgo siempre. –Cora por fin deja escapar una sonrisa mientras acepta el regalo de mi mano–. Bueno, al menos es demasiado pequeño para ser un vibrador navideño vergonzoso.

–O no…

Se ríe. Se ríe y es el mejor regalo de todos.

–¿Me va a saltar algo encima? –pregunta, dándole vueltas a la caja sobre el regazo con las manos, analizándola–. ¿Muerde?

–No y no.

No parece convencida, pero empieza a quitar el papel, esquina por esquina, con dedos cautelosos. Cuando levanta la tapa de la cajita blanca, con los ojos clavados en el relleno de algodón, contiene el aliento. Se queda mirando lo que hay dentro, y yo la miro a ella. Observo cómo le suben las emociones por el pecho, después por el cuello, le llegan a la garganta y salen con un suspiro constreñido. Con los dedos de uñas rojas roza el pendiente con forma de corazón que viene unido a una cadenita de oro.

–Es hermoso, Dean. Es… demasiado. –Cora me mira un segundo con los ojos empañados, luego vuelve a bajar la vista hacia el collar. Lo extrae de la caja y, dejando pender de sus dedos la delicada cadena, la sostiene en alto y contempla el corazón dorado.

–Ábrelo. Es un relicario.

Cora parpadea con sorpresa. Le tiemblan los dedos cuando destraba las dos piezas de oro y fija los ojos en el contenido.

«*Sigue latiendo*».

No emite palabra. Me pregunto si no habrá entendido, así que me pongo a explicar:

–Se me ocurrió que puedes llevarlo sobre el corazón, como un recordatorio constante de todo lo que sobreviviste. Mientras siga latiendo, estás bien.

Sigue callada.

Empiezo a dudar del regalo, a pensar que quizás *sí* es demasiado. Tal vez es demasiado personal. Trae demasiados recuerdos.

Pero entonces Cora se me arroja encima, me rodea el cuello con los brazos, y siento sus lágrimas resbalando dentro del cuello de mi camisa.

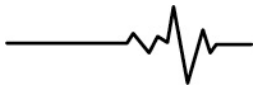
–Gracias –susurra con la respiración entrecortada–. Es perfecto.

El collar permanece sujeto en su puño apretado, y las lágrimas siguen cayendo, firmes e implacables, destrozando su cuerpo con todo lo que ella se esfuerza tanto por contener.

Pero conmigo no tiene que fingir. No necesita esconderse.

Estoy aquí y la veo; veo cada cicatriz, cada defecto, cada pieza rota y hueca.

Y entiendo.



Sangre. Sangre por todas partes.

Mucha, pero muchísima sangre.

Siento cómo me salpica la piel y percibo su sabor en la boca, pero sigo. Puños que vuelan, cráneo roto, pedazos de cerebro. Gemidos espantosos, adoloridos… *muerte*.

Tiene que pagar por lo que le hizo. Tiene que morir. Prometí que extinguiría su vida insignificante por haberla tocado, y es exactamente lo que estoy haciendo.

No hay remordimiento. No hay vuelta atrás.

Se terminó.

Creo que oigo su voz, a lo lejos, que me llama para que regrese a ella.

«Para. Está muerto».

Cora se abre camino y la realidad me hinca sus dientes cuando contemplo el crimen atroz que acabo de cometer. Dios mío, parece algo salido de una película de terror.

El final adecuado para esta historia horripilante.

Yo hice esto. Yo hice esto, mierda. Asesiné a un hombre a sangre fría con nada más que mis nudillos sucios y destrozados.

El hijo de puta se lo merecía.

Voy a saltar para atrás, a alejarme lo más que puedo de este baño de sangre, pero entonces se le abren los ojos de golpe. Unos ojos blancos aterradores con iris tan negros, tan brutales, que casi me despellejan vivo. Earl yergue el torso, los ojos enormes y bulbosos hundidos en carne machacada.

Extiende los brazos y cierra las manos alrededor de mi garganta, férreo. Inquebrantable. Me ladra a través de los dientes rotos y la sangre me rocía la cara mientras él me asfixia.

–Perro malo, muy malo.

No se terminó. No se terminó.

No va a terminar nunca.

Me siento de un golpe, empapado de sudor de la cabeza a los pies, con la respiración agitada e irregular. Dejo caer las piernas a un costado de la cama, aferrado a las sábanas, y oigo vagamente que suena el teléfono a lo lejos, al tiempo que mis pensamientos van encontrando el camino de regreso a la realidad. Mientras busco mi celular, que anda perdido entre las sábanas humedecidas, me doy cuenta de que la cabeza me sigue girando por el alcohol. Mandy me dejó en casa alrededor de las once de la noche, y acto seguido me bajé un cuarto de botella de vodka, para caer dormido bien pasada la medianoche.

Me siento para la mierda.

Localizo el teléfono que sigue sonando, y es el nombre de Cora el que me ilumina la cara.

Son las dos de la mañana.

Con el corazón acelerado, acepto la llamada y farfullo al micrófono:

–¿Cora? ¿Dónde estás?

–Dean.

–¿Estás bien, Corabelle? –Suena a que está llorando, maldita sea.

–Tuve una pesadilla horrible. No me la puedo quitar de la cabeza y tengo miedo. –Del otro lado son evidentes los sollozos, acompañados de leves gimoteos.

–¿Me necesitas?

Ni dudo en preguntar. Si me necesita, estoy ahí.

–Sí.

–Dame quince minutos.

Quince minutos más tarde, salgo a los trompicones de un Uber delante de su pequeño bungaló, y casi me tropiezo solo mientras me acerco al trote y con torpeza por el caminito de adoquines. Choco la frente contra la puerta turquesa y me pongo a golpear con el puño mientras llamo:

–Cora, soy yo. Abre.

Oigo sus pasos del otro lado y, cuando abre la puerta de par en par, casi me caigo de bruces. Me atajo con el marco y devoro la

visión que me ofrece, ahí de pie, vestida solo con una camiseta blanca, corta y sin sostén, y unas bragas de algodón. Pero, al parecer, a ella no le importa un carajo estar semidesnuda frente a mí, porque da un paso hacia atrás para permitirme pasar, los ojos enrojecidos, los pies igual de inestables que los míos. Cierro la puerta detrás de mí y no puedo contenerme de recorrer con la mirada ese cuerpo que conozco tan bien.

Ella no intenta esconderse de mí.

Sabe que la he visto mucho más despojada.

Pero son los ojos los que me matan. Están vidriosos y sin vida y perturbados.

–Corabelle…

Le temblequea el labio inferior mientras nos miramos, separados tan solo por unos metros.

–Tomé pastillas para dormir. Deberían ayudarme a relajarme y olvidar, pero… las pesadillas, Dean. No puedo ni siquiera… Dios, son horribles.

–Ven aquí. –Me acerco; sus lágrimas son un imán para mi corazón sufriente.

Cora no vacila. Corre hacia mí, salvando la distancia que hay entre nosotros y rodeándome el cuello con los brazos.

Yo tampoco lo dudo. Como por instinto, como si fuera lo único que pudiera hacer, le pongo las manos bajo los muslos y la alzo para que me envuelva la cintura con las piernas, y ella hunde la cara en la curvatura de mi cuello. Empiezo a caminar. La llevo a través de todas las habitaciones a oscuras, por el pasillo corto, hasta su dormitorio. Colapsamos en la cama, todavía unidos, todavía desesperados por esa chispa de calor que solo parece encenderse cuando estamos juntos.

Nos situamos en la cama de dos plazas y solo la suelto para cubrir nuestros cuerpos con las mantas, después la envuelvo entre mis brazos otra vez. Ella está drogada de pastillas para dormir y yo estoy borrachísimo, y somos dos seres humanos desastrosos y dañados que se aferran el uno al otro mientras atraviesan juntos la tormenta, pero no pasa nada, porque estamos *juntos*.

Cora se acurruca junto a mí, tan cerca que estoy seguro de que siente el latido de mi corazón propagándose por su cuerpo mientras se va quedando dormida. Me pregunto si sentirá lo roto que está.

Mientras me consume la nebulosa etílica y empiezo a desvanecerme, me inclino para besarle la frente, le aparto un mechón rebelde de pelo con los dedos y después le rozo con ellos la mejilla, el cuello y el pecho.

Me duermo con el corazón de su collar en la mano.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Earl Timothy Hubbard.

Por fin encuentro las fuerzas para investigar el caso.

Mi caso.

Nuestro caso.

Ha llegado a medios internacionales, que le han puesto a Earl el apodo de «El casamentero». Pasará a la historia como un célebre asesino serial, tras el descubrimiento de once cadáveres enterrados en su vasta propiedad. Secuestraba a las víctimas de a pares; hombre y mujer, sin vínculo sanguíneo ni romántico. Earl guardaba cajas y cajas de trofeos, baratijas y evidencia en el ático, incluida la billetera de Cora, mi abrigo de cuero y las llaves de mi auto. Tenía entradas de diario dedicadas a cada «pareja», aunque el detalle de los contenidos no ha sido revelado a la prensa. A partir de los diarios encontrados, se alega que Earl fomentaba que sus víctimas desarrollaran sentimientos el uno por el otro; y cuando sentía que se habían enamorado, los asesinaba a sangre fría. Disfrutaba de mirar cómo sus víctimas lloraban mientras él torturaba a sus amantes hasta matarlos.

Un psicópata.

Rememoro aquella noche fatídica y me detengo en cada cosita que hice mal. Cada paso en falso y cada desliz fatal.

«¿Es tu novia?»

En ese entonces, la pregunta de Earl había parecido inofensiva. No tenía idea de que estaba sellando nuestro destino cuando respondí con firmeza «De ninguna manera». Tendría que haber mentido, pero molestar a Cora era más importante. Fastidiarla era más divertido.

No tenía ni puta idea de que le había puesto el último clavo a nuestro cajón.

Resulta que el tipo era un agente de ventas común y corriente que trabajaba para una empresa de herramientas eléctricas. Al principio pensé que era un policía corrupto, pero las luces intermitentes de su vehículo eran solo para engañar a sus víctimas y que se detuvieran. Uno oye sobre estas cosas en documentales de crímenes… y ni en sueños se le ocurre que sucedan en la vida real.

La piel me empieza a arder con una ansiedad hormigueante, y cierro todos los artículos. Me siento físicamente mal. Me recrimino haber leído esa porquería; es evidente que no estoy listo y que las heridas todavía están demasiado frescas. Demasiado abiertas. Y espero por Dios que Cora no esté leyendo esa mierda.

Me reclino en los cojines de mi sofá, cierro los ojos e intento controlar la respiración. Control animal confiscó dos perros en el lugar. Uno era un pastor alemán y el otro, un *yorkie* mestizo. Ninguno parecía amenazador en las fotos. De hecho, se veían aterrados y desnutridos; muy alejados de las bestias rabiosas que me imaginaba royendo nuestros esqueletos. Me pregunto a qué clase de horrores habrá sometido Earl a esos pobres animales.

Por lo menos se tenían el uno al otro.

Mi teléfono celular se pone a vibrar y lo tomo de la mesa de arrime; no me emociona demasiado ver el nombre de Mandy devolviéndome la mirada. Y eso me hace sentir aún peor de lo que ya me siento.

Mandy: Qué ganas de verte más tarde amor! Te paso a buscar a las 7 :) :)

Hoy a la noche es la fiesta anual de fin de año de Mandy. Solemos hacerla en mi casa adosada, porque es más grande que su modesto apartamento de dos habitaciones, pero, dado mi estado actual de agónica desolación, los dos coincidimos en que sería mejor que se encargara ella de las celebraciones este año. Sinceramente, yo no tenía ninguna intención de ir; recibir el año nuevo con un poco de vodka y mi lista de rock progresivo sonaba mucho más atractivo.

Pero Cora estará ahí.

No la veo desde aquella mañana de resaca y confusión después de Navidad, pero, desde entonces, hemos hablado todas las noches por teléfono.

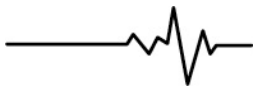
No hablamos de cómo nos despertamos en brazos del otro, cuchareando, con las piernas enredadas de manera imposible y mi mano dentro de su camiseta.

La cronología de esas horas de la madrugada es, a lo sumo, una nebulosa. Tengo el recuerdo vago de un viaje en Uber con un conductor que yo estaba convencido de que era Kurt Cobain, y a quien no paré de pedirle un autógrafo; seguido del aroma a narciso del pelo de Cora, que aquietó mis demonios, y su aliento tibio contra mi cuello, que me arrulló. Me acuerdo de que me despertó una pesadilla. Y me acuerdo de que, llegado un momento, me quedé dormido y pasé la noche más cómoda de los últimos dos meses… a pesar de la migraña terrible con la que me levanté al día siguiente, casi al mediodía.

Cuando finalmente Cora se desenredó de mis brazos y cruzamos miradas, hubo una promesa no dicha de que no hablaríamos nunca del tema.

Así que no lo hemos hecho.

Y a veces ni siquiera hablamos mucho; saber que el otro está en el otro extremo de la línea, vivo y respirando, sano y salvo, es un consuelo en sí mismo.



–Me muero, ¡Dean!

–¡Te ves bien!

–¡Gracias a Dios que estás bien!

No diría que me veo bien, pero sí logré encontrar una camisa limpia que no oliera a la semana pasada y por fin hice el esfuerzo de afeitarme, y me dejé solo una sombra en la mandíbula.

Tampoco diría que *estoy* bien. Pero estoy acá, con una sonrisa más falsa que la mierda, así que supongo que es un paso en la dirección correcta.

A medida que caras conocidas y extraños curiosos me asedian a preguntas y cumplidos, aprieto el pico de la botella de cerveza que tengo en la mano y me entra la duda de si podría quebrar el cristal solo con el puño.

Después de todo, he roto cosas peores con las manos.

Mandy se me acerca por detrás, desliza los brazos alrededor de mi torso y me aferra. La siento besarme el centro de la espalda, y levanto la mano que tengo desocupada para acariciarle las manos cerradas.

–Qué buena fiesta –murmuro.

Estoy mintiendo. La fiesta es un horror y me duele mucho la cabeza, y siento que todo da vueltas. Acá hay personas que solía considerar buenos amigos y en quienes no he pensado ni una sola vez en el transcurso de las últimas siete semanas. ¿Son mis amigos siquiera? ¿Soy completamente insensible a la conexión humana?

Me vuelvo y veo a Cora entrar por la puerta con su amiga Lily, bañada de plata centelleante y con unos jeans ajustados, el pelo resplandeciente de reflejos nuevos y una mirada que se asemeja a la de un animal arrinconado. El corazón me da un vuelco raro, y sé que *algo* de sensibilidad me queda.

Cora pone los frenos apenas cruza el umbral, se aferra a la mano de Lily y obliga a la morocha a retroceder. La música está demasiado alta como para oír lo que dicen, pero Lily le frota el brazo a Cora y la consuela de alguna manera. Probablemente le asegura que no pasa nada. Que va a estar todo bien.

Te está mintiendo, Cora. Es una trampa.

Mandy advierte la llegada de su hermana y, desenlazando los brazos de mi cintura, trota entusiasmada y tambaleando un poco hasta ella, que todavía está pálida y petrificada en la entrada. Le doy un sorbo a mi cerveza y miro la escena desde lejos, estudiando la forma en que Mandy abraza a Cora como si la vida estuviera llena de sol y cachorritos.

Los ojos de Cora se cruzan con los míos por encima del hombro de Mandy, y yo bajo la cerveza y le ofrezco una sonrisita comprensiva. Ella me devuelve lo mismo. Pero antes de que pueda acercarme a saludar, me veo succionado a otra conversación con

uno de mis buenos amigos, Reid. Me da una palmada en el hombro, su alegría por verme parece genuina, y nos pasamos quince minutos poniéndonos al día; bueno, él me pone *a mí* al día. Estoy seguro de que Reid no tiene ningún deseo de oír en qué he andado yo desde la última vez que nos vimos, en octubre.

Cuando lo dejo para buscar otra cerveza, la encuentro a Cora en la cocina, aferrada a su vaso rojo de plástico, charlando con Lily y un chico que me resulta conocido y que supongo que será Jason. Extraigo una cerveza fresca del refrigerador portátil y, dando un vistazo en su dirección, decido que estaba en lo cierto: no me agrada Jason.

Lleva puesto un suéter cuello de tortuga, por el amor de Dios.

Y no deja de tocarla: el brazo, la mano, la cadera. Hasta le quitó una pelusa invisible del pelo. Cora es toda sonrisas y cortesías, y le responde con gestos de la cabeza, pero me doy cuenta de que empieza a apretar más el vaso y no para de hacer rebotar la rodilla. Lily se está riendo de lo que mierda sea que esté escupiendo el otro y, ey, creo que Lily y Jason serían perfectos el uno para el otro, ahora que lo pienso. *Gestionemos eso*.

Resuelvo introducirme en la conversación.

Los ojos de Cora danzan hasta mí y se iluminan cuando me abro camino hasta su circulito de tres.

–Dean –me saluda, y una gran sonrisa le estira los labios perfectos teñidos de cereza.

–Ahí estás –Lily se me acerca y me abraza con un brazo, mientras sostiene su bebida con la otra mano–. Cora dijo que probablemente estuvieras acá. ¿Cómo estás?

–Bien. Van mejorando las cosas. –Es más fácil mentir cuando es lo único que haces–. ¿Qué cuentas tú de nuevo?

Lily se pone a parlotear sobre su empleo como auxiliar técnica de farmacia, pero mis ojos se la pasan yendo a Cora. Jason juega con su teléfono celular, con una cerveza en la mano, y cada tanto levanta la vista, asiente y sonríe. Apenas estoy escuchando a medias a Lily cuando decido hablar:

–Cora no está interesada.

Lily se calla. Los tres se me quedan mirando.

Jason se aclara la garganta, bebe el resto de la cerveza y arroja la botella a un cesto de basura que hay cerca.

–Si eso iba dirigido a mí, me parece que la mujer puede hablar por sí sola.

–Seguro que sí, pero, como su futuro cuñado, tengo la responsabilidad de cuidarla, y no está para nada lista para volver a salir con nadie. Así que mi seria recomendación es que lleves tu coqueteo para otro lado.

Jason suelta una carcajada que suena todo menos divertida, mientras Lily trata de sofocar su propia risa; la suya, sin embargo, sí que es de diversión.

Cora se cruza de brazos y me fulmina con la mirada como una daga. Se le enrojecen las mejillas y se le tensa la mandíbula.

–¿Qué te pasa, Dean? Estoy acá mismo.

–Ya sé.

–Escucha –Jason voltea hacia mí con las manos en las caderas–. Sé que ustedes dos pasaron por algunas cosas juntos, y entiendo que la estés cuidando, pero…

–¿*Algunas cosas*? –repito, torciéndome para mirarlo. Insolente hijo de puta–. Nos tuvieron encadenados como perros durante tres putas semanas, nos mantenían con vida a base de sándwiches de pavo y agua de pozo, nos obligaron a hacer cosas retorcidísimas, mientras Cora…

–¡Dean! –interrumpe ella.

–No le estoy restando importancia a nada –Jason alza las manos–. Solo estaba hablando con la chica.

Antes de que pueda meter otro bocado, Cora me agarra la mano y me arrastra fuera de la cocina.

–Discúlpennos –se excusa por encima del hombro.

Me lleva hasta el dormitorio de Mandy, cierra de un portazo y apoya la espalda contra la puerta.

–Qué. Carajo.

Dejo salir un suspiro; estoy un poco arrepentido. Quizás las cuatro cervezas me pegaron más de lo que creía.

–Lo lamento, trataba de protegerte.

Ella apoya el vaso en el tocador de Mandy y se me acerca un paso, con los ojos fríos y los rasgos tensos.

–Me hiciste pasar vergüenza.

–No fue mi intención.

–Jason es un buen tipo. Siempre ha sido educado y respetuoso. Además, mi vida sexual no es nada de tu incumbencia.

–¿Vida sexual? –arqueo una ceja, y mis entrañas se encienden con algo que se siente como celos–. ¿Quieres acostarte con él?

–Si quiero o no quiero, no es tu problema. –Las mejillas se le ponen más brillantes y su mirada se aleja flotando de la mía.

–Parecías incómoda. Quise ayudar. –Trago saliva.

–No quiero tu ayuda, Dean. Ya no necesito que me protejas. –Suelta despacio un suspiro y alza la vista al cielorraso–. Y quizás estaba incómoda. Estar acá me pone incómoda. Todavía intento aclimatarme otra vez a la gente y al ruido y a la vida –explica Cora, con la voz tensionada por una emoción delatora–. Pero no necesito un niñero. Solo tengo que quitarme la curita de golpe.

–¿Piensas en mí como un niñero? –Me miro los pies para tratar de minimizar la intrepidez que me tiñe la voz.

Cora se queda callada un buen rato, lo que me incita a levantar la vista. La encuentro con los ojos fijos en mí. Le sostengo la mirada un momento hasta que responde:

–No tengo idea de qué eres para mí.

Al principio, me ofende. Me indigna. *Con todo lo que hemos vivido*. Estoy por responderle, ofuscado y enojado, cuando me doy cuenta de que… tiene toda la razón del mundo. ¿Qué carajo somos?

Nunca vamos a ser amigos. Ya no somos enemigos. No podemos ser amantes.

¿Dónde nos deja eso?

Soldados en guerra. Espíritus afines. Dos almas perdidas y errantes sin nada, y con todo, en común.

O… tal vez no.

Tal vez no somos nada que se pueda etiquetar. Trascendemos los títulos.

Y eso, me temo, es lo más poderoso que existe.

Bajo la mirada al pecho de Cora y reparo en el relicario que pende entre sus senos. Lleva consigo una parte de mí.

Lleva consigo muchas de mis partes.

Me mordisqueo la mejilla y froto el pie sobre el alfombrado canela.

–¿Has visto las últimas novedades del caso?

Parece que a Cora la toma desprevenida el cambio de tema, y empieza a rascarse la muñeca, mientras hace rebotar la rodilla de nuevo.

–Sí. Me aparecen todo el tiempo en las noticias.

Maldita sea. Tenía la esperanza de que no las hubiera leído.

–Es macabro. Hacía que estas parejas se enamoraran o algo así antes de matarlas… es enfermizo y retorcido.

Cora tiene los ojos abiertos como platos y vidriosos, y tomando aire con la respiración entrecortada, pregunta:

–Había dicho que ya casi no nos quedaba tiempo. ¿Habrá creído…?

Cruzamos miradas.

Y estoy convencido de que los dos estamos pensando en lo que sucedió contra ese caño antes de que yo le arrancara la cara a Earl.

Pegamos un salto, sorprendidos, cuando se oyen unos golpes incesantes en la puerta de la habitación.

–¿Cor? ¿Estás ahí?

Es Mandy.

–Ya salgo –dice Cora, con la voz irregular.

–¡Zorrita! ¿Estás con un chico? –bromea Mandy, y luego irrumpe; por lo visto, no le importa un corno si Cora está acostándose con algún tipo. Se detiene en seco cuando me ve–. Ah. Hola, amor.

Me meto las manos en los bolsillos. Tiene un destello de sospecha en los ojos y me inquieta. Sé que Mandy ha visto los informes periodísticos sobre los verdaderos motivos de Earl, pero todavía no me ha interrogado. Trago saliva.

–Hola. Estábamos charlando, nada más.

Un silencio raro e incómodo se instala entre los tres, y un poco quiero dejarme caer al suelo y hacerme el muerto, como hacen algunas cabras.

–Perdón, no quise interrumpir –se disculpa Mandy, se tapa la boca con una mano para toser y con la otra se baja el vestido rosa eléctrico–. Estamos por jugar a voltear el vaso.

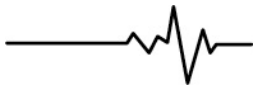
Me encantaba ese juego.

Me encantaban muchas cosas.

–Okey, suena divertido –dice Cora. Yo me sumo.

Las mujeres se van, y me quedo parado solo en el medio de la habitación –en el medio de la habitación de mi prometida–, confundido, perturbado y contrariado.

¿Qué diablos vio Earl?



Casi es medianoche y no la encuentro.

Sé que está mal, sé que es retorcido, sé que estoy más que borracho, a esta altura, pero casi es medianoche, mierda. Casi comienza un nuevo año. Y ya sé, *ya sé* que debería estar buscando a Mandy en este momento, la mujer con la que he brindado los últimos quince años.

Pero necesito encontrar a Cora.

Fuimos y volvimos del infierno este año… *juntos*. Cuando el reloj marque las doce, es borrón y cuenta nueva. Un nuevo comienzo metafórico.

–Diez… nueve… ocho…

Examino a los invitados que corean y sonríen, y cuyos tragos salpican para todos lados mientras ellos agitan sus campanitas.

–Siete… seis…

Me vuelvo hacia el balconcito de la cocina y ahí la encuentro. Está apoyada contra la baranda, mirando en mi dirección.

–Cinco… cuatro…

Me abro paso hacia ella, atravieso una masa de cuerpos, estiro la mano para tomar la manija de la puerta corrediza y la abro.

–Tres…

Me golpea una ráfaga de aire frío, y observo cómo su pelo entra en movimiento con el viento. Los brillos de su blusa centellean bajo

la luz de la luna, al igual que sus ojos.

Me está esperando.

–Dos…

Estoy a punto de salir al balcón cuando siento unos dedos enroscándoseme en el codo.

–¡Ahí estás!

Me dan media vuelta.

–¡Uno!

Una boca presiona la mía y los festejos resuenan a nuestro alrededor. Mandy enlaza los brazos en mi cuello, me arrima para darme nuestro tradicional beso de medianoche, y mi cuerpo quiere protestar, resistirse, soltarse… pero me quedo ahí parado, con los brazos a los costados, y la dejo besarme. Estoy demasiado ebrio como para dar pelea y, además, ¿qué caso tendría?

Perdón, amor. Quería tener un momento a solas con tu hermana. Tal vez el año que viene.

Soy un cretino.

Nuestros labios se separan, y Mandy sonríe y apoya su nariz en la mía. Ese fue nuestro primer beso de verdad desde su cumpleaños, aquella noche fatídica de sábado.

–Feliz año nuevo, Dean. Este será mejor… te lo prometo. –Se acerca para darme un piquito más, luego me acomoda el cuello de la camisa y se aparta–. ¿Quieres otro trago?

–Creo que estoy bien. –Quiero decir que sí, pero ya estoy viendo doble–. Creo que ya me voy.

–Okey, te llevo.

–No, puedo pedir un Uber. Tú eres la anfitriona, Mandy.

Está a punto de discutirme, pero de repente el hombro de Cora me roza el brazo y ella aparece al lado mío.

–Lo puedo llevar yo. Lily se va a ir con Todd, y de todos modos ya estoy cansada.

–Uhh, qué escándalo. Voy a necesitar los detalles –Mandy pone su cara de chismosa. Después, como si recordara nuestro encuentro de más temprano en el dormitorio, se le oscurece el rostro, y sus ojos alternan entre Cora y yo–. ¿Segura, Cor? No me molesta.

–No seas tonta. No puedes dejar solo tu apartamento.

Mandy se muerde el labio, conflictuada, hasta que una de las amigas se pone a llamarla para beber shots de gelatina.

–Sí, okey. Está bien. –Me mira–. ¿Me llamas por la mañana?

Asiento con la cabeza.

Cora busca las llaves del auto en el bolso, luego hace un gesto hacia la puerta, para que la siga.

Es un viaje silencioso hasta mi casa adosada, a ocho kilómetros, en la otra punta del pueblo, y casi me quedo dormido. Pero estoy demasiado ocupado pensando en la última vez que estuvimos juntos en un auto y, cada vez que paramos en un semáforo, medio que espero que alguien abra la ventanilla de un golpe e inicie una pesadilla nueva.

Cora me ayuda a entrar a casa unos minutos más tarde, porque, a esta altura, todo ha empezado a girar, y a los tropezones, desabotonándome la camisa mientras camino, logro llegar al dormitorio.

–Ven –le digo a Cora, que se queda en el umbral, callada e insegura.

–Debería irme. Es tarde.

Me detengo para mirarla. Parece nerviosa, pero no incómoda; no como con Jason. Es algo más.

–Recuéstate conmigo.

Un pedido audaz. Maldito alcohol que me maneja la lengua.

–Dean…

–No es que no lo hayamos hecho antes.

–Eso fue un error –parpadea.

–Dormimos mejor de lo que habíamos dormido en casi dos meses, pero si quieres llamarlo error, pues, claro. Adelante –replico acercándome a ella, la camisa abierta.

Cora agacha la cabeza y baja la mirada al tapete gris que hay en la puerta de mi habitación.

–Ya sabes a qué me refiero. Es inapropiado. Sobre todo porque hemos… –Carraspea–. Intimado.

–En circunstancias horribles. No teníamos alternativa.

–Lo sé, pero ahora sí. Recuperamos el libre albedrío, y este me dice que no es buena idea meterme a la cama con el prometido de

mi hermana. Está mal, Dean. –Vuelve a alzar la vista hacia mí–. Perdón.

No puedo discutirle. No puedo refutarle nada. Estoy partido en dos: mi cabeza me dice que no está bien y que a Mandy no le parecería bien nunca, y mi alma no quiere otra cosa más que sentir a Cora contra mi pecho y los latidos de su corazón arrullándome como una puta canción de cuna.

Estoy mal de la cabeza.

–Sí, tienes razón –asiento despacho y aprieto los labios–. Feliz año nuevo, Cora. –Le lanzo una sonrisa cansada y empiezo a darme vuelta… pero algo me frena. Algo que lleva semanas fastidiándome. La detengo antes de que salga por la puerta–. Oye, un segundo.

–¿Sí? –se vuelve Cora con ojos curiosos.

–Eso que te dije en el auto aquella noche… –me rasco la cabeza–, respecto de cómo estabas vestida. De que te abrías a una atención indeseada. –Me obligo a levantar la mirada y le noto una arruga de perplejidad dibujada en el entrecejo–. Estuvo mal. No quiero que pienses que lo que nos pasó fue tu culpa o que te lo buscaste. Fue un comentario de mierda, y me ha estado molestando muchísimo. Es que… estabas tan linda, y supongo que siempre he sido un poco sobreprotector contigo, de una manera extraña. Veo cómo te miran los hombres y me vuelve loco.

Cora se está retorciendo las manos, y se muerde tan fuerte el labio que tengo miedo de que se haga sangrar.

–Ah. Em… gracias.

–Sí, de nada. –Me froto la nuca, tengo el mentón contra el pecho–. Bueno, buenas noches.

–Buenas noches, Dean. Feliz año nuevo.

Alzo la mirada justo cuando ella me lanza la más dulce de sus sonrisas, que provoca que mi corazón haga cosas que *en serio* no debería, y luego se va. Pienso en esa sonrisa cuando me meto a la cama unos minutos después, y sé que no voy a dormir bien esta noche, pero definitivamente voy a dormir un poquito mejor.

CAPÍTULO DIECISIETE

Tres años antes

Debajo de la mesa, los dedos de Mandy me bailan por la rodilla y van subiendo por mi muslo. Le tomo la mano antes de que haga contacto y le guiño el ojo.

Diablilla.

El Remo Roto está alborotado con el tumulto de los clientes que miran el partido, beben cerveza y les gritan vulgaridades a los televisores de pantalla grande. Cora y Brandon están sentados enfrente nuestro, haciéndose ojitos mientras deciden qué aperitivo pedir. Mi amigo Reid pasa por la mesa con su nueva novia para charlar, y una mesera aparece para tomar nuestros pedidos y recargar nuestros tragos.

La vida es buena.

Tengo una mujer hermosa con quien creo que quiero casarme algún día, estabilidad laboral, una casa adosada nueva y muy buenos amigos. No sé bien por qué caigo en la cuenta en ese momento, pasando el rato en nuestro bar favorito una noche de viernes cualquiera en pleno invierno, pero, con los oídos llenos de risa y la mano de tibia de Mandy en el muslo, me siento satisfecho.

–¿Te parece que está buena la mesera?

Reid se despide y yo me vuelvo hacia Mandy, que está apoyada sobre su palma y se enrosca un mechón de pelo en el dedo.

–¿Eh?

–Tiene las tetas enormes. Y unas extensiones bárbaras. –Mandy frunce los labios con un suspiro, pensativa.

–Estás loca. Ni siquiera la vi.

Es cierto: ni la vi. Cora está convencida de que me acuesto con cualquiera porque soy un «cara de imbécil», y supongo que ser infiel va de la mano de tener cara de imbécil, pero la verdad es que la única persona con la que estado es Mandy. Perdimos la virginidad el uno con el otro, cuando yo estaba en segundo año y ella en tercero, y estamos juntos desde entonces. Nos tomamos un tiempo de tres meses en la universidad, pero aun así no estuve con nadie más. No parecía correcto.

Sinceramente, la única otra mujer en la que he pensado de esa manera es Cora… un secreto que me llevaré a la tumba. Ninguna de las dos puede enterarse jamás de que primero me gustó Cora Lawson, cuando entró a la clase de inglés toda naif en primer año, irradiando inocencia y lavanda.

Las hermanas Lawson siguen siendo las dos mujeres más hermosas en las que me he fijado jamás, y una de ellas, en este momento, me fulmina con la mirada desde el otro lado de la mesa.

–¿Qué pasa? –pregunto, y me reclino en mi asiento–. ¿Te está poniendo nerviosa mi respiración?

–Eso siempre –se encoge de hombros–. Y eres un mentiroso. Obviamente que viste a la mesera.

–No es cierto, y ¿por qué lo das por hecho?

–Porque eres un hombre heterosexual. –Cora hace una pausa, y le aparece un resplandor malicioso en los ojos verdes–. Bueno… supongo que eso es debatible. No nos olvidemos de aquel vergonzoso incidente con tu amigo de la universidad el año pasado.

–¿Te refieres a cuando me diste el viagra de tu papá cuando te mencioné que me dolía la cabeza? Muy bonito, Corabelle. Pensé que era una aspirina. –No puedo creer que traiga esto a colación.

Casi escupe el trago de la risa. Maldita. Fue la noche más humillante de mi vida, y todavía no tengo idea de cómo me voy a vengar. Todo lo que se me ocurre se queda corto.

La mesera vuelve con nuestras alitas de pollo y patatas fritas, y mantengo la mirada clavada en Cora; me niego a darle el gusto de dirigirle el más mínimo vistazo a la camarera. Pero lo veo a Brandon por el rabillo del ojo y prácticamente se está babeando en su cerveza.

–¿Van a querer algo más, chicos?

–Nop –respondo, todavía mirando a Cora.

Ella entrecierra los ojos.

La mesera se aleja, y yo tomo una alita y la mojo en el tarrito de salsa *ranch* que me pusieron enfrente. Muerdo un buen bocado…

…y casi vomito toda la mesa como en *El exorcista*.

–¿Qué carajo? ¿Es mayonesa?

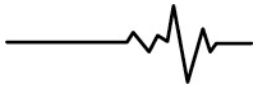
Odio la mayonesa. La detesto. Solo olerla me provoca náuseas.

La risa de Cora resurge, y me enfoco en la culpable. Estas bromas pesadas le vienen saliendo demasiado bien.

–Cor, qué mala eres –comenta Mandy a mi lado, pero a ella también se le escapa una risa, que intenta ocultar con la mano.

Me cruzo de brazos, con venganza en los ojos, al tiempo que Brandon se inclina hacia Cora, le besa la frente y murmura:

–Esa es mi chica.



Mandy y Cora se fueron hace más o menos quince minutos. Brandon y yo decidimos quedarnos y tomar un par de cervezas más, ya que el partido todavía no terminó y los dos estamos ansiosos por ver quién gana.

–Voy a mear. Ya vuelvo –avisa Brandon, se desliza del taburete y se abre camino por el ajetreado bar.

Le doy un sorbo a mi cerveza, con los ojos puestos en el partido, y entonces percibo el leve aroma a perfume floral que flota hacia mí. Echo un vistazo a la derecha. La camarera está acodada sobre la barra, golpeteando el anotador que tiene en la mano con la lapicera.

–¿Te traigo algo, corazón?

El coqueteo de su tono es inconfundible, así como el propósito en sus ojos cuando me mira mordiéndose el labio inferior y poniéndome el escote en la cara. Aparto la vista y me llevo el borde del vaso a los labios.

–Te recuerdo que me viste con mi novia toda la noche.

–Y ahora no está –replica con descaro, ladea la cabeza y agita las pestañas largas.

Respondo extrayendo mi billetera y dejando un billete de veinte dólares en la barra, para luego incorporarme del taburete.

–Que tengas buenas noches. –No le doy el gusto de dirigirle otra mirada. Le paso por al lado y salgo por la puerta para fumar un cigarrillo antes de irme. Puedo terminar de ver el partido en casa.

Tomo mi teléfono celular para escribirle a Brandon que me voy y entonces oigo una voz masculina conocida que viene del lado izquierdo del estacionamiento. Entrecierro los ojos para penetrar la oscuridad y diviso a Brandon reclinado sobre su jeep… abrazado a una misteriosa mujer de pelo azabache. Se ríe, se mueve hacia delante y se pone a besar a alguien que, claramente, no es Cora.

Pierdo los estribos.

No tardo un segundo en acercarme al infiel de mierda, hecho una furia, y las manos forman puños a mis costados. Brandon se aparta de la mujer cuando me ve aproximarme, y está ofuscado y atrapado. Le lanzo un vistazo a la morocha y gesticulo con la cabeza.

–Vete.

–¿Perdón? –reclama con las manos en las caderas.

–O puedes mirar. También está bien –me encojo de hombros. Aferro a Brandon del cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí, para luego empujarlo contra el capó del todoterreno–. Pedazo de mierda asqueroso. Cuatro años, cuatro putos años con ella, ¿y lo lanzas todo por la borda para cogerte a una universitaria nuevita?

–Uf, amigo –Brandon alza las manos, a la defensiva–, fue una tontería. No le digas nada, ¿sí? La destruirá.

Le cruzo la mandíbula de un puñetazo.

–Se lo vas a contar tú.

Brandon se toma la cara, adolorido, y aúlla contra las manos.

–Creo que me rompiste la mandíbula, maldita sea. –Intenta liberarse, pero lo sujeto con fuerza–. Ni siquiera te agrada Cora. ¿Por qué diablos te importa?

Lo estrello contra el auto y vuelve a gritar.

–Siempre supe que no la merecías. –Observo que la morocha misteriosa se escabulle en sus tacones altos, luego redirijo mi

atención hacia Brandon–. Basura. Termina con ella o te quebraré la mandíbula de verdad. Te lo prometo.

Brandon me aparta, por fin, y se incorpora con la respiración agitada. Sacude la cabeza.

–Le va a romper el corazón. El último tipo con el que estuvo la engañó y todavía no lo superó. Vamos, déjalo pasar. No volverá a suceder.

Me recorro los dientes con la lengua, meditando sobre sus palabras. Entonces dejo salir un suspiro lento.

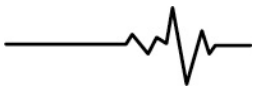
–Dile que fui yo.

–¿Qué?

–Dile que le cortas porque te amenacé. Ya me odia. Se lo va a creer.

–Estás demente. –Brandon se me queda mirando, estupefacto–. ¿Estás enamorado de ella en secreto o algo así?

–Hazlo –arremeto contra él y lo vuelvo a estrellar contra el capó–, o te juro por Dios que mañana vas a tener que ir al cirujano plástico a que te pongan una nariz nueva. –Me salgo de encima de él y le doy una palmada en la mandíbula, que ya se le empieza a amoratar–. Y después no quiero volver a verte la cara.



Presente

Cita doble.

Fantástico.

La situación es tan incómoda como anticipo, considerando lo que ocurrió con Jason en la fiesta de Mandy la semana pasada. Traté de convencerla de que no organizara este desastre, pero ella insistió con que «le hará bien a Cora».

No sé si vaya a hacerle bien volver al mismo bar donde nos capturó Earl con la intención de que Cora conozca a un tipo apenas seis semanas después de ser violada durante veinte días seguidos,

pero yo no podía protestar demasiado sin generar sospechas. Además… Cora estuvo de acuerdo, a pesar de mis objeciones.

Y ahora intentamos no hacer contacto visual por encima de la mesa, ella sentada enfrente de mí, fingiendo que come sus palitos de mozzarella.

–Entonces, ¿cuándo vuelves a trabajar? –le pregunta Jason, y se reclina con las manos en las rodillas; se lo ve demasiado interesado en el modo en que uno de los tirantes finos del top se le cae a Cora del hombro.

–De hecho, el lunes. –Ella se lo levanta y se acomoda el pelo detrás de una oreja–. Estoy un poco nerviosa, pero me hará bien volver a la normalidad y tener una rutina de nuevo.

Mandy y yo compartimos una pizza sin levadura, y le devuelvo la sonrisa que me dirige cuando los dos vamos a tomar la misma porción.

–¿Tus alumnos saben lo que te pasó?

Lo miro a Jason, después a Cora.

Cora dibuja con la punta del palito de mozzarella en la salsa marinara y carraspea.

–Seguro que sí. Sigue siendo el tema del momento.

–Mierda –dice Jason en voz baja, y niega con la cabeza, empático–. Qué duro. Bueno, el lado positivo es que quizás quieran comprarte los derechos para hacer una película o una serie de Netflix. Hollywood va a querer contar tu historia sí o sí. –Jason toma su cerveza y le da unos sorbos–. ¿Ya te han pedido entrevistas?

–Sí, pero todavía no estoy lista. Quizás algún día. –Cora está rascándose la muñeca, y noto que la delicada piel está irritada e inflamada.

Cruzamos miradas, pero ella agacha la cabeza y baja la vista. Sin pensar, estiro la pierna por debajo de la mesa, encuentro su pie y enlazo el tobillo con el suyo, lo que la hace abrir los ojos como platos. La miro con una expresión suave, le rozo la pantorrilla con el tobillo y, así, trato de apaciguar su ansiedad, de la única forma que sé. Ella no aparta la pierna.

Y deja de rascarse la muñeca.

Mierda. Creo que estamos coqueteando por debajo de la mesa al lado de nuestras citas.

–Bastante *cool*, igual –comenta Jason, distraído–. Eres como famosa.

Levanto la cabeza de golpe y dejo caer el pie. Estoy harto de este desastre.

–¿*Cool*? –repito con los dientes apretados, tratando de mantener la voz serena.

Mandy me toca el muslo, una advertencia gentil para que no monte una escena. Veo que los ojos de Cora me clavan también una advertencia, y ella mete los dos pies bajo su asiento.

–Perdón –Jason se avergüenza de las palabras que eligió–, eso sonó mal. Solo intentaba encontrarle lo positivo a lo negativo.

–Lo que nos pasó no tiene nada de positivo. *Nada* –rebato. Me doy cuenta de que estoy aferrando el tenedor como si lo fuera a usar de arma. Ni siquiera recuerdo haberlo tomado. Suelto el utensilio, que cae con un tintineo, me recuesto contra la silla y todos los demás se quedan callados.

Me palmeo el muslo y hago rebotar la pierna, desesperado por un cigarrillo. No fumo desde la noche en que nos secuestraron; me dije que, habiendo ya pasado tres semanas de abstinencia, no tenía sentido retomar el hábito. Pero encuentro que, últimamente, me pongo nervioso con facilidad y tengo poca paciencia, y la nicotina siempre me ayudaba a tranquilizarme. Quizás debería volver a fumar y listo. Si a esta altura ya soy casi alcohólico… ¿qué me cambia un vicio más? Resuelvo comprar un par de paquetes cuando termine esta cita doble de porquería y, mientras tanto, intentaré emborracharme y ya.

La noche transcurre con una lentitud exasperante; Jason que hace preguntas estúpidas, Cora que juega con su comida y Mandy que trata de seducirme guiñándome el ojo y tocándome el muslo. Me bajo cinco cervezas a lo largo de la hora siguiente y agradezco cuando por fin siento el mareo revelador.

Jason y Cora están conversando sobre un libro del que no he oído hablar nunca, y Cora demuestra interés. Está relajada y compenetrada, se ríe con una sonrisa genuina de algo que le dice el

otro. En un momento, Jason le rodea el hombro con el brazo y se arrima para darle un beso en la mejilla.

–Eres un encanto –lo oigo susurrarle al oído.

Tengo que usar toda la fuerza de voluntad que me queda para contenerme de cruzar la mesa de un salto y estrangularlo.

Un momento después, Jason anuncia que va al baño y se aleja de la mesa. A Mandy enseguida se le ilumina la cara.

–Ay, hermanita. Te ama –sonríe ampliamente, y se estira para apretarle la mano a Cora–. ¿Qué te parece?

No se me escapa la mirada que me lanza ella antes de responder:

–Es amoroso. Creo que tiene potencial.

–Parece un idiota –mascullo entre trago y trago de mi sexta cerveza.

–¿Por qué? –Cora gira la cabeza hacia mí–. Ha sido todo un caballero.

–Es obvio que solo se quiere coger a la celebridad local traumada.

Me arrepiento de mis palabras en el acto; cierro los ojos y espero la réplica bien merecida. Pero lo único que siento es a Mandy clavándome el codo en las costillas. Hago una mueca. Cuando abro los ojos, Cora me está mirando y nada más, herida y compungida. *Mierda*.

–¿Eso piensas de mí, Dean? –Traga saliva, le tiemblan las manos. Las esconde en el regazo–. ¿Que soy puro trauma y que los hombres solo me quieren para una cosa?

–No. –Intento retractarme–. Mierda, es que… estoy borracho y no sé lo que digo, y no me agrada Jason. Quise decir que *él* probablemente te vea así.

–Porque no tengo otras cualidades positivas…

Sigue sin haber enojo, amargura o animosidad en sus palabras. Solo dolor.

Lo cual es muchísimo peor.

No puedo decir lo que quiero teniendo a Mandy sentada al lado mío, observando el desarrollo de la escena con ojos inquisitivos, y sin lugar a duda no puedo soportar esa mirada de Cora ni un segundo más, así que me aparto de la mesa y me pongo de pie. Me alejo enfurecido, sin mirar atrás, y me dirijo a los baños. Jason está

saliendo cuando yo estoy por entrar. Se detiene, un poco perturbado por mi presencia.

No tenía planeado decir nada, pero a la mierda.

–Aléjate de ella, ¿okey? –lo confronto con agresividad, y veo cómo se le arruga el entrecejo–. La ha pasado muy mal. No necesita que vengas tú a volver a arruinarla.

Jason balancea la cabeza y se cruza de brazos, a la defensiva.

–Hay que tener coraje para tratar de impedir que me acueste con una mujer de la cual, evidentemente, estás enamorado, mientras tienes a tu prometida, la *hermana*, para peor, sentada al lado.

¿Qué carajo? Casi me atraganto con sus palabras. Me meten en una espiral de frenesí, así que lo aferro de la camiseta con los puños y lo giro hasta estrellarlo contra la pared opuesta.

–No tienes ni puta idea de lo que hablas.

–Está claro como el agua, idiota, y no me interesa ser parte de eso. –Jason me aparta de un empujón y se alisa las arrugas de la ropa–. Te la puedes quedar.

–No estoy enamorado de ella –replico, tratando de controlar la respiración ahogada–. Estás demente.

–Sigue diciéndote eso. –Jason me da una palmada en el hombro, después se pasa la mano por el pelo rubio sucio y se da vuelta, murmurando–: Imbécil de mierda.

Con la sangre hirviendo, lo observo irse, y reparo en que Cora está de pie al final del pasillo, con el puño cerrado con fuerza sobre la correa de su bolso. Alterna la mirada entre los dos, contrariada. Confundida.

Estoy a unos metros de distancia, pero oigo que Jason, antes de salir por la puerta, masculla:

–Perdón, pero no tengo ganas de competir. Cuídate, Cora.

Y entonces nos quedamos mirándonos el uno al otro en el pasillo, los dos con el pecho agitado, los ojos enlazados, las palabras en la punta de la lengua. Pero Cora se aleja, atraviesa esas mismas puertas y desaparece en la noche.

La persigo.

–Cora –la llamo; la veo huir velozmente hasta su auto y apretar repetidas veces el botón para desbloquearlo, hasta que se encienden

los faros delanteros.

–Déjame en paz.

La alcanzo y me meto en el asiento del acompañante cuando ella entra por el lado del conductor.

–Perdón.

Ella no me mira.

–Sal de mi auto, Dean.

Arranca el motor, las dos mejillas jaspeadas de rímel, y aunque la cabeza me está empezando a dar vueltas por la cerveza, caigo en la cuenta de que la cagué. Mucho. La hice dudar de lo que vale y saboteé su cita.

¿Y para qué?

¿*Por qué*?

–Corabelle, por favor. Habla conmigo.

Le tiemblan los hombros cuando planta las dos manos en el manubrio y lo aprieta hasta que se le ponen blancos los nudillos. Se le caen más lágrimas.

–Está bien. –Sorbe por la nariz y me mira con los ojos como dos llamas color esmeralda–. Se acabó. Sea lo que sea esto, lo que sea que haya entre nosotros, se terminó. Fin. Pensaba que te necesitaba para sanar, pero esto es tóxico… lo único que haces es mantenerme bajo el agua y no puedo respirar. No puedo sanar cuando tengo el recordatorio constante de mi trauma cada vez que te miro. –Cora toma bocanadas de aire bruscas e irregulares, y concluye–: Pensaba que podías arreglarme. Pero me estás matando, Dean.

Pasmado, me quedo en silencio, y el corazón se me rompe en mil pedazos. Solo atino a mirarla como un estúpido, y sé que no quiere esto, sé que solo está molesta y enojada y confundida. Me siento completamente vulnerable y no encuentro las palabras. Bajo la vista a la consola central y me trago mi orgullo.

–No sé cómo superar esto sin ti.

–Tienes que intentarlo. Ya no estamos en el sótano. Ahora estamos solos.

–No, Cora, seguimos en el sótano: nunca salimos. Y ahí vamos a quedar, atrapados, encadenados a caños de acero, ahogándonos en la oscuridad, hasta que podamos superar nuestros traumas. *Juntos*.

–¡No! –Cora golpea el manubrio con una mano y suelta un sollozo ahogado–. No… juntos *no*. No puedo andar llamándote en mitad de la noche para que vengas a casa, no podemos andar compartiendo cama, no podemos andar hablando por teléfono todas las noches hasta quedarnos dormidos. –Sacude la cabeza con furia. Con determinación–. No puedo dejar que me abraces y me toques y me mires como lo haces. No es justo para Mandy. Siento que el alma se me está pudriendo.

–No hemos hecho nada mal –insisto, tratando de hacerle entender.

–Hemos hecho *todo* mal.

La contemplo bajo la luz tenue del auto; el tablero le ilumina las lágrimas. Parece fatigada, derrotada y perdida. Lo único que he querido hacer es infundirle valor, rearmarla y acallar los fantasmas que la acechan día y noche.

No tenía idea de que yo era la razón de la mirada que ahora le llena los ojos.

Me destruye.

Bajo la vista a la cadenita que le rodea el cuello, al relicario con forma de corazón oculto bajo su top rojo. Le combina con la boca, aunque el labial está borroneado por las lágrimas que siguen lloviéndole por las mejillas. Cuando estoy mirándole los labios, recuerdo la última vez que apoyé los míos sobre ellos, y lo tibios y suaves que eran; algo bueno y puro que asomaba entre todo lo feo. Busco sus ojos y pregunto:

–¿Qué pasó entre nosotros ese último día?

Por fin lo dije. Traje a la vida el momento más confuso de toda mi existencia, y hasta ahora, hasta este segundo exacto, todavía podía fingir que había sido un sueño. Un espejismo. Quizás una fantasía retorcida. No era real; mientras no habláramos de eso, no había pasado.

Pero ahora es real. Y flota entre nosotros, denso y potente, desgarra las armaduras y los muros y las capas que tanto nos esmeramos en crear.

A Cora se le entrecorta la respiración al hacer contacto visual conmigo, y parpadea para contener más lágrimas.

–No era yo misma… disocié y mi cuerpo se confundió. No tuvo importancia.

Frunzo el ceño; sus palabras me toman desprevenido. *Y una mierda*.

–Mentira. Estabas *ahí* conmigo, cien por ciento. Lo vi en tus ojos.

–No.

–Sí, Cora.

–*No* –aprieta los dientes, le tiembla el mentón–. Vete, por favor.

Me inclino hacia delante, hasta tener su rostro a apenas centímetros del mío y poder oler las flores de su pelo. Tenso la mandíbula y digo en voz muy baja:

–Puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, pero yo estuve ahí. Sé que lo sentiste. Y no digo que lo entienda o que pueda explicarlo o que sepa qué carajo hacer con eso, pero *algo* pasó, Corabelle.

Ella se pone el labio inferior entre los dientes; tiene la respiración irregular y el cuerpo se le sigue estremeciendo, pero no de frío; no, no de frío. Cora se inclina hacia mí, los ojos bajan a mi boca por un instante fugaz, luego suben enseguida. Inspira.

–No me llames así. –La voz es de una calma mortal y está llena de una advertencia glacial. Vuelve a recostarse contra el asiento, todavía cortándome con su mirada filosa–. Ahora… sal de mi auto.

La luz temblorosa que llevaba conmigo desde el día en que inició todo esto, la esperanza de que vendrían días mejores, el resplandor de la promesa de que un día, algún día, todo volvería a brillar, se extingue en ese momento. Me siento frío y oscuro y vacío.

Y muy, pero muy solo.

Asiento con la cabeza, despacio y con seguridad, en una aceptación silenciosa de la derrota; luego me doy vuelta para salir del vehículo sin mirar atrás. Si esto es lo que quiere –si es lo que *necesita*–, no tengo más alternativa que alejarme. Y aunque la oigo sollozar, llorar su desconsuelo a la noche estrellada por la ventanilla entreabierta, me voy caminando.

Camino derecho hacia Mandy, que está parada en mitad del estacionamiento cubriéndose con los brazos; las lágrimas de la traición le ruedan por las mejillas sonrosadas.

–Mandy… –Acelero el paso para alcanzarla, para llegar a ella, para tratar de explicar algo que ni siquiera puedo explicarme a mí mismo.

Pero ella se da media vuelta, y el pelo le vuela por encima del hombro como un telón que se cierra. Mandy se mete a su auto y abandona el estacionamiento a toda velocidad, seguida por el auto de Cora unos momentos después. Yo me quedo solo en el parking de El Remo Roto en una noche helada de enero.

«Está bien», me digo, y retrocedo tambaleando hasta que mi pie se choca con un bordillo, y colapso sobre el césped.

No pasa nada.

He dormido en lugares peores.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Se me parte la cabeza cuando me despierto a la mañana siguiente con un rayito de luz mortecina que entra por una ventana cercana. Al principio, creo que estoy de vuelta en el sótano. Es el día número sesenta y tres, y continúa el ciclo interminable de tortura y locura tediosa. Por instinto me pongo a tironear de cadenas que no existen y, cuando caigo en la realidad, cubierto de un sudor frío, me doy cuenta de que sí existen las cadenas; son invisibles.

Esas deben de ser las peores.

Me froto los ojos soñolientos con los talones de la mano, me incorporo sobre los codos y estudio mi entorno.

Estoy en la habitación de Mandy.

–Buenos días.

Giro la cabeza a la derecha. Mandy está sentada a mi lado, me ofrece una botella de agua y unas aspirinas, con la expresión algo melancólica. Volvió a buscarme al bar cinco minutos después, demasiado culposa como para abandonarme ahí. Se lo agradecí… aunque me pregunto si realmente me merecía la deferencia. Me trajo a su apartamento, y arrasé con el alcohol que había sobrado de su fiesta de año nuevo; unas horas más tarde, me quedé dormido.

Termino de sentarme y me recuesto contra el tapizado rosa suave del cabezal. Me meto tres pastillas y bebo el agua que me da Mandy, luego apoyo el vaso en la mesa de noche y, pasándome una mano por la cara, lanzo un suspiro.

–Lo lamento.

Últimamente lamento muchas cosas.

Lamento seguir peleando una batalla que no puedo ganar. Lamento ser un desastre y beber para olvidar mis problemas.

Lamento tener la cabeza llena de pensamientos oscuros y depresivos que me consumen. Lamento no poder tocar a la mujer con la que debería casarme. Lamento no poder arreglar a la mujer que no me suelta el corazón.

Lamento no parar de cagarla.

Lamento estar desperdiciando mi segunda oportunidad.

Mandy me mira ojerosa y con el pelo rubio enmarañado.

–Me dejaste sola en el bar, pagando la cuenta de la cena, para irte detrás de mi hermana hasta su auto, Dean.

Maldición.

En serio lamento eso.

–No es lo que crees, Mandy. No es… no es eso. Estamos tratando de superar esto juntos, y yo no lo estoy manejando bien. –Inflo las mejillas y suelto un suspiro ruidoso–. No hay instructivo, ni guía, ni un *Manual para sobrevivir a la vida después de la cámara de tortura de Earl*. Somos literalmente los únicos, porque asesinó a todos los demás. Somos una anomalía… no se supone que estemos acá, y me está arruinando la cabeza.

Mandy acerca una mano tentativa y la apoya sobre la mía.

–Estoy tratando de ser paciente, de verdad. Pero, cuando siempre te vas corriendo tras ella y te alejas de mí, me duele. Yo debería ser la que te ayude a superar esto. Yo debería ser tu cable a tierra.

–Ya sé –respondo con un hilo de voz–. Créeme que lo sé.

–Quizás necesites medicación… –sugiere, apretándome los dedos con su mano tibia y ofreciéndome una sonrisa triste.

–No estoy enfermo, Mandy.

–Pero sí. Tienes trastorno de estrés postraumático… te pasaste la noche moviéndote, a veces gritabas y sacudías la cama. No resolviste la situación de tu auto, o cuándo vas a volver a trabajar, o cómo vas a pagar las cosas cuando te quedes sin ahorros. Te pasas el día bebiendo, todos los días. No has dicho una palabra sobre el casamiento. No me tocas ni me besas, de hecho, pareciera que ni siquiera me quieres cerca. –Mandy agacha la cabeza y contiene las lágrimas–. No estás bien, y no sé cómo ayudarte.

Yo tampoco sé cómo ayudarme.

–Creo que necesito tiempo, nada más.

Con el rabillo del ojo, la veo escrutándome la cara, tratando de interpretarme. Mandy se aparta, empieza a retorcerse las manos, inhala con fuerza.

–¿Necesitas tiempo lejos de mí? ¿Necesitas espacio?

Me paso la lengua por el paladar y muevo la mandíbula.

–Supongo que necesito tiempo para pensar. No sé.

–¿Para pensar si quieres pasar el resto de tu vida conmigo o no? –Lo dice asustada, casi en pánico.

–No sé, Mandy. –Le lanzo una mirada–. Ya no sé lo que quiero.

Creía que sabía lo que quería. Tenía mi futuro todo planeado, asegurado, listo. Mandy y yo siempre fuimos una buena pareja. La relación ha sido sencilla y tranquila. Sin drama. Muy pocas peleas. Quizás nos estancamos, por momentos, pero es lógico que suceda eso después de estar quince años con la misma persona.

Pero ahora siento que siempre faltó algo.

Esa chispa.

Una conexión profunda.

La diversión.

Siento que soy otra persona y que Mandy no ha cambiado para nada. Yo evoluciono y ella está estática. Estoy analizando todas las cosas que nos diferencian, todos nuestros defectos y todas las partes que nos faltan. La quiero a Mandy, por supuesto, pero ¿la *amo*?

¿La amé alguna vez?

Quizás sí… *quizás*, pero siempre fue un amor algo insustancial. Cómodo. Superficial.

No tenemos cicatrices ni heridas de batalla. No hemos vivido cosas terribles, ni nos hemos aferrado el uno al otro en las sombras, llorando, temblando, expulsando juntos los pedazos más oscuros de nuestras almas.

¿Eso quiero?

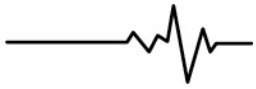
Carajo. Dejo caer las piernas al costado de la cama, confundido y conmovido. Hundo la cara en las manos y me crispo cuando Mandy me toca la espalda baja con la yema de los dedos.

–Piensa en lo que quieres de verdad, Dean. Yo no me iré a ningún lado. –Me acaricia la espalda con movimientos suaves y regulares,

para arriba y para abajo, para un lado y para el otro–. Tengo unas damas de honor que vienen a la peluquería dentro de una hora, así que te dejaré en tu casa de camino. Siéntete libre de ducharte o de comer o algo. Me voy a cambiar.

Siento que el colchón se levanta con ella; sus pasos salen de la habitación y la puerta se cierra detrás con suavidad. Pongo los dedos en carpa y clavo la mirada en la pared.

¿Qué mierda quiero?



Esa noche estoy sentado delante de la televisión, tratando de mantener los ojos alejados de la cocina, donde una botella de vodka sin abrir me llama desde arriba del refrigerador. Me debato entre arrojarla por el balcón a los humedales y consumirla toda de un trago, solo para anestesiarme y desmayarme.

O morirme.

Probablemente moriría, y es preocupante lo poco que me afecta esa posibilidad.

Tal vez Mandy tenía razón respecto de que necesito medicarme.

Sigo decidiendo qué hacer cuando oigo que mi teléfono vibra sobre la mesita de madera, a mi lado. Lo tomo y me sorprende ver el nombre de Cora unido a una serie larga de mensajes de texto entrantes.

Cora: Lamento lo que dije.
Cora: Creo.
Cora: La verdad es que bebí algunas copas de vino así que ahora estoy un poquito ebria y confundida y en circunstancias normales ya estaríamos hablando por teléfono pero no porque te pedí que me dejaras en paz y un poco me arrepiento.
Cora: No me juzgues por esa oración larguísima y horrible. Me sangran los ojos de solo mirarla. Bórrala, por favor.
Cora: En fin, voy a tratar de dormir. No te odio. Ya sé que dije que me mantenías bajo el agua, pero eres lo único que me mantiene a flote.
Cora: Buenas noches.
Cora: Borra esa oración larguísima, por favor.

Me descubro sonriéndole al teléfono, meditando si responder, si llamarla o si pedir un Uber hasta su casa y abrazarla hasta que se quede dormida.

Tal vez debería ignorarla.

Tal vez tenía razón en todo.

Golpeteo el costado del teléfono con el pulgar, frunzo los labios y pienso mi próximo movimiento.

Después le mando una respuesta rápida:

Yo: Buenas noches, Cora.

Me voy a la cama, sin el vodka.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mi primer día de vuelta en el trabajo, a la semana siguiente, es un desastre.

Soy operador de maquinaria pesada en el sector de la construcción vial; en una palabra, significa que tengo que estar más que lúcido y pensar con muchísima claridad. Maniobro con remolques, excavadoras, grúas y todo un abanico de vehículos enormes para tapar grietas en el concreto, reparar carreteras y puentes, y acarrear materiales tóxicos de acá para allá. Hoy los cielos decidieron largar una tormenta de lluvia gélida en honor a mi regreso, así que estuve el triple de ansioso. Era casi imposible concentrarme en tratar de recordar controles y protocolos cuando, al mismo tiempo, tenía que atravesar el día a costa de sonrisas falsas y responder mil preguntas relativas a mi encuentro cercano con un asesino serial.

Pero sobreviví.

El día se está despejando cuando me quito el casco y me meto al auto alquilado que me provee la aseguradora. Es un Honda medio cacharro, pero, por ahora, sirve. Suelto el suspiro que parece que estuve conteniendo todo el día y colapso en el asiento del conductor, exhausto. También estoy inquieto y nervioso por la desintoxicación del alcohol. No he bebido ni una gota desde la cita doble del demonio en El Remo Roto, hace más de una semana.

Estoy haciendo mi mejor puto esfuerzo. De verdad.

Cuando estoy por arrancar el auto, me empieza a sonar el teléfono, y el nombre y número de Cora aparecen en la pantalla del tablero. Entrecierro los ojos para asegurarme de que estoy viendo bien y que la visión reducida no es un efecto secundario de la

abstinencia. No he hablado mucho con Cora la última semana, más allá de un par de mensajes de texto casuales y algo de interacción en Facebook. Me contó de los primeros días de vuelta dando clases en la escuela, y yo de mi regreso inminente, que era hoy. Lo básico. Lo normal.

Nada que fuera a indicar que escapamos de la muerte por un pelo hace dos meses y, definitivamente, ninguna referencia al encuentro emocional que tuvimos en su auto, cuando me pidió que la dejara en paz porque la estaba matando.

Aunque se desdijo, igual le estoy dando espacio.

Por ella y por mí.

Acepto la llamada; pienso que me va a preguntar por mi primer día de trabajo.

–¿Hola?

–¿Dean? –Discierno unos sorbidos débiles en el otro extremo de la línea.

–¿Cora? –El corazón se me pone frenético, el pecho se me inunda con miles de escenarios desoladores–. ¿Estás bien?

–Pe… perdón que te llame. Sé que hoy volviste a trabajar, y te iba a dejar un mensaje de voz, nada más, pero… –Intenta controlar la respiración, pero se le escapan unos sollozos tenues–. Es Tormenta.

Parpadeo, absorbiendo las palabras.

Maldita sea.

–¿Tormenta? ¿Qué pasó?

–Tuvo una convulsión o algo parecido. Muy fea, Dean… no la pudimos parar. Estoy en el centro de urgencias y dicen que no responde para nada. –Cora se pone a llorar, las palabras le salen entre hipidos–. Dijeron que debemos considerar la eutanasia.

Carajo. No puede estar pasando esto. Me pellizco el puente de la nariz, después me recorro el pelo con los dedos y me tironeo de las raíces.

–Qué mierda, Corabelle. Dime qué hospital es y voy para allá.

–¿Seguro? Sé que estás trabajando…

–Ya terminó mi turno. Quiero estar ahí.

Su suspiro de alivio me llega como un beso por la conexión de Bluetooth. Me indica el hospital.

–Llego en veinte minutos.

Corto la llamada y conduzco a por lo menos quince kilómetros por encima del límite de velocidad, con la mente como un torbellino, hasta entrar derrapando al estacionamiento, donde aparco como un cretino, ocupando dos espacios. Cruzo corriendo la puerta principal y los encuentro a Cora y a sus padres reunidos en la sala de espera. Cora se pone de pie en cuanto me ve ir hacia ella y nos juntamos como dos imanes en un abrazo lacrimoso. Les sonrío a los Lawson por encima de su hombro. Derek tiene la mano en la rodilla de Bridget, y ella se suena la nariz con un pañuelo descartable.

–Lo siento muchísimo, Cora –le susurro al oído, y ella responde aferrándose más a mi torso–. ¿Cuánto tiempo tenemos?

–Están esperándonos en la… habitación –Cora sorbe por la nariz y se aparta para mirarme con los ojos enrojecidos. Se seca las lágrimas de los pómulos–. Mandy está en el trabajo. Dijo que le resultaba demasiado duro estar acá. Mamá y papá se quedarán esperando afuera, pero… ¿quieres entrar conmigo? ¿A despedirte?

–Por supuesto.

No lo dudo. Rescatamos a esta perra juntos, y ciertamente estaré con Cora cuando Tormenta exhale su último aliento.

Maldita sea.

Cora asiente con un gesto rígido de la cabeza, luego le avisa al personal que estamos listos para entrar. La sigo, y se hace un silencio solemne entre los dos. Es una sala tranquila y apacible, está adornada con velas eléctricas y suena música suave. Tormenta está acostada muy quieta en una cama para perros en el centro del suelo; su pecho peludo sube y baja lentísimo con cada respiración. Las emociones se me atascan en la garganta cuando poso la mirada en la perra que he sentido como propia durante los últimos diez años. Solía cuidarla cuando los Lawson se tomaban vacaciones en familia. La llevaba al parque para perros con Mandy y Cora, la miraba perseguir pelotas de tenis y hacer amigos nuevos. Tormenta siempre me saludaba primero cuando yo entraba a la casa con Mandy: caía a mis pies y se daba vuelta para que le acariciara la panza. Cuando cenábamos, siempre se sentaba al lado mío, esperando la comida que inevitablemente le ofrecería, y siempre

agitaba la cola con devoción cuando cantaba karaoke en el salón de los Lawson.

Nunca parecía agitarla con tanto entusiasmo cuando cantaban los demás.

La veterinaria nos explica el proceso con voz amable y nos dice que nos tomemos todo el tiempo que necesitemos. Hay que apretar un botón cuando estemos listos.

Cuando estemos listos para dejarla partir.

Cora se arrodilla junto a su perra y le apoya una palma temblorosa en el pelaje marfil. Me arrodillo a su lado y hago lo mismo; con los hombros unidos, cada uno se deja atravesar por la marea de sus propios recuerdos con Tormenta.

–Actuaba raro la noche en que Mandy y yo nos preparábamos para su festejo de cumpleaños. Se chocaba con cosas, caminaba en círculos, jadeaba más de lo normal –susurra Cora, y nuestros dedos se rozan mientras le acariciamos la barriga al animal–. ¿Crees que estaría enferma y esperó a que volviéramos?

Cora me mira con ojos suplicantes y las lágrimas le resbalan por las mejillas ruborizadas. Trago saliva, contengo mi propio dolor, trato de ser fuerte.

–Sí. No se podía ir sin despedirse de sus personas favoritas.

Cora enlaza su dedo índice con mi meñique y apoya la cabeza sobre mi hombro, mientras todo el cuerpo le tiembla con lágrimas nuevas. La rodeo con mi otro brazo y la acerco todo lo que puedo, después giro la cabeza y le planto un beso en el pelo.

–Me alegro de que estés acá –murmura ella, secándose las lágrimas con la manga.

–Nunca pensé que te oiría decir eso.

Me deleito con la risita ronca que se le escapa, y me aprieta el dedo con el suyo.

Unos minutos después, presiono el botón y la veterinaria entra con su carrito. Es un carrito de muerte. La médica explica lo que va a suceder, que será pacífico e indoloro, que la medicación va a detener el corazón de Tormenta y ella se irá.

No puedo evitar sentir que es una manera perfecta de morirse.

Son unos minutos muy conmovedores los que pasamos mirando como el pecho de la perra asciende y desciende hasta que exhala su último aliento, rodeada de quienes la rescataron; rodeada de amor.

Mierda, creo que me voy a desarmar.

La veterinaria nos ofrece sus condolencias y empieza a arrastrar el carrito fuera de la habitación.

–Tormenta fue un miembro maravilloso de la familia, señorita Lawson. Lamento mucho su pérdida. Los dejo a usted y a su novio para que le den el último adiós. Salgan cuando estén listos. No hay prisa.

Novio. Supongo que parecemos dos enamorados de luto, apretados el uno contra el otro, con los dedos entrelazados. Cora no corrige el error, y la puerta se cierra con un «clic».

Cuando un silencio fantasmal invade la habitación y bajo la mirada hacia Tormenta, hacia su cuerpo inerte, algo me estruja el corazón. Me duelen los huesos y los pulmones se me llenan de un dolor imposible. Me apoyo contra la banca de madera que tengo detrás, tomo unas bocanadas temblorosas de aire, y entonces lo suelto todo. Me tapo la cara con la mano y las lágrimas me queman los ojos, se derraman y se depositan en los dobleces de mis dedos. Cora retrocede por el suelo de inmediato, se me acerca y se acomoda junto a mí. Me envuelve con los dos brazos y, presionando la mejilla contra mi pecho, me abraza mientras me lloro la puta vida por esta amiguita peludita que voy a extrañar tanto, tanto, tanto.

–Uf, perdón –exhalo, y me froto la cara con la mano; odio cómo se me quiebra y me vacila la voz.

–La amabas –susurra Cora contra mi chaleco de trabajo color neón, aferrada a la camisa que llevo debajo–. No tienes por qué disculparte.

Alza la cabeza para mirarme y nuestros ojos se encuentran; algo intenso y potente e imponente pasa entre nuestras almas. Con las yemas de los dedos, Cora me toca la cara, todavía húmeda de dolor. Aprieto los dientes, sin saber bien cómo procesar el momento o la energía extraña y hechizante que flota en el aire. La miro fijamente, absorbo su maquillaje corrido, sus ojos vidriosos y su boca rosada.

Tiene los pómulos ruborizados de tristeza y el pelo hecho un desastre, todo parado como si algo la acabara de electrizar.

Quizás es así.

Cora se incorpora un poco sobre las rodillas y entonces, con extrema suavidad, sin preaviso, posa sus labios en mi boca… apenas. Es un beso como una pluma.

Un aleteo, un zumbido; como las alas de un colibrí. Hermoso y curioso.

Se aparta, los ojos se le agrandan un poco, se le forma una arruga en el entrecejo, como si estuviera aturdida y desconcertada. Asoma la lengua para humedecerse los labios y rompe el contacto visual, se vuelve a sentar y carraspea.

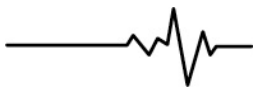
–Perdón. No sé por qué hice eso.

Yo recojo las piernas, me rasco el pelo enmarañado y me paso la palma por la nuca. Somos amigos, en cierto modo –creo–, y a veces los amigos hacen eso, en esos momentos de mierda de la vida, descorazonadores.

¿No?

Bajo la vista hacia Cora, que está apoyada contra la banca al lado mío, con los ojos cerrados y los labios apretados como si estuviera reproduciendo cómo se sentía tenerlos contra los míos. Dejo que mis dedos vaguen hasta los suyos y los entrelazo; agradezco que no los aparte. Me aprieta la mano y yo redirijo la mirada a Tormenta, tan tranquila y amada, y digo:

–No tienes por qué disculparte.



Me ofrezco a llevar a Cora a su casa cuando empieza a caer la nieve.

Es feriado por el día de Martin Luther King, así que hoy no tuvo que trabajar. Estaba corrigiendo exámenes en la casa de los padres cuando Tormenta tuvo una convulsión prolongada de la que no pudo recuperarse.

–¿Segura de que no quieres ir con tus padres? No quiero que estés sola, estando tan triste –le pregunté antes de salir del hospital,

solo para confirmar.

–No voy a estar sola –respondió ella sacudiendo la cabeza.

Lo interpreté como que quería que me quedara con ella un rato, así que, cuando estacionamos en la entrada de su casa, la sigo adentro. La nieve ahora cae con fuerza; apenas estaba neviscando, cuando salimos del estacionamiento. Unos copos gordos nos cubren el pelo y el abrigo mientras caminamos por el sendero emblanquecido hasta la puerta de entrada.

Me detengo en seco antes de ingresar, miro al cielo y parpadeo bajo la sábana blanca que me llueve en la cara. No puedo evitar que se me escape una sonrisa de la disposición sombría.

–Es una tormenta de nieve.

Cora titubea en el porche y luego da media vuelta para mirarme con los ojos más grandes y encantados que he visto jamás. Baja el escalón para unirse a mí en el camino, con los brazos tendidos y la mirada hacia arriba, como la mía.

–Ay. ¿Crees…? –Se le apaga la voz y se pone a reír. Se *ríe*. Rompe en carcajadas incontenibles mientras gira en círculos con la nariz apuntando a los cielos–. Es ella, Dean. Se está despidiendo.

Me parece que me va a explotar el corazón.

Aspiro mis emociones y las exhalo al aire frío. No estoy seguro de qué me tiene más emocionado: si el regalo de despedida de Tormenta o verla a Cora flotando y dibujando círculos torpes, ataviada de blanco, completamente en éxtasis y entregada al momento.

Sanación.

La miro y veo la sanación.

Entramos y nos quitamos la ropa húmeda de invierno, para colapsar en el sofá, agotados mental y emocionalmente. Tormenta siempre se nos sentaba entre medio en el sofá; siempre. El chiste recurrente terminó siendo que trataba de impedir que nos matáramos entre nosotros.

Ahora me pregunto si no estaría queriendo decirnos algo.

Alejo esos pensamientos y reclino la cabeza en los cojines, y los ojos se me cierran por instinto; el día largo y cansador va surtiendo

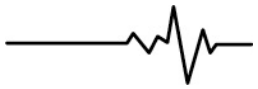
efecto. Estoy a punto de quedarme dormido cuando siento una mano que me aprieta la rodilla.

–Ve a acostarte. Estás exhausto.

Emito una especie de gruñido que quiere decir «Suena genial, pero no me quiero mover». Cora parece descifrar el ruido y empieza a tironearme de las piernas, para estirarlas hasta que estoy despatarrado y tendido por completo en el sofá. El polar me envuelve y me arrebujo en la manta, en cuyo aroma sutil a narcisos reparo cuando me tapo hasta la barbilla. Cuando empiezo a caer dormido, siento sus labios sobre mi mejilla, igual de ligeros que antes. Una cosquilla, un susurro, un beso fugaz.

Sanación.

Me toca y siento la sanación.



Un grito me fuerza a incorporarme en el sofá, desorientado y soñoliento, y trato de entender dónde carajo estoy.

Paredes color menta, sofá coral, alfombra gruesa bajo mis pies.

Narcisos.

Cora.

Me hallo en el sofá de Cora.

Cora está gritando.

Me levanto de un salto y atravieso corriendo el pasillo hasta su habitación tenuemente iluminada, donde la encuentro agitándose, pateando las sábanas, aferrándose al poste del cabezal con los dos puños.

–¡No! –vuelve a gritar–. Por favor, no…

Tiene los ojos cerrados, apretados con fuerza, pero yo sé lo que está viendo.

Ve todos los mismos horrores que veo yo cuando cierro los ojos de noche.

Me aproximo a toda prisa y me siento con cautela en el colchón, con cuidado para no sobresaltarla.

–Cora… Corabelle, estás soñando. –Le deslizo un brazo alrededor de la cintura y, acercándola a mí, le susurro al oído–: Vuelve a mí.

Ella se sigue retorciendo en la cama, el semblante acongojado y aterrado, así que intento de nuevo.

–Cora…

Me da un puñetazo en la mandíbula.

–Mierda –mascullo, y me masajeo la cara al tiempo que Cora se sienta de golpe.

Abre los ojos de par en par; el pecho se le infla y desinfla con la respiración dificultosa.

–¿Dean? Dean… ay, Dios… –Me toma la cara entre las manos y se pone a darme besitos en la mandíbula ardiente–. Lo siento mucho. Estaba soñando. Lo lamento mucho.

–No pasa nada. Estás a salvo.

Cora se me cuelga del cuello, me acerca a ella tanto como puede y solloza en mi hombro.

–¿Eres real? –llora, y ladea la cabeza hasta tener los labios tibios apoyados sobre el costado de mi cuello.

Me paralizo un momento y me recorre un escalofrío. No sé bien qué hacer o decir o cómo consolarla, pero el instinto toma el control, y la vuelvo a acostar en la cama, acunándola entre mis brazos al tiempo que me acomodo a su lado.

–Soy real. Tú eres real. Solo fue un sueño.

Todavía tiene los brazos enlazados alrededor de mi cuello, y las lágrimas siguen cayendo.

–Siento que necesito seguir tocándote… fue tan vívido… –Cora me pasa las manos por la espalda, deslizándolas para arriba y para abajo, y luego por el pecho, igual que hizo la primera vez que la liberé de sus cadenas–. ¿Te lastimé?

–Estoy bien –niego con la cabeza, y le doy un beso suave en la frente.

–Dios, Dean… lo siento mucho. Soy una idiota.

Enseguida le tomo la cara entre las palmas para obligarla a mirarme a los ojos.

–No eres una idiota. Eres la persona más fuerte que conozco.

–No soy fuerte. –Le temblequea el mentón mientras le seco las lágrimas con los pulgares–. Me estoy desmoronando.

–Tienes una fuerza impresionante. Me deslumbras. –¿Cómo es que no ve lo que veo yo? ¿Cómo no lo sabe?–. No vuelvas a decir eso, ¿me oyes?

Ella sorbe por la nariz, todavía temblando, vulnerable y con los ojos empañados.

–Siento que fue todo culpa mía. Además de los recuerdos recurrentes y las pesadillas y la locura, tengo una culpa enroscada en la boca del estómago. Tú no deberías haber estado ahí, Dean. –Cora inspira una bocanada quebrada y sube la pierna a la mía–. No debí llamarte esa noche…

–Estás diciendo tonterías. –Frunzo el ceño, desconcertado por la confesión. Ofuscado por lo absurda que es–. Fui yo el que lo ocasionó. Ese hijo de puta preguntó si eras mi novia y tendría que haber mentido. Tuve que haber dicho «Claro que es mi novia, carajo», porque sería el tipo más afortunado del puto mundo si lo fueras.

Ella se me queda mirando, con una expresión atónita que le da vueltas en los ojos esmeralda, y se le entreabren los labios, al tiempo que la mirada desciende a mi boca por una milésima de segundo.

–Cora, escúchame –le pido, todavía sosteniéndole la cara, todavía aferrado a ella como si fuera la última vez–. Aquellas fueron las tres peores semanas de mi puta vida y me perseguirán para siempre. –Trago saliva–. Pero me alegro de haber estado ahí. Y lo volvería a hacer, una y mil veces, solo para que tú no lo vivieras sola. Me *alegro* de haber estado ahí contigo.

Se le escapa un gimoteo contenido. Jamás la vi mirarme como me está mirando ahora.

Cierro los ojos y bajo la frente hasta la suya.

–Y no me preguntes qué significa eso, Corabelle, porque no tengo ni la más pálida idea. Solo sé que asesinaría a ese hijo de puta una y otra vez con tal de mantenerte a salvo… mierda, mataría a cien hombres si pensara que eso iría a alejar tus pesadillas y traerte paz. Y ya sé lo retorcido que suena eso, créeme, lo sé, pero no puedo

dejar que te sientas culpable o responsable o débil ni un minuto más. Eres una guerrera.

Madre de Dios, estoy vomitando estas verdades crudas, sin filtro, como si hubiera perdido la cabeza o me hubiera drogado; como si estuviera delirando de borracho.

Pero nunca me he sentido más sobrio o cuerdo.

O *aterrado*.

Cora me mira boquiabierta, muda.

–La puta madre… di algo, Cora. –Nuestras frentes siguen fusionadas, nuestras narices se tocan. Siento su aliento mentolado contra mi boca y cierro los ojos, esperando que me diga que el idiota soy yo.

Cora se queda callada un buen rato. La mujer que siempre fue rápida para las réplicas ingeniosas, para lanzarme insultos, para usar las palabras como munición, guarda un silencio inusitado. Tiene las manos sobre mi pecho, una justo en mi corazón, y aprieta la tela de mi camisa al tiempo que enreda la pierna con la mía. Nuestros cuerpos están cerca, demasiado cerca, nuestras entrepiernas casi se tocan, y mis manos le sostienen la mandíbula como si ella fuera un tesoro.

¿Por qué no habla?

Por fin Cora toma una bocanada larga e irregular, luego se desliza para abajo despacio hasta tener la cara aplastada contra mi pecho.

–Cántame.

Brevemente, vuelvo al sótano. Regreso a aquellas noches oscuras de noviembre cuando apenas podía verla a través del agujero negro que nos separaba. Me mataba no poder tocarla. No podía tender la mano y aferrarla o abrazarla, consolarla o susurrarle al oído que iba a estar todo bien.

Todo lo que tenía ella era mi voz.

Canto «Hey Jude» mientras le acuno la cabeza con una mano, y sus pelos delgadísimos me hacen cosquillas en la barbilla con cada nota apagada. Nos quedamos dormidos acurrucados, aferrados el uno al otro, con los corazones latiendo al unísono, pero esta vez no hay pastillas para dormir. No hay alcohol. No hay vicios ni excusas ni nada a lo que echarle la culpa excepto a nosotros y a los

sentimientos confusos que han cavado su refugio en nuestros corazones.

Y, si bien me quedan muchísimas preguntas nadando en el cerebro, por fin siento que tengo respuesta para una de ellas.

Ya sé lo que tengo que hacer.

CAPÍTULO VEINTE

Quince años antes

El profesor Adilman es un plomazo.

Raspo la hoja en blanco de mi cuaderno con la goma de borrar del lápiz, la cabeza apoyada en la mano contraria, y doy un bostezo gigante. El profesor Adilman está parloteando sobre algún libro que debíamos leer mientras, en simultáneo, se come con la mirada a la profesora French, que viene a dejarle un mensaje sobre una alumna nueva. Qué asco.

–Atención, todo el mundo. Hoy se nos unirá una estudiante más. Hagámosla sentir bienvenida –anuncia el hombre.

Cuando levanto la vista de la importante ausencia de apuntes en mi anotador, se me reseca la boca.

Entra un ángel.

En serio. Creo que es un ángel de verdad, con alas y un halo y tal vez hasta un arpa.

Suena un arpa, definitivamente.

Tiene los cabellos de oro, algo recogidos con un broche floral. La falda de jean casi le toca las rodillas, y lleva un blazer color lavanda por encima de una camiseta celeste sin mangas. Calza unas sandalias de plataformas y tiene la sonrisa más dulce que he visto.

Me quedo mirando sin disimulo, es posible que esté babeando, mientras el profesor Adilman dirige a la rubia menudita a un pupitre demasiado alejado del mío. Ella se abraza a sus libros con manos nerviosas y se sienta en silencio.

–Saluden a Corabelle Lawson. Su familia acaba de mudarse de Rockford.

–Em, es Cora –carraspea ella.

–Ah. –El hombre revisa sus notas–. Perdón. Acá dice Corabelle.

–Sí, pero me llaman Cora.

La clase murmura un «Hola» aburrido y yo sigo planeando nuestro futuro en la cabeza. Las fiestas de inicio de curso y de graduación las doy por hecho. Sería genial que termináramos yendo a la misma universidad, pero las relaciones a distancia no están tan mal. Haremos que funcione. Estaremos casados para los treinta, compraremos una casa grande en los suburbios y tendremos tres bebés rubios para los treinta y cinco. Viajaremos mucho, luego nos mudaremos junto al mar cuando nos jubilemos.

Me pregunto si le gusta el mar.

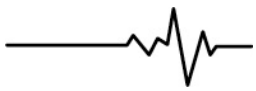
Cora echa un vistazo en mi dirección y nuestros ojos se cruzan por primera vez.

Verdes.

Los ángeles tienen ojos verdes.

Me sonríe, la misma sonrisa dulce, y esta es toda mía. Me invade y me prende fuego, y sé, simplemente lo sé…

Un día me voy a casar con esta chica.



Presente

Ese viernes, estoy sentado en el sofá de Mandy después del trabajo, bebiendo sin pausa una botella de agua mientras trato de ordenar mis pensamientos. Aprieto la botella con el puño, y el crujido del plástico se entremezcla con el sonido de la voz alegre de Mandy que me llega flotando por el apartamento.

–…y no puedo creer que Margo se vaya a jubilar…

Abro y cierro la mano sobre la botella vacía.

Crujido. Crujido. Crujido.

–…es como nuestra mamá osa…

Crujido. Crujido. Crujido.

–…sí o sí va a… ¿Dean? ¿Me estás escuchando?

Levanto la cabeza de golpe y la veo a Mandy que entra paseándose a la sala de estar, limpiándose las manos con un paño de cocina.

–Sí. Perdón.

–¿Todo bien? –Ladea la cabeza; los ojos avellana tienen un brillo trémulo de preocupación–. Estás un poco pálido.

Será porque estoy conteniendo hace quince minutos las ganas de vomitar.

–Tenemos que hablar, Mandy –trago saliva. Dejo la botella a mi lado y me seco las manos en los pantalones de jean.

Mandy se me queda mirando un momento, como asimilando mis palabras. Se mordisquea el labio superior y retuerce el paño entre los dedos.

–¿De qué?

Ya sabe de qué. Se lo veo en la cara.

Mierda.

–Uf… esta es la conversación más difícil de mi vida.

–Dean. –Mi nombre sale en la forma de un gimoteo; una súplica–. No lo hagas.

Me incorporo del sofá y me acerco a ella con las manos tendidas. Ella retrocede para evitar que la alcance, así que me detengo y dejo caer los brazos a los costados, derrotado.

–No te quiero lastimar…

–Entonces no me lastimes. No quiero que lo hagas. –Se cruza de brazos, ya le tiembla el cuerpo–. Lo podemos arreglar.

–No. Y no es porque no te quiera… lo que tuvimos fue lindísimo, y no me arrepiento ni de un solo instante de los últimos quince años.

–Basta, por favor…

–Pero hoy me siento una persona completamente distinta. Ya sé que solo fueron tres semanas. Lo entiendo, pero no puedo explicar lo que me pasó. Es que… no siento esa conexión, esa chispa, y tú te *mereces* eso. Te mereces muchísimo más de lo que puedo darte.

Dios, espero que eso no haya sonado a que le estoy diciendo cualquier mierda, porque es la pura verdad.

Mandy cierra los ojos, los mantiene así mientras la desbordan las emociones. Las manos se le recogen en dos puños, y pregunta:

–¿Es por ella?

–¿Qué? ¿Por quién?

–Mi hermana.

La palabra sale escupida por entre los dientes apretados, como si hubiera sido casi imposible decirla.

Mi mandíbula reacciona tensándose. No se trata de Cora. Se trata de Mandy y yo. Ya no somos compatibles. No funciona.

Ya no.

–No.

–Mentiroso. Algo pasó entre ustedes dos en ese sótano. Ese tipo se llamaba «El casamentero», Dean. He tratado de convencerme de que se odiaban y no pasó nada, pero ahora me siento una grandísima estúpida…

–No digo que no tenga una conexión fuerte con Cora –suspiro–, es así. Vivimos juntos cosas muy traumáticas, y es imposible que algo así de horrible no te cambie. –Me paso la mano por la nuca y me rasco el nacimiento del pelo, mientras intento juntar palabras y frases que tengan sentido para los dos–. Nos obligaron a hacer cosas terribles, y… eso nos unió.

–¿Sientes algo por ella? –Traga saliva, casi se ahoga con las palabras.

Sentir.

Dios, claro que siento algo. Me hace sentir muchas cosas; siempre fue así.

Pero me doy cuenta de que Mandy se refiere a algo más específico.

Más destructivo.

Quiere saber si siento algo romántico. Sexual. Del tipo «más que amigos».

–Es complicado.

–¡No es complicado, Dean! –me fulmina con la mirada–. O te quieres coger a mi hermana o no.

Dios mío.

Me miro las botas de trabajo y pienso que debería habérmelas quitado en la puerta. Probablemente arrastré lodo y nieve sucia por todo el apartamento.

–Voy a vomitar.

Alzo la vista; la mano de Mandy le tapa la boca y contiene su horror. Niego con la cabeza.

–Esto no se trata de Cora. Ya te lo dije.

–¿Entonces qué? ¿Te desenamoraste de mí en veinte días? ¿Todos los otros miles de días no significaron nada? –reclama.

Titubeo antes de exhalar un suspiro.

–¿No sientes que siempre nos faltó algo? ¿Como si no hubiéramos sido capaces de profundizar lo suficiente?

–¿Qué demonios significa eso? –rechina los dientes–. Me pediste *casamiento*, Dean. Supuse que habías profundizado lo necesario.

–La puta madre, no sé. Creo que estaba cómodo, nada más… todo se había vuelto rutinario y sencillo, ¿sabes? Soy cercano a tus padres, compartimos amigos, Tormenta… –Se me va apagando la voz, y cierro los ojos un momento para reordenar las ideas–. Los cambios asustan muchísimo, Mandy. Te quería, teníamos historia, y en los papeles encajamos perfecto. No parecía que valiera la pena arrojar todo por la borda.

–Entonces, ¿cuál es la diferencia ahora?

–El cambio se me impuso. Fui forzado a pudrirme tres putas semanas en el sótano de un asesino serial, y eso me hizo mirar las cosas de otra manera.

Mandy golpetea el pie sobre la alfombra sin cesar y se clava las uñas largas en la carne de los brazos.

–Qué bueno saber que estuviste ahí abajo pensando en que no veías la hora de cortarme.

–No es eso lo que quiero decir, lo sabes. –Me acerco un pasito a ella–. Dios, Mandy, *traté* de darle tiempo a esto. Pensaba que nada más necesitaba aclarar las ideas y superar toda la mierda. Me he pasado incontables horas preguntándome cómo arreglarlo y hacerlo funcionar. *Quiero* que funcione, pero… –Alzo las manos, derrotado–. Ya no encajamos.

Las lágrimas se le derraman de los ojos y le corren el maquillaje, que estaba aplicado a la perfección. Tiene los ojos a la altura de mi pecho, es incapaz de corresponder mi mirada culposa. Mandy se

pasa los dedos por el pelo, se lo tira para atrás y se cubre la nuca con la mano, al tiempo que trata de controlar el dolor.

–Quince años. *Quince años* de mi vida desperdicié contigo.

Dios.

Soy un cretino.

Un puto cretino.

–¿Quieres saber lo que hacía yo mientras tú estabas en ese sótano, pensando en que no encajamos y «uniéndote» con mi hermana? –Por fin alza los ojos y los entrecierra con desprecio–. Armaba afiches. Lideraba equipos de búsqueda. Hablaba por teléfono con la policía, con amigos y familiares, con tu prestador hipotecario y tus servicios, para avisarles que quizás te demoraras un poquito con los pagos… hablaba con los putos organizadores de bodas, para rogarles que no anularan la fecha porque ibas a *volver*. –Tiene las mejillas rojas, ruborizadas por el desdén–. Daba vueltas por el pueblo buscando tu auto todos los días. No comía. No dormía. Lo único que hacía era llorar y buscarte, suplicando que estuvieras bien… imaginándote parado en el altar.

Cierro fuerte los ojos, me cubro la boca con una mano y respiro hondo. Sé que no puedo decir nada para mejorar la situación. Sé que no puedo hacer nada para disminuir su dolor o hacerla entender. No puedo volver en el tiempo y avisarle que se aleje de mí porque un día le romperé el corazón.

Lo único que puedo hacer es confiar que esto es lo correcto para ambos y tener la esperanza de que ella también lo vea así. Se merece más que esto. Se merece más que besos sin ganas y conversaciones vacías. Se merece algo mejor que yo.

–Siempre te querré, Mandy. *Siempre*. Y sé que te volverás a enamorar y un día llegarás a ese altar. Sé que encontrarás a alguien que vea tus partes más oscuras y temibles e igual te ame con locura. Alguien que te exaspere y te encante, que te conozca a fondo, que te vuelva loca en el mejor de los sentidos. Alguien que te haga sentir viva, al punto de que no puedas ni imaginarte volver a ser la persona vacía que eras antes de conocerlo. Alguien que te vea, que te vea *de verdad*, tu esencia y tu alma, y que quiera recoger todos tus pedazos y atesorarlos como objetos preciosos.

Tomo una bocanada profunda. Luego otra.

El corazón me golpea las costillas, se me nubla la visión. Mandy me está mirando como si a mi cuerpo lo hubiera poseído Nicholas Sparks.

Mierda.

Salvo la distancia que nos separa y, tomándole la cara, acerco su frente para darle un beso.

–Mandy, mi amor, linda como un día de sol –susurro el eco de la rima que solía cantarle cuando éramos adolescentes–. No me arrepiento de ti. Y rezo por que algún día me perdones y podamos ser amigos, porque mi corazón no será el mismo si no estás tú en él. Pero entiendo si no es posible y lo respeto. –Tiene los ojos apretados, aplastados con el peso de la carga que le estoy entregando–. Sé que este no es el final feliz que te habías imaginado. Lo siento muchísimo. Pero te *prometo* que lo tendrás, y cuando aparezca, mirarás atrás y todo esto tendrá mucho, pero mucho más sentido.

Le doy un último beso en el nacimiento del pelo y veo cómo las lágrimas silenciosas le humedecen las mejillas.

Después me aparto y me voy de su casa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cora: Hice algo.

Estoy sentado a la mesa de mi cocina ese sábado por la tarde, cenando una de esas porciones de macarrones con queso congeladas, cuando entra el mensaje de texto.

Yo: ¿De qué nivel de extravagancia estamos hablando?
Cora: Mmm. ¿Medio tirando a alto?
Yo: En una escala de «Me corté el flequillo sola» a «Compré una granja de llamas».
Cora: Digamos que compré la llama. Dos llamas.
Yo: ¿Qué carajo?

Estoy por llamarla cuando me entra un mensaje con foto y casi me atraganto con un fideo. Es una selfi de Cora con un *yorkie* mestizo todo flacucho en un brazo, mientras con el otro brazo rodea a un pastor alemán y lo abraza contra el pecho.

Yo: … …
Cora: Medio que adopté a los dos perros de un asesino serial. Te presento a Jude y a Penny Lane.

Veinte minutos más tarde, estoy de pie en su sala de estar.

–¿Estás demente? –Les lanzo un vistazo a los dos perros acurrucados en una cama para perros gigante; la cama miniatura está vacía–. ¿Adoptaste los perros de Earl? ¿Los que nos iban a comer?

Ella termina de recargar sus cuencos de agua y se incorpora, atándose el pelo en una coleta y mirándome con una ceja arqueada.

–Dudo de que fueran a comernos. Earl solo quería asustarnos.

–El tipo era bastante franco y directo, si mal no recuerdo –parpadeo.

–Necesitaban un hogar, Dean. No los quería nadie más. Yo ya planeaba adoptar un perro, y esto me pareció lo correcto. Míralos.

Los dos giramos la cabeza para admirar el cuadro que, no se puede negar, es adorable. Penny Lane, la pequeña, está ovillada contra el pecho de Jude. Los dos duermen profundo y contentos.

–Está bien, son una ternura. No soy un monstruo sin sentimientos, mierda. Estoy confundido, nada más. –Me rasco la cabeza y la ladeo, tratando de procesarlo todo–. ¿No están… trastornados?

Me doy cuenta de que no usé el término adecuado cuando Cora levanta bruscamente la cabeza para volver a mirarme.

–No más que nosotros. ¿Quieres decir que, por lo que pasó, no nos merecemos que nos amen y nos cuiden?

Mierda. Ahí me ganó. Inflo las mejillas y, encogiéndome de hombros, dejo salir despacio un suspiro.

–Sí, supongo que tienes razón. Solo me pareció que podrían ser agresivos o tener algún problema, ¿sabes?

–Les hicieron una evaluación integral y la veterinaria no cree que hayan sufrido abuso –niega Cora con la cabeza, mirando a los animales dormidos–. Solo mucho abandono. Están muy unidos el uno al otro, así que vinieron juntos, por el apego especial que tienen.

Apego especial. No son los únicos.

–Parece que tenías razón con que iba a adoptar dos perros –sonríe con melancolía.

A mí también se me dibuja una sonrisa en la cara. Tiene el corazón incluso más grande de lo que yo pensaba.

–Parece que sí.

–Son una dulzura. Solo hace un par de horas que los tengo, pero creo que sabían que iba a estar todo bien apenas pisaron la casa –dice Cora–. Es como si supieran que habían encontrado un hogar.

La sonrisa se me pone contemplativa mientras la observo cerrar los dedos de los pies descalzos sobre la alfombra gruesa, abstraída. Es curioso cómo el hogar puede significar una cosa un día y algo

completamente distinto al siguiente. Creo que es porque el hogar no es un sitio: es un sentimiento.

–¿Has hablado con Mandy últimamente?

Mis cavilaciones se desintegran con la mención de Mandy. Presiono la lengua con los dientes al darme cuenta de que Cora todavía no sabe.

–Eh… sí.

–Iba a venir anoche a mirar una película –comenta ella, y empieza a moverse por el salón, a mullir cojines y doblar una manta–, pero nunca apareció. Tampoco me responde los mensajes, lo cual es raro. Suele estar pegada al teléfono. –Se desliza a la cocina, toma una botella de limpiavidrios y se pone a rociar la mesa de café, que seca con un paño limpio–. Quizás trabajaba hasta tarde y se le olvidó.

–¿No te contó?

Cora se incorpora para enfrentarme, acomodándose la túnica, que se le ha caído en la parte del pecho.

–¿Contarme qué?

Maldita sea. Esperaba no tener que mantener esta conversación dos veces. Todavía no me he recuperado de la expresión completamente devastada de los ojos de Mandy, y no tengo idea de cómo reaccionará Cora a la noticia.

–Le corté ayer.

Cora se me queda mirando, sin pestañear, y el paño se le cae de la mano.

–Imaginé que te habría contado. Fue una noche difícil, no le cayó bien, obviamente. Y creo que…

–Retráctate.

–¿Qué? –La miro con el ceño fruncido.

Cora extrae el teléfono celular del elástico del pantalón y se me acerca como una tromba a encajármelo en el pecho.

–Retráctate.

–No –lo atajo y se lo devuelvo–. ¿Qué dices?

Ella da media vuelta y se aleja; los hombros le suben y bajan al tiempo que la consumen las emociones. Se queda callada unos momentos, y el único sonido que permea el aire que nos envuelve es el de su respiración agitada.

–Cora…

Extiendo la mano para tocarle el hombro, y ella gira sobre su eje con los ojos desorbitados.

–¿Es por mí? ¿Le rompiste el corazón a mi hermana por mí?

–No. –No entiendo por qué está tan enojada–. No tiene nada que ver con nosotros.

–Me estás mintiendo.

La miro, atónito.

–Dios, Cora, ¿qué carajo? Es que… ya no funcionamos. No puedo hacer como si hubiera algo ahí cuando no es el caso. No sería justo para ninguno de los dos.

Ella se abraza el pecho y se me acerca con una determinación glacial.

–Eres un estúpido.

–¿Perdón? –Cora se va por el pasillo echa una furia, y la persigo, cada vez más enfadado–. ¡Cora!

–¡Que eres un estúpido! –repite por encima del hombro.

–¿Por qué te pones así? –le grito, y empujo la puerta de su dormitorio justo antes de que me la cierre en la cara. Entro sin pedir permiso–. ¡Esto es ridículo!

–¡Quince años! –exclama, volteando como un torbellino seguida de su coleta, que se le pega al brillo labial. Se aparta el pelo de la cara y los ojos empiezan a llenársele de lágrimas–. Acabas de renunciar a quince años.

–¿Preferirías que fueran veinte? ¿Treinta? Si ya sé que no somos el uno para el otro, ¿por qué le haría pensar otra cosa cuando puede empezar de nuevo y encontrar la felicidad? –replico alzando los brazos.

–Eres un cobarde.

–¿Qué? –Sacudo la cabeza y me río con desdén–. Primero soy estúpido, ahora cobarde. Gracias.

–Sí –espeta, y avanza hacia mí hasta que nuestros pies se tocan–. Eres un cobarde estúpido que tiene demasiado miedo de trabajar en su relación. ¿Fueron a terapia de parejas? ¿Algo? ¿Aunque sea lo *intentaste*, Dean?

–Basta. No entiendes una mierda.

–¡Te ibas a casar con ella! ¿Cómo pudiste hacer algo así? –grita Cora en llanto cuando las compuertas se abren y las lágrimas empiezan a caer–. Eras feliz. Eras feliz antes de… –Se le apaga la voz, aprieta la mandíbula y baja la vista al suelo.

Yo me froto la cara con las manos y suelto un suspiro.

–Estaba feliz, pero no *era* feliz. Cuando uno pasa tres semanas convencido de que su vida se está por terminar, tiende a reflexionar mucho sobre sus sentimientos y a reevaluar todo. Con Mandy estábamos bien, pero estancados. No había pasión.

–¿Pasión? ¿Echas quince años a la basura por pasión?

–¡No eché un carajo a la basura! –grito–. Fueron quince buenos años y no me arrepiento de nada, pero cumplimos el ciclo.

–Por mí.

–No, Cora, porque ya no estoy enamorado de tu hermana.

–¡Deja de mentir! –exclama, con la voz teñida de desesperación, casi en pánico–. Tenía razón con lo que dije en el auto aquella noche. Esto es tóxico. Está *mal*. No deberíamos ni contactarnos. La vida de Mandy quedó arruinada y es todo culpa mía. –Cora se pone a sollozar con las manos en la cara–. No me lo voy a perdonar nunca.

–Corabelle, basta… –Intento alcanzarla otra vez, pero ella se aparta como si la fuera a quemar.

–No me toques. No te puedo ni mirar.

–¿Por qué no?

–Porque es verdad, ¿okey? –Se le quiebra la voz, se le estremece y le tiembla, llena de derrota–. Algo pasó entre nosotros ese último día. Yo también lo sentí. Y pensaba que era algún mecanismo de defensa medio retorcido que dejaría atrás, en ese sótano… pero me siguió, Dean, maldita sea. Todavía lo siento. –Alza la vista y encuentra mis ojos con osadía–. Lo está destruyendo todo, y te odio por eso.

–Corabelle… –Le tomo la cara con la mano y el corazón se me estruja en el pecho.

–No me llames así. –Me aparta el brazo de un golpe–. No me toques. Déjame en paz.

–No me odias.

–¡Sí, te odio! –El tono sube y se le escapan más lágrimas, luego me da un empujón–. Te odio. Siempre te he odiado.

–No.

–¡Te odio! –Me vuelve a empujar, con las palmas plantadas en mi pecho, y me hace tambalear–. Te odio… te o…

–No. –Le aferro las muñecas y la llevo hasta la pared más lejana hasta tenerla apoyada contra ella, sacudiéndose y llorando. Le sostengo las mejillas húmedas entre las dos manos y le doy un beso en la boca, tierno y suave–. Me amas. Me *amas*, Cora.

El llanto se convierte en un suspiro contenido, su cuerpo se arquea contra el mío, y la beso de nuevo; con la misma suavidad, con la misma dulzura. Luego otra vez, y me demoro un poco más, y otra, hasta que ella me rodea la nuca con los dedos y me presiona con fuerza contra su boca.

La beso y, esta vez, el significado es inconfundible.

No hay pedidos de disculpas.

Nuestros labios se fusionan como locos, caóticos, extrañando y anhelando; las lenguas se enredan como si nos muriéramos de hambre el uno por el otro. Inclino la cabeza para saborearla más en profundidad, pero aun así no alcanza; nunca alcanza. Los gemidos se entremezclan, se hacen uno, y la tomo del muslo, lo levanto y lo pongo sobre mi cintura. Es tan familiar… tan instintivo. Cora hunde los dedos en mi pelo, después los baja a rastras por mi cuello, mi pecho, mi abdomen, y extrae un gruñido del fondo de mi garganta. Le paso los labios por la mandíbula, que sigue bautizada con lágrimas, y mi lengua prueba la curvatura de su cuello.

Cora frota la entrepierna contra mi erección y las manos van trepando clavadas a mi camiseta.

–No te amo, Dean.

Vuelvo a besos hasta su boca perfecta, tibia y suave, y ella suelta un gemidito cuando le tironeo del labio inferior con los dientes.

–Sí, me amas.

–No –susurra, un sollozo ahogado, como si estuviera rogando que no sea cierto. *Por favor, que no sea verdad*–. No puedo…

–No pasa nada –la tranquilizo en voz baja, y con las manos le contengo la cabeza cuando empieza a retorcerse de un lado al otro,

como rechazando la sola idea–. Está todo bien.

Cora me atrae hacia sí y nuestras bocas colisionan, los dientes se chocan, las lenguas, hambrientas y violentas. Le tomo el costado de la cara y le abro la mandíbula metiéndole el pulgar entre los dientes. Ella chilla de sorpresa, y yo le como la boca, la lleno con la lengua y saboreo cada centímetro. Es algo sensual y erótico, y necesito más. Me estoy ahogando, la puta madre.

Cora se aparta para recuperar el aliento y pega un grito, como si todavía tratara de negar lo que está más claro que el agua.

–Esto no es real –jadea, y con el tobillo me frota el muslo por detrás, arriba y abajo. Los puños cerrados me aferran la camiseta con los nudillos blancos, no quieren soltarse.

–Es real. –Le beso la frente, después la nariz, después el labio superior con forma de corazón, y entrelazo nuestros dedos y levanto las manos por encima de su cabeza. Apoyo la frente en la suya y siento cómo nuestros cuerpos se amalgaman sin esfuerzo. *Encajamos a la perfección*. Estoy por volver a besarla, por perderme en su boca y su lengua y su calor glorioso, cuando vislumbro la muñeca que le asoma de la manga larga.

Se la rascó hasta dejarla en carne viva, está hinchada, irritada y, posiblemente, infectada.

La realidad me cae encima como un balde de agua helada, y le tomo el brazo, le sostengo la muñeca entre los dedos con delicadeza e inspecciono el daño. Cora trata de soltarse, intenta borrar lo que ya he visto, pero yo resisto.

–Corabelle, te estás lastimando.

–No… –suspira, la voz se le entrecorta. Las lágrimas son inevitables–. Estoy bien. Está bien.

–Dios, Cora. –Con el pulgar le rozo la piel lesionada, en el lugar exacto donde la masajeaba bajo las esposas para hacerla olvidar, y luego me lo llevo a los labios, para tratar de quitarle el dolor a besos. Esparzo besos delicados a lo largo de su brazo, prestando especial atención a la herida.

–Por favor, no. –Cora trata de soltarse y redirigir mi boca a la suya, pero no la dejo. Ella colapsa contra la pared, frustrada–. Suéltame, Dean.

–Dime que no me odias. –Con los ojos cerrados, subo a besos hasta la yema de los dedos.

–No.

Se mueve para escaparse, pero la arrimo a mí y vuelvo a presionar la frente contra la suya.

–Dímelo.

Cora me mira a los ojos, temblorosa. Niega con la cabeza.

–Sí te odio.

–Maldita sea, Cora. –Aprieto la mandíbula y, enrollando los dedos sobre sus antebrazos, me aferro a ella. Le suplico una respuesta diferente–. Por favor.

–Yo… –Todavía está mirándome a los ojos cuando se le corta la respiración y se le contorsiona el rostro–. Me odio.

Cora se derrumba en mis brazos con un sollozo desgarrador. No la sostengo para que no caiga; no, la dejo caer y caigo con ella. Se nos doblan las piernas y llegamos al suelo, Cora en mi regazo, con la cara hundida en mi pecho. La abrazo con tanta puta fuerza que tengo miedo de romperla, y sus lágrimas se filtran por mi camiseta y sangran sobre mi piel. Ella se aferra a mí, me rocía de besos el pecho entre lágrimas e hipidos, y yo deslizo los dedos por su pelo y su espalda, y la dejo que descargue.

–Acá estoy –le susurro–. Siempre.

Puede fingir que me odia. Si reduce aunque sea una fracción de su dolor, puede fingir todo lo que quiera.

Pero yo sé que es amor… tiene que serlo, porque si esto no es amor…

Entonces estaría convencido de que no existe.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Avanzo por el largo pasillo, voy dejando atrás puertas cerradas a los costados. Todas están decoradas con dibujos, guirnaldas bonitas o manualidades. La mayoría de estos objetos artísticos son infantiles, elaborados por nietos y bisnietos y exhibidos con orgullo.

Mis pies se detienen frente a la única puerta que está en blanco, vacía. Mustia.

Triste.

Ella no tiene nietos. No tiene a nadie excepto a mí, y yo soy demasiado cobarde como para visitarla más de una vez al año.

Golpeo el marco y paso, y la veo en la otra punta del pequeño apartamento, en camisón, sentada en el borde de la cama mirando televisión.

–Déjalo en la puerta, Frank –dice sin apartar la vista de la pantalla.

–Soy yo, mamá –trago saliva y avanzo con pasos vacilantes.

No se mueve. No pestañea ni se crispa.

Holly Asher era una mujer fuerte. Afable y tierna en muchos sentidos, pero siempre había ímpetu en su mirada. Su espíritu fulguraba con un sentimiento de protección feroz por su familia y de amor por aquellos que consideraba que lo merecían.

Mi madre amaba a mi padre con toda su alma, y él la amaba con la misma intensidad. Mi infancia está plagada de recuerdos vívidos de ellos perdidamente enamorados, dándose besos, persiguiéndose por la casa, haciéndose cosquillas y bailando en la cocina al ritmo de canciones de rock noventeras. Me daba vergüenza cuando venían mis amigos porque sabía que mis padres iban a tontear con sus pésimos pasos de baile y sus cantos desafinados. Mamá siempre

trataba de incorporarme a la fiesta y yo salía corriendo, gritando «¡Qué raros que son!». Ellos se reían y se reían, inmunes a mi humillación, y después se besaban: no les importaba nada.

Pero también discutían. Uf, cómo discutían; los oía desde la otra punta de la casa en la mitad de la noche, cubierto hasta la barbilla con las sábanas.

«¡Eres un idiota, Mark!».

«¡Me vuelves loco, Hol!».

El zapateo y las palabras hostiles subían vibrando hasta mi dormitorio y me hacían picar el corazón. Las peleas siempre sonaban *muy feas*, parecía que iba a despertarme al día siguiente y papá se habría ido.

Pero eso no pasaba nunca.

Las cosas volvían a la normalidad al amanecer, como si todo lo hubiera soñado yo.

Después hubo un día en que me desperté y papá *sí* se había ido. Fue a los dos días de mi graduación de la secundaria; me arrancaron de la cama los gritos horrorizados de mi madre, que todavía hoy permanecen en mi memoria. Había fallecido de un ataque al corazón mientras dormía.

Tan de golpe.

Tan rápido.

Tan injusto.

Mi madre nunca se terminó de recuperar de la pérdida, y su estado mental se deterioró durante el siguiente par de años. La memoria le empezó a fallar a sus cortos cincuenta y dos, y yo siempre me decía a mí mismo: «Qué horrible debe ser olvidar al amor de tu vida».

Ahora no puedo evitar preguntarme si esa fue la única manera que encontró para lidiar con eso. Quizás no hay manera de recuperarse de algo así. Tal vez no se sana ni se supera. No se olvida. Salvo que uno se *olvide* en serio.

Me aproximo a mi madre, que lleva el pelo castaño claro moteado de plata y corto hasta los hombros. Levanta la vista cuando estoy a unos metros de distancia, manos en los bolsillos.

–Te veo bien, ma.

Holly sonríe y una calidez le invade los ojos celestes, casi como si me reconociera.

–Randall. Qué alegría que hayas venido de visita.

Trato de no tomármelo personal. Todos los médicos dicen que no lo puede evitar. Podría estar mi padre acá parado, recién salido de la tumba, y aun así ella se confundiría.

–Mamá, soy Dean. Tu hijo.

–Ven, siéntate –gesticula con la cabeza y da una palmadita al lado suyo, sobre el edredón bordado, animándome a acompañarla–. Frank trajo té. Está en la puerta.

–Gracias.

Nos quedamos un momento sentados en silencio; la atención de mi madre está otra vez puesta en la televisión. Suspira con cansancio.

–Qué pena cómo cayeron esas torres. Cuánto fuego y destrucción. Cuánta pérdida. –Holly sacude la cabeza, y los ojos le brillan con las imágenes que pasan en la pantalla.

Miro la TV. Es una publicidad de detergente.

Mis dedos se enhebran en mi pelo oscuro, y rememoro la forma en que mi madre me acariciaba el cuero cabelludo con las yemas para quitarme el estrés o calmarme los nervios. A veces extraño eso.

Me aclaro la garganta y me acomodo en la cama.

–Ya sé que no vas a entender lo que estoy diciendo, pero creo que necesito que alguien escuche, nada más. Viví una locura hace unos meses, y creo que no lo estoy manejando muy bien. Estoy confundido con muchas cosas. Sigo teniendo pesadillas. Me está costando toda mi fuerza de voluntad no matarme bebiendo alcohol. Y… –Cierro los ojos y aprieto los dientes–. Creo que me estoy enamorando de la única mujer en este puto mundo que tengo totalmente prohibida. Sé que ella también lo siente, lo cual tendría que ser buenísimo, ¿no? Se escriben novelas con historias así.

Holly está sentada muy quieta, con los ojos clavados en la pantalla de la televisión como si no hubiera oído una palabra.

–Pero ninguna es como la nuestra, ma. Nadie escribe sobre lo que vivimos nosotros. Sobre cómo, en mitad de la noche, nos secuestró un enfermo de mierda, nos tuvo esposados a unos caños durante

tres semanas, hambrientos, sucios y muertos de miedo mientras me ponía una pistola en la cabeza y me obligaba a violarla.

»Nadie escribe sobre cómo le trituré la cara a un hombre con mis puños y nada más, hasta cortarme los nudillos con su cráneo. Nadie escribe sobre qué mierda se supone que hagamos después de algo así, cuando la vida vuelve a la normalidad y todo nuestro entorno sonríe y es feliz, pero nosotros seguimos atrapados en ese infierno, aferrándonos el uno al otro porque somos lo único que tenemos. –Me llevo las manos a la cara, trato de no quebrarme–. Y escucha esto: me iba a casar con su hermana. ¿Qué clase de mierda retorcida es esa?

Dios mío. Qué desastre. Una parte de mí se alegra de que mi madre no tenga ni idea de lo que estoy diciendo.

Respiro profundo con la cara tapada y los codos apoyados en las rodillas. Entonces doy un respingo, cuando siento unos dedos familiares que me suben por la nuca y se me meten en el pelo para masajearme el cuero cabelludo y apaciguar el dolor que me está desgarrando por dentro.

Inhalo una bocanada temblorosa, me enderezo y miro a mi madre. Ella sigue concentrada en la pantalla, pero los dedos continúan su marcha calmante por mi cuero cabelludo, y los ojos se me cierran de satisfacción.

–Cualquier historia de amor merece ser escrita, por más complicada que sea –dice Holly, distraída, todavía acariciándome el pelo–. Me gustaría leer tu libro.

Arrugo el ceño, confundido; me pregunto si, después de todo, sí estaría comprendiendo mis palabras. Mi madre solía tener muchos momentos de claridad, pero ahora se han reducido y espaciado. La última vez que la visité –en marzo, la puta madre–, no estaba nada lúcida. Todo el tiempo me llamó Gator, que era el nombre de nuestro *beagle* que murió hace diez años.

Holly extiende una mano a la que tengo apoyada en el muslo y cierra su palma fría sobre ella, todavía cautivada con las imágenes de la televisión.

–Una vez tuve una pesadilla horrible. Pero era muy distinta a la tuya. –Me aprieta los dedos y suelta un pequeño suspiro–. Estaba

sola.

Espero a que continúe.

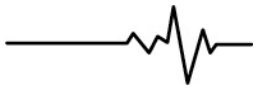
Espero a que la historia se desarrolle, a que los horrores se desplieguen, a que la pesadilla cobre vida.

Pero no dice nada más, y me doy cuenta… de que *esa* era la pesadilla.

Nos quedamos sentados en silencio mientras sus palabras me pellizcan. Las entrañas se me retuercen con algo que no termino de entender.

Y entonces mi madre me suelta y sonríe con amabilidad, doblando las manos sobre su regazo.

–Tendré todo el papeleo listo para última hora del día. Le agradezco mucho por su visita.



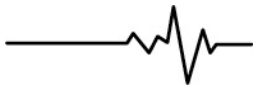
Mientras conduzco a casa esa tarde, pienso en las cosas que dije, en las cosas que dijo ella y en cómo, a veces, lo único que necesitamos es un poco de perspectiva.

Hay pesadillas peores que esta.

Podría estar solo.

En ese preciso momento, decido que voy a visitar más seguido a mi madre. Basta de esconderme. Basta de tener miedo. Basta de sentir culpa.

Porque, por triste que sea su enfermedad, no hay nada más triste que encontrarse con esa puerta en blanco, vacía.



Son un poquito pasadas las nueve de la noche cuando se corta la electricidad. La televisión parpadea y se apaga, al igual que las luces, y me quedo sentado en el sofá en plena oscuridad.

En lo primero que pienso es en Cora.

No le gusta la oscuridad. De noche deja las luces prendidas, incluso en la habitación, y no la culpo.

Estoy en la otra punta del pueblo, pero tomo el teléfono por las dudas. Para ver cómo está.

Yo: ¿Se te acaba de cortar la luz?

Espero su respuesta.

Pasó otra semana desde la última vez que la vi; desde que nos besamos y lloramos y nos abrazamos en el suelo de su dormitorio hasta que la realidad se abrió paso y volví a casa.

Eso fue todo. No hablamos desde entonces, y es una mierda. No sé bien qué decirle ahora que se siente responsable de mi separación de Mandy. No sé qué pensar después de que me dijo que me odiaba una y otra vez, aunque sé que no hay nada más alejado de la verdad. Y menos sé qué hacer ahora que nos hemos vuelto a probar, por voluntad propia, con *desesperación*, y que estuvimos, probablemente, a un beso de hacer mucho más que eso.

Es un lío.

El teléfono me vibra en el regazo, y me apresuro a abrir el mensaje.

Cora: Sí

Mierda. Seguro está aterrada.

Yo: ¿No tienes velas o algo?
Cora: No encuentro mi encendedor. Estoy usando la linterna del teléfono, pero ya casi no le queda batería. Mátame.

Me paso la lengua por los dientes y considero mis opciones. Solo hay dos, y no me lleva mucho tiempo elegir una.

Yo: Voy
Cora: No hace falta.
Yo: Le tienes miedo a la oscuridad.
Cora: Tengo miedo a muchas cosas. Tú eres una.

Me quedo mirando el texto, con el corazón en el estómago.

¿Me tiene miedo? ¿Qué carajo?

Yo: Guau. Bárbaro.

Pasan unos minutos hasta que entra su respuesta.

Cora: No es eso. Tengo miedo de cómo me haces sentir.

Debería haber deducido que se refería a eso. Golpeteo el teléfono con el dedo y le mando una respuesta, para luego tomar mis zapatos y mi abrigo.

Yo: Entiendo. Pero empiezo a darme cuenta de que hay cosas mucho más temibles. Te veo en 15 min.

Cora abre la puerta de entrada en un top y shorts de algodón que apenas distingo bajo el velo de la oscuridad. Levanto la pantalla del teléfono para iluminar la expresión dubitativa de sus ojos.

–No hacía falta que vinieras, Dean.

–No quería que estuvieras sola –le dedico una sonrisa tenue.

Ella se aparta con un suspiro suave y me deja pasar. Entro con pasos tentativos, con las manos extendidas para no chocarme con nada.

–Mierda. Qué oscuro que está.

–Suele ser la consecuencia de que no haya luz.

Asiento con un zumbido y me vuelvo hacia ella cuando la puerta se cierra con un «clic». Nos quedamos ahí de pie en silencio unos momentos, mientras los ojos se nos adaptan a la oscuridad y encuentran el rostro del otro.

Cora carraspea y me pasa por al lado, deslizándose en dirección a la cocina.

–Era obvio que iba a haber un apagón el mismo día en que gasto un dineral en provisiones. ¿Quieres algo?

La luna es nuestra única luz de noche, y distingo la silueta vaga de Cora que busca en el refrigerador y extrae una botella de algo.

–No, gracias.

–Bueno, yo voy a beber una copa de vino y tratar de dormirme.

Voy hasta la cocina, y solo me choco con una mesita en el camino. Oigo el tintineo de un collar canino del otro lado de la habitación y,

al dirigir la mirada hacia ahí, veo cuatro ojos que brillan en la oscuridad.

–¿Cómo andan los perros?

–Muy bien, la verdad. –La oigo revolver en un cajón, probablemente buscando el descorchador–. Jude ya aprendió a darme la pata. Penny lo sigue a todos lados, es adorable.

–Qué bueno, Cora. Me alegro de que esté funcionando.

–Sí, no me dieron ninguna vibra de querer convertirme en comida para perros. Creo que estoy a salvo.

Sonrío, me acerco a su lado y la miro servirse el vino. Ella apoya la botella y toma la copa por debajo, se lleva el borde a los labios y alza los ojos parpadeantes hacia mí, mientras le da un sorbo.

–No supe de ti en toda la semana –baja la copa y se mordisquea el labio inferior. El tono es acusatorio, pero los ojos me lanzan algo más suave.

–Ah… –Me rasco la cabeza, luego me paso la mano por la cara–. No sabía que quisieras saber de mí.

Ella pestañea por encima de la copa, después baja el mentón. Se da vuelta, deambula hasta la sala de estar y se desploma en el sofá, sin responder.

La sigo y me siento al lado.

–Cora, me dijiste que me odiabas… como diez veces. Después me dijiste que te odiabas, lo cual solo puedo suponer que es por mí.

–Estaba angustiada –se encoge de hombros y bebe otro sorbo.

–Bueno, no quería causarte más angustia.

–Nos besamos, Dean. –Cora me mira con las pestañas temblorosas. Si la pudiera ver bien en la oscuridad, estoy casi seguro de que tendría las mejillas sonrosadas; y no por el vino–. Un beso de verdad. No tenías una pistola en la cabeza.

–Ya sé.

–Me pareció que eso justificaría una llamada después, o un mensaje de texto o algo. –Desvía la mirada y se entretiene con el calcetín.

Estudio su silueta en sombras.

Las ondas del pelo que le caen en cascada sobre los hombros. Los ojos en la copa de vino que hace girar en los dedos nerviosos. Los

labios apretados con gesto contemplativo. Los pezones como dos guijarros bajo el top de algodón.

Maldita sea.

Me reclino contra el sofá con las manos en las rodillas.

–No sé si esto cambie algo, pero quería llamarte. Quería verte. –Espero a que me devuelva la mirada para terminar–: Quería volver a besarte.

Es imposible no ver cómo el puño aprieta el tallo de la copa y ella contiene el aliento.

–Eso no es una buena idea.

–No –coincido–. No lo es.

Pero aun así mis ojos bajan a su boca, y los de ella a la mía. Los dos alzamos la vista al mismo tiempo.

Cora se traga el resto del vino y deja la copa vacía al lado suyo. Creo que va a empezar a rascarse la muñeca, pero una venda limpia hace de barrera, así que, en su lugar, se pasa la mano por el brazo, casi como si tuviera frío.

–Debería irme a la cama. No estoy durmiendo bien últimamente.

Me mira, y no estoy seguro de si eso fue una invitación o no. Mierda. Me doy cuenta de que no tengo ni idea de qué estoy haciendo.

Pero vine por algo, así que respondo:

–Puedo recostarme contigo hasta que vuelva la luz.

Cora se muerde el labio, mueve los dientes de un lado a otro y procesa la propuesta. Después consiente con un gesto mínimo y se levanta del sofá.

Se ve que no la asusto tanto como la oscuridad.

Me incorporo y la observo deambular por el pasillo, y lo único visible, mientras camina en dirección a su dormitorio, son el top y los shorts blancos. Voy hasta la cama, con cuidado de no tropezarme con nada en el camino, y me meto tanteando las sábanas con las manos. Siento el calor de su cuerpo en el centro de la cama, así que me acerco a ella y le rodeo el abdomen con el brazo. Cora se endurece un momento, como si la sorprendiera el contacto.

–Perdón… ¿está bien esto?

Ella responde arrimándose a mí, acurrucando la cara contra mi torso como ha hecho tantas veces, y dejando salir un suspiro largo.

–Está bien.

Casi que puedo sentir cómo se nos va la tensión a los dos, con mi nariz anidada en su pelo suave y su cuerpo tibio presionado contra el mío como si fuera la pieza que le falta a mi rompecabezas. Cora está acostada de espaldas con mis labios en su oreja, y se estremece cada vez que exhalo. Me camina el brazo con los dedos al tiempo que abrazamos juntos la oscuridad.

–¿Quieres saber cuál fue la peor noche de mi vida? –me pregunta de pronto, con apenas un hilo de voz, que sin embargo retumba en el dormitorio silencioso.

La verdad es que me parece que no quiero saber… pero supongo que ella me quiere contar.

–¿Cuál?

Cora desliza los dedos por mi brazo, me hace cosquillas y me eriza toda la piel.

–Fue la noche después de que los dos… bueno, la primera vez que tuviste que… –Trago saliva–. No me hablabas. No me cantabas. Y estaba muy oscuro.

Dios, me va a arrancar el corazón. Cierro los ojos y la atraigo hacia mí, mientras meto sin pensarlo las puntas de los dedos adentro de su top, a la altura del dobladillo. Ella emite un chirrido cuando recorro la porción de piel bajo el ombligo.

–Esos fueron el peor día y la peor noche de mi puta vida, Corabelle. No sabía qué decirte. –Inhalo su pelo recién lavado y hundo la cara en la curvatura de su cuello–. ¿Qué podía decir?

–No estaba enojada –me responde con un susurro, y se aprieta más contra mí–. Lo entendía.

–No –niego con la cabeza, y sus mechones dorados me cosquillean la nariz–. No podrías entenderlo. Me pasé toda la noche pensando en que tendría que haber dejado que me matara.

–No digas eso. – Cora me clava los ojos con un movimiento brusco de la cabeza.

–Es la verdad.

–No… Dean, no vuelvas a decir eso nunca. Ni siquiera lo pienses. –Se acomoda para ponerse frente a frente, y mi mano se desliza hacia arriba por detrás de su top y le acaricia la espalda baja. Cora me sostiene la mirada un rato largo y después baja el mentón y toma una bocanada entrecortada de aire–. ¿Te acuerdas de cuando intercambiamos confesiones? –pregunta, sin volver a alzar la vista.

–Me acuerdo –asiento con la cabeza, y nuestras narices casi se besan.

La lengua le humedece los labios, y cierra los ojos al tiempo que ensambla las palabras.

–Tú me confesaste dos cosas y yo solo una.

Le subo la mano por la espalda por instinto, le masajeo la columna y luego la llevo de regreso al frente. Extiendo los dedos por su estómago, siento cómo su cuerpo se funde con el mío, y la respiración se me acelera para alcanzar el ritmo de mi corazón.

–¿Tienes otra confesión?

Cora asiente con un gesto tímido, entreabre la boca y se arquea bajo mi mano errante. Yo la deslizo hacia arriba hasta que mis dedos le rozan la base de un pecho.

Mierda, se me está parando. Debería dejar de tocarla.

Pero quiero seguir. La última vez que estuvimos atrapados en la oscuridad, no podíamos tocarnos ni con los dedos de los pies.

–Cuéntame –susurro, y bajo la mano y se la enrosco en la cintura, donde la dejo mientras espero a que hable.

Los ojos de Cora se abren despacio, y es como si necesitara de todo su valor para dejarlos encontrarse con los míos. Inhala con fuerza, luego suelta el aire, y su aliento me lame los labios.

–Solo me sentía a salvo cuando estabas dentro de mí.

Sus palabras son un disparo directo a mi entrepierna. La verga se me sacude en el pantalón con el recuerdo preciso de la sensación de estar dentro de ella. Excepto que… yo pensaba que a ella le causaba repulsión. Rabia. *Terror*.

–Yo también. –Consigo emitir esas dos palabras, y con la mano vuelvo a trepar por su cuerpo y la ahueco bajo su seno, lo que le arranca un gemido de los labios. Empuja la pelvis contra la mía, y yo le tomo la cara y empiezo a besarla como loco. Cuando mi lengua se

abre paso entre sus labios, lo hace con tanta desesperación como antes. Con el mismo salvajismo y desenfreno. Nos atraemos como imanes, con el combustible de los recuerdos y el trauma y el deseo y la *necesidad*.

Cora sube la pierna a mi cadera y me rodea el cuello con los brazos para arrimarse a mí, cerquísima. Tengo su lengua en la boca, caliente y demandante, y sus manos se cierran sobre mi pelo, tironean hasta hacerme gemir. La acuesto de espaldas, y nuestras bocas se separan solo para dejarme subirle el top hasta la cabeza y quitárselo, de manera que su pelo largo cae sobre la almohada como un halo de oro.

Como el de un ángel.

Vuelvo a tomar cautivos sus labios mientras le bajo los shorts y las bragas, hasta que no tiene nada puesto más que el collar que le regalé para Navidad.

Cora se aferra a mi camiseta y ata las piernas a mis caderas.

–Necesito sentirte… –Me desviste el pecho, y sube y baja las manos por mi torso desnudo, las pasa por mis hombros, por mis brazos, después las vuelve a subir. Se inclina para besarme el cuello y me hinca los dientes en la piel; como reclamándola.

Me provoca cosas.

Un sonido asciende por mi garganta, casi un rugido; me aflojo el cinturón y me quito el bóxer y los jeans, para volver a descender sobre ella con una urgencia enloquecedora. Tomo con la boca su pezón, oscuro y firme, mi lengua los lame a los dos, y ella se retuerce debajo de mí. Otra vez tiene las manos en mi pelo, las uñas se me clavan en el cuero cabelludo, y solo me vuelve más loco.

–Eres hermosa, la puta madre –murmuro sobre su piel, recorro su abdomen plano con los labios y después bajo más, hasta meterme entre sus piernas. Alcanza con su olor para avivar mi fuego, pero la manera en que arremete con las caderas contra mi cara a la vez que me tira del pelo me hace zambullirme en su calor con un hambre que no he sentido nunca. Cora arquea la espalda y suelta un grito de placer que me electrifica. Con las palmas abiertas en el interior de sus muslos, empujo las piernas y la abro lo más que puedo. Quiero que esté toda expuesta a mí; completamente *vulnerable*.

Le introduzco dos dedos mientras le estimulo el clítoris con la boca. El sabor dulce y embriagador de su cuerpo, mezclado con lo mojada que está, me deja la verga palpitando con el anhelo de volver a penetrarla. Levanto la vista hacia la extensión de su cuerpo, curvado y tembloroso, y alargo la mano hasta su pecho, al tiempo que ella me monta la cara. Arremeto sobre sus pliegues viscosos con la lengua y le chupo el clítoris hasta que se pone a corear:

–Dean, Dean, Dean…

Dios mío. He oído mi nombre expulsado de su boca muchas veces, de muchas maneras: con enojo, con fastidio, con furia, con humor, con osadía, con miedo, con confusión, con angustia, con dolor… y, lo juro por Dios, con *amor*.

Pero así no.

Así, nunca.

Subo gateando por su cuerpo antes de que el placer se intensifique, y Cora suelta un chillido sorprendido cuando la dejo insatisfecha. Pero, justo cuando está por protestar, le engancho los muslos en mi cintura y le susurro al oído:

–Quiero que acabes conmigo adentro.

Cora me empuja el pecho y me acuesta sobre la espalda, se me trepa encima y se me sienta a horcajadas. Mi verga la roza entre las nalgas, y quiero subirla arriba, pero ella lleva la mano hacia atrás y empieza a tocarme. Arrastra las uñas de la mano contraria por mi abdomen, hacia abajo, y luego se inclina y me besa.

Cuando me aferra la verga y su lengua se zambulle en mi boca, es demasiado, así que la doy vuelta hasta tumbarla de espaldas, como si fuera una especie de lucha de poder.

Yo quiero tener el control.

Me arrodillo delante de ella y le tomo una de las piernas, lameteo y mordisqueo el muslo y me lo cuelgo al hombro. Con la otra mano le tomo el seno y le pellizco el pezón hasta extraerle un gimoteo. Después me coloco entre sus muslos y tanteo apenas su entrada con la verga. Cora baja las caderas y suelta un gemido como un suspiro cuando entra la punta.

La puta madre, esto está pasando.

Vamos a tener sexo.

Por elección.

No hay armas, no hay cadenas, no hay esposas, no hay ojos malignos que nos observen desde la otra punta de la habitación y nos envenenen.

Solo estamos *nosotros*.

Me inclino hacia delante; el tobillo de Cora se curva sobre mi espalda alta, mientras que su pierna sigue colgada de mi hombro. Está abierta y a la espera.

Un haz de luz de luna le ilumina la cara, y veo que tiene los ojos cerrados. Me retiro por completo y ella levanta las caderas, frustrada.

–Mírame, Corabelle.

Los párpados se le abren despacio bajo las pestañas largas, y estamos cara a cara. Pecho a pecho. Corazón a corazón. Antes nunca podía mirarla a los ojos cuando la penetraba; había demasiada vergüenza y culpa. Demasiado dolor. Demasiadas cosas que tenía miedo de ver.

Ahora quiero verlo todo.

Cuando nos fijamos una mirada sostenida, le introduzco la verga. Los dos soltamos una exclamación como un gruñido contenido; observo como se le ponen los ojos vidriosos, como se le expanden levemente, y juntos nos vemos arrastrados a la culminación, la cúspide, de los últimos quince años. Nos paralizamos un instante, asimilando todo, empapándonos de todo lo que es.

Y después nos dejamos llevar.

Se la saco y se la meto, con firmeza y exigencia, y hay dientes y uñas y sudor y gemidos. Cora me rasguña los brazos, acompaña cada uno de mis empujones con el cuello arqueado contra la almohada mientras gimotea y jadea. Subo las manos deslizándolas por su pecho, mis dedos se enganchan en el collar y se enroscan con suavidad alrededor de su garganta mientras la penetro. Con los labios le acaricio la oreja, le muerdo el lóbulo y le susurro:

–¿Extrañabas mi verga?

Cora me agarra el trasero, me clava las uñas y, apretando las piernas alrededor mío, gime:

–Sí…

Por favor.

Salgo por completo y la giro hasta acostarla boca abajo, para volver a penetrarla desde atrás. Ella grita, se aferra a las sábanas cuando deslizo el brazo bajo su estómago y, levantándola, entro sin contenerme ni un poco. Le tiro del pelo hasta tenerla pegada a mí, espalda con pecho, jadeando y gimiendo. Le paso una mano por los senos, le pellizco los dos pezones, mientras con la otra busco su garganta y ladeo su cara hacia mí. Nuestras bocas se chocan por encima de su hombro, y saboreo cada uno de los sonidos hermosos que le estoy arrancando, con las lenguas enredadas y hambrientas en la colisión de nuestros cuerpos.

Vuelvo a llevar los labios a su oreja mientras deslizo la mano derecha entre sus piernas y encuentro el clítoris.

–Eres mía, Corabelle –susurro; la reclamo, la marco, la señalo como propia. Su humedad me impregna los dedos a medida que, masajeando, la llevo a un estado de frenesí, y la siento temblar, desenfrenarse, suplicar por el desenlace–. Dilo. Dime que eres mía.

Cora me enrosca un brazo detrás de la cabeza, me sostiene la cara sobre la curvatura de su cuello, y yo tomo la carne tierna entre los dientes y muerdo. Ella contiene el aliento y chilla más sonidos que me enloquecen.

–Soy tuya –susurra en un hilo de voz teñido de lujuria–. Ya lo sabes. Siempre lo supiste.

–La puta madre… –¿De verdad lo cree? ¿Lo creo yo? Se apodera de mí la necesidad de mirarla a los ojos, así que vuelvo a salir, la volteo y la empujo contra el colchón. Me subo encima hasta ponerme cara a cara, con los brazos apoyados al costado de su cabeza. Le rozo la entrada con la verga, y Cora levanta las caderas, anhelante; necesita que la llene.

–Por favor –me dice, y se frota contra mi tronco y me vuelve loco.

Me encanta provocarla. Siempre me gustó.

–Por favor ¿qué?

–Por favor, cógeme –gimotea–. Por favor, hazme acabar.

Dios mío. Cierro las manos sobre sus muñecas y, con la frente presionada contra la suya, me introduzco despacio, mirándola a los ojos. El deseo es de color verde y me inunda, me baña de

esmeraldas y jades y olas del mar. Me inclino para besarla en la boca, mullida y rosada, y Cora se arquea hacia arriba, me envuelve la cintura con las piernas y traba los tobillos. Yo le tomo los muslos, los palmeo y los aprieto, y ella me araña la espalda, primero para abajo y luego para arriba, para tironearme del pelo. Acelero, sumergido en la locura. Sumergido en *ella*.

Nunca creí en serio que fuéramos a hallarnos de nuevo en esta posición por voluntad propia. No realmente. Claro que pensaba en eso; mierda, lo pensaba mucho más de lo que me gustaría admitir. Y cuando me imaginaba este momento, volver a penetrarla, a sentirla palpitando sobre mí, visualizaba algo más suave. Nos veía haciendo el amor despacio y con ternura, algo que limpiara toda la violencia. Toda la *oscuridad*.

Pero esto no es nada suave.

Es duro y sucio y brutal, y nosotros somos animales que se clavan las garras, se muerden, puros gruñidos primitivos y empellones desesperados.

Decido que es adecuado.

Después de todo, fuimos creados en la oscuridad.

Lo llevamos en la sangre.

Coloco las caderas en el ángulo necesario para frotarle el clítoris, a la vez que hundo los dedos entre sus muslos. La penetro una y otra vez, más rápido y con más fuerza, hasta sentir que su cuerpo se tensiona debajo de mí, y la respiración se le agita y entrecorta con el ascenso al clímax.

La última vez que gimió de placer al acabar, mi boca encontró la suya antes de que el sonido tocara el aire. Por mucho que quería oírlo, por mucho que quería que me atravesara y se me clavara en los huesos, no podía permitir que *él* lo oyera. No podía darle ese gusto. Así que la besé y me lo tragué.

Pero esta vez la observo soltarse; la dejo gritar con desenfreno y sin vergüenza, y el grito es tan ruidoso, tan salvaje y primario que no puedo contenerme más. El orgasmo se apodera de mí y acabo adentro de ella, hundiendo la cara en la curvatura perfecta y familiar de su cuello y gimiendo con los temblores y la descarga de mi cuerpo.

Nos aferramos el uno al otro; ella estira las piernas debajo de mí, y los dedos de los pies bajan hormigueando por mis pantorrillas. Yo llevo las manos a su pelo, enhebro los dedos entre los mechones suaves e inhalo su perfume con un suspiro largo. Siento cómo me envuelve el torso con los brazos y me arrima a ella, y levanto la cabeza para mirarla a los ojos.

Y entonces se encienden las luces; como un foco, iluminan las extremidades enredades y las pieles ruborizadas. Las mordeduras y los rasguños y la transpiración. El pelo desgreñado y los ojos grandes. Todos nuestros defectos y nuestras grietas y nuestras debilidades, tendidos entre nosotros, puros y a la vista.

No hablamos. Salgo de dentro de ella y me acuesto a su lado, le paso un brazo por la cintura y la atraigo hacia mí. Ella se acurruca con la espalda contra mi pecho, y nos quedamos ahí recostados en silencio y en cucharita, preguntándonos qué carajo pasará ahora.

Pero entonces siento que empieza a temblar, a estremecerse en mis brazos, mientras trata de ocultarme sus lágrimas. La abrazo con fuerza y le susurro palabras calmantes al oído.

Le dije que me iba a quedar con ella hasta que pasara la oscuridad, y no le mentí.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Son confusas las mañanas que siguen a un encuentro así, cuando uno no tiene idea de qué debería ocurrir después.

El sol entra por una ventana cercana e ilumina la piel lechosa de Cora, que resplandece acostada a unos centímetros de mí. Habiendo observado tantas veces cómo se dormía y se despabilaba en aquel sótano, me doy cuenta de que está despierta solo con ver cómo se infla y desinfla su cuerpo con cada respiración irregular. Me quedo mirando la extensión de su espalda esbelta, la sábana que le cae de la cadera, y rememoro con nitidez cada detalle glorioso de anoche.

Pero, dado que ella finge que sigue dormida después de haberse escurrido de mi abrazo, me pregunto si no estará tratando de olvidar los mismos detalles.

Decido afrontar lo inevitable y me deslizo hasta ella, la recojo con un brazo y la arrimo a mi pecho.

–Buen día –susurro, y noto su estremecimiento cuando le rozo la oreja con los labios. Arrastro los dedos por su barriga, para arriba y para abajo, entre sus pechos, y me detengo apenas debajo de su cuello. Jugueteo con el dije con forma de corazón que pende de su collar y espero su respuesta.

Ella se tensiona con el contacto.

–Hola.

–No pareces tan contenta de verme como lo estoy yo –bromeo, y presiono mi pene semierecto contra sus nalgas al tiempo que le beso el hombro.

Silencio.

Me quedo quieto; trato de interpretar su ánimo. La sensación parece cada vez más la de haber tenido una noche incómoda de

sexo ocasional y menos la de haber pasado la mejor noche de nuestras vidas.

–¿Cora?

Ella gira para acostarse sobre la espalda y me mira con ojos cansados. Estudia mi rostro, se muerde el labio y se sube la sábana hasta el cuello.

–Tengo que hacer unos recados hoy.

–¿Qué? –Parpadeo; no anticipaba que lo primero que saliera de su boca después de la noche que compartimos fuera un comentario tan frívolo–. ¿Ahora?

–Sí –se encoge de hombros–. Es domingo. Es día de recados.

–También es el día siguiente a haber tenido sexo y que fuera alucinante, y deberíamos hablar del tema.

Con las mejillas sonrosadas, Cora se incorpora y empieza a moverse hasta el borde de la cama, arrastrando consigo las sábanas.

–No quiero hablar de eso, Dean.

¿Qué carajo?

–¿De verdad?

–Sí. De verdad.

La observo recoger sus prendas, que quedaron tiradas en el suelo; se pone el top y mira a su alrededor buscando sus shorts. La imito: me pongo el bóxer y los jeans, con el corazón estrujado de emociones en el pecho.

–No puedes hacer como si no hubiera pasado.

Cora me lanza un vistazo por encima del hombro, muy breve, y se termina de vestir.

–Voy a meterme a la ducha. Me olvidé de comprar comida para perro ayer, y la tienda abre a las nueve.

Auch.

–Cora… –la miro como idiota, de pie del otro lado de la cama, sin camiseta y destruido–, me estás matando.

Ella va a tomar el teléfono celular, que está cargándose al lado de la cama, y se detiene a mitad de camino. Los hombros le suben y bajan con un suspiro pesado, y se sienta, tirándose el pelo para atrás con los dedos.

–Ni siquiera nos… cuidamos.

Cierro los dedos sobre mis caderas, con la mirada clavada en la nuca de ella. No tengo contraargumento: tiene toda la razón.

–Perdón. Eso fue culpa mía. –Me acerco con pies titubeantes hasta su lado de la cama–. ¿Estás tomando anticonceptivos?

–Sí, pero… me salteé algunas dosis. Estoy muy olvidadiza últimamente y no anticipaba… –Vuelve a suspirar y, esta vez, le brotan lágrimas–. También es mi culpa. Debí pararlo antes de que fuera tan lejos.

–Te daré dinero para la pastilla del día después. –Me rasco la mejilla–. Por si acaso.

Cora traga saliva y me dirige otro vistazo.

–¿Tienes…?

–¿Si tengo qué? –Se me arquean las cejas–. ¿Alguna infección?

Asiente con la cabeza.

Normalmente, no me ofendería; es una pregunta sensata para hacerle a una pareja sexual, si bien ya es un poquito tarde. Pero se trata de Cora. Ya sabe que estuve con su hermana durante los últimos quince años. Además, me hice un test cuando salimos del cautiverio y todos los resultados dieron bien, así que sé que ese cretino no le transmitió nada a ella.

–Por supuesto que no. Qué crees, ¿que engañé a Mandy?

Se encoge de hombros.

Se encoge de hombros, la maldita.

–Guau. Nunca creí que pensaras eso en serio. –Le doy la espalda para ocultar el dolor que me está subiendo a la cara–. Le fui fiel durante toda la relación, Cora. Incluso cuando nos separamos esos pocos meses en la universidad. Solo tuve relaciones con una persona en la vida, literalmente… hasta que estuve contigo.

Volteo otra vez y veo cómo le caen las lágrimas silenciosas por las mejillas, con la mirada clavada delante de sí.

–Mis testeos también salieron bien. Para mi sorpresa. Me mandaron a tomar antibióticos, por si acaso, pero… –Cora baja la cabeza y suelta un suspiro–. Esto es un desastre.

Se aparta el pelo y deja al descubierto varias manchitas rosadas en el cuello, así como un moretón colorido donde estuvo mi boca. Trago saliva.

–Sí.

–Soy una persona horrible. Mandy no me lo perdonará nunca.

La realidad empieza a asentarse y una oleada de culpa me araña el estómago. Una semana después de romper un compromiso de quince años con Mandy, me acuesto con la hermana. Ninguna explicación que se nos pudiera ocurrir alcanzaría para que esto suene siquiera remotamente aceptable.

Por otro lado, ninguna explicación podría tampoco describir de forma adecuada nuestra relación. Nuestra dinámica. Nuestra historia. Nuestra conexión. Nada de esto es normal; no es algo con lo que uno pueda identificarse fácilmente: todo es más confuso que la mierda.

Me siento a su lado, y Cora contiene el aliento cuando mi brazo desnudo roza el suyo.

–Corabelle, perdón por no ser más fuerte. Odio que te sientas así, y odio que sea por mi culpa. Es que… me vuelves loco. –Ella ladea la cabeza para mirarme con los ojos hinchados–. No lo puedo apagar. Y no puedo dejar de pensar así en ti solo porque las circunstancias no son ideales.

–No solo no son ideales, Dean. Está mal.

–Pero es real, y es intenso y nos está devorando.

–Pero ¿lo es? –Cora inhala una respiración temblorosa–. ¿Es real?

–¿Cómo? –Frunzo el entrecejo; la pregunta me toma desprevenido–. Claro que sí.

Ella aparta la mirada y, con las palmas transpiradas, aferra el dobladillo de su top.

–Quizás es algo que nació del trauma y la supervivencia, nada más. Creemos que todavía nos necesitamos, a pesar de que logramos escapar. No estaríamos teniendo esta conversación si no hubiéramos vivido lo que vivimos.

–No estoy de acuerdo –niego con la cabeza–. Quizás no en este momento, pero… creo que esto era algo inevitable.

–No. Cuando se disipe el trauma, nos disiparemos *nosotros*. Es algo temporal.

–No dijiste eso anoche cuando estaba adentro de ti. –Mi enojo se inflama–. Dijiste que siempre habías sido mía.

A Cora se le tensa la mandíbula y se le encienden las mejillas. Se pone de pie y se aleja hecha una furia.

–Me dejé llevar por el momento, Dean. No puedo creer que lo menciones.

Me incorporo y la persigo, poniéndome en el proceso la camiseta que acabo de tomar del suelo.

–¿Por qué no? Lo dijiste tú.

–¡No puedo hacer esto! –Voltea como un torbellino, con un conjunto de emociones nuevas listas para salir volando.

–Cora…

–¡No! No trates de hacerme cambiar de opinión ni me vengas con la porquería esa del cuento de hadas y el destino. Te ibas a casar con mi hermana hasta hace una semana. Quince años estuviste con ella. –Las lágrimas se le derraman y se le atascan en las comisuras de la boca–. Después la dejaste por *mí*, y ahora tengo que vivir yo con eso.

–Ya te lo dije. Lo de terminar mi relación con Mandy no tuvo nada que ver contigo. Ni con nosotros. –Intento tomarle las manos, pero ella se aparta con brusquedad.

–Mentira.

–Basta, Cora. Así me dijeras en este momento que se acabó y te alejaras de mí, yo no volvería con Mandy. Eso se terminó porque *nosotros* terminamos. Tú no cambias eso.

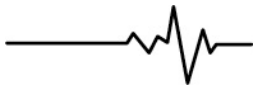
Cora se me queda mirando ruborizada y cruzada de brazos. Asiente despacio con la cabeza, con intención, y clava sus ojos en los míos.

–Veremos, supongo. –Da un paso atrás y deja caer los brazos a los costados–. Se acabó, Dean. No puedo hacerle esto a Mandy.

Continúa retrocediendo, distanciándose de mí, y yo sacudo la cabeza con una risa amargada. *Increíble*. Meto la mano en el bolsillo, extraigo unos cuantos billetes de la billetera y camino hasta ella. Me acerco, le tomo la muñeca y le abro la palma.

–Deberías haberlo pensado antes de coger conmigo. –Le pongo el dinero en la mano y trato de ignorar el destello de angustia que le aparece en los ojos–. Para la pastilla.

Tomo mi abrigo del respaldo del sofá, me calzo y salgo de su casa dando un portazo.



La mañana se funde en la noche, y no tengo noticias de Cora en todo el día.

Desde que me fui de su casa, he estado enojado y resentido; he alternado entre dormir siestas reparadoras para tratar de olvidar toda la mierda que me inunda la cabeza, y consumir Netflix sin parar para tratar de distraerme de toda la mierda que me inunda la cabeza.

Hasta ahora, no funcionó ninguna de las dos cosas. Estoy nadando en mierda.

Nunca pensé que esto fuera a ser fácil. Nunca supuse que nos acostaríamos, nos despertaríamos al día siguiente y comenzaría una vida nueva y mágica juntos. No, la puta madre. Esto no tiene nada de sencillo ni de mágico. Es embrollado y sucio y confuso y *difícil*.

Pero ya lo sabía. Había considerado todos los escollos y las curvas con que nos toparíamos en el camino, y estaba preparado y dispuesto a afrontar todas y cada una de las consecuencias con ella. Ya sobrevivimos a muchísimas cosas juntos. Capeamos las tormentas más turbulentas. Enfrentamos cosas que le quitarían el sueño a la persona más aguerrida. Miramos a la muerte a los ojos y perseveramos.

Y, aun así, ella se escapa de esto.

De mí.

Pero supongo que los asuntos del corazón son los que más miedo dan.

Me estiro en el sofá, me tapo con la manta y pido delivery de comida china. Atisbo el nombre de Cora y nuestro último intercambio de mensajes, y noto uno de ella que no había abierto. Era en respuesta al mío que decía que estaría en su casa en quince minutos:

Cora: No es buena idea

¿Eso me habría impedido que condujera hasta allá en mitad de la noche para tratar de consolarla en la oscuridad?

Lo más probable es que no.

Pero lo intentó. Intentó impedirlo.

Me siento un idiota y culpable, aunque sé que lo que pasó fue real e inevitable y de mutuo acuerdo. Los dos queríamos. Los dos lo anhelábamos.

Pero conozco su corazón; sé que la lealtad para con su hermana nos va a dividir siempre. Quizás presioné demasiado. Tal vez era demasiado pronto. Deslizo su nombre en la pantalla y tipeo un mensaje del que estoy seguro que voy a arrepentirme en el acto.

Yo: No quiero pelear contigo. Sé qué es lo que te asusta y lo entiendo perfectamente. Pero lo que sea que haya entre nosotros no se va a ir. Lo de anoche fue increíble, y sé que tú también lo sentiste. Podemos ir más despacio. Podemos volver a empezar. Pero no me alejes… estamos juntos en esto :)

Agrego el emoticón porque Mandy siempre decía que eran clave en los mensajes de texto para transmitir los sentimientos correctos. Una vez tuvimos toda una conversación en la que ella solo usó emojis, y fue extraña y confusa.

El mensaje aparece como «Leído» casi enseguida, así que contengo el aliento y aguardo. Espero a que surjan esos puntitos suspensivos rebotando, indicadores de que Cora está pensando, de que está respondiendo… pero no llegan nunca.

Reviso el teléfono constantemente durante mi maratón de *Hijos de la anarquía* y pollo Kung Pao, pero sigue sin haber respuesta.

Miro la hora y noto que ya son pasadas las diez. Dentro de seis horas tendré que levantarme para ir al trabajo. Con un gruñido de frustración, dejo el celular a un costado en el sofá, me paso las dos manos por el pelo y suelto un suspiro de cansancio y derrota. Me incorporo y arrastro la manta conmigo en dirección al dormitorio; entonces oigo que me suena el teléfono.

Me detengo. Suelto la manta y troto hasta el sofá, y el corazón me late con violencia, expectante y aliviado, cuando veo el nombre de

Cora iluminado en el aparato.

Deslizo para aceptar la llamada.

–¿Hola?

Hay un silencio momentáneo, y después me llega al oído su balbuceo grogui.

–Eres… incorregible.

–Supongo que sí. –Me muerdo la mejilla por dentro, y se me despierta un hormigueo de preocupación–. ¿Estás bien, Corabelle?

–No… no, no estoy bien. Pero creo que *tú* estás bastante bien. Por más que seas incorregible.

Tiene la voz rasposa. Perezosa. Suena a que está borracha.

–¿Has estado tomando?

–He estado *pensando*.

–Bueno…

–Pienso que lo nuestro podría haber sido lo mejor que me pasó en la vida –Cora suspira, y oigo un ruido de fondo, como si hubiera tumbado algo al suelo.

Me enfoco en el uso de la expresión «podría haber sido».

–Todavía podemos, Cora. Esto no tiene por qué terminarse.

–Sí que tiene que terminarse, Dean, porque tú eres un león y yo un ratón.

–¿Qué?

Transcurre un rato de silencio, y me pregunto si se habrá distraído o quedado dormida, pero entonces responde con suavidad:

–Eres un león, intrépido y fuerte, y yo soy solo un ratón. –Cora hace otra pausa, luego continúa–: Soy pequeña y débil, y me asusta todo lo que acecha en la oscuridad. Todo lo que quiero está disfrazado de trampa mortal, y, sin embargo, me tienta igual.

–Cora… –Empiezo a caminar por el salón, con el estómago inquieto.

Ella suelta un suspiro prolongado; sus respiraciones pesadas son como la banda sonora siniestra de sus palabras.

–Lo malo de los ratones es que siempre los matas.

Reconozco esa cita del libro *De ratones y hombres*. Me provoca un escalofrío en todo el cuerpo.

–Eso no es cierto. ¿Estás segura de que no has estado bebiendo?

Cora se ríe un poco, y es apenas una risita fugaz y agorera.

–Adiós, Dean.

–Espera. Me estás preocupando, Cora. Habla conmigo.

–De verdad pienso que podríamos haber tenido algo increíble –concluye–. Si tú no fueras un león y yo un ratón.

La llamada se corta y me deja con los ojos clavados en el teléfono, las tripas hechas un nudo y el corazón diciéndome que Cora no está bien.

Hay algo raro. Algo está *mal*.

Entiendo que quizás quede como un acosador al conducir hasta su casa en mitad de la noche para consolarla cuando, evidentemente quiere espacio. Pero estoy dispuesto a correr ese riesgo, porque el instinto me está gritando que vaya.

Diez minutos más tarde, estoy golpeando a la puerta de entrada, después de venir a toda velocidad y saltarme dos señales de alto. La puerta turquesa y alegre es un camuflaje engañoso de la mujer deprimida que habita del otro lado.

–¡Cora! –llamo. Mis golpecitos con los nudillos se vuelven puñetazos cuando no atiende–. Cora, abre. Estoy preocupado.

Lo único que se oye dentro son garras de animal que van y vienen en la entrada, entremezcladas con lloriqueos. Pruebo la perilla y doy una bocanada de alivio cuando abre. Pero entonces me doy cuenta de que Cora nunca deja la puerta sin llave, y mi consuelo se convierte otra vez en desazón.

Jude y Penny Lane me reciben en la puerta por primera vez, andando en círculos. Cuando cruzo el umbral, los dos perros salen corriendo por el pasillo hacia el dormitorio de Cora, como invitándome a seguirlos.

–¿Cora? –Trato de anunciar mi presencia para no asustarla–. Cora, soy yo. Solo vine a ver cómo estabas.

Nada.

La puta madre. Atravieso el salón y el pasillo, y me detengo en la entrada de su habitación. La luz está prendida, pero está claro que ella no está despierta. Está acostada de espaldas sobre el edredón, con un brazo colgando del borde de la cama, mientras que el otro

está estirado sobre el colchón, todavía aferrado al teléfono. Los dos perros rascan con las patas al costado de la cama y lloriquean.

–Cora.

Entro a la habitación, primero con pies cautelosos. Inseguro.

–Corabelle.

No se mueve. Ni siquiera se crispa.

¿Está respirando, siquiera?

–No, no, no, no, no… –Siento que se me va a mí el aire de los pulmones apenas se me cruza el pensamiento por la cabeza, y corro hasta la cama y la sacudo–. Cora. ¡Cora! –No reacciona–. La puta madre… Dios… –Cuando vislumbro un tarrito vacío de pastillas para dormir volcado en la mesa de noche, enloquezco. Me trepo encima de ella, me siento a horcajadas de su cintura y le apoyo la oreja en el pecho, mientras sigo sacudiéndola.

No es real.

Es una broma pesada; un chasco, como aquella vez cuando le di la rosquilla con almidón de maíz y fingió que se desmayaba. Se despertará y dirá: «Caíste». Después no parará de reírse, y me enojaré muchísimo con ella, pero me aliviaré mucho más de que esté bien.

Pero eso no pasa.

Está quieta, inerte, y me viene a la mente la imagen de Tormenta tumbada en aquella cama para perros en el centro de la habitación del hospital, de una similitud espeluznante.

–No… Dios, no, Cora. Vuelve. Por favor, la puta madre, no me hagas esto…

Extraigo el teléfono del bolsillo, y casi se me cae de las manos, que empiezan a temblarme con violencia. Marco con fuerza los números 9-1-1 y le expongo sin pausa la situación al operador de emergencias, con el tono de un hombre desquiciado y desesperado. Que lo estoy.

Lo estoy.

Me indican que realice maniobras de reanimación. Alzo a Cora de la cama y, recostándola en el suelo, le presiono el pecho como he visto que hacen en las películas. Luego le inclino la cabeza hacia atrás, le cierro la nariz con dos dedos y le insuflo mi vida en la boca.

–¿Respira? –pregunta el operador por el altavoz.

Le tomo la muñeca y trato de encontrar el pulso. Vuelvo a poner una oreja en su corazón.

Dios, no me doy cuenta.

–No sé. No sé, la puta madre…

–Está bien. No corte, ya llega la ayuda. Siga con las compresiones en el pecho, rápidas y con fuerza…

La voz se disipa mientras continúo presionándole el torso a Cora, y me detengo cada tanto para buscar alguna señal de vida.

–No me dejes, Corabelle. Te amo, carajo. Ni se te ocurra abandonarme. –Recojo su figura menuda entre mis brazos, la levanto contra mi pecho y sollozo en su pelo. Me aferro a ella, intento irradiarle mi fuerza vital, trato de traerla de vuelta nada más que con mis lágrimas y mis palabras y mi amor–. Vuelve –susurro a través de mi dolor, después la recuesto otra vez y sigo con las compresiones.

Las sirenas suenan a lo lejos al tiempo que me quiebro encima de ella, llorando y temblando.

¿Qué he hecho?

¿Qué he hecho, maldita sea?

Parte tres

OLAS

Cora

CAPÍTULO VEINTICUATRO

—Deberías haberlo pensado antes de coger conmigo.

Dean me encaja un puñado de dinero en la mano como si fuera una prostituta. Me quedo mirándolo con los ojos como platos, herida.

—Para la pastilla —añade.

Lo observo salir hecho una furia por la puerta de mi casa, y la cierra de un golpe tan fuerte que sacude las bisagras y los perros pegan un salto en su cama gigante. Mis pies permanecen clavados a las planchas de madera del suelo del salón y mi mirada, pegada a la puerta; espero en secreto que vuelva a abrirse y él entre corriendo.

Y espero en secreto que no lo haga.

Me trago el nudo agrio que se me forma en la garganta para que no me asfixie. Una patita me rasca la pantorrilla desnuda y me recuerda que hace por lo menos cinco minutos que estoy con la vista clavada en la puerta y un fajo de billetes arrugados en la mano, que me ha dado Dean para que compre la pastilla del día después.

Porque tuvimos relaciones.

Porque tuve relaciones sexuales con Dean.

La idea casi me tumba al suelo. Me doy cuenta de que no volverá, pero no he decidido si eso me parece bien o no. Suelto un suspiro lento y emito un zumbido. Es el sonido que hago cuando una angustia paralizante me sube por la garganta buscando una salida.

Dios mío, tuve relaciones con Dean Asher.

Y después terminé con él porque soy débil y no estoy preparada para lidiar con las consecuencias de mis propias acciones egoístas.

Retrocedo hasta el sofá, colapso en él y la angustia comienza a salir a borbotones. Arrojo el dinero a la mesa de café, recojo las

piernas y hundo la cara entre las rodillas. Los sollozos brotan en oleadas y empiezan a dolerme las costillas.

Jude se me aparece enfrente, se sienta en el borde del sofá con las orejas paradas y agita la cola. Penny salta a mi lado con sus patitas y me apoya el mentón en la cadera. Esto solo me hace llorar con más fuerza, porque estas dulzuras de animales están tratando de consolarme y no me lo merezco. Yo me la busqué.

Me la busqué y, en la búsqueda, de paso, me acosté con el exnovio de mi hermana.

Y qué bueno que estuvo. Muy muy bueno. Excitante, intenso, duro; no se pareció a nada que haya experimentado antes, tanto en el plano físico como en el emocional. «Alucinante» fue el término que utilizó Dean, y concuerdo al cien por ciento, a pesar de no haber podido decírselo porque sentía que incluso reconocer lo que había pasado entre nosotros era insultar a Mandy. Y a mi propia dignidad.

Paso los dedos entre las orejas de Jude mientras aúpo a Penny y, estirando las piernas, la coloco sobre mi regazo. Jamás me sentí tan desgarrada, tan partida al medio, tironeada en dos direcciones contrarias. Nunca en mi vida deseé y rechacé algo con tantas ganas.

Dean es como el océano.

Me cautiva, me llama, está al alcance de mi mano…

Tanta magia. Tanta belleza.

Es algo que anhelo con cada parte de mi alma.

Pero de nuevo soy esa niña, petrificada en la arena, atemorizada por las aguas oscuras que tengo delante. Todo es muy incierto. Hay demasiado que no puedo ver. Tengo miedo de sucumbir a las olas tumultuosas y que estas me arrastren, de no lograr mantener la cabeza afuera del agua y apenas poder respirar.

Tengo miedo de perderlo todo: a mi hermana, a mis padres, a mí misma.

Tengo miedo de ahogarme.

Acá en la orilla es más seguro.

Me digo esto mientras sigo con mi día, voy a buscar la comida para los perros y la pastilla. Intento no morirme de vergüenza en la farmacia, me dejo puestos los enormes lentes de sol y me bajo el gorro todo lo que puedo, por si tengo las palabras «Sí, me cogí a

Dean» garabateadas en la frente. Más tarde, me pongo a limpiar la casa y no reviso el teléfono celular. Ya limpié ayer, pero vuelvo a pasar la aspiradora y le paso un paño a las ventanas solo para distraerme.

No le escribo. No lo llamo.

Ni me acerco a la botella de vino que tengo en el refrigerador por miedo a textearlo o llamarlo.

Yo puedo.

Pero, cuando esa noche aparece mi hermana con comida mexicana y sin avisar, casi me desmayo de la ansiedad.

–Tienes muy mal aspecto. –Mandy pasa, tampoco luce muy bien, y no puedo evitar sentir que hay un denominador común en el infierno de las dos–. Traje una tonelada de tacos. El cilantro limpia.

–Porque tiene gusto a jabón.

Mandy responde con un resoplido mientras se quita las botas que le llegan a las rodillas. Cruza la sala de estar en dirección a la cocina y deja las bolsas de comida en la mesa. Después vacila, retrocede unos pasos y lanza un vistazo al rincón. Me mira.

–Tienes perros.

–Lo sabrías si no te hubieras pasado la semana ignorando mis llamadas y mis mensajes –me encojo de hombros con los brazos cruzados.

Se hace un silencio desolador. Estudio la forma en que Mandy baja la vista al suelo, con los ojos vaciados de esa chispa característica, bordeados de ojeras. Tiene el pelo atado en un moño hiperdesordenado y le están creciendo las raíces. Se sopla un mechón que se le ha soltado y apoya la cadera contra el respaldo del sofá.

–Te he estado evitando.

–Lo noté. –Hundo los dedos en la tela afelpada de mi jersey, y el estómago se me encoge de los nervios. No sé cómo voy a pasar la noche sin confesarle a Mandy todos mis pecados horrendos. Carraspeo y me animo a avanzar unos pasos–. ¿Cómo estás?

Mandy se turba un poco y, encogiéndose de hombros, parpadea y levanta la vista hacia mí.

–Supongo que Dean te contó.

La sola mención de su nombre me hace ruborizar.

–Está por todo Facebook. Cambiaste tu situación sentimental a «soltera» y anduviste publicando citas tristes y depresivas a cada rato.

–Me ayuda a lidiar con la situación. Entonces, ¿dices que él no lo mencionó?

Algo se me agita en el pecho, y se me acaloran las mejillas.

–No dije eso.

–Me imaginé –responde ella con tono monocorde, y vuelve a la cocina para repartir la comida–. Dijo que tenían una conexión. Que estaban unidos. Dijo que a los dos los obligaron a hacer cosas terribles.

Ay, Dios.

Me sube la bilis por el esófago, y hago fuerza para contenerla y bajarla.

–Es… es complicado.

–Él dijo lo mismo. –Mandy se da vuelta y me tiende algo envuelto en papel de aluminio–. Dos tacos de carne, sin cilantro.

Trago saliva y, avanzando unos pasos titubeantes más hacia mi hermana, acepto los tacos.

–Gracias.

La sonrisa de Mandy es tensa. Forzada. Le quita el envoltorio a uno de sus tacos y le da un mordisco, luego señala con un gesto de la cabeza a Jude y Penny, que están acurrucados en el rincón.

–¿Por qué adoptaste dos perros? –pregunta, y se limpia un poco de crema ácida que le quedó en el labio–. ¿Para que te protejan?

Apoyo mis tacos en la isla de la cocina; estoy demasiado revuelta de nervios como para comer.

–Para que me hagan compañía, supongo. Lo tenía planeado antes de… bueno, antes de que pasara todo. –Me rasco la nuca–. Son los perros que confiscaron de su propiedad.

–¿De la propiedad de ese psicópata? –Mandy deja de masticar con la comida todavía en la boca–. ¿Adoptaste los perros de tu secuestrador?

–Algo así.

–Qué macabro, Cor. –Sigue masticando y, de un saltito, se sube a la mesa y balancea las piernas–. Parece que te cuesta soltar las cosas que te conectan a ese sótano.

Me clava una mirada sagaz e incisiva. No se refiere solo a los perros. Me escurro como la cobarde que soy.

–No es eso. Necesitaban un hogar, y yo necesitaba algo que me distrajera del dolor.

– Podrías haberte traído un millón de otros animales.

Sigo bastante segura de que no habla de los perros.

Mierda.

–Mandy…

–Se te enfría la comida –y se baja de la mesa.

Observo a mi hermana desfilar por la cocina hasta que extrae una copa de la alacena y rebusca en mi refrigerador. Siento el pinchazo de las lágrimas de histeria bajo la superficie, listas para saltar. Inhalo una bocanada lenta de aire para calmarme, en un esfuerzo sobrehumano por controlar el miedo y los nervios y la culpa, mientras Mandy regresa con la copa llena de vino. Se acoda sobre la isla de la cocina con el cuerpo hacia mí, que estoy parada del otro lado.

Me retuerzo las manos bajo su mirada, que me observa por encima del borde de la copa. Solo nos separa una encimera pequeña, pero parece un continente.

–Gracias por traer la cena. Es un lindo gesto. –Dios, qué patética que soy.

–No has tocado la comida –arquea una ceja ella, y bebe un sorbo de vino.

–No tengo tanta hambre. La almorzaré mañana en el trabajo. –Esbozo la sonrisa más dulce que puedo, pero estoy bastante segura de que la cara se me está por contorsionar del llanto.

Mandy golpetea la copa con una uña pintada perfecta y alterna la mirada entre su bebida y yo, como si estuviera tratando de armar la frase siguiente. Posa los ojos vacíos color avellana en los míos y ladea ligeramente la cabeza.

–Entonces, ¿qué cosas terribles los obligaron a hacer?

Formula la pregunta con indiferencia, despreocupada.

Pero a mí me atraviesa como un tornado y ocasiona destrozos en mi fragilísimo interior. Me hormiguea la piel, se me paralizan las manos, me empiezan a temblequear las piernas. Me aferro al borde de la encimera para no perder el equilibrio y contengo el aliento. Lo contengo por un rato largo, por miedo a que el oxígeno baste para divulgar todos mis secretos. Lo contengo hasta que me mareo y me da náuseas y me siento desvanecer, y entonces lo suelto como una confesión desgarradora.

–No… no quiero hablar del tema, ¿está bien? Es algo íntimo y traumático, y estoy tratando de olvidar que esas tres semanas sucedieron… –Me muerdo el labio para detener el flujo de las palabras.

Mandy entrecierra los ojos y se termina el vino. Después apoya la copa en la encimera con una brusquedad que me provoca un respingo.

–Algo pasó ahí abajo, Cora. Necesito saber.

–Nada. No importa.

–Cuéntame.

–¡No puedo! –Las lágrimas se derraman, la voz se me entrecorta y quiebra–. No puedo.

Mandy está a punto de replicar cuando mi teléfono vibra sobre la isla, entre las dos, a apenas treinta centímetros de distancia. Ambas lo miramos.

La pantalla se ilumina con un mensaje de texto con el nombre de Dean.

Le lanzo un vistazo a Mandy. Ella a mí.

Entonces las dos nos arrojamos sobre el teléfono al mismo tiempo, y Mandy sale victoriosa. Pego casi un grito para oponerme.

–¡No!

Rodeo la isla a la carrera hasta donde está Mandy leyendo el mensaje con la espalda hacia mí. Espero a que me enfrente, con los hombros agitados, más que horrorizada y repugnada por lo que debe estar descubriendo en este momento.

Mandy contiene un gritito, y el sonido guarda una semejanza horrible a la traición. Gira sobre su eje, los ojos llenos de lágrimas, brillantes de ira.

–Hija de puta.

Le arranco el teléfono y, con las manos temblorosas, leo por encima el mensaje, presa del pánico.

No quiero pelear. Asusta. Lo entiendo. Lo de anoche fue increíble. Más despacio. Volver a empezar. Juntos en esto.

Lo de anoche fue increíble.

–¿Qué pasó anoche, Cora? –exige Mandy, y las lágrimas le brotan como la lluvia–. ¿Te acostaste con él? –La voz cambia de tono; con cada palabra suena más desesperada y chirriante–. ¿Te cogiste a mi prometido?

–Yo…

–¡Dime!

Sacudo la cabeza y el llanto se me empieza a escapar por entre los labios.

–Quiero oírlo de tu boca sucia y mentirosa.

Nunca vi a Mandy tan enojada. Nunca vi este odio ciego irradiar de ella. Siento que voy a vomitar o a caerme muerta de la más absoluta humillación y la culpa más abrumadora.

–Nos… nos obligaron a tener sexo en el sótano.

–¿Qué? –Mandy empalidece y arruga las cejas.

–Earl le puso una pistola en la cabeza a Dean y lo forzó. No tuvimos alternativa. No… –Se me infla y desinfla el pecho con fuerza y con rapidez. Me clavo los dedos en el cuero cabelludo y me tironeo del pelo para atrás–. Fue horrible y enfermizo y peor que perverso, pero…

–¿*Pero*…? –Mandy suena horrorizada. Espantada.

Como es lógico.

–Pero pasó algo, ¿okey? Algo cambió entre los dos, y no sé explicarlo. Pensé que, cuando volviéramos a nuestra vida normal, los sentimientos se irían, pero la conexión sigue ahí. No podemos deshacernos de ella. Nunca quise que sucediera esto, Mandy… –Sigo resquebrajándome y quebrándome y astillándome, y el cuerpo entero deja de responderme–. ¡No quería que pasara *nada* de todo esto!

Los ojos de Mandy me analizan con furia contenida. Tiene el pecho rojo de rabia, y el calor le sube por el cuello y le colorea las

mejillas y las orejas.

–¿Cogieron anoche?

Me meto los labios entre los dientes para evitar que tiemblen. Después bajo el mentón, incapaz de mirarla a los ojos cuando susurro:

–Sí.

Pasa apenas una pulsación y su mano vuela y entra en contacto con mi cara. Sobresaltada, inhalo con fuerza una bocanada de aire; el ardor de la bofetada me sacude los huesos.

Mandy no me ha golpeado nunca. Yo no la he golpeado nunca a ella.

Hemos discutido y peleado y dejado de hablar durante semanas, pero… esto es distinto.

Esto es irreparable.

La miro con los ojos nublados de incredulidad, y deseo poder borrar la expresión descorazonada, desolada que me devuelve ella. Me llevo la punta de los dedos a la mejilla y me rozo la marca morada de su mano; el remordimiento y el arrepentimiento me están comiendo viva.

–Lo lamento muchísimo, Mandy.

–No puedo creer que seas mi hermana. No puedo creer que fueras a ser mi *madrina de boda* –niega furiosamente con la cabeza, y retrocede un paso. Se seca las lágrimas que le quedaron en los pómulos–. Eres repugnante. Eres una basura. Eres la persona más egoísta que conocí en mi vida, y no te quiero volver a ver nunca más. Mamá y papá renegarán de ti por esto.

La miro boquiabierta, sin poder creer lo que oigo.

Mandy me espeta una última crueldad antes de irse montada en cólera:

–Espero que su verga haya valido la pena.

La puerta de entrada se cierra de un golpazo por segunda vez en el día; otra persona que quiero se aleja de mí, enojada y traicionada. Colapso sobre los cerámicos de la cocina, y un ataque de pánico se me infiltra en los pulmones y se apodera de mí. Sollozo como histérica, como loca, avergonzada y estupefacta con el daño que he

causado. Soy una pila toda rota de huesos y fracaso, desmoronada en el suelo, queriendo morirse.

Solo quiero morirme.

Todas esas semanas esforzándome por vivir, ¿y para qué?

El infierno me siguió hasta casa.

Habita en mí, y alberga todos mis demonios y fantasmas y defectos imperdonables.

Dos narices caninas húmedas me hacen cosquillas en las mejillas, y unas lenguas preocupadas me limpian a besos las lágrimas. Me quedo mirando el ventilador de techo que gira encima de mí.

Que dibuja círculos, círculos y círculos.

Podría girar para siempre, salirse de control, hasta que yo decida apagarlo.

Intento recuperar el aliento; atragantándome con hipidos bruscos, me limpio la nariz y me incorporo sobre pies inestables. Los perros me siguen por la cocina mientras les lleno los cuencos de comida y agua. No me molesto en trabar la puerta de entrada cuando me dirijo al baño del vestíbulo, pero apago el ventilador antes de doblar la esquina.

Abro el botiquín y saco las pastillas para dormir. Cierro la puertita y contemplo mi reflejo en el espejo que la recubre, completamente anestesiada. Tengo los ojos enrojecidos e hinchados, igual que la nariz. Tengo marcas y moretones por todos lados.

Los dientes y la lengua de Dean tallados en el cuello.

La bofetada de desprecio de Mandy en la cara.

Parpadeo despacio, luego miro el tarrito de pastillas que tengo en el puño.

Toda la vida me ha aterrado el océano. He tenido miedo de que me arrastre un mar frío y oscuro, de que me traguen las olas, de aferrarme el pecho y no poder respirar.

Pero este mar no está hecho de agua.

Y quizás ahogarme sea la única salida.

CAPÍTULO VEINTICINCO

«Corabelle».

Oigo que me llaman desde la otra punta de la orilla.

Odio ese nombre espantoso y, sin embargo, suena mucho más dulce cuando rebota en su lengua. Agito las manos en el aire para atraer su atención.

–¡Dean!

Él gira la cabeza para todos lados hasta que me divisa corriendo por la arena en su dirección.

–Ahí estás –dice con una sonrisa pícara en la boca–. Pensé que te había perdido.

Salto a sus brazos y él me ataja sujetándome por debajo de los muslos. Nuestras narices se besan y correspondo su sonrisa con otra.

–No te podrás deshacer de mí tan fácil.

–¿Me lo prometes?

Asiento con la cabeza y me inclino para acariciarle los labios con los míos. Me aparto y le busco los ojos.

–¿Estaremos bien?

Dean me da otro beso en la frente y me baja al suelo, donde los dedos de mis pies desaparecen en la arena. Me pone una mano en el pecho y, tomando la mía, la coloca en el suyo. Así, cada uno con la mano en el corazón del otro, con los latidos vibrando en las yemas de los dedos, me susurra:

–Siguen latiendo. Mientras sigan latiendo, estamos bien.

Se me ensancha la sonrisa y las lágrimas me recubren los ojos. Cuando estoy por responder, oigo que mi nombre resuena otra vez por la playa.

«Corabelle».

Dean suelta un suspiro, que se evapora en una brisa salada que sopla en ese momento.

–Es hora de irnos –anuncia, melancólico.

–Pero me gusta estar acá.

–Regresaremos. –Me toma la mejilla con la palma y me roza la piel con el pulgar.

«Corabelle».

Abro despacio los párpados, que rechazan la luz artificial que se derrama sobre mis iris. El sonido poético de las olas del mar se transforma en pitidos furiosos, máquinas que zumban y un barullo de voces. Entreabro los labios secos y agrietados para hablar.

–¿Dean?

Me topo con un instante de silencio, luego del cual una mano familiar me acaricia el pelo hacia atrás.

–Soy yo, mi amor.

–¿Papá?

Se acerca otra presencia al borde de la cama en la que estoy tumbada debajo de sábanas que pican, conectada a agujas y monitores.

–Ay, Cora, hijita –dice mi madre, sentada junto a mi padre.

Parpadeo, intentando que las caras borrosas se vuelvan nítidas.

–¿Cómo llegué acá?

Trato de recordar los sucesos que condujeron a este momento. Trato de rememorar el motivo por el cual estoy acostada en una cama de hospital bajo los ojos llorosos de mis padres.

–Tuviste una sobredosis de pastillas para dormir. Dean fue a tu casa para ver cómo estabas y te halló inconsciente. Llamó al 911 –me explica mi mamá–. Ay, corazón.

Me cubre el estómago con su cuerpo como un manto y empieza a sollozar, al tiempo que varios enfermeros comienzan a ingresar, a punzarme y a pincharme.

Dios mío.

Los recuerdos aparecen a cuentagotas, y me dan náuseas.

Quería morirme.

Genuinamente quería morirme.

Me brotan las lágrimas, y oigo por el monitor que mi ritmo cardíaco aumenta a la vez que se me agita la respiración. Me quedo acostada ahí, pasmada y horrorizada, mientras una enfermera les brinda información a mis padres con una voz que me suena amortiguada y confusa. Me pregunto si seguiré abajo del agua.

Tras revisar mis signos vitales, los enfermeros se marchan en fila y yo levanto la vista hacia mi madre, que está de pie a mi lado.

–Pe… perdón. Perdón por todo.

–Mi amor, no importa eso ahora –responde ella, y me apoya una mano en el hombro–. Después hablamos. Ahora debes recuperarte.

–¿Dónde está Mandy? –pregunto con la voz fracturada–. ¿Quería que me muriera?

–Por supuesto que no, Cora –mi padre suelta un suspiro largo, sombrío y denso–. Tu hermana ha estado preocupadísima. Solo bajó a buscar café.

Me trago un nudo ácido. Quiero formular la pregunta siguiente, pero no logro que salgan las palabras; no parecen apropiadas en absoluto. Pero las debo tener escritas en los ojos, porque mi madre baja la cabeza y me da un apretoncito suave.

–Dada la situación, nos pareció mejor que no estuviera acá. Pero él también ha estado muy preocupado, corazón.

Las mejillas me arden de vergüenza. No debería querer que esté acá conmigo. No debería estar rogando en silencio que Dean me sostuviera en brazos, que me secara las lágrimas a besos y que alejara la oscuridad con su canto. Mis padres no deberían darse cuenta, con solo mirarme, de que eso es exactamente lo que quiero.

–Tu hermana nos contó lo que pasó –mi papá me toma la mano–. Se siente culpable. Sé que superar esto será muy arduo para las dos, y acá tu mamá y yo no tomamos partido por nadie. Las amamos a ambas. Nos duele el corazón por las dos. –Me besa los nudillos–. Y estamos muy agradecidos de que hayas salido de esta.

Las lágrimas dibujan vetas en mis mejillas, me humedecen los labios resecos, y tomo una bocanada entrecortada de aire.

–¿Hace cuánto que estoy acá? –Se instala el pánico, y me pregunto cuándo tiempo habrá transcurrido. ¿Es un nuevo año? ¿Una década nueva?

–Estuviste inconsciente cuatro días –responde él.

Asimilo el hecho de que no pasó más tiempo, pero entonces abro enormes los ojos, aterrada.

–Mi… mis perros. Jude y Penny. ¿Están bien?

–Sí, perfectos –confirma mi madre rápidamente–. Lily ha estado cuidando tu casa.

Menos mal.

Cuando estoy asintiendo con la cabeza, aliviada, entra Mandy con un vaso de café. Se sorprende cuando nota que estoy despierta.

–Ay…

Yo giro la cabeza para el lado contrario, incapaz de mirarla.

–Bridge –carraspea papá–, démosles unos minutos.

Sin dejar de mirar por la ventana el día invernal y gris, escucho que mis padres salen de la habitación. Es un telón adecuado para mi nueva pesadilla. La cama se mueve cuando mi hermana se sienta a mi lado.

Mandy se inclina para abrazarme y presiona la mejilla contra mi pecho tapado.

–Nunca quise que te lastimaras –murmura contra mí.

Yo cierro los ojos y me trago otro conjunto de lágrimas. Nunca fui de llorar tanto, pero ahora siento que es lo único que hago.

–Dijiste que no querías volver a verme nunca, y no te culpo.

–Eso no significa que te quisiera *muerta* –insiste, y se endereza sorbiendo por la nariz–. No puedo creer que hayas hecho eso.

–Podemos agregarlo a la lista de cosas terribles que hago ahora, que no deja de crecer.

El suspiro de Mandy me resuena en todo el cuerpo. Vacila antes de comentar:

–Dean estuvo acá esa primera noche. Estaba hecho un trapo.

El corazón se me acelera sin que lo pueda controlar.

–Los médicos dijeron que te encontró justo a tiempo. Si demoraba unos minutos más, te habrías muerto.

Dean me salvó la vida.

Otra vez.

–Lo siento muchísimo, Mandy. –Me seco las mejillas–. Perdón por haberte lastimado.

Pasan unos instantes de silencio, y me da miedo mirarla. Tengo miedo de ver sus ojos heridos y resentidos.

La cama vuelve a moverse cuando Mandy se incorpora, y finalmente lanzo un vistazo en su dirección. Ella se acomoda el pelo enredado detrás de la oreja y le da vueltas al vaso de café entre los dedos tensos.

–Te adoro, Cora, y me alegro de que estés bien, pero… esto no borra todo lo que pasó. Lo sigo procesando. Es… muchísimo. –Aprieta el vaso y cierra los ojos–. Hubo mucho daño, y no estoy segura de cuándo podré perdonarte.

–Entiendo –asiento con un hilo de voz, y las lágrimas caen sin restricción y me mojan los hombros.

Mandy abre los ojos y los fija en mí, con expresión sobria.

–Pero, en serio, Cor, que no se te ocurra volver a hacer algo así. Busca ayuda. Cambia de terapeuta, si es necesario. Ingresa a un grupo de apoyo. Empieza a medicarte. Pero… no sientas jamás que estaríamos mejor sin ti.

Vuelvo a asentir con la cabeza.

–Estoy tratando de entender –agacha la cabeza–, de ponerme en tu lugar, de empatizar con todo lo que viviste que podría haber llevado a… –Se le tensa la mandíbula, y traga saliva–. Pero sigo enojada. Estoy enojadísima contigo, Cora.

–Lo sé –sorbo por la nariz–. Tienes todo el derecho del mundo a estar furiosa. No podré explicar nunca lo que pasó, porque ni yo lo entiendo.

Mandy se mordisquea el labio, me echa un vistazo y luego baja el mentón.

–Perdón por haberte golpeado. No tenía derecho a ponerte una mano encima.

–Me lo merecía.

–No –replica. Después suspira, deja caer un brazo al costado y bebe despacio el café–. En fin, te dejo descansar. Me alegro de que estés bien… nunca pienses lo contrario.

–Gracias, hermana –esbozo una sonrisa llorosa.

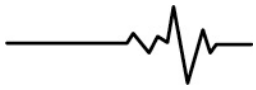
Ella no me la devuelve, pero sus ojos no irradian odio, lo cual me da esperanzas de que no esté todo perdido para nosotras. Quizás

podemos reparar el vínculo.

Mandy retrocede unos pasos y se da vuelta para abandonar la habitación… pero sus pies titubean. Me mira por encima del hombro, con los ojos vidriosos que brillan con una angustia renovada.

–No sé si esto es mejor o peor, pero… creo que te ama de verdad.

Se le escapa un pequeño sollozo cuando sale de la habitación, y yo me pongo a llorar sobre las sábanas que pican.



Tardo un momento en entender dónde estoy cuando el colchón se hunde con un nuevo peso y un brazo me rodea el abdomen. Con un pie en un sueño y el otro en la realidad, respiro el aroma familiar a cedro y cuero. Mi cuerpo lo reconoce y, por instinto, me acurruco junto al cuerpo tibio a mi izquierda, sin saber si es real o no.

–Mi dulce Corabelle.

Su aliento sobre la oreja me hace estremecerme. Me despierto a parpadeos, la habitación entra en foco y, ladeando la cabeza, encuentro sus ojos.

Es real.

–Dean. –El nombre se me cae de la boca como un susurro quebrado; las miradas se sostienen, las emociones ascienden. Dios… pensar que no habría vuelto a ver estos ojos si él no me hubiera encontrado–. Perdón.

Dean me toca la sien con la punta de los dedos, para luego deslizarme un mechón suelto de pelo detrás de la oreja. Parece cansado y consternado; pero en los ojos celestes le flota un notorio destello de alivio. Posa una mano en mi cuello y me roza la mandíbula con el pulgar.

–Pensé que te había perdido.

Sus palabras me resultan familiares y me empujan a fruncir el entrecejo. Fuerzo una sonrisa.

–No te podrás deshacer de mí tan fácil.

–¿Me lo prometes?

Contengo el aliento con el *déjà vu* que me recorre como un hormigueo de pies a cabeza. Creo que esta es la parte en que se supone que me incline para darle un beso, pero aprieto los labios para resistirme y, en su lugar, asiento con la cabeza.

–Me diste un susto de muerte, Cora. No tenía idea de que te sentías así… lo cual me deja todavía más devastado, porque las señales estaban todas ahí. Siento que te fallé. La mano se afirma sobre mi cuello y la desesperación tiñe sus palabras al tiempo que Dean traga saliva para contener el dolor–. Si necesitas espacio, te doy espacio. Si necesitas tiempo, te doy tiempo. Si no me quieres ver nunca más en tu puta vida, armo las maletas y me mudo a México, ¿está bien? Pero no trates *nunca* de quitarte eso que tanto te costó conservar.

Dean coloca la mano sobre la prominencia de mi seno recubierto con una bata de hospital, y cierra los ojos para deleitarse sintiendo el latido de mi corazón bajo su palma. Yo llevo mi mano a la suya y se me llenan los ojos de lágrimas. Cuántas lágrimas. Me acomodo de costado, intentando no enredarme con los cables, y apoyo la frente en la suya.

–Mandy descubrió lo nuestro. Vio tu mensaje. Se… se enojó *tanto*, se puso tan furiosa, que enloquecí, Dean. No estaba en mis cabales. –Inhalo una bocanada temblorosa–. Fue el peor momento de mi vida. Pensé que lo había perdido todo.

Él exhala un suspiro lento e intencionado, y presiona más la mano contra mi pecho.

–Solo se pierde todo cuando se pierde esto, Corabelle.

Asiento con un gesto, y hago uso de toda mi fuerza de voluntad para no alzar la cabeza y robarle un beso.

Nos quedamos así acostados un rato, apretados, cara a cara, y él me deja besitos diminutos por el nacimiento del pelo, los ojos, la nariz, el mentón. Esquiva mi boca, y terminamos abrazados en silencio, solo mirándonos y pensando. En algún momento, le pregunto:

–¿Cómo entraste?

–Me escribió tu mamá –sonríe Dean con dulzura–. Me dijo que te habías despertado.

–¿A mi mamá le pareció bien que vinieras a verme? –arrugo la frente.

–Me vio que estaba destruido. La noche que te internaron, perdí la cabeza. Pensaba que te ibas a morir. –Se mueve en la cama y me arrima más–. Tu mamá me llevó aparte y me dijo que era mejor que no viniera, por Mandy, pero que me mantendría al tanto de tu estado. Créeme, Cora, si hubiera sido por mí, no habría movido de tu lado.

Alzo la mano y, apoyándole las yemas de los dedos en la mejilla, las bajo rozando por su mandíbula. Miro cómo se le agitan los ojos de satisfacción. Me abruman los sentimientos que me atraviesan el cuerpo; me pregunto cómo algo tan bello, tan poderoso, tan *correcto* puede estar tan mal.

Pero mal o bien, estoy convencida de una cosa.

–Esto es real, ¿no?

He intentado negarlo. He estado apartando las verdades enceguecedoras, diciéndome que seguimos atrapados en la prisión emocional que era el sótano de Earl. Que estos sentimientos no son genuinos, que no son *reales*; que fueron fabricados por el trauma y el aislamiento. Que fue todo parte del plan siniestro de Earl, que tuvo un éxito arrollador.

Pero… creer eso se hace cada vez más difícil. La verdad está en la forma en que me abraza Dean, el modo en que me canta para que me duerma y acalla mis demonios con una caricia. Está en lo distinto que late mi corazón cuando lo tengo a él cerca. En el hecho de que, cuando imagino un futuro, uno que nunca será mío, él está ahí. Está siempre ahí.

La verdad está en el modo en el que me mira ahora.

Dean me estudia, mueve los ojos por toda mi cara, memoriza cada línea, cada grieta y cada arruga. Una sonrisa le toca los labios, como si por fin estuviéramos aceptando lo que los dos ya sabíamos.

–Sí, Corabelle. Es real.

Me hundo en su pecho, hociqueo su camisa e inhalo su esencia.

–¿Me abrazas hasta que me quede dormida?

–Claro.

Tararea una melodía contra mi pelo como una canción de cuna relajante, y yo me empapo de su tibieza y dejo que llene todos los rincones fríos y vacíos que tengo dentro.

Me aferro a lo que jamás será mío.

Mientras se me cierran los ojos, con el cuerpo en calma y la mente en un estado temporal de paz, me hallo a la deriva en el mar. He regresado a aquella playa, corro a sus brazos, miro como vuelan las gaviotas por el cielo, y él me hace girar bajo el sol del atardecer.

Todavía no estoy segura de dónde vinieron las palabras.

¿Fueron un susurro al viento en un sueño mágico? ¿O fueron dichas sobre mi pelo, una confesión tenue, la promesa persistente de todo lo que no será jamás?

Cualquiera sea el caso, dejo que las palabras se asienten. Me dan un nuevo soplo de vida mientras voy cayendo en un sueño tranquilo.

«Te amo».

CAPÍTULO VEINTISÉIS

–Sal conmigo esta noche.

Estoy sentada con mi mejor amiga en nuestra cafetería favorita del pueblo, sorbiendo un latte como si no hubieran pasado apenas dos semanas de mi intento de suicidio.

Con la bebida caliente entre las palmas, la miro a Lily y contemplo su propuesta mordisqueándome el labio.

–No sé. Vuelvo a trabajar el lunes… me parece que debería descansar y relajarme, este fin de semana.

Lily juguetea con la trenza larga y oscura que le cuelga sobre un hombro.

–Creo que te hará bien. Has estado como una ermitaña desde… –Baja los ojos–. Bueno, ya sabes. Siento que eso te ha lanzado a un agujero negro de desesperanza. Necesitas divertirte y ver amigos.

Por instinto, me tomo la muñeca, pero me contengo de empezar a rascarme. En vez de eso, me toqueteo el collar.

–Perdón, pero no conozco esas palabras. ¿Son nuevas?

–Vamos, Cora –se ríe y sacude la cabeza–. Me junto con Amy y los chicos en la cervecería nueva del centro. A todos les encantará verte.

–Estoy hecha un desastre, Lily. Esta mañana fue la primera vez en semanas que me puse pantalones que no tuvieran cintura elástica y dibujos de perros náuticos.

–Exacto. Hora de volver a abrirte al mundo. –Lily me lanza un guiño pícaro por encima de la mesa bistró–. Irá Jason.

Uf. Jason.

–No es una buena idea. Ya sé que solo quieres ayudar, pero… –Me paso un poco de fuerza apretando el vaso de café y el latte empieza

a gotear por la tapa–. Digamos que estoy medio enganchada con otra persona, ahora.

Listo. Por fin lo dije. Al fin admití mi horrible y obscena verdad.

Lily no sabe lo de Dean. Está a punto de darle un ataque y de que la boca le haga ese gestito suyo.

–¿Qué? ¿Con quién? –pregunta estirando el cuello hacia atrás, incrédula.

–Dean –toso y me tapo la boca.

–¿Charlene? –Parpadea–. ¿La profesora de ciencias naturales que tiene bigote?

–Dean –vuelvo a toser.

–¡Deja de toser!

–Dean –repito, ahora fuerte y claro, y me hundo en el asiento con las mejillas enrojecidas.

Lily hace ese gestito suyo con la boca y me mira atónita, con los ojos como platos.

–Dime por favor que estás hablando de *Supernatural*. Ya sé que esos hermanos Winchester parecen reales, a veces, cuando estamos solas a la noche con el vibra…

–*Dean*. Dean Asher. Dean, el ex de mi hermana. Mi casi cuñado, mi archienemigo, la causa de casi todas las migrañas que he tenido en los últimos quince años, el origen de mi complejo con los espaguetis… y la única razón por la que hoy estoy viva y contándote mi pecado secreto. –Lo suelto todo de un tirón y me cubro el rostro sonrojado con ambas palmas. Respiro hondo; la vergüenza y el deseo batallan adentro de mí.

La vergüenza por estar evitando sus llamadas desde que me dieron el alta del hospital, a pesar de que es la única persona en el mundo de la que deseo saber. Le he enviado algunos mensajes de texto para que sepa que estoy bien, así no se preocupa, pero son todos breves y desapasionados. E ignoré por completo el mensaje que me mandó anoche preguntando si podíamos almorzar el fin de semana y charlar.

Lily está muda, algo inusual en ella. Se me queda mirando con ojos desconcertados mientras procesa la ridiculez que le acabo de vomitar.

–Guau.

–Sí. Guau.

–Qué… –Suelta un soplido.

–Estoy hecha un desastre. –Me hundo más en la silla, con la esperanza de que me trague–. Estoy hecha un desastre, ¿no?

–Un poquito quizás.

Uf. Me entretengo con los hilos sueltos de mi jersey, luego estiro las mangas hasta cubrirme las manos.

–Ni siquiera sé cómo sucedió –susurro.

–Algo intuí en la fiesta de año nuevo de Mandy –Lily bebe un sorbo de su té chai y apoya el vaso descartable en la mesa–, pero imaginé que era solo la tensión de todo lo que habían vivido, que lo desbordaba. No se me ocurrió nunca… –Infla las mejillas y deja salir el aire, luego desvía la mirada, contemplativa–. O sea, creo que lo entiendo. Está buenísimo y siempre tuvo un impulso medio extraño por protegerte.

–Eso no es cierto –arrugo el entrecejo–. Siempre fue un idiota.

–Sí, pero tierno.

–No.

–Vamos, Cora. Siempre tuvieron química. Solo la ponían en práctica torturándose entre ustedes. –Lily se encoge de hombros y tamborilea el costado del vaso con las uñas–. Y, obviamente, las circunstancias no permitían mucho más.

Me empieza a doler la mandíbula de tanto rechinar los dientes. Bajo la vista a mi latte y pienso que ojalá el dibujito de espuma se asome del vaso y me tire hacia dentro, ya que lo de la silla fracasó tan estrepitosamente.

A Lily se le dibuja una sonrisa de compasión en los labios, y se acoda sobre la mesa.

–¿Este es el momento de nuestra amistad cuando me traes un dilema terrible y yo debo brindarte mi sabiduría ancestral y darte todas las respuestas?

–Sí. Sin duda.

–Maldita sea –se encoge de hombros–. No vine preparada. No tengo nada.

–Excelente. –Emito un quejido y dejo caer la cara en las manos.

–¿Podría ser peor? –propone ella con los pulgares para arriba.

–No –gruño negando con la cabeza y mirándola por entre los dedos–. Toqué fondo, literalmente.

–Ahh, entonces… de acá solo se puede subir.

–Serías muy mala terapeuta.

Lily se recuesta en su silla con una sonrisa tenue, y me doy cuenta de que está tratando de animarme y quitarle seriedad a una situación horrible. Se cruza de brazos sobre el jersey de cuello en V y suspira.

–¿De verdad quieres mi consejo?

–Ya no estoy segura.

Ella suelta una risita y toma el vaso de té.

–Yo avanzaría, mujer. Ve con el chico, ten sexo apasionado y olvídate de todo lo demás.

–Es un pésimo consejo –frunzo los labios con los ojos entrecerrados.

–Sí, bueno, por eso eres mi única amiga.

Me quedo mirándola como estúpida un momento y después rompo en carcajadas, cuyo sonido me sobresalta.

–Sabes que es verdad –me guiña el ojo Lily por encima de su vaso–. Pero en serio, Cora, haz lo que te haga feliz. Has vivido cosas que no puedo ni imaginarme y te mereces un poco de felicidad. En teoría, Dean no será la decisión más inteligente, pero es *tu* vida. No puedes andar ignorando a tu corazón por miedo a hacer enojar a los demás o herir sus sentimientos. A veces tenemos que ser un poquito egoístas para eludir una vida de conformismo.

Enrosco los dedos sobre mi bebida y aprieto un poco.

–Eso fue un poco profundo.

–¿Verdad que sí? Creo que estuve muy atinada. –Lily hace una reverencia teatral y luego me sonríe–. Además… ¿entre tú y yo? Si los roles estuvieran invertidos, Mandy no lo dudaría.

El comentario me llama la atención, y levanto la cabeza bruscamente.

–¿Por qué piensas eso?

–Digamos que es intuición. –Lily se tira la trenza para atrás y se encoge de hombros–. Pongámoslo así: ¿se acostó o no se acostó

con ese chico que te gustaba a ti, en esos meses que estuvo separada de Dean?

–¿Benjamin, el abogado? –Arrugo la nariz–. Fue diferente. No es que yo hubiera estado *de novia* con Ben, solo me gustaba. Mandy estuvo con Dean la mitad de su vida.

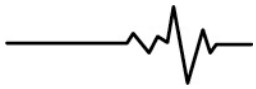
–Lo entiendo –responde Lily con las manos alzadas–. No es exactamente lo mismo… Pero, digo. No se le ocurrió tomar tus sentimientos en consideración, y *sabía* que el chico te gustaba. Siempre me pareció polémico.

–Además fue hace mucho tiempo –retuerzo el dobladillo de mi jersey entre las manos–. Ha madurado mucho desde entonces.

–Okey –se limita a comentar ella–. Tienes razón. Lo que quiero decir es que nadie es perfecto. Todo el mundo es un poquito egoísta a veces, cuando se trata de amor.

Bajo la cabeza y se me comprime el pecho.

–Hablando de lo cual… voy a ser egoísta y obligarte a salir esta noche. Te extraño.



No estaba lista para esto.

Las luces, el ruido, la música, la *atención*.

Todo el mundo me está mirando. Todos me *conocen*. Les aparece mi cara en las noticias. Estoy en la pantalla de su televisión. Mi nombre surge en sus conversaciones triviales. Mi trauma es tendencia en sus redes sociales.

Paralizada, echo un vistazo al bar atestado de gente, apretándome la muñeca y masajeándome el lugar donde palpita mi pulso. Se me escapan unas respiraciones apresuradas, y el corazón me late en los oídos.

–¿Estás bien? –Lily me enlaza el codo con el suyo y me tironea hacia delante.

–Sí –miento con un gesto de la cabeza.

–Pareces tensa.

Nos aproximamos a un grupo de amigos, y conozco a todos excepto a uno: Amy y el novio, Trevor, y un hombre anónimo de ojos color ébano y pelo largo y negro.

–¿Y Jason? –pregunta Lily cuando abraza a Amy.

Amy es una chica menuda y varonil, y lleva puesta una camiseta holgada y calzas negras. Le devuelve el abrazo con una sonrisa animada.

–Canceló a último momento. No sé qué habrá pasado. –Me dirige la atención con ojos abiertos y curiosos, todavía sonriente–. Estás fantástica, Cora. Me alegro mucho de verte.

No me abraza, y me pregunto si será porque me considera sucia. Mancillada, de alguna manera. *Contagiosa*. Fuerzo una actitud agradable y la saludo con un gesto.

–Gracias. Fueron meses duros, definitivamente.

Le doy la mano a Trevor, a quien he visto en otras pocas ocasiones, y luego miro al hombre misterioso que está a la derecha.

–Este es Lars, amigo de Trevor –lo presenta Lily.

–Hola, soy Cora. –Le tiendo la mano y él la acepta; la mirada baja a mi pecho y vuelve a subir rápidamente–. Encantada.

–Hola.

Me acomodo la blusa. Quise ponerme algo lindo, ya que hace semanas que me la paso en piyama y pantalones deportivos como una pordiosera, pero no quería usar nada que revelara demasiado. Sin embargo, el escote corazón de la blusa me queda bajo debido al peso que todavía tengo que recuperar, y deja ver más busto de lo que era mi intención.

La noche avanza con charlas superficiales y unas cuantas rondas de tragos. Yo hago durar un ron con coca todo el rato, y trato de ser invisible mientras los amigos se ponen al día y bromean entre ellos. Lars está callado, no dice mucho, pero tiene la mirada punzante… y se fija con frecuencia en mí. Me pone nerviosa y me induce a volver a rascarme la muñeca, a pesar de que me había dicho a mí misma que no lo haría más.

–Me gustan tus ojos. Parecen nenúfares, los iris.

–¿Que yo qué? –interviene Lily, confundida.

–«Iris», no «Lily» –le aclara Amy con una palmada en el brazo.

–Gracias. –Le lanzo una media sonrisa a Lars, carraspeo y fuerzo una risita–. Qué dulce.

Algo me dice que Lars es todo menos dulce.

–¿Bailamos? –pregunta él, y no espera mi respuesta para enroscar los dedos sobre mi muñeca.

Yo doy un respingo y tumbo mi vaso.

Todo el mundo se calla y me mira; empiezo a especular si se olvidarían de que estuve acá si saliera corriendo en este instante por la puerta como una loca.

–Pe… perdón, qué torpe que soy –murmuro. Me agacho para levantar el vaso, pero ya está viniendo un mesero con una escoba.

Los dedos de Lars siguen enrollados sobre mi muñeca. Mi reacción no pareció perturbarlo, y me lleva a la pista de baile con una sonrisa pícara que se le extiende por la ancha mandíbula. La veo a Lily guiñarme un ojo mientras sigo al extraño hasta la multitud sin pensar, y él me pone la palma enorme en la espalda y la deja ahí. Me dominan los nervios y la tensión; la música se pone a sonar a todo volumen, la muchedumbre empieza a hacerse más grande y las luces destellan a mi alrededor y me marean.

–Tranquila, linda –susurra Lars, zalamero.

Solo están bailando. Estás bien. Estás a salvo.

Tomo aire con fuerza para tratar de ahuyentar el temor.

Yo no soy así. Siempre fui divertida y me gustó coquetear, nunca le tuve miedo a la atención de los hombres. Soy sociable y extrovertida. Jamás rehuí bailar, o el contacto casual o los cumplidos.

–Me enteré de tu historia –comenta Lars, y me arrima a sus pectorales enormes. Es un hombre colosal, de más de dos metros de altura, musculoso y tatuado–. Eres una guerrera.

–Ha sido difícil –respondo, alejándome unos centímetros para mantener la distancia entre los dos, y siento el apretón de su mano en la mía–. Perdón si parezco un poco espástica. Todavía me estoy adaptando.

–No tienes por qué disculparte, gatita.

Se me hiela la sangre, y le lanzo una mirada tímida por debajo de las pestañas. Lars me devuelve una sonrisa y con los dedos me

acaricia la columna vertebral con sensualidad.

De repente, he regresado al sótano. Earl me está violando mientras Dean me habla para ayudarme a atravesar el momento.

Mírame. Concéntrate en mí. Solo estamos tú y yo, Cora.

Estas manos que tengo encima se sienten extrañas y desconocidas. Sus ojos son demasiado oscuros, a su voz le falta ese costado juguetón. Tiene la piel demasiado áspera y el pelo demasiado largo.

Está mal. Está todo mal.

Todo a mi alrededor se pone a girar, y no sé si aferrarme a lo que pueda o salir corriendo.

–¿Estás bien? –pregunta Lars, y ladea la cabeza para estudiarme.

Estoy segura de que me he puesto pálida, y siento que el pecho me va a explotar.

–No… no puedo hacer esto.

–¿Te traigo agua?

Niego con la cabeza y retrocedo unos pasos vacilantes.

–Creo que tengo que irme.

No espero a que Lars responda. Me detengo brevemente junto a Lily para avisarle que no me siento bien, después pido un Uber y me voy a la mierda.

Diez minutos más tarde, estoy de pie en el umbral de su casa adosada.

Llamo cuatro veces a la puerta hasta que se abre de golpe y Dean aparece delante de mí, cansado y desaliñado, con una expresión de desconcierto total que le arruga la frente.

–¿Cora? ¿Estás bien?

Lo recorro con la mirada y siento que vuelvo a estar a salvo. Solo trae puestos unos pantalones, no lleva camiseta, y tiene el pelo enmarañado de haber estado durmiendo. Sus ojos, *sus ojos*, son de un azul precioso como un cielo estival, y tiene las manos perfectas y tersas y tendidas hacia mí.

–Dean… –susurro, y no sé bien qué significa. ¿Alivio? ¿Anhelo? ¿Tristeza?

¿Amor?

Esas manos me frotan los brazos; tiene la preocupación grabada en el rostro.

–¿Estás herida?

Niego con la cabeza y mis ojos se fijan en su torso desnudo, tonificado y esbelto. Suave al tacto, pero duro y poderoso siempre que me abraza, que se mueve conmigo, que nuestros cuerpos se entrelazan. Levanto la vista hacia él y noto el destello de deseo que le brilla en la cara cuando repara en mi examinación descarada.

Es todo lo que necesito.

Le apoyo las palmas en el pecho y lo empujo despacio hacia atrás, hasta que los dos entramos a la casa. Cierro la puerta con el talón y entonces me le arrojo encima. Dean contiene el aliento, sorprendido, cuando le sujeto la cara con las manos, lo acerco a mí y choco mi boca contra la suya. Lo beso con fuerza, con furia, llena de necesidad y de deseo y de todo lo que tengo para ofrecer. Cuando nuestras lenguas se encuentran, es como si hubiera llegado a casa.

Dean se aparta ligeramente, con una mano en mi nuca y los dedos enhebrados en mi pelo, y la otra en mi brazo.

–¿Qué haces? –pregunta en un susurro estupefacto.

Deslizo las palmas por su pecho y las llevo hasta sus hombros. Nos miramos a los ojos y respondo:

–Soy egoísta.

No se me escapa la arruga sutil en el ceño, el indicio de perplejidad, pero antes de que pueda responder, vuelvo a capturar su boca. Sigo llevándolo hacia atrás por la sala de estar, con las manos tironeándole del pelo y la lengua luchando con la suya. Los gruñidos que emite solo me hacen desearlo más. Separo las manos de su piel para deshacerme del abrigo y de los zapatos, después me desabrocho los jeans, me los bajo por las caderas con la ropa interior y me los quito de una patada, sin dejar de caminar con él hasta el mueble más cercano.

Lo primero que encontramos es el sofá.

Le doy un empujoncito que lo hace desplomarse en los cojines, luego me le subo encima y me siento a horcajadas de sus muslos. Engancho los dedos en el elástico de su pantalón y él levanta las caderas instintivamente para permitirme desnudarlo. Su erección

emerge como un resorte; tomo su sexo en mi mano y me zambullo en los sonidos que produce él cuando la muevo para arriba y para abajo, mientras con el pulgar dibujo círculos en la punta húmeda. Lo beso con intensidad sin dejar de frotarlo.

–Mierda, Cora… –Nos apartamos para respirar, pero nuestros labios se quedan conectados, y los dos apretamos los dientes mientras sus manos se deslizan por mi espalda y los dedos largos se meten en mi blusa–. Te extrañé muchísimo.

–Yo te extrañé a ti –respondo; las palabras se me escapan como un gimoteo rebelde. Me enderezo para posicionar su sexo en mi abdomen, y suelto un gemido chillón cuando roza mi entrada. Necesito esto. Lo necesito *a él*. Es el único que calma mi locura, el único que ilumina mi oscuridad, el único que endulza mis despojos amargos.

Me doma.

Me *sana*.

Bajo sobre su verga y él echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos, tensa la mandíbula. Lleva las manos a mis caderas y, sujetándome con firmeza, se concentra en cómo me deslizo sobre él hasta tenerlo todo adentro. Dios, qué bien se siente. La tiene grande y gruesa, y me llena por completo. En todos los sentidos.

Me balanceo, aferro las manos detrás de su cuello y vuelvo a fusionar nuestras bocas. Dean la abre con entusiasmo, y me clava los dedos en la cintura cuando mi lengua roza la suya. Hay un momento de ternura, lánguido y suave, pero, a medida que me domina la desesperación, mis movimientos se aceleran y nuestras bocas se ponen hambrientas. Él me muerde los labios; cuando contraigo los músculos internos sobre su sexo, me tira del pelo y me devora el cuello. Succiona y clava los dientes, y yo me aferro a él y aumento el ritmo. Lleva la boca a mi oreja y, mordisqueándome el lóbulo, pregunta con un susurro:

–¿Sigues siendo mía?

–Siempre.

No titubeo. Probablemente debería, pero no lo hago.

Él suelta un gruñido rasposo, algo posesivo y primario, y arrastra los dedos hacia atrás hasta aferrarme el trasero, lo aprieta y me

hace gritar de placer. Está rozando con la verga todos los lugares que tiene que rozar, me provoca un hormigueo de euforia por todo el cuerpo y me empuja al clímax. Deslizo los dedos por su pelo y, con la frente sobre la suya, lo miro a los ojos mientras me froto contra su entrepierna hasta que empiezo a estremecerme. Acabo con intensidad, entre gimoteos y jadeos y ondas expansivas que me enardecen y me arrojan a una espiral de placer.

–Dean, Dean… Dios, Dean… –atravieso el orgasmo coreando, incitándolo a apretarme con más fuerza, a arrimarme más, y a embestirme con las caderas y clavarme más profundo su verga dura.

–Cómo me gusta cuando dices mi nombre así, la puta madre –exclama con voz entrecortada, tensa y excitada. Me da tres empellones más, luego se tensiona, me aprieta, se aferra a mí y, con las manos en mi pelo, acaba.

Lo abrazo con fuerza, afirmo la boca en su cuello mientras su cuerpo tiembla y le brota un gemido gutural. Entonces lo beso, saboreo lo mucho que me desea y me lo grabo a fuego en cada parte adolorida de mi ser. Bajamos juntos, con los cuerpos pegajosos de transpiración y de los signos de nuestro acto sexual.

Dean me rodea la cintura con los brazos, los enlaza a mi espalda y suspira hondo en mi boca.

–Qué sexy eres, maldita sea. Me vuelves loco.

Sonrío en sus labios, le doy un besito y me aparto. Tomo la caja de pañuelos desechables de la mesa de arrime para limpiarnos, después arrastro el edredón hacia nosotros, salgo de encima de él y me cubro los hombros con la gran manta.

Dean se recuesta y me lleva con él, y yo extiendo la manta por encima de los dos y me acurruco en su brazo. Enredo las piernas con las suyas, mi pelo cae como un halo sobre su pecho y hombro, y él me besa la coronilla.

Paz.

Así se siente la paz.

Y al tiempo que nuestros cuerpos se relajan y se funden el uno con el otro, me doy cuenta de que no necesito ni que me cante, ni que me masajee la muñeca, ni que me ofrezca ningún otro escape de la nube negra que se cierne sobre mí.

Me alcanza con él.
El latido de su corazón es lo único que necesito.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Dean: ¿Em…?

Me despierto a la mañana siguiente con la cola peluda de un perro en la cara y mi teléfono que vibra en la mesa de noche. Me quedo mirando el mensaje de texto que acaba de entrar y me mordisqueo el labio inferior.

Yo: Buenos días :)
Dean: ¿Dónde estás?
Yo: En casa. Tenía que soltar a los perros.
Dean: Ok. Me hubieras despertado para saludar.

Trago saliva y respiro hondo.

Yo: Te veías tan tierno y sereno. No quise despertarte :)

Pasan unos minutos sin respuesta, así que me pongo a mirar Facebook tumbada de costado en la cama. Jude se acomoda sobre la otra almohada, y yo me sostengo la cabeza con una mano mientras leo las noticias por encima, distraída.

Dean: Podrías haberme dejado una nota o algo así. No me esperaba despertarme solo.

Parpadeo despacio y, con los ojos cerrados, ensamblo la respuesta. La culpa me oprime el estómago al recordar cómo me desperté en pánico, semidesnuda y enredada con Dean Asher.
Salí corriendo.

Yo: Lo siento. No tenía planeado volver tan tarde y entré en pánico. No quise preocuparte.

Dean: ¿Entraste en pánico por los perros o por mí?

Mierda.

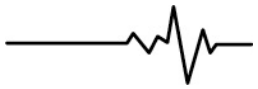
Apago el teléfono y me acuesto de espaldas, me paso los dedos por el pelo y lleno las mejillas con respiraciones ansiosas. Quiero decirle que todo parece perfecto, correcto, cuando deambulamos por las noches oscuras con los muros emocionales desarmados

Pero a la luz fría del día, la realidad me pellizca y me despierta como un balde de agua helada. Los muros se reconstruyen: ladrillo a ladrillo, capa a capa, me protegen y me mantienen a salvo.

Sin embargo, los muros son creación humana. Se agrietan y se desmoronan.

Están destinados a caer.

Y me aterra descubrir quién seguirá escarbando entre los escombros cuando se asiente el polvo… y quién se habrá rendido.



«HOMBRE ESCAPA DE SU SECUESTRADOR TRAS VEINTIDÓS AÑOS EN CAUTIVERIO»

Estoy sentada a la mesa cenando con mis padres, distrayéndome con el teléfono, cuando ese titular me corta el aliento.

«El hombre semidesnudo que apareció al costado de la calle Abbington, cerca de Pembrooke, fue identificado como Oliver Lynch, de treinta y tres años, el chico de Libertyville que había desaparecido un cuatro de julio hace casi veintidós años».

El artículo incluye la foto de un hombre tumbado sin camiseta al costado de una calle nevada, en posición fetal y cubierto de sangre.

Se me encoge el corazón.

Veintidós años.

Veintidós años.

–¿Cora, linda? ¿Estás bien? Apenas has tocado tu comida.

Trago saliva y miro a mi madre con los ojos como platos. La bilis se me pega a la garganta cuando intento formar las palabras.

–¿Vieron la noticia del chico que había desaparecido y lo encontraron veintidós años más tarde?

Mis padres me clavan una mirada de compasión, y mi papá se aclara la garganta.

–Lo vimos en el noticiero esta mañana.

–Qué horror –agrega mi mamá, y junta arvejas con el tenedor–. Es un milagro que haya sobrevivido.

Pestañeo.

¿Lo es?

No puedo evitar preguntarme si no deseará haberse muerto. Yo estuve secuestrada apenas tres semanas y aún no he podido deshacerme de las pesadillas y los recuerdos inquietantes. Traté de quitarme la vida.

¿Cómo podrá él superar el trauma y existir con normalidad?

–Permiso –mascullo, me aparto de la mesa y me retiro velozmente a la habitación para huéspedes, arriba. Me acurruco bajo las sábanas y le hago captura de pantalla al artículo para mandárselo a Dean. Nunca le respondí el último mensaje, y flota entre nosotros como tantas otras preguntas sin respuesta e interrogantes pavorosos.

Lee mi mensaje enseguida, pero tarda diez minutos en contestar.

Dean: Qué mierda. Te hace pensar, la verdad.
Yo: Desde su perspectiva, nosotros tuvimos suerte :(

Pasan otros cuantos minutos y me vuelve a sonar el teléfono.

Dean: Hablando de eso… ¿Te enteraste de las novedades de nuestro caso?

Me petrifico con la mirada clavada en la pregunta; el cuerpo se me anestesia. No he visto nada; de hecho, en general, paso de largo cualquier publicación o artículo en donde aparezca el nombre «Earl».

Yo: No…

Apenas cinco segundos después, entra una captura de pantalla; la foto demora en cargar. La agrando para leer el titular:

«DECLARA VÍCTIMA DE EARL TIMOTHY HUBBARD, TAMBIÉN CONOCIDO COMO "EL CASAMENTERO"»

Lo releo.

Y otra vez.

Se me agita el estómago de incredulidad. Hay otra víctima… ¿*con vida*? Ni siquiera leo el artículo que sigue. Llamo a Dean de inmediato.

Atiende tras sonar dos veces el tono.

–Hola.

–Madre mía. –Me llevo la mano al cuello y me rasco la clavícula mientras trato de recobrar la compostura–. A la mierda, Dean.

–Sí. Estaba leyendo la historia cuando me escribiste.

–¿Qué decía? –Trago saliva–. ¿Dio alguna entrevista? ¿Cómo se escapó?

–Se llama Tabitha Brighton –lo oigo moverse del otro lado de la línea–. Dice que Earl la secuestró la primavera pasada con su profesor de la universidad. Los tuvo en el sótano durante dos meses hasta que mató al tipo y la soltó a ella.

–¿La *soltó*? –repito, atónita. El corazón me sacude las costillas, y me pongo a temblar–. Está mintiendo. Tiene que ser mentira. Ese hombre no tenía ni un ápice de decencia, es imposible que haya dejado ir a una de sus víctimas.

–No sé, Cora. La historia está en desarrollo, pero lo del profesor está chequeado. Se llamaba Matthew Gleason y fue uno de los cuerpos que encontraron en la propiedad.

–No… no puede ser cierto. No hay nadie más… –Se me agita la respiración y me recuesto contra los cojines decorativos, con la mirada en el cielorraso y una mano aferrada al pecho–. No hay nadie más.

–O sea, tiene sentido –comenta Dean–. Encontraron once cadáveres, pero él secuestraba a sus víctimas de a pares. Yo supuse que o quedaba alguno por descubrir, o al principio había llevado a cabo sus perversidades con una persona sola.

–Pero… ¿por qué esperó todo este tiempo para declarar? Se podrían haber salvado tantas personas. *Nosotros* nos podríamos haber salvado. –Me levanto de la cama y empiezo a dar vueltas por la habitación–. Tiene que estar mintiendo. Quiere llamar la atención,

o… o quiere dinero, o que un día pongan su nombre en los libros de historia. Es un fraude, Dean.

–Corabelle… –La voz se le suaviza, intenta serenarme por el altavoz–. Estoy seguro de que saldrán más detalles a la luz, pero ¿qué importa? Lo hecho hecho está. Nada lo va a cambiar.

–¡Sí importa! –exclamo–. Tessie y su hermanastro seguirían vivos, y tantos otros más. A nosotros no nos habrían raptado de tu auto en mitad de la noche, no nos habrían encadenado como perros, forzado a… –Se me corta la respiración, tengo los dedos todavía enroscados en el cuello, y mis emociones llegan a su punto cúlmine–. Todo sería como debe ser. Nosotros seguiríamos odiándonos, tú estarías casado con Mandy, y yo no estaría acá preguntándome cómo carajo hacer para dejar de enamorarme de ti.

Me tapo la boca y se me escapa un sollozo, mientras trato de contener las lágrimas. Mi aliento ahogado retumba por el cuartito de huéspedes, y desearía que Dean dijera algo, lo que sea, solo para que mi angustia no sea el único sonido que nos zumba en los oídos.

–Cora… todo *es* como debe ser. Las cosas se dieron así. Y cuanto antes logres aceptarlo, antes vas a poder sanar.

Tomo una bocanada de aire para calmarme y permito que me atraviesen sus palabras. Tiene razón, por supuesto. Vengo atascada en «lo que podría haber sido» y «lo que debería ser» en lugar de aceptar *lo que es* y trabajar para atravesar eso. La novedad de otra sobreviviente solo intensifica mi retorcido proceso mental. Exhalo y asiento con la cabeza.

–Sí. Tienes razón –susurro. Me peino el pelo para atrás y concluyo–: Tengo que cortar. Buenas noches, Dean.

Él hace una pausa y luego suelta un suspiro que suena a decepción.

–¿No crees que deberíamos hablar de lo de anoche?

–Hoy no. Perdón. –Me arden las mejillas al recordarlo.

–Cora, no puedo hacer esto.

–¿Hacer qué? –Me muerdo la lengua y jugueteo con el dije de mi collar.

–*Esto*. Lo que sea que es esto.

–No sé qué es esto –admito.

–Bueno, no puedo… con este tire y afloje. Me está arruinando.

Cierro los ojos para procesar mi respuesta; entonces aparece mi mamá en la puerta y golpea el marco con los nudillos. Hace la mímica con la boca:

–¿Estás bien?

Yo me trago las palabras y asiento con la cabeza, para luego responderle a Dean:

–Tengo que cortar.

Otro suspiro de frustración se me infiltra en el oído, y lo siento como una daga en el corazón.

–Sí. Buenas noches.

Mi mamá se me acerca enseguida y me acaricia la espalda.

–¿Estás bien, corazón? ¿Necesitas hablar?

Seguramente sí.

Mis padres no han hecho más que apoyarme, a pesar del crimen execrable que cometí contra su hija favorita. Pero no sé si es porque de verdad me tienen compasión o porque tienen miedo de que intente suicidarme otra vez si me aíslan.

Debería hablar… Dios sabe que me vendrían muy bien unos consejos maternales en este momento.

Pero no estoy preparada.

–No. Estoy bien –murmuro negando con la cabeza.

–Mi amor –sube la palma hasta mi hombro y aprieta un poco–, ya sé que hicimos todo lo posible por evitar una internación psiquiátrica cuando te dieron el alta en el hospital, pero si crees que eso te ayudaría a superar este momento, dímelo, por favor.

–No necesito que me manden a un loquero, mamá. Estoy tratando de adaptarme, nada más.

Menos mal que no me trasladaron a una clínica psiquiátrica después de que me dieron el alta. Como era la primera vez que lo hacía y no tengo historial de trastornos mentales, ni había nota de suicidio ni indicios de que hubiera sido algo premeditado, me permitieron irme a casa. Y sé que no volveré a hacer algo así jamás; por muy graves y aterradoras que se pongan las cosas, *quiero* estar viva. Nunca podré quitarme la mancha en la memoria que es esa noche. Siempre será mi remordimiento más grande.

–Cora, que no te avergüence necesitar ayuda. Para eso existen ese tipo de servicios. Has sufrido traumas profundos estos últimos meses… no solo el secuestro y la sobredosis, también estuviste embarazada, corazón. Es todo demasiado… es mucho peso.

Me pongo rígida. Trato de no pensar en el embarazo. Lo tapo, junto con todos los demás golpes inconcebibles que vengo recibiendo desde noviembre. No pienso en que podría haber sido de Dean. No pienso en que podría haber sido de *él*. Quiero ser madre algún día, más que nada en el mundo, pero así no. Ningún chico merece nacer de los horrores de aquel sótano.

–Ya te dije que estoy bien. Solo tengo que descansar –insisto, me suelto y me alejo de mi madre–. Gracias por la cena.

–Cora…

Salgo de la habitación y me deslizo escaleras abajo, donde tomo mi abrigo y mis llaves.

–Buenas noches –grito, y desaparezco por la puerta de entrada.

Cuando salgo del acceso a la casa y conduzco hasta la intersección principal, titubeo antes de elegir un carril de giro. Los latidos nerviosos de mi corazón me golpean el pecho mientras contemplo la posibilidad de *no* ir a casa. El sol se ha puesto y la oscuridad acecha y disfraza lo que ya sé que está mal.

No lo pienso demasiado y doblo a la izquierda, en dirección a la otra punta del pueblo.

Por segunda noche consecutiva, estoy caminando por el camino de cemento de su casa; soy incapaz de mantenerme alejada. Solo que esta vez él está sentado en los escalones de la entrada fumando un cigarrillo. Freno cuando cruzamos miradas y él suelta una lengua de humo hacia las estrellas.

–Volviste a fumar –comento con suavidad, y me meto las manos en los bolsillos del abrigo.

La mandíbula se le tensa con una pitada larga, y la brasa se enciende, parpadeante. La última vez que lo vi fumar fue aquella noche en su Camaro, justo antes de que Earl destrozara la ventanilla.

Y mi alma.

–Necesito algo para calmar los nervios.

–¿Los nervios que te produzco yo? –bajo la cabeza y aprieto los labios.

Dean me mira fijo, con el humo saliéndole por las fosas nasales, y después patea una piedrita suelta.

–Sí, Cora. Los que me produces tú. –Me observa con cautela mientras avanzo unos pasos hacia él, despacio–. ¿Por qué has venido?

Realmente esperaba que no me hiciera esa pregunta. Le respondo encogiéndome de hombros.

–¿Qué carajo significa eso? –Parpadea dando otra pitada.

–¿Podemos entrar?

–No. Estoy fumando.

Inhibo mis defensas y sigo acercándome al escalón. Me acuclillo entre sus piernas, le separo las rodillas y tiendo la mano hacia el cigarrillo. Le arrebato el papel enrollado de la boca floja y lo reemplazo con mis labios. Dean se funde conmigo un instante fugaz y exquisito, pero luego se despega y se pone de pie.

–No puedo… se está haciendo tarde. Deberías irte a tu casa.

Se da vuelta para entrar, y no espera que lo siga, pero lo hago. Apago el cigarrillo de un pisotón, cruzo la puerta detrás de él y cierro.

–Te extrañé.

Las palabras parecen provocarle algo; gira sobre su eje y, como una furia, se me acerca a la entrada, donde estoy petrificada.

–Mentira. Viniste porque estás caliente.

–Sabes que no es así. –Me descoloca esa suposición.

–Los dos sabemos que sí es así, si no, no me habrías dejado solo esta mañana. No habrías ignorado mis mensajes todo el día. No habrías rechazado mi invitación a conversar. –Dean alza los brazos, ofendido–. No voy a ser tu secretito, Cora. No voy a ser tu juguete sexual o tu puta forma de evasión.

Un destello de dolor me hace pinchar la piel desde adentro, pero lo reprimo. Me desabotono el abrigo y lo dejo caer de mis hombros, mientras me quito las botas. Me aproximo a él, que está de pie en el centro del salón, con las manos flojas en las caderas y el pecho inflando y desinflándosele con cada respiración dificultosa. Cuando

estoy a treinta centímetros de distancia, me levanto la blusa y me la paso por la cabeza. Él observa con la mandíbula crispada, sus ojos me examinan, sombríos y curiosos. Me llevo la mano a la espalda y me desabrocho el sujetador; sin dejar de mirarlo a los ojos, lo dejo caer al suelo.

Le tiemblan las fosas nasales y hunde los dedos en los huesos de la cadera, pero no aparta la vista.

–Basta.

–¿No quieres esto?

Estoy jugando con fuego, pero las llamas son lo único que me da calor.

–Quiero todo de ti, Corabelle –Dean respira hondo.

Salvo la distancia que nos separa, le tomo las manos y las coloco en mis senos. Suelto un gemido diminuto cuando me roza los pezones con los pulgares.

–Acá estoy.

–No. –La palabra sale forzada, casi dolorosa. Su mano derecha se desliza por mi pecho y se detiene justo sobre mi corazón–. Quiero *todo* de ti.

Yo también.

Quiero cenas románticas y noches de mirar películas y desayunos caseros después de hacer el amor toda la noche. Quiero que nos tomemos de la mano en público. Quiero que nos vayamos de viaje, ver el mar y reírnos hasta que nos duela la barriga.

Pero es Dean.

Y yo soy Cora.

Y no estamos destinados a obtener nada de eso.

Le arrastro la mano hacia abajo, hasta tenerla sosteniéndome el seno. Me arqueo contra él, nuestras entrepiernas se tocan y echo la cabeza hacia atrás, mientras él empieza a acariciarme los pechos, dominado por el deseo.

–Por favor.

Esto termina de desarmarlo, y gruñe:

–La puta madre.

Enlaza los brazos bajo mis muslos y me alza, y yo le enrosco las piernas en la cintura. Me lleva a su habitación, y nuestras bocas se

pegan, nuestros cuerpos están listos para empezar, pero nuestros corazones anhelan mucho más.

«Con esto alcanza. Esto está bien».

Me lo digo mientras Dean me coge de perrito en la cama, me tira del pelo, me clava los dientes en la piel y me susurra obscenidades al oído.

Si no puedo tenerlo todo, me conformo con tener un poquito de él.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

—¿Profesora Lawson?

Me aliso la falda lápiz, le doy la espalda a la pizarra blanca y descubro demasiados ojos mirándome. Ojos inquisitivos. Ojos curiosos. Algunos preocupados, otros fascinados. Me ajusto la coleta y fuerzo una sonrisa.

—¿Qué pasa, Jenna?

Es mi primer día de vuelta en el aula. Otra vez. Primero fue un secuestro, después, un intento de suicidio. Si mis alumnos aprenden algo de mí, espero que sea algunas lecciones de vida valiosas; eso, y lo grandioso que es Gatsby.

—Está sangrando.

Inhalo y bajo la mirada para verme. Mi blusa de botones blanca está moteada de gotitas rojas. Me miro la muñeca y noto que me gotea sangre de debajo de la venda. Ni siquiera había advertido que me estaba rascando. Carraspeo, ofuscada y avergonzada, y busco un pañuelito en el escritorio.

—Qué barbaridad, no me di cuenta. Gracias, Jenna.

Salgo un momento para limpiarme, y los susurros y el parloteo permanecen en mis oídos bastante después de que abandono el aula. Me encierro en uno de los cubículos del baño para recomponerme; presiono las palmas contra la puerta e, inclinándome hacia delante, tomo bocanadas hondas y regulares de aire. Dejo caer la mirada a las manchas de sangre que tiñen la tela blanca de mi blusa y me marcan con el recordatorio siniestro de mi dolor. Dolor que se ríe y se burla de mí, y me dice que no se terminará jamás.

Respiro hondo. Respiro hondo.

Cuando las lágrimas están a punto de escapárseme, la puerta del baño se abre con un chirrido y entran dos colegas cuchicheando entre ellas. Me paralizo cuando mi nombre se escurre de su boca.

–…me da pena. Debe ser difícil volver a la normalidad después de algo así.

–Pero ¿suicidarte? O sea, de verdad. Qué manera de arruinar tu segunda oportunidad en la vida. No me imagino cómo sobrevives a algo así y después lo echas todo a perder.

Espío por la hendija del cubículo y aferro mi collar con un puño transpirado, mientras las dos mujeres se arreglan el pelo en el espejo y se renuevan el lápiz labial.

–Eres demasiado dura. Yo no me imagino sobreviviendo a algo así, punto. No tengo ni idea de cómo lidiaría con el tema.

–¿Con alcohol y helado, como la gente normal? Además, Maryann supo por Kara que ni siquiera tuvo que ver con el secuestro. Se empezó a acostar con el marido de la hermana, el tipo que estuvo atrapada con ella, y la hermana se enteró. Ahí se puso como loca y tuvo la sobredosis.

–Guau. ¿En serio?

–Eso oí.

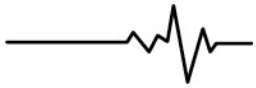
–Mierda… No parece típico de Cora. Es tan dulce, ella.

–Bueno, supiste de su aventura con Troy Adilman hace unos años. La chica sabe divertirse.

Las mujeres se ríen juntas, y siento náuseas.

–La verdad es que no la culpo. Ese chico Dean es un bombón. Le revisé todo el perfil de Facebook. Te soy sincera, no me negaría a quedar encadenada con él tres semanas…

La conversación se va disipando a medida que las profesoras se retiran del baño, y yo termino vomitando en el inodoro. Todavía tengo el collar en la mano, me corren lágrimas por las mejillas como vetas, y me digo una y otra vez: «Estoy bien. Sigue latiendo. Estoy bien».



No lo planeé.

Será demencia, será una especie de cierre rebuscado; de uno u otro modo, no fue planeado.

Estaciono en Hawthorne Lane, una zona residencial más antigua donde no hay aceras y abundan los árboles deshojados. Mis botas hacen crujir la capa delgada de nieve que se ha congelado con las temperaturas más frías. Me envuelvo el cuello con la bufanda y avanzo por el sendero hasta la casa; los nervios son lo único que me da calor. Cuando llego a la puerta de entrada, mi mano se detiene en el aire antes de que los nudillos toquen la lámina de metal. Todavía hay colgada una corona navideña, exhibida con orgullo, a pesar de que estamos a fines de febrero.

Sigue aferrada a algo alegre, mucho tiempo después de que pasó.

Cierro los ojos con fuerza, aprieto los dientes y dejo caer el brazo al costado.

No puedo.

Pero, cuando estoy por huir, la puerta se abre y revela a una joven preciosa de pelo largo y sedoso del color de la obsidiana. Tiene la piel tan blanca como la nieve bajo mis botas, y los ojos chocolate le destellan con algo que se asemeja al reconocimiento, pese a que no nos hemos visto nunca.

Y entonces descubro algo *más* en esos ojos; algo con lo que estoy bien familiarizada. Algo inquietante, descarnado y doloroso… algo que nos ata y nos une como la sangre.

Me doy cuenta en el acto de que su historia es verdadera, y me carcome la culpa por haber dudado de ella.

–Tenía la sensación de que me encontrarías. Adelante.

Entreabro los labios para hablar, pero solo sale mi aliento, que se funde en el aire helado como una bocanada de humo. Asiento con la cabeza y cruzo el umbral, donde ella sostiene abierta la puerta mosquitera.

–Lamento mucho haber venido sin avisar. No sabía cómo contactarte. Me llamo…

–Cora Lawson. Lo sé. –Tabitha me ofrece una sonrisa tenue y cierra detrás de las dos. Compartimos una mirada conmovida,

cómplice, y ella me conduce a un sofá marrón de dos plazas ubicado en la sala de estar–. Toma asiento. Seguro que tendrás preguntas.

Me quito los guantes, de a un dedo a la vez, y después el gorrito, con lo que se me para todo el pelo. Me lo aliso y me siento.

–Lo lamento muchísimo. Esto debe resultarte muy inapropiado.

–No encuentro nada demasiado extravagante –responde ella, con la sonrisa todavía en la cara. Toma asiento enfrente mío, en una silla mecedora–. Pensé en contactarte, pero sé que tus heridas están mucho más frescas que las mías. No quería interferir con tu proceso de sanación.

Frunzo los labios; me siento una cretina. Yo no tuve ningún problema en aparecerme en la puerta de su casa, irrumpir en su vida, interferir todo lo que quise. Uf.

–No te sientas mal, Cora. –Tabitha me mira a los ojos y ladea ligeramente la cabeza–. Quizás nos haga bien hablar del tema. Como algo terapéutico, ¿no? –Se retuerce las manos en el regazo y suelta un suspiro–. Nadie entiende de verdad lo que vivimos.

Asiento con la cabeza mientras la analizo. Vaya que es linda; parece una muñeca de porcelana o Blancanieves… si Blancanieves tuviera la mirada del dolor.

El cerebro se me llena con mil preguntas, pero me muerdo el labio y formulo, primero:

–¿Te enamoraste de Matthew?

Los ojos almendrados de Tabitha se abren y se ponen vidriosos, sorprendidos por mi pregunta inicial.

–Ah, em… –Toma una bocanada entrecortada, desvía la vista y mueve la cabeza–. Sí. Mucho.

Dios mío.

Quiero ponerme a llorar y recién hice la primera pregunta.

–Lo siento muchísimo.

–Yo también –susurra con suavidad, y lagrimea un poco–. Matthew fue mi apoyo durante todo ese tiempo. Me daba esperanza. Me hacía sentir a salvo. Fue realmente mi…

Decimos la palabra al unísono:

–Salvavidas.

Nuestros ojos se cruzan, vacíos y dolientes.

Tabitha se muerde los labios y se toma un momento para recomponerse antes de volver a enfrentarme.

–Esto va a sonar horrible, Cora, así que perdóname, por favor, pero… cuando salió la noticia de ustedes dos, sentí muchísimos celos.

–¿Sí?

–Sí. Los *dos* lograron escapar. Juntos. –Tabitha se acomoda el pelo detrás de la oreja y mira apenas por encima de mi hombro–. Vi aquella foto de ustedes tomados de la mano. Parecía el final de algo terrible, pero el comienzo de algo hermoso.

Niego con la cabeza sin siquiera darme cuenta de que me están resbalando las lágrimas por las mejillas.

–Es el novio de mi hermana… o lo era, en ese momento. No tiene nada de hermoso. –Tomo aire con dificultad–. Ha sido una pesadilla.

–Daría lo que fuera por vivir en tu pesadilla. La mía es muy solitaria. –Baja el mentón y le empiezan a subir las emociones–. Todavía lo oigo susurrando «Te amo» una y otra vez mientras se desangraba en el cemento, encadenado a aquel caño. No pude hacer nada para salvarlo.

No. Contengo un gritito debilitado y me incorporo del sofá.

–No… no sé si pueda oír esto.

–Estoy tratando de mostrarte como *podría* ser, nada más. Son muy afortunados, Cora. Los dos sobrevivieron.

Estoy mareada y siento náuseas, y solo quiero lanzarme sobre Dean y abrazarlo con fuerza. Lo imagino a él tumbado en el suelo de ese sótano, perdiendo la vida. Es demasiado.

Intento redireccionar mis pensamientos y centrarme.

–¿Se… se gustaban antes del secuestro?

–La verdad es que no. –Tabitha me observa sentarme–. O sea, era mi profesor y era precioso. En las clases usaba unos lentes de marco negro que lo hacían parecerse a Clark Kent. Todas las chicas estaban flechadas con él. –Sonríe con melancolía al evocar los recuerdos–. Nos habíamos lanzado unas miraditas disimuladas alguna que otra vez. Había conexión. Química, ¿sabes? Pero no podía ser. Me estaba acompañando a mi auto una noche en que me había quedado trabajando hasta tarde en una tarea, y ahí fue que…

Se calla y yo cierro los ojos.

–¿Cómo escapaste?

–Earl terminó sintiendo algo por mí –Tabitha se envuelve con los brazos y se abraza con fuerza–. No me pudo matar.

–Dios mío… Nunca me dio esa impresión. Parecía que no tenía sentimiento alguno.

–Yo pensaba lo mismo, pero me esforcé mucho por establecer una conexión con él. Fingía que lo disfrutaba, cuando me… –Aprieta la mandíbula–. Bueno, me entiendes. Desarrollamos una afinidad. Manipulaba sus emociones… las pocas que tenía, digamos. Me dijo que era su mascota favorita.

El estómago se me retuerce de náuseas.

–¿Por qué no lo denunciaste antes?

Ella juguetea con los flecos dorados de su túnica de mangas largas, y entre las dos se hace un silencio que dura unos instantes.

–Lo hice. Lo intenté.

–¿Cómo? ¿Y no te creyeron?

–Earl no nos dijo su nombre –se reclina en la silla y la mece con los pies–, así que no tenía con qué seguir. No tenía idea de dónde estaba, porque él me noqueó y me dejó tirada a un costado de la carretera a cincuenta kilómetros. Les conté mi historia a unos detectives y dibujé un identikit, pero no tenían pistas. Lo único que había era el sótano.

Bajo la cabeza y asiento con un gesto; me siento horrible por haberla tildado de mentirosa y de fraude antes de escuchar su historia. Pienso en las dos profesoras del baño, mujeres con las que había construido una amistad a lo largo de los últimos años, que me juzgaron con información errónea. Que minimizaron mi trauma para que se amoldara a su chisme mezquino. Levanto la vista hacia Tabitha y la encuentro disociando, con la mirada fija en la alfombra colorida.

–Eres muy valiente –le digo, amable, y espero que alce los ojos hacia los míos–. Yo no podría atravesar esto sola.

Tabitha deja escapar una sonrisa leve, y después, con un gesto de la cabeza, señala por encima de mi hombro hacia el rincón de la habitación.

–No estoy sola del todo.

Se me arruga el entrecejo, giro y suelto un gritito al ver una mecedora para bebé. Adentro hay una niña diminuta profundamente dormida, serena y quieta, arrebujada en una manta rosa con dibujos de ositos de peluche. Me limpio las lágrimas con la punta de los dedos, y el pecho me arde tanto de alegría como de angustia.

–¿Es de…?

–Es de Matthew –confirma Tabitha–. Me dijo que siempre estaría conmigo, pasara lo que pasara. Y era cierto. –La sonrisa llorosa se le ilumina mientras contempla a su hija–. Se llama Esperanza.

Me desmorono.

Colapso con la cara en las palmas, y las lágrimas se me filtran por entre los dedos. Sollozo y tiemblo sin frenar para tomar aire, ni siquiera cuando Tabitha se desliza al lado mío, en el sofá, y me envuelve los hombros con los brazos. Lloro por esta mujer valiente, que cría sola a la bebé de su enamorado. Lloro por Matthew, que no llegó a conocerla. Lloro por la pequeña Esperanza, el fruto de algo horrible y, sin embargo, trágicamente hermoso.

Y lloro por mi propio bebé que no nació.

Tabitha toma mi dije entre los dedos mientras yo controlo la respiración y me limpio la cara con el dorso de la mano. La miro abrir el corazón con cautela.

–Sigue latiendo –lee, con un tono algo juguetón.

Yo sorbo por la nariz con una sonrisa.

–Me lo regaló Dean para Navidad. Solía decirme que, mientras me siguiera latiendo el corazón, yo estaba bien. Es un recordatorio para cuando las cosas se ponen difíciles.

–Guau –sonríe Tabitha, y pasa el dedo por las letras grabadas–. Qué hermoso regalo.

Vuelvo la vista al cuerpito envuelto que tengo a la izquierda.

–Las dos tenemos regalos muy hermosos.

Pasamos la hora siguiente contándonos anécdotas; algunas desoladoras, algunas tiernas. He encontrado una amiga en esta joven fuerte y valiente. Un ejemplo de sanación y perseverancia. Un alma gemela. Intercambiamos números de teléfono y nos

prometemos mantenernos en contacto, promesa que tengo toda la intención de cumplir.

Tabitha me acompaña hasta la puerta y, una vez que nos hemos despedido, me llama:

–Ey, Cora. ¿Puedes pasarle un mensaje a Dean?

–Claro –la miro desde el sendero nevado–. ¿Qué le digo?

–Que le doy las gracias por haberlo hecho polvo al hijo de puta ese.

Nos sostenemos la mirada, y no puedo contener una sonrisa.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

«Evitar» se ha vuelto mi palabra favorita.

¿Mis padres quieren verme?

Evitar.

¿Lily quiere salir a tomar algo?

Evitar.

¿Mandy publica memes ambiguos sobre pérdida de confianza y traición en su Facebook?

Evitar.

¿Dean quiere hablar?

No. Evitar a más no poder.

Es viernes por la noche y tocan a la puerta. Me pregunto cuál de las personas que estoy evitando se habrá hartado y habrá venido a abofetearme. Los perros me siguen hasta adelante, donde espío por la ventanita cuadrada y la encuentro a Lily con las manos contra el vidrio, formando un corazón. Exhala dentro de las palmas y deja un corazón hecho de niebla.

Abro la puerta, con intenciones de parecer irritada, pero mi sonrisa me traiciona.

–Creía que tenías una fiesta hoy.

–Así es. –Lily se estira hacia abajo y levanta con orgullo la bolsa que descansa junto a sus pies–. La fiesta eres tú, Cora. Traje vino barato del supermercado, te dará tanta jaqueca que toda tu vida te va a parecer un cuento de hadas con Henry Cavill cabalgando en unicornio desnudo por campos infinitos de helado de cookie y éxtasis orgásmico.

–¿El unicornio está desnudo? Qué raro.

–No, idiota.

–Okey, bueno, tendrías que haber dicho «Henry Cavill desnudo cabalgando en unicornio».

Lily sacude la cabeza y se abre paso por el umbral con su bolsa de migraña.

–No te pongas en profesora de inglés conmigo.

–Digo, toda esa imagen mental suena bastante perturbadora si te soy sincera…

Me golpea con la bolsa mientras se quita las botas.

–También traje palomitas de maíz para microondas y una caja de pañuelitos descartables para cuando el vino nos ponga sentimentales, lo cual es inevitable.

Observo cómo Lily cruza el salón hasta la cocina arrastrando los pies, apoya la bolsa en la mesa y saca botellas de vino. A mi pesar, el gesto me ablanda; en secreto, agradezco la compañía. Evitar a la gente tiene el efecto secundario de la soledad extrema. Quién lo hubiera dicho.

Después de tres copas de vino y dos episodios de *Muertos para mí*, Lily se vuelve hacia mí en el sofá y pone su cara de chismosa. La miro fugazmente, para enseguida devolver la atención a la TV, mientras me llevo un puñado de palomitas a la boca.

–Deja de mirarme así.

–Así ¿cómo?

–Como si estuvieras arrancándome secretos del alma.

–Entonces, estás diciendo que tienes secretos. –Lily recoge los pies sobre el sillón, sin parar de mirarme.

–No.

–Mentirosa. Cuéntame qué onda con Dean.

Me meto más palomitas en la boca.

Evitar.

Intento distraerme con la serie, pero James Marsden se parece un poco a Dean, por el pelo y los ojos azules preciosos, y maldita sea, Lily me sigue mirando.

–No. Vete.

–Bueno. Pero me llevo el vino.

–Bueno.

Protesta con un gruñido y me da empujoncitos en la rodilla con los dedos de los pies.

–No me voy a llevar el vino. No podría hacerte eso. Y estoy demasiado enganchada con la serie como para irme ahora, pero igual… cuéntame.

Evitar.

–Cora, te juro por Dios…

–Okey, está bien, como quieras. –Se me calientan las mejillas a medida que los pensamientos sobre Dean empiezan a horadar mi armadura–. ¿Qué quieres saber?

–Em, ¿te llevó a pasear en anaconda?

Escupo el vino.

–Eres una depravada.

–¿Enterró el hueso en tu jardín?

–Basta.

–¿Te estás comiendo esa salchicha?

–Te odio.

Lily prorrumpe en risitas etílicas, se cae para adelante, me choca el hombro con la cabeza.

–No seas tan santurrona –bromea, y me da una palmada con la mano que tiene libre.

Yo permito que una sonrisa se me escurra por la cara.

–No diría que soy una santurrona…

–Okey, ahora sí estamos llegando a algún lado. –Lily se endereza, expectante, mirándome de frente–. Es verdad, ¿no? A la mierda, Cora. ¿Dean y tú? A la mierda.

–Lo dijiste dos veces.

–Lo repetiré: *a la mierda*. –Rebota en el lugar como si fuéramos dos adolescentes que se están contando la historia de su primer beso–. Sabes que necesitaré todos los detalles escabrosos, empezando por el tamaño del pene. Adelante.

No puedo con ella.

Suspiro sacudiendo la cabeza, plagada de nervios y vértigo.

–Es un desastre, Lily. –Agacho la cabeza y se me dibuja una sonrisa–. Un desastre, pero candente.

–Dios mío, debe ser un *fuego*. ¿Toda esa tensión sexual acumulada, mezclada con situaciones de vida o muerte? –Suelta un suspiro despacio y se abanica con exageración–. Entonces, ¿están juntos? O sea, ¿es oficial?

Balde de agua fría.

–No. *No*. Claro que no… es solo sexo.

–¿Cómo puede ser *solo* sexo, después de todo lo que vivieron? ¿No hay sentimientos de por medio?

Ah, sí que hay. Una cantidad bestial de sentimientos. De hecho, esos sentimientos me están trepando por el pecho ahora y se me están atascando en la garganta.

–Es… muy complicado. Hay sentimientos de por medio, sí, pero no puedo hacer nada al respecto. Estoy manteniendo distancia, digamos.

Lily me mira con los ojos entrecerrados, como si tratara de leer entre líneas.

–Entonces, ¿te lo coges y sales corriendo?

–Qué vocabulario de princesa –bromeo para evitar la pregunta.

Evitar, evitar, evitar.

Pero es un poco difícil evitar a alguien que tienes sentado a treinta centímetros de distancia, con medias de Taylor Swift, desafiándote con la mirada.

–Supongo que es una forma de decirlo –concedo–. Básicamente me le aparezco en la puerta un par de veces por semana y tenemos una noche de sexo salvaje, desquiciado e increíble. Después me escapo antes del amanecer y lo evito hasta la vez siguiente. Al principio, él trataba de que habláramos al respecto, pero creo que, a esta altura, está aceptando nuestro destino y ya.

Me mordisqueo el labio; sueno como tremenda prostituta cuando lo formulo así. No soy para nada promiscua, aunque no tendría nada de malo. Disfruto del sexo, pero solo he estado con tres chicos antes de Dean. Dos fueron hombres con los que tuve relaciones serias y terminaron engañándome, y después estuvo Troy Adilman, que fue una cosa medio rara de una noche de ebriedad para perder la virginidad. Y Dean… bueno, él tiene su propia categoría.

Los ojos de Lily ya están más que entrecerrados, lo cual significa que sigue tratando de leerme y de concebir algún consejo de mejor amiga que lo más probable es que sea terrible.

–Eso suena excitante y deprimente en partes iguales –comenta, habiéndolo considerado unos minutos–. ¿Mandy sabe?

Se me encoge el estómago al oír el nombre de mi hermana, y oleadas de náuseas me recorren el cuerpo.

–Sabe que nos acostamos, pero no que *seguimos* acostándonos. Ni siquiera hemos hablado desde que salí del hospital. No… no sé bien qué decirle.

–¿Y sus padres? ¿De qué lado están?

–Según ellos –me muevo en el sofá, tensa–, están del lado de las dos hijas, lo cual estoy segura de que quiere decir «Estamos del lado de Mandy, pero no le podemos decir a Cora». En las últimas semanas los he visto solo una vez, y fue una cena incómoda sin demasiada charla.

–Tú siempre has pensado que tus papás la quieren más a Mandy que a ti, pero a mí nunca me dio esa impresión, y te conozco hace bastante tiempo. Lo más probable es que sí estén del lado de las dos.

Intento sofocar la amargura que me pincha.

–A ojos de ellos, Mandy no es capaz de equivocarse. Era la reina del baile perfecta con el novio de la secundaria perfecto, y yo siempre fui la nerd testaruda que no se conforma con nada. A Mandy siempre la agasajaban con festejos de cumpleaños exuberantes y cumplidos exagerados: «¡Felicitaciones! Mandy aprendió a atarse los zapatos a los nueve. ¡Ay, qué bueno! Mandy aprobó con siete su examen final. ¡Guau! Mandy obtuvo la licencia de conducir y solo chocó una vez, y no fue tan grave». –Hago una pausa para recuperar el aliento, con el resentimiento a flor de piel–. A mí lo único que me daban era una palmadita en la espalda. Ahora soy la oveja negra de la familia… la hija secuestrada por un psicópata, la hija que se acuesta con el ex de la hermana, la hija que tiene una sobredosis con pastillas para dormir.

–Tema sensible –Lily retrocede con las manos alzadas–. Entendido.

–Perdón. –Me avergüenzo de la diatriba–. Es el vino que me hace hablar de más.

–Por esto traje esto –me muestra la caja de pañuelitos–. Y que conste que tu único defecto, literalmente, es que te gustaba más NSYNC que los Backstreet Boys. Más allá de eso, eres bastante perfecta.

Nos sonreímos; el cumplido barre con toda mi conmoción interna, por ahora. Cuando estoy por responder, me vibra el teléfono en el bolsillo.

Es un mensaje de Dean.

Dean: Te extraño.

Lily me arrebata el aparato, lee el mensaje y de inmediato queda embelesada.

–Me muero de ternura. A mí los chicos solo me escriben cuando extrañan mi vagina.

–Estoy segura de que está insinuando eso –me encojo de hombros.

–No es verdad.

Lily empieza a tipear una respuesta, y yo entro en pánico y me abalanzo para quitarle el teléfono.

–Ni se te ocurra. Dámelo.

Ella, riéndose, se baja del sofá de un salto y desliza los pulgares por el teclado con frenesí. La persigo por el salón y casi la tacleo como un defensa.

–Okey, okey. No te pongas en psicópata. Ten.

Lily me lanza el teléfono, y evalúo los daños.

Lily: No soy mono pero qué ganas de pelar esa banana.

–¡Lily! ¡Carajo! –maldigo, miro furiosa el mensaje y, después, a mi amiga doblada de risa–. Te odio *tanto*.

Dean: Hola Lily

Niego con la cabeza, avergonzada de su inmadurez, y escribo una respuesta propia.

Yo: Perdón. Es insufrible.
Dean: Fue medio gracioso
Yo: No

Revoleo los ojos. Suelto el teléfono sobre los cojines mientras Lily termina de calmarse.

–¿Cómo puedes ser la peor y la mejor al mismo tiempo? –medito, y me dejo caer en el sofá con un resoplido.

–Uno de mis muchos talentos –se encoge de hombros ella, y se sienta a mi lado–, junto con cantar el abecedario para atrás y la jardinería.

Trato de volver a prestarle atención a la serie que nos hemos estado perdiendo, y entonces Lily me da un codazo en las costillas.

–Auch. ¿Qué pasa?

–¿Y bien?

Me la quedo mirando sin pestañear.

–¿No lo vas a invitar a que venga?

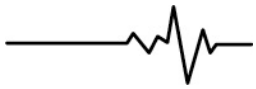
–No –resoplo, y me concentro otra vez en la pantalla–. Es una mala idea.

–Beber vino de supermercado también, pero lo hacemos igual.

– Esta noche me alcanza con una mala decisión.

Lily suelta un suspiro, pero no insiste; se ovilla abrazada a uno de mis cojines y susurra:

–Como digas.



Una hora más tarde, estoy inclinada sobre la mesa de la cocina, rasguñando la madera, con Dean cogiéndome atrás. Me tira del pelo y me gira la cara hacia la suya, y yo coreo su nombre contra sus labios; sé que lo vuelve loco.

Su mano serpentea por mi cintura y se desliza por mi abdomen, hacia abajo, hasta llegar a su destino entre mis piernas. Con los pantalones deportivos en los tobillos, me arqueo cuando me toca, gimo cuando sus dedos encuentran mi clítoris.

Dean despega los labios de los míos y, atacándome la garganta con la lengua, me empuja a un estado de furor.

–Estás tan mojada siempre. Me encanta, la puta madre.

Jadeo con fuerza; me aprieto contra la mesa, ya estoy acercándome al clímax. Dean sube los dedos por mi nuca, recoge mi pelo largo en un puño firme y me embiste con más fuerza, mientras sigue metiéndome los dedos con la mano contraria.

Dios, Dios, Dios mío.

No debería sentirse tan bien.

¿Por qué se siente tan bien?

–Acaba para mí, Cora –exige e, inclinándose encima de mí, con el pecho sobre mi espalda, empuja con las caderas con una intensidad imposible.

Me hago añicos.

Clavo las uñas en la mesa de la cocina de tal forma que seguro estoy dejando marcas, mi cuerpo convulsiona sobre su sexo y mis labios dejan escapar un grito.

Cuando me estoy relajando, Dean me aparta el pelo y, ralentizando el ritmo, me susurra al oído:

–Esa es mi chica.

Apenas me he recuperado cuando sale de mí y me da vuelta, me alza encima de la mesa y se acomoda entre mis piernas. Me besa y vuelve a entrar, con las manos apoyadas a mis costados y mis tobillos cruzados detrás de su espalda. Los empellones son lentos y regulares, y ya estoy sintiendo cómo empieza a acumularse otra vez la tensión, cuando él interrumpe el beso para mirarme a los ojos.

Dios, esos ojos. Me van a arruinar.

Aparto la vista, los sentimientos que se me arremolinan adentro me resultan demasiado. Demasiado íntimos, demasiado potentes, demasiado *reales*.

Esto no puede ser más que sexo.

Dean me toma la barbilla con el pulgar y el índice y, con suavidad, vuelve a girarme la cara hacia él.

–¿Por qué no puedes mirarme, Cora? –Sigue moviéndose dentro de mí, pero con menos intensidad. Menos rápido. Con languidez y deliberación, casi como si estuviera tratando de decirme algo.

Pero lo último que quiero es hablar de nuestros sentimientos cuando lo tengo adentro hasta el fondo, así que aferro su cara entre las palmas y vuelvo a estrellar nuestras bocas. Empujo entre sus labios con la lengua y él me deja entrar; cuando nuestras lenguas se ponen a bailar, acelera el movimiento de las caderas. Soy una flecha disparada a su corazón; una daga que penetra sus defensas. Él sabe lo que estoy dispuesta a dar y toma cada trozo, cada respiración, cada migaja que cae por accidente.

Y entonces nos frotamos el uno contra el otro, hay arañazos, lenguas violentas y enojadas, cuerpos llenos de una desesperación cruda. Abro la boca para hablar, dominada por un repentino anhelo de más. Nunca sabré si fue el maldito vino o si quizás estoy rota y sin arreglo, pero se me escapa una palabra de la boca que paraliza a Dean:

–Átame.

Me mira, el ceño recubierto de una pátina de sudor y los ojos azules abiertos y perturbados. Frena todo movimiento, y hasta la respiración se le corta. Le devuelvo la mirada y deseo poder tragarme lo que acabo de decir.

Entonces se desinfla, como el globo de un niño o un animal herido. Como si le hubiera arrebatado algo precioso de las manos. Dean sale de mí y deja caer la frente sobre la mía, y yo me quedo ahí sentada, en silencio, con las piernas todavía alrededor de él.

–Puta madre –murmura, pero no con enojo; no con rencor. Suena a desesperanza. Se desenreda de mí, retrocede y se sube los pantalones.

Apoyada sobre los codos, toda abierta y expuesta, siento el calor que me enciende las mejillas. Me siento transparente bajo su mirada, como si él pudiera ver mi núcleo atormentado, donde están mis entrañas y mis fantasmas y mis partes más oscuras, profundamente vulnerables. Me activo de pronto, me bajo de la mesa y me subo los pantalones sin mirarlo a los ojos.

–¿Qué carajo, Cora?

Le dirijo a Dean un vistazo más que fugaz mientras me arreglo el pelo. Está de frente a mí, con los dedos posados en las caderas y la mirada llena de una atención escrupulosa.

–No fue nada. Olvídate. –Paso a su lado, embravecida, en dirección al dormitorio–. Supongo que ya terminamos, así que, cuando quieras, ya conoces la salida.

–No. –Me pisa los talones–. Tenemos que hablar de esto.

–No hay nada de qué hablar.

–¿Es broma? –Me toma de la muñeca y me gira sobre mi eje mientras entramos a la habitación. El tono se vuelve sobrio, se le caen los hombros–. Esto no está bien.

–Entonces, vete. No te estoy reteniendo.

A Dean se le tensa la mandíbula intentando contener la frustración.

–Pensaba que podía hacerlo. Pensaba que podía vivir con lo que carajo sea esto, con las migajas que estuvieras dispuesta a darme… pero me está *matando*. Nos está matando a los dos.

–Entonces, vete. –Repito la frase más despacio, enfatizando cada palabra.

–¿Eso es lo que quieres? –Alza las manos y me las apoya en los hombros, conteniendo la respiración–. Porque, cuando salga por esa puerta, no voy a volver.

Sus palabras me producen algo en el corazón. Envuelven el órgano sangrante y le exprimen la vida.

–No puedo tener lo que quiero –respondo con un hilo de voz.

Dean deja salir un suspiro y baja el mentón.

–Esto no es sano, Corabelle. Así no podemos ser nuestra mejor versión. No podemos sanar. Aquella noche en El Remo Roto, en tu auto, me dijiste que no podías respirar, y me autoconvencí de que no era cierto; quería creer que nos necesitábamos. Que teníamos que aferrarnos el uno al otro y luchar a capa y espada para salir de esto juntos. –Niega con la cabeza, con los ojos rendidos–. Pero tenías razón. Nos estamos ahogando… y si no salimos a respirar, la puta madre, te voy a perder.

Mis emociones suben como el oleaje, rompen sobre mí y me empapan de verdades amargas.

–No quiero perderte, pero no sé cómo tenerte. –Se me precipitan las lágrimas y aterrizan en mis labios, con gusto a mar–. Me estoy hundiendo.

–Por eso tenemos que parar, Cora. –Dean me aprieta los hombros, y el dolor se hace evidente en sus ojos–. Te necesito saludable. Te necesito recompuesta, sonriente y viva y resplandeciente. Creo que sigues viviendo en el sótano y, mientras estés atada a mí, estarás atada a él. Tienes que salir de ahí. Tienes que ser libre.

No paro de negar con la cabeza, con la cara hecha una máscara de angustia.

–No puedo dejarte ir.

–Entonces permíteme *a mí* dejarte ir.

–No. Dean… por favor. –Me aferro a la tela de su camiseta con los puños. Me sujeto con todas mis fuerzas–. Dijiste que podíamos volver a empezar. Quizás solo necesitamos unos días para pensar y reordenarnos, y entonces…

–Ya es tarde. –Me besa la frente y respira hondo–. Ya es tarde para volver a empezar.

Levanto la barbilla, busco sus labios y le doy un beso en la boca.

–Pero… –Se me apaga la voz. Quedo a la deriva, ahogándome con las palabras.

Dean me toma la cara, me da otro beso, leve y tierno. Después se despega y, acariciándome el pelo, busca mis ojos.

–Pero ¿qué?

–Te amo.

Me parece que el corazón se nos detiene a los dos, y en el *mismo* latido. Siento que eso tiene que significar algo.

Dean cierra los ojos despacio, como asimilando la frase, reproduciéndola una y otra vez en la cabeza. Como grabándosela en la capa más profunda de su alma.

–Maldita sea –murmura–. Me lo estás haciendo demasiado difícil.

Me pongo de puntillas para robarle otro beso, solo que, esta vez, ardiente y colmado de todo lo que hay en mi corazón. Pasión, posesividad, amor, deseo, *necesidad*. Siento el sabor de su vacilación al tiempo que batalla consigo mismo. Lo correcto y lo incorrecto. Sí y no. Quedarse o irse.

Dean me envuelve en un abrazo feroz, rodeándome con los brazos y arrimándome a él, y nuestras bocas se devoran con anhelo. Su

lengua besa la mía y, durante un momento, estamos perdidos. Estamos bien. Seguimos nadando.

Pero él se despega con un movimiento brusco y el pecho agitado, y retrocede frotándose la cara con las dos manos.

–La puta madre. Tengo que irme, Cora. Tengo que pensar las cosas.

Doy un paso adelante. Él, un paso atrás.

–Dean…

–Tengo que pensar. Perdón.

Bajo los ojos y reprimo el colapso nervioso. Junto las manos, la rodilla me rebota con ansiedad.

–Está bien. Vete.

–Cora, no me lo pongas más difícil. Intento hacer lo correcto.

–*Vete*. –Todo sale a la superficie a borbotones: la ira, la incredulidad, el dolor, el rechazo. Le confieso mi amor y, aun así, quiere abandonar. Me siento destrozada. Demolida–. ¡Vete, vete, vete! Sal de aquí.

Trato de desviar la mirada, de no hacer contacto visual, pero no puedo evitarlo. Alzo la vista y lo veo a Dean retroceder dos pasos. Sacude la cabeza de un lado al otro, los rasgos contraídos por el conflicto interno, y juro que le asoman lágrimas a los ojos. Pero sigue retirándose. Sigue yéndose.

Sigue abandonando.

Y cuando la puerta de entrada se cierra, me desarmo.

Dean dijo que teníamos que salir a respirar, pero no lo entiendo. No tiene sentido.

Se ha ido… y yo me he quedado sin aire.

CAPÍTULO TREINTA

La semana subsiguiente es una nebulosa. Pongo el cerebro en piloto automático para atravesar las jornadas laborales sin tener un colapso nervioso y me dibujo en la cara una sonrisa demasiado forzada. Mis alumnos están inquietos y distraídos con la inminencia de las vacaciones de primavera, lo cual me favorece: no creo que vayan a notar ni las ojeras que tengo ni el modo en que no paran de temblarme las manos.

La tarde del viernes siguiente, cruzo el estacionamiento de la escuela, me subo al auto y suelto un suspiro largo. Cierro con fuerza los dedos sobre el manubrio, la tensión que he estado guardándome todo el día comienza a liberarse y la fachada, a disiparse.

Ahora solo estamos mis demonios emocionales y yo.

Pero nos interrumpe mi teléfono, que se ilumina con un mensaje de texto nuevo. El nombre que aparece en la pantalla me toma desprevenida.

Mandy: Veámonos en la heladería a las 16:30

Ahí sentada, mirando la pantalla, se me arruga la frente y se me empiezan a sacudir las rodillas. Compruebo que ya son las cuatro y cuarto, enciendo el auto y me encamino al centro. Diviso el Kia Soul de mi hermana estacionado en doble fila delante del edificio conocido, así que aparco detrás. Hace más de un mes que no hablo con Mandy. Ha rechazado invitaciones de nuestros padres a cenar y ha ignorado los pocos mensajes que le he enviado desde que me dieron el alta del hospital.

No se lo recrimino. Para nada.

Y sin duda es por eso que estoy aterrada de enfrentarla ahora.

Respiro hondo para armarme de valor, me bajo del auto y entro a la tienda con piernas temblorosas. Hay un sol cálido y radiante que derrite el hielo que queda en las aceras y ofrece una degustación muy bienvenida de la primavera.

Me resulta inevitable esperar otro cambio de vientos hoy.

Mandy está sentada en una esquina con el celular y alza la vista cuando el tintineo de las campanitas de la puerta le anuncia mi presencia. Se incorpora mirando hacia mí, después se aproxima al mostrador para pedir los helados; la tradición de cumpleaños con la que no pudimos cumplir en noviembre, cuando yo estaba ocupada cayendo secuestrada y enamorándome de su prometido.

Se me cierra la garganta, de pie a su lado, mientras le hacemos nuestro pedido al empleado. Esperamos en silencio a que prepare los conos, que luego nos entrega por encima del mostrador. Como siempre, le damos un bocadito rápido –el de ella es de fresa; el mío, de cookies– y salimos en dirección al parque infantil. Nos saltamos la parte del saludo secreto y la selfi frente al edificio.

Nuestros columpios preferidos están vacíos, como siempre, probablemente debido a los pedazos de hielo que se derriten y humedecen los asientos. Los limpiamos con la mano, nos sentamos y yo me quedo esperando, nerviosa, a ver qué pasa después. Quiero decir algo para romper este silencio que me revuelve el estómago, pero las palabras me resultan esquivas, pegadas como están en mi interior como goma de mascar.

Le lanzo un vistazo a mi hermana, que se columpia con parsimonia a mi izquierda. Lleva el pelo atado en un moño peinado a la perfección y el maquillaje impecable. Su belleza siempre me ha quitado el aliento. Nunca entendí por qué quería esconderse detrás de toda esa base espesa, esos colores estridentes y esas pestañas postizas.

–Lo engañé, ¿sabías?

Casi se me cae el cono de helado.

–¿Qué?

–El verano pasado, en el cumpleaños de Allie. Dean estaba engripado, así que fui sola. Bebí demasiado y… –Se lame la mano para limpiarse las gotas de helado derretido de entre el pulgar y el

índice–. Fue un error fatal. Me sentí una mierda. Traicioné a una persona a la que amaba de verdad, y todo por inseguridades estúpidas, por el deseo de sentirme querida y apreciada, cuando ya lo era. No sé por qué no me alcanzaba… No sé por qué él no era suficiente.

La miro fijo, boquiabierta, mientras se me derrama helado en el regazo. Su confesión me ha dejado atónita. No sé qué decir.

–Siento que todo esto es una bofetada kármica. Y una parte de mí sabía, muy en el fondo, que yo había sellado nuestro destino con aquella única decisión estúpida, por más de que Dean nunca se enteró. Solo que… nunca se me ocurrió que fueras a ser *tú*. –Mandy me mira, y los ojos vidriosos me clavan la culpa y la decepción–. Siempre fuiste la fuerte. La afortunada. La *buena*. Siempre conseguías todo por lo que trabajabas. Lograbas todo lo que te proponías. Tenías la inteligencia y las buenas notas, el ingenio y el sentido del humor, el trabajo decente, la *casa*. Tienes casa propia, Cor… no llegas a los treinta años y ya estás arrasando.

»Yo con suerte terminé la secundaria. Apenas llego a fin de mes con la peluquería. Vivo en la misma porquería de apartamento de dos ambientes desde que dejé de estudiar.

–Mandy…

–Dean era todo lo que tenía. Era mi único trofeo… mi única victoria. –Toma una bocanada rápida de aire y concluye–: No podía lidiar con el hecho de que también te hubieras quedado con él.

Dios mío.

Estoy estupefacta, sentada en el columpio con la boca abierta y el helado goteándome por el brazo. Tengo que apartar la mirada para que no broten las emociones.

–No… no sabía que te sentías así. Yo siempre he tenido el punto de vista opuesto. Toda la vida te he envidiado: la belleza, la popularidad, la personalidad exuberante. Siempre te salías con la tuya. Siempre te festejaban y te adoraban… eras el centro de atención. Yo solo me ocultaba en tu sombra.

A ella se le escapa una carcajada abrupta.

–Qué gracioso lo diferentes que se ven las cosas del otro lado.

No sé bien cómo responderle, así que me quedo callada y lo proceso. ¿Todo este tiempo Mandy ha estado celosa de mí? La sola idea me resulta descabellada.

Mi hermana prosigue unos minutos más tarde, una vez que hemos asimilado nuestras confesiones.

–Esto no quiere decir que te perdone, Cor –dice, y se muerde el labio con la mirada clavada en el césped, debajo de la capa de nieve que se derrite–. Todavía no, en todo caso. No estoy lista… como tampoco estoy lista para perdonarme a mí misma por mis acciones. Pero puedo reconocer que somos todos seres humanos y todos nos equivocamos. Todos cometemos errores graves, desastrosos, de esos que cambian la vida, y a veces lo hacemos por razones superficiales y egoístas… y otras, porque el universo te toma desprevenida y te obliga a ir en una dirección que no veías venir.

»Y si bien eso lo entiendo, Cora, de verdad que sí, todavía no lo puedo aceptar. No puedo concebir la idea de ir a una cena familiar y que esté Dean sentado a la mesa al lado *tuyo*, de la mano *contigo*, besándote *a ti*. No puedo imaginarnos yéndonos de vacaciones o viéndonos en reuniones o saliendo de a cuatro o, Dios me libre, imaginarme siendo tía cuando pensaba que iba a ser madre.

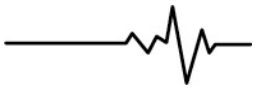
Cierro los ojos y las lágrimas se mezclan con el helado; tomo una bocanada que me quema la garganta.

A Mandy también se le escapan las lágrimas, y le vetean las mejillas rosadas.

–Pero lo que sí puedo aceptar es que lo nuestro no tenía que ser, y lo hecho hecho está, más allá del cómo o del porqué. Dean se merece ser feliz y, si es contigo, yo no me interpondré. Pero tampoco los acompañaré… ahora no. Todavía no. Hasta que mi corazón no sane por completo, no. –Alza la barbilla y mira el cielo nublado, con el cono de helado en una mano y la cadena del columpio en la otra–. Tal vez algún día.

Tal vez algún día.

Jugueteo con el corazón de mi collar con dedos pegajosos, trago con fuerza y dejo que sus palabras me llenen. «Tal vez algún día» suena muy esperanzador, y la esperanza ahora es lo único que tengo.



Son las siete de la tarde y estoy acurrucada en el sofá mirando Hogar HGTV con Penny en el regazo y Jude hecho una bola al lado mío. Casi parece que estuviera esperando que me escribiera, porque tomo el teléfono al mismo tiempo que este vibra con un mensaje de texto nuevo.

Dean: ¿Podemos hablar?

Hace unas semanas que nos vemos todos los viernes a la noche. Solo que no hemos conversado demasiado.

Yo: Sí. Estaba pensando lo mismo. ¿Te puedo llamar?
Dean: Preferiría que fuera en persona.

Bueno. Quizás por «hablar» se refiere a acostarnos, después de todo.

Yo: Okey.
Dean: Llego en un ratito.

Corro al baño a arreglarme: me suelto el pelo, me cepillo los dientes y me rocío un poco de perfume en el cuello. Quince minutos más tarde, los perros me anuncian su llegada arañando la puerta cuando él toca.

–Está abierto –voceo y, después de ponerme un poquito de brillo labial, voy a su encuentro. Dean está acuclillado en la entrada, rascándole la barriga a Jude como solía hacer con Tormenta. Penny le da vueltas a la pierna, rogándole la atención que él enseguida le brinda. El cuadro me provoca una sonrisa inevitable.

–Hola.

Dean levanta la mirada, con una expresión que disfraza lo que sea que esté pensando, y se incorpora.

–Hola.

Este suele ser el momento en que nos abalanzamos el uno sobre el otro, pero, como en serio quiero hablar primero, no sé bien cómo proceder; así que me quedo ahí parada, incómoda, jugando con mi pelo y golpeteando el suelo de madera con el pie descalzo.

Dean toma la iniciativa y se me acerca con un suspiro.

–Gracias por dejarme venir. Quería charlar de algunas cosas.

–Yo también… De hecho, iba a escribirte para tomar un café el fin de semana. Pero así está bien. –Nos sostenemos la mirada con fuerza, lo que me pone nerviosa. Trago saliva–. Em, siéntate.

Nos dirigimos al sofá, Dean detrás de mí, y se sienta más lejos de lo que me gustaría. Lo único que quiero es saltar a sus brazos y comérmelo a besos. Volvemos a hacer contacto visual; ninguno sabe bien cómo actuar. Ninguno está del todo preparado para afrontar las consecuencias de la semana pasada. Bajo la cabeza y los dos hablamos al mismo tiempo.

–Bueno…

–Quería…

Dean se aclara la garganta.

–Tú primero.

Junto coraje, asiento con la cabeza y giro en el sofá para ponerme de frente a él, con una pierna recogida delante de mí. Enrosco los dedos sobre el tobillo; el corazón me late con fuerza.

Sé sincera. Dile lo que quieres. No te guardes nada.

–Quería, em, pedirte perdón por arrastrarte a mi agujero negro estas últimas semanas. Por esconderte en las sombras. Por poner distancia. Por dejarte entrar y después alejarme. Fue injusto, porque sabía que querías más… Es que he estado tan avergonzada, tan confundida, que no lo manejé bien.

Observo cómo flotan sus ojos por mi cara; tiene la mandíbula tensa y las cejas arrugadas. No dice nada, así que continúo.

–Hoy hablé con Mandy. Me invitó a tomar un helado, nuestra tradición de cumpleaños en el parque. Charlamos mucho, y creo que vamos a estar bien. –Me arrimo y le tomo la mano–. No digo que vaya a ser fácil, pero tengo la esperanza de que algún día termine por aceptarlo. Hasta me contó que estuvo hablando con un chico y que hay chispa, quizás un día las dos lo superemos y…

–Cora, me voy.

Las palabras me descolocan, y le suelto la mano.

–¿Cómo?

–Mi trabajo me ofreció trasladarme a otra ciudad y voy a aceptar.

La incredulidad me desgarra y me ciñe el pecho. Me doy vuelta, meto los labios entre los dientes y trato de procesar lo que me está diciendo. El corazón que latía tan rápido de nervios, de emoción, de la posibilidad de *estar* con el hombre que amo, ahora se parte en dos.

–Ah. –Apenas un susurro, casi un suspiro–. ¿A dónde te vas?

–A Bloomington –responde tras una pausa, apartando la vista.

–Eso queda a tres horas de acá. –Me siento traicionada.

–Ya sé.

–¿Cuándo? –Casi me da miedo preguntar.

–En una semana –sigue sin mirarme a la cara–. Empiezo el otro lunes… Pondré mi casa adosada en alquiler y conseguiré un apartamento hasta que me acomode.

Se me escapa un sollozo, pese a los esfuerzos que hago para contenerlo. Dean me toma la mano, pero yo me aparto como si me hubiera quemado con un fósforo.

–No quieras consolarme cuando eres tú el que me está rompiendo el corazón. –Me levanto del sofá y camino hasta la ventana mirador, desesperada por alejarme. Desesperada por ocultar el dolor que me está causando.

–Corabelle…

–No me llames así –giro sobre mi eje y lo encuentro de pie detrás de mí.

–Escucha –avanza unos pasos cautelosos, como si fuera a morderlo o a salir corriendo–. Es la decisión más difícil que tomé en mi vida, y lo hago porque estoy seguro de que es para mejor. He hecho un esfuerzo descomunal por ser quien te ayude a salir de esto, pero lo único que hago es impedírtelo. No te dejo sanar.

–Mentira. Eres lo único que me ha dado energías para seguir.

Dean salva la distancia entre los dos y tiende las manos para asirme la cara con dulzura.

–Tienes razón. Y es por eso que debo irme. –Baja una mano y la apoya sobre mi corazón hecho añicos–. Debes encontrar esa energía en ti misma. Es la única manera.

–Ya no tienes permitido tocarme –me aparto con brusquedad.

–Cora –parece herido, como si le hubiera atravesado el pecho con un puñal–, por favor. Trata de entender.

–No, si entiendo. Lo has dejado clarísimo. –Con las piernas temblando, me enjugo las lágrimas–. Te divertiste y ahora pasas a otra cosa.

Hay un destello de furia en su rostro.

Mierda.

Retrocedo por instinto, asustada por las palabras con las que está a punto de liquidarme.

–¿Me *divertí*? –repite Dean, y avanza con los ojos encendidos de incredulidad–. ¿Te crees que ser secuestrado por un asesino serial, estar encadenado a un poste tres semanas, verme obligado a violar a la hermana de mi novia a punta de pistola y asesinar a un tipo a sangre fría con mis propias manos ha sido *divertido*? –Tiene los dedos cerrados en dos puños a los costados, y su cara es una máscara de ira–. ¿O te piensas que enamorarme de ti ha sido divertido? ¿Enamorarme de la única mujer del mundo con la que no puedo estar, ver cómo se me escurre de entre los dedos, poco a poco, día tras día, hasta encontrarla casi muerta de una sobredosis?

»O tal vez te refieres al sexo. Tener sexo siempre es divertido, ¿no? La he pasado increíble tratando de llegar a ti de la única puta manera que puedo, haciéndote el amor y no seas capaz ni de mirarme a los ojos, queriendo juntar las migajas que me arrojas sin realmente *tenerte*. Divertidísimo despertarme todas las mañanas en una cama vacía, con las sábanas impregnadas de tu olor, burlándose de mí y recordándome tu ausencia. Y sobre todo ha sido divertido tener que transformar toda mi vida, al punto de mudarme de ciudad, porque me importas tanto que no soporto más verte sufrir.

Estoy respirando con dificultad, casi tanta como él, y la culpa batalla con el estupor y la rabia. Usé la palabra incorrecta, sí, pero aun así esto resulta una ofensa a todo lo que vivimos juntos.

–No te hagas el mártir, Dean. Si me amaras de verdad, te quedarías.

–Sí te amo. –Me vuelve a poner las manos en los hombros–. Te amo. Con locura. Pero, justamente, no necesitas locura ahora, sino *paz*. ¿No lo entiendes, Cora? ¿No lo ves? –Me sujeta con firmeza, se me pone directamente enfrente–. Me voy porque te amo.

No lo entiendo.

No lo veo.

Lo único que veo es que no me elige.

Lo único que veo es el abandono.

–Soy una chica grande. No te corresponde a ti decidir qué es lo mejor para mí.

–Me pediste que te ate –baja la cabeza y exhala por la nariz.

–¿Y? –Lo aparto y me cruzo de brazos–. Muchas parejas hacen eso.

–Nosotros no. Tú y yo no. –Se pasa las dos manos por el pelo y las enlaza en la nuca–. La puta madre, Cora… eso fue una señal enorme de alerta. ¿Cómo vas a pedirme algo así después de todo lo que vivimos? ¿Cómo vas a querer eso?

–¡No sé! –Alzo las manos–. Salió y ya. ¿Qué tiene de malo?

–Que… –Dean se me vuelve a acercar, con lágrimas en los ojos, y las manos todavía detrás de la cabeza, como si necesitara refrenarse para no tocarme–. Que es un agujero que estás tratando de llenar. Un vacío. Y esto va a sonar muy mal, pero creo que una parte de ti extraña el sótano.

Los ojos se me abren como platos. El estómago me da un vuelco.

–Cómo te atreves.

–Lo digo en serio, Corabelle. Ahí abajo no importaba nada más que tú y yo y tratar de sobrevivir. Yo era todo lo que tenías, y nos aferramos el uno al otro y eso estaba *permitido*. Era necesario. Pero ahora volvimos al mundo real y todo es diferente, y creo que echas de menos eso.

No dejo de negar con la cabeza, en rechazo a todas y cada una de sus palabras.

–Es un horror eso. No me conoces en absoluto.

–Sí que te conozco. Te conozco bastante bien. –Dean suspira y se pelliza el puente de la nariz, al tiempo que lo invade una expresión de derrota–. No quiero terminar las cosas así. No quiero que me odies.

–Bueno, no puedes evitarlo, Dean –me río con amargura–. Tú eres el que está acabando con esto, no puedes también querer controlar las repercusiones.

Él retrocede un paso, se pasa la lengua por los dientes y se mete las manos en los bolsillos.

–Sí. Supongo que es cierto.

–Creo que lo mejor será que te vayas, ahora.

Así puedo ir a llorar con mis perros hasta la década que viene.

Dean alza los ojos hacia mí. Están llenos de dolor, llenos de incertidumbre. Pero aun así lo está haciendo. Me abandona para que junte yo sola los pedazos del trauma que compartimos. Me doy vuelta; tengo miedo de colapsar de angustia si no dejo de mirarlo.

Y entonces él me recoge entre sus brazos, me sujeta con fuerza contra su pecho, me pone la boca al oído.

–Dios, lo lamento muchísimo. No quería salir por esa puerta sin hacerte entender por qué necesito hacer esto… pero me doy cuenta de que no lo comprenderás hasta que me haya ido. Y lo siento tanto, Cora, de verdad. Lo último que quiero es causarte más dolor, pero te prometo que esto es lo correcto. –Dean me aferra, me estruja, me sostiene la cabeza por detrás y enhebra los dedos en mi pelo. Me da besos por el cuello y yo me echo a llorar sin control–. No llores. No llores, mi dulce Corabelle. Te amo muchísimo.

No puedo detener el llanto. No sé si alguna vez parará.

Dean se aparta despacio, lleva las manos a mis mejillas y me seca las lágrimas. Me besa la frente, la nariz, y termina en los labios, para un último adiós.

–Sigues siendo mi amor. Siempre serás mi amor.

Después me suelta, me da la espalda y se dirige a la puerta.

Me abruman las emociones –el amor, el dolor, el arrepentimiento, el enojo– y, cuando va a girar la manija, lo llamo.

–Espera.

Dean vacila y me mira.

Me llevo la mano detrás del cuello y, avanzando en su dirección, desabrocho la cadena del collar. Sus ojos bajan de mi rostro al dije de oro que le extiendo mientras me le acerco. Niega con la cabeza, sin querer creer lo que ve.

Tomo su mano, la abro y deposito el relicario en la palma con delicadeza. Él cierra los ojos y el puño, y exhala un suspiro hondo.

Antes de darle la espalda, lo despido:

–Ojalá hubieras luchado por mí con la misma fuerza con la que luchaste por escapar del sótano.

Debería haberme dado vuelta antes, haberme alejado más rápido, haber desaparecido por el pasillo… pero titubeo. Lo miro fugazmente antes de retirarme y capto su reacción.

He visto una buena cantidad de horrores, muchos de los cuales todavía me mantienen en vela por las noches.

Pero me temo que nada me perseguirá como lo hará la expresión con la que Dean sale por mi puerta y se aleja de mi vida.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Sobrevivo a la semana a duras penas.

No fui a trabajar ese lunes porque no me había recuperado del todo de la bomba que me había caído el viernes a la noche. Ahora, tras días de aislamiento y de ignorar todo mensaje de texto y toda llamada, por fin me aventuro al exterior y aterrizo en el umbral de la casa de mis padres la tarde del domingo siguiente.

Mi mamá abre la puerta y colapso en sus brazos casi literalmente.

–Cora… mi amor –dice con su tono familiar y relajante mientras me acaricia el pelo–. ¿Qué pasó?

Ah, nada del otro mundo. Simplemente sufrí los peores cuatro meses de mi vida, solo para que me partan el corazón en mil pedazos cuando por fin empezaba a ver la luz al final del túnel.

Mientras mamá me arrastra adentro y cierra la puerta, le lloro al hombro como una idiota sollozante.

–Se fue –berreo.

No tendría que estar haciendo esto. No tendría que estar desmoronándome delante de la mujer que estuvo a punto de ser la suegra de Dean… por Mandy. Es retorcido, y eso solo me hace llorar más.

Pero de verdad necesito a mi mamá ahora.

–Subamos y charlemos, corazón.

Me recompongo lo suficiente como para tambalearme escaleras arriba y zambullirme entre las sábanas de la cama de la habitación para huéspedes. Mi mamá se mete conmigo, me abraza y simplemente me deja llorar un rato. Es lindo bajar la guardia y ser consolada tras una semana de afrontar sola la tempestad.

Antes los brazos reconfortantes eran los de Dean, pero ya no está.

Mamá me aparta de la cara el pelo mojado por las lágrimas y me susurra palabras de ánimo contra la frente.

–¿Quieres hablar del tema?

Asiento con la cabeza. Quiero, de verdad que sí… pero no sé cómo.

–Es que no estoy segura de cómo hablar contigo de esto. Voy a sonar como una zorra.

–Soy tu madre, Cora. Nunca podría pensar así de ti. Papá y yo estamos muy al tanto de la situación que se desarrolló y, si bien nos sorprendió, jamás te juzgamos ni pensamos mal de ti.

–¿Cómo? –La miro con los ojos enrojecidos–. *Yo* me juzgaba. Todavía me juzgo.

–Porque te amamos… sin condiciones.

Trago para quitarme el nudo pegajoso que se me forma en la garganta y me acurruco contra la tibieza de su cuerpo.

–No tenía que pasar nada de esto. No debe ser así.

Mi mamá sigue acariciándome el pelo, la mejilla, el brazo arriba y abajo. Los movimientos doman a mi corazón errático. Ella deja pasar unos instantes de silencio, en los que yo absorbo la paz momentánea, y luego habla.

–Esto me recuerda a tu penúltimo año de la secundaria, cuando estuviste seis días en cama con mononucleosis –evoca, mientras su mano continúa su ascensos y descensos–. Estabas muy enferma. Casi no podías levantarte.

–Todas las noches me abrazabas así y me cantabas canciones de cuna. Me daba mucha vergüenza y te decía que te fueras porque ya no era una bebé, pero en secreto me encantaba. –Me cubre una sonrisa melancólica–. Me hacía sentir mejor.

Ella asiente con la cabeza.

–Y todos los días, a la hora de la cena, te traía sopa casera de pollo y fideos a tu habitación.

Todavía la recuerdo. Era deliciosa. Empecé a desearla todos los días. Incluso cuando no tenía apetito, esa sopa me entibiaba y me hacía sonreír.

–Me acuerdo. Me encantaba.

Mi madre se aparta para mirarme a los ojos, y una sonrisa cómplice se extiende por su cara bonita. Se inclina para besarme el nacimiento del pelo y después susurra:

–Esa sopa la traía Dean.

Se me cierra el pecho y el aire se me escapa en una expresión de asombro.

–¿Qué?

–Venía todos los días después de la escuela a estudiar con Mandy, y te traía sopa. Nunca exageró el gesto, siempre actuó como si no fuera nada. –Nota mis ojos abiertos y llorosos y me aprieta un poquito el brazo–. Siempre le importaste, Cora.

La cabeza me da vueltas a toda velocidad, y me remonto en el tiempo a los días en que nos molestábamos y nos detestábamos. Los únicos momentos destacados de los años que pasé en la secundaria con Dean son los de bromas elaboradas, como cuando se robó una tarántula del laboratorio de la escuela y la escondió en uno de mis zapatos de gimnasia.

Eso fue en mi primer día.

Y fue después de que hubiéramos cruzado una mirada dulce en la clase del profesor Adilman lo que me había hecho pensar que nos volveríamos amigos.

Nop. Acto seguido apareció una araña peluda en mi zapato y me traumó tanto que me pasé la mitad del día recuperándome en la enfermería.

No había ni gestos heroicos ni palabras amables.

No había sopa.

Me humedezco los labios secos con la lengua, confundida.

–¿Por qué no me lo contaste?

–No estoy segura –suspira, y se recuesta sobre la almohada. Gira la cabeza y ve que sigo mirándola. Procesando–. Pero después empecé a notar cosas. Detalles. La manera en que te miraba, a veces, tenía en los ojos… no sé. Admiración. Cariño. Me parece que él ni se daba cuenta. Ni él ni tú.

–Crees… ¿crees que siempre sentimos algo el uno por el otro?

No. No puede ser verdad. Yo lo *odiaba*, y él a mí.

–Inconscientemente, creo que siempre tuvieron una conexión especial –dice, pensativa–. Nunca puse en duda su lealtad para con Mandy, sé que se querían muchísimo. Pero, con el correr de los años, empecé a notar las cosas que los diferenciaban. Al crecer, se convirtieron en personas distintas, que no eran tan compatibles como al principio. Claro que nunca anticipé que fuera a suceder algo así, pero… no puedo decir que el desenlace me haya tomado completamente desprevenida.

Pestañeo con el estómago hecho un nudo.

–¿No lo odias?

–No lo odio, mi amor. –Mi madre me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja–. Dean siempre ha sido como un hijo para mí, y tanto tu padre como yo sabemos que nada de esto fue intencional. No es que hubo un complot nefasto para lastimar a tu hermana. Ha sido una situación horrible para todo el mundo, y sabíamos que habría por delante un camino complicado con decisiones aún más complicadas. Tu hermana y yo hemos conversado largo y tendido, y va a llevar su tiempo, pero confío en que todos terminarán resolviendo las cosas. –Me da un beso en la frente–. Sufrimos por Mandy. Sufrimos por ti. Sufrimos por Dean.

Por las mejillas me caen arroyos silenciosos de lágrimas, y giro para acostarme sobre la espalda, con un suspiro hondo.

–Se fue, ma. Dijo que estaba impidiéndome sanar, así que aceptó un traslado laboral a Bloomington, solo para alejarse de mí. Según él, porque me ama, pero no tiene sentido… –Las lágrimas silenciosas se vuelven ruidosas con el golpe renovado de la realidad–. No sé cómo salir de esto sin él.

Los brazos de mi mamá me vuelven a arropar y me arriman a ella.

–Cora, mi amor… no hay amor sin sacrificio. A veces el sacrificio es levantarte diez minutos antes para hacerle el café a tu pareja. Otras veces es tener dos empleos para mantener a tu familia. Otras es quedarte toda la noche en vela con tu bebé recién nacido para que la otra persona por fin pueda dormir. Otras, palear la nieve para que el otro pueda usar el auto después de una tormenta. –Me apoya la palma en la mejilla húmeda y esboza una sonrisa–. Y otras veces es hacer el mayor sacrificio de todos y alejarse porque es para mejor.

–Yo no quiero ser el mayor sacrificio de todos –niego con la cabeza entre los sollozos de agonía–. Quiero ser el del café.

–Ay, corazón. –Mi madre me abraza con fuerza, y se le escapa una risita–. Debes pensarlo como un acto de amor, no como una traición. Y creo que deberías aprovechar este momento para meditar y rearmar tu vida. Yo estoy aquí para ayudarte con lo que necesites, y tu papá también. Esto no tiene por qué ser un final… piénsalo como una oportunidad para volver a empezar.

Sorbo por la nariz y rememoro la última conversación que sostuve con Dean en mi sala de estar el viernes pasado.

Evoco la mirada que me dirigió cuando le devolví el relicario –el regalo más precioso que me hicieron en mi vida– y le grité mi enojo. Ese fue nuestro último momento juntos. Nuestro último baile. Y permití que mis demonios se apoderaran de mí y lo atacaran cuando él estaba sufriendo igual que yo.

Tal vez mi madre tenga razón. Tal vez todo esto se trate de amor.

Tal vez el amor sea cantarle su canción favorita en la oscuridad para que pueda dormir. Tal vez el amor sea regalarle tus zapatos para darle calor. Tal vez el amor sea ir a su casa en la mitad de la noche porque hubo un apagón y sabes que le tiene miedo a la oscuridad.

Y tal vez el amor sea alejarte de su vida porque es la única manera de que vuelva a hallar la luz.

Yo quería creer que nuestra situación era el motivo por el que se habían transformado nuestros sentimientos; por el que habían cambiado y fluctuado como la marea. Pero sentimientos como estos no se desarrollan en el transcurso de tres semanas. Nacen con el tiempo, brotan y florecen, y se manifiestan como algo que nos excede a los dos.

Nuestro calvario habrá abierto una puerta, pero en realidad ya estaba entreabierta. Dean y yo siempre tuvimos una conexión, una química singular. Estaba disfrazada de burlas y chistes, de palabras hostiles y bromas tontas, pero siempre hubo *algo*. Y si reprodujera los últimos quince años en la mente como una película, vería las señales. Notaría las cosas que elegí desatender por las circunstancias, por ignorancia y por nuestra terquedad.

Reconocería la expresión de sus ojos mirándome por el espejo retrovisor cuando rescatamos a Tormenta en medio de la carretera nevada.

Vería el horror y la culpa en su rostro cuando pensó que me había lastimado con la rosquilla de almidón de maíz.

Analizaría sus guiños y morisquetas y el destello de su mirada cuando me hallaba cerca.

Sentiría el cuidado de sus brazos en el hospital veterinario llenándome de esperanza.

Recordaría cómo fue a buscarme aquella noche fatídica de noviembre a las dos de la mañana; sin vacilar, sin preguntar nada.

Oiría las palabras nobles que pronunció en el sótano: «Haz lo que quieras conmigo. Déjala en paz a ella».

Regresaría a mi sala de estar ese viernes y lo escucharía, con verdadera atención, y actuaría de manera muy distinta.

Se me escapa un gimoteo desesperado y me incorporo en la cama, me enjugo los ojos con la muñeca y miro a mi madre.

–Me… me tengo que ir.

Ella me pasa los dedos por el pelo una última vez y, dándome un apretoncito suave en el hombro, se aparta.

–Lo sé.

Me inclino para abrazarla, la rodeo con fuerza con los dos brazos, hundo la cara llorosa en su cuello e inspiro su perfume de vainilla; un aroma que es mi madre.

–Gracias. Perdón por todo lo que te he hecho pasar.

–Ay, Corabelle… – Antes de soltarme, me besa la mejilla–. Ponte mejor, nada más. Estar mal no es nada de lo que avergonzarse, pero no puedes quedarte así para siempre. Acá te apoyamos todos.

Nos damos un último abrazo y bajo corriendo las escaleras, salgo de la casa y me subo al auto. Es apenas pasada la una de la tarde, y quizás todavía no se haya ido.

Quiero despedirlo. Despedirlo *de verdad*.

Cruzo el pueblo volando; de seguro cometo por lo menos once infracciones en el camino; y estaciono delante de su casa adosada, donde bajo del auto de un salto dejando la puerta abierta. Corro por el sendero conocido hasta la puerta, golpeo y espío por la ventana

del costado. Miro por el cristal polvoriento con ojos entrecerrados, pero todo parece vacío. Desocupado. Deshabitado y despejado.

No.

Llegué demasiado tarde.

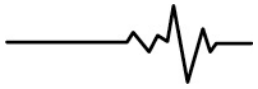
Me doy vuelta y dejo resbalar la espalda por la puerta hasta sentarme en el escalón de cemento. Pienso en llamarlo. En escribirle.

Pero no sé ni qué le diría.

Me da miedo que todo suene así:

«Te quiero. Te necesito. Regresa».

Y ahora sé, con seguridad… que la que debe regresar soy yo.



Quince minutos más tarde, cruzo el jardín delantero de mi casa, deambulando como un zombi, exhausta y agotada. Tan distraída vengo con mi aflicción que casi no veo el sobre pegado en la puerta turquesa, que lleva mi nombre garabateado en el frente.

«Corabelle».

Se me corta el aliento; estirando la mano, tomo el sobre blanco de la puerta y rozo con el índice el nombre escrito en tinta negra. Trago con fuerza, desgarro el papel y entonces se me escapa un gritito ahogado.

Adentro está metido mi relicario, junto con una nota manuscrita:

Sigue latiendo.
Sigues estando bien.
Y te sigo amando.
Dean

El sollozo y las lágrimas vuelven borrosas las palabras. Extraigo la cadenita de oro que ya conozco con una mano temblorosa y, con el sobre apretado entre las rodillas, me sujeto el collar detrás del pelo. El dije cae entre mis senos, corazón con corazón, y sonrío al sentir el peso ínfimo sobre el pecho. Después me toco las costillas con la

punta de los dedos y cierro los ojos, para dejar que el latido de mi corazón vibre por mi cuerpo y me llene de paz.

El amor es muchísimas cosas en las que nunca pensé, que nunca imaginé, que nunca *supe*… y una de ellas es convertirte en la mejor versión de ti misma, por muchos obstáculos que se interpongan en el camino. Por más oscuro, dificultoso o doloroso que sea el camino a la recuperación. Por muchos golpes o reveses que intenten devolverte al lodo.

No podemos entregarle el corazón a otro sin amarlo nosotros primero.

Y eso es justo lo que planeo hacer.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Ocho meses más tarde

Doy gracias por el noviembre templado, porque todavía puedo subirme a la bici y sentir la brisa en la cara mientras se me vuela el pelo y me hace cosquillas en la nariz.

Son las pequeñas cosas las que me sacan una sonrisa.

Freno delante del café pintoresco del centro, estaciono la bicicleta en la estructura de metal y me aliso el cabello alborotado por el viento. Ha sido una semana agotadora en la escuela, con el cierre de los trabajos de este trimestre y la preparación para los exámenes antes de entrar en las vacaciones de Acción de Gracias. Nuestro café mensual me tiene entusiasmada desde que el despertador me arrancó esta mañana de un sueño idílico, que consistía en arena entre los dedos de los pies y la risa de él bailando sobre las olas.

Despejo la fantasía, me acomodo el jersey y me quito una hoja rebelde de la bota que me llega hasta las rodillas. Me cuelgo el bolso de un hombro, empujo la puerta de entrada y escudriño el café en busca de mis citas.

–¡Cora!

Miro a mi izquierda y, cuando las diviso en una esquina, saludo con una sonrisa.

–Perdón por el retraso –me disculpo; no he terminado de recuperar del todo el aliento, después de los ocho kilómetros recorridos–. Decidí venir en bici a último momento, el día estaba precioso.

–Solo tú puedes verte como una estrella de cine después de una sesión de cardio de veinte minutos.

–Lo dudo. Les mostré las tetas como a diez personas en el camino y me comí la mitad del pelo –bromeo.

Me acomodo el escote en V del suéter, arrepentida del atuendo que elegí, y me deslizo en el asiento. Miro a la bebé, Esperanza, que sigue asegurada en su butaca para el auto, jugando con los móviles y los juguetes que tiene delante.

–Está enorme.

–El martes cumplió diez meses. Impresionante, ¿no?

–Guau.

La bebé es hermosa, tiene mechones de pelo negro sedoso, iguales a los de su madre. Los ojos son como zafiros, las mejillas, redondas y rosadas. La miro a Tabitha por encima de la mesa y la encuentro contemplándome con expresión pensativa.

–¿Qué pasa? ¿Tengo un bicho? –Me paso los dedos con frenesí por el pelo rubio dorado, y Tabitha se ríe.

–Estás libre de bichos. Solo te estaba admirando.

–Ah. –Bajo los brazos y relajo los rasgos.

–Estás radiante, Cora. Te ves increíble –me dice, dobla las manos sobre su taza de café y ladea la cabeza para seguir estudiándome–. Estoy orgullosa de ti.

Dejo que sus palabras me bañen con su poder calmante, y me brota una sonrisa. La verdad es que me *siento* increíble. Más liviana. Más suave. Libre y sin peso.

Los últimos ocho meses han sido muy desafiantes, estuvieron llenos de luchas cuesta arriba, de horas y horas de terapia y dificultades con mi salud mental, y de promesas a mí misma, todas las mañanas, de estar mejor que el día anterior.

Me incorporé a un grupo de apoyo para personas con estrés postraumático y conocí una gran cantidad de amigos nuevos y espíritus afines. Empecé a andar en bicicleta como terapia y recuperé una cantidad saludable de peso y masa muscular, lo que me infundió seguridad y me incitó a derrochar dinero en un guardarropa nuevo. Todos los meses me tomo un café con Tabitha, todas las semanas ceno con mis padres –y con Mandy y su nuevo novio– y con frecuencia me junto con Lily y alguna que otra compañera de trabajo para una noche de chicas y películas. Todas

las mañanas paseo a mis perros un rato largo. Estuve trabajando en la escuela durante el verano para mantenerme ocupada y distraída. Escucho podcasts y audiolibros inspiracionales. Bebo licuados. Tomo mis vitaminas.

Hasta me tatué.

No voy a mentir y decir que ahora todo es perfecto. Sigo teniendo pesadillas. Todavía duermo con la luz encendida porque la oscuridad me inquieta. Sigo sobresaltándome cuando alguien me toca de forma inesperada, y todavía me abstraigo, a veces, y disocio en mitad de una conversación sin darme cuenta.

Y… todavía lo extraño.

Pero estoy sanando. Estoy aprendiendo. Estoy creciendo. Y ya no volveré nunca a ser la persona que era hace ocho meses.

–Gracias –respondo con un susurro, y me acomodo detrás de la oreja un mechón de pelo que me aclaré hace poco–. Tú también estás fantástica. Te juro que te pones más linda cada vez que te veo.

Ella baja la cabeza y las mejillas se le llenan de un rubor alegre; después señala con un ademán de la cabeza la taza sin dueño que hay a mi lado.

–Te pedí un café.

–Ay, gracias. –Tomo la bebida, me la llevo a los labios y suspiro hondo–. Capuchino de vainilla con café extra. Eres mi heroína.

Realmente son las pequeñas cosas.

Tabitha juguetea con una de sus pulseras holgadas y ojea mi muñeca.

–El tatuaje está genial. Se curó muy bien.

Me miro el diseño sencillo que asoma debajo de la manga larga. Levanto el brazo para que ella pueda verlo mejor y me acaricio con la yema del pulgar el lugar donde palpita mi pulso. Es un latido, un dibujito de un electrocardiograma, grabado sobre las diminutas cicatrices que me tallé en la muñeca con las uñas. Está delineado en el lugar exacto donde Dean me tocaba para consolarme, y es un recordatorio cotidiano de todo lo que he sufrido y superado. Me ha entrenado para dejar de rascarme, un hábito ansioso que incorporé después del rescate. Y, bueno… me recuerda a él.

–Gracias. Me encanta. Me mantiene presente… en el momento, ¿entiendes?

Ella asiente con la cabeza.

–He estado pensando en tatuarme algo en honor a Matthew. Quizás el nombre de Esperanza entretejido en una mariposa. Es un insecto que me hace sonreír. –Tabitha sorbe su café, traga y aborda la pregunta siguiente–: ¿Has hablado con Dean, últimamente?

El corazón se me acelera con la sola mención de su nombre. Uy.

–Cada tanto –le cuento, me hundo en el asiento y me pongo a jugar con el cinturón de mi vestido–. Me escribe a veces para saber cómo estoy. En agosto me dejó un mensaje de voz muy lindo por mi cumpleaños. –Con una risita, recuerdo nuestra última interacción en redes sociales–. Hace poco me etiquetó en un artículo que describía las mejores bromas pesadas del mundo. Dijo que estaba tomando nota.

Tabitha sonríe por encima de la taza y, cuando Esperanza chilla al lado nuestro, le hace cosquillitas en los dedos.

–Qué bueno, Cora. Me alegro de que no se haya cortado por completo la comunicación.

Yo también. No sabía bien qué esperar esos primeros meses desde que se fue; ni siquiera sabía bien qué quería yo. Dicen que la clave para sanar es «ojos que no ven, corazón que no siente», pero nunca sentí que necesitara sanar de Dean. Necesitaba sanar de mí misma. Y no podía imaginar un futuro en el que él hubiera dejado de existir, así como así.

Así que el contacto ocasional ha sido revitalizante. Nunca permitimos que las conversaciones se vuelvan emocionales o viren hacia el territorio de la intimidad. Me pregunta en qué ando. Yo le pregunto en qué anda. Nos mandamos un meme gracioso cada tanto.

Nos mantenemos conectados.

Atados, pero con el nudo flojo.

Por ahora, es suficiente.

Solo que no estoy segura de si alcanzará siempre.

Esperanza se pone inquieta y Tabitha le da una oblea para que mastique con las encías, mientras continuamos la charla entre café y

risitas. El tiempo se nos escurre de las manos, como suele suceder en nuestros encuentros mensuales, y mi amiga tiene que irse a un turno médico. Cuando nos abrazamos para despedirnos, siento que sus brazos me envuelven con un poquito más de fuerza y su aliento me susurra al oído.

–Eres una inspiración, Cora. El verdadero significado de la esperanza.

Nos separamos y, con los ojos llenos de lágrimas, le ofrezco una sonrisa llorosa.

–El sentimiento es mutuo.

Las miro a las dos abandonar del café y le devuelvo el gesto que me hace Tabitha con la mano antes de desaparecer por la acera. Tomo mi bolso y, cuando estoy a punto de salir también, me acuerdo de que quería llevarles a Jude y Penny dos *puppuccinos*; que, básicamente, son vasitos rellenos de crema batida.

Batido me va a quedar el pelo con el viaje de regreso en bici.

La ridiculez de meter dos vasos de crema batida en el bolso para transportarlos a casa me causa risa, y me acerco al mostrador. Oigo que la puerta tintinea detrás de mí mientras estoy pidiendo, después me aparto a un costado y espero. Una vez que he recogido los vasitos y me he asegurado de que las tapas estén bien selladas, doy media vuelta y me topo con un cuerpo firme.

–¡Uy! Mil disculpas.

–Mierda. Lo siento.

Esa voz.

Los dos alzamos la vista, hacemos contacto visual, y yo me quedo petrificada.

Entonces se me cae uno de los dos *puppuccinos* y me mancha toda la bota de crema batida. Debería limpiarla, pero parece que no puedo quitarle los ojos de encima al hombre que tengo delante, y moverme, así en general, está fuera de mis posibilidades, definitivamente.

La cara de Dean está marcada por la sorpresa, teñida por la fascinación y repleta de «uh, mierda».

–Se te cayó algo.

Pestañeo mientras asimilo sus palabras, muy despacio. Cuando termino de comprenderlas, no puedo evitar una sonrisita, que no hace más que iluminarse cuando a él también se le extiende una en el rostro.

–¿Sí? –digo con voz finita, con una mezcla extraña de incredulidad, asombro, confusión y familiaridad intensa.

–La pierna de mi pantalón es testigo.

Bajo la mirada y me ruborizo de vergüenza al notar las manchas de crema batida en sus jeans. Cuando vuelvo a alzar la vista, la gracia se ha disipado, y ninguno de los dos amaga a limpiar nada.

–Te ves fantástica, Cora –susurra; escanea mis curvas saludables y mi pelo más corto, y se detiene en la chispa renovada de mis ojos–. Ni te reconocí cuando entré.

Bajo la cabeza, casi con timidez.

–Es que estás acostumbrado a verme con pantalones deportivos –bromeo.

Dean me sigue estudiando de pies a cabeza, pero no como un pervertido; es casi como si estuviera empapándose de mí. Saboreando todos los pedazos de mí que he vuelto a ensamblar.

–No es eso.

Los dos sabemos que no es eso.

Trago saliva e intento encontrar las palabras que he estado tan desesperada por decirle durante estos ocho largos meses, pero, ahora que está acá, se me traba la lengua. Me mordisqueo el labio y nuestros ojos se vuelven a atraer.

–A ti también se te ve bien.

Y es verdad. Se lo ve *muy* bien. Lleva puesta una camisa de vestir negra y almidonada sobre una camiseta blanca con la imagen de una banda y jeans oscuros. Tiene el pelo desordenado y un poquito largo; una barba incipiente le cubre la mandíbula. Y creo que tiene los ojos aún más azules… ¿es posible eso?

Al ver que no responde, carraspeo y trato de emitir más palabras.

–¿Qué haces en el pueblo?

Dean parece despertarse por fin de la fantasía en la que andaba perdido y, rascándose la nuca, cambia el peso de una pierna a la otra.

–Vine a visitar a mi mamá. Además, mi amigo Reid… quería hablar conmigo de algo, así que estoy yendo a encontrarme con él.

Odio las ganas que me dan de que la respuesta hubiera sido, simplemente… *tú*.

Me paso los dedos por el pelo y me lo acomodo del lado contrario. Tengo un presentimiento sobre qué es lo que quiere hablar Reid con él, pero no me corresponde a mí decirlo, así que solo asiento con la cabeza y me quedo ahí parada, en un silencio incómodo. Parece que se me agotaron las palabras.

–Tenía ganas de verte, Cora. –Dean aprieta los labios, tensiona la mejilla y suelta un suspiro lento–. Muchas. Pero… no sabía si tú querrías verme, ni quería trastornar tu vida. No quería pasar y sacudirte, solo para alejarme de nuevo. Me pareció más sencillo mantener la distancia.

–Lo entiendo –digo enseguida, y fuerzo una sonrisa agradable mientras mi mano se aferra al vasito de *puppuccino* que sobrevivió.

La manga del suéter se me resbala hasta el codo y llama la atención de Dean, que se queda mirando el pequeño tatuaje de mi muñeca. No se me escapa la bocanada brusca de aire que toma cuando lo ve. Se lo muestro, orgullosa de mi nueva obra de arte.

–¿Te gusta?

Dean parece irse un momento, dejarse llevar lejos, y me pregunto si será al mismo lugar a donde a veces voy yo. Carraspea y asiente con un ademán.

–Sí. Me gusta mucho.

Se nota que quiere tocarlo. Quiere tender la mano y presionar el pulgar sobre el reverso sensible de mi muñeca, delinear el dibujo, erizarme la piel de todo el cuerpo. Se lo veo en los ojos. Pero él resiste la tentación y opta por meterse las manos en los bolsillos.

–Bueno, no quiero retenerte. Seguro que no te quedarás mucho tiempo en el pueblo –suelto.

Eran, literalmente, las últimas palabras que quería decirle, pero se me escaparon.

A juzgar por la mandíbula, que se le tensa, y la mirada, que cambia, me parece que también eran las últimas palabras que Dean quería oír.

–Sí –responde, se alborota el pelo con una mano y baja la barbilla al pecho–. Debería irme.

–Okey. –Me muerdo el labio con fuerza, para evitar que expulsen más mentiras.

–Qué linda sorpresa. –Estira la boca en una sonrisa tensa–. De verdad que te ves bien.

–Tú también.

No somos esto. Somos más que una conversación trivial y un diálogo superficial.

Maldita sea.

Pero entonces se empieza a alejar, con los jeans manchados de crema batida y los ojos llenos de oportunidades perdidas; a mí los pies se me quedan pegados al suelo de la cafetería, y soy incapaz de hacer mucho más que observar. Me siento impotente. Atascada. Conflictuada.

Dean me lanza un vistazo por encima del hombro y cruza la puerta. Demasiadas palabras no dichas pasan entre los dos con esa única mirada fulminante. Es fugaz. Llega y se va en un parpadeo y, sin embargo, me estruja el corazón como un puño.

Exhalo con fuerza, me inclino para recoger el vaso caído y tomo una servilleta para limpiar los cerámicos. Echo la basura en el cesto junto a la puerta y lo observo a Dean andando por la acera, donde se detiene solo un momento. Se queda ahí, vacila y se frota la nuca mirándose las botas. Después sigue caminando.

Cierro los ojos.

Respiro hondo.

Entonces digo: «A la mierda».

Fuerzo a mis pies a moverse, empujo las puertas y troto por la acera transitada con el pelo y las inhibiciones detrás.

–¡Dean!

Él se frena en seco, gira sobre su eje y la boca se le curva en una sonrisa al verme corriendo hacia él. Un marcado alivio se entremezcla con su sorpresa.

Ralentizo y me detengo delante de él, me arreglo el pelo y me río con jovialidad.

–¿Podemos repetir eso?

–Por favor –accede él con una risita, las manos en las caderas y los ojos destelleando bajo el sol otoñal.

–¿Vuelvo a dejar caer la crema batida?

Dean finge meditarlo, rascándose la mandíbula.

–Creo que podemos saltearnos esa parte.

Yo asiento con la cabeza, me pongo de puntillas y le rodeo el cuello con los brazos, presiono el pecho contra el suyo, el corazón contra el suyo, y le rozo la piel de la garganta con la boca. Lo respiro y me siento en casa.

Y madre mía, ¿qué es esa colonia que lleva puesta?

¿Es nueva?

¿Es legal?

–Hola –susurro, y él se estremece bajo mis labios.

Me envuelve la cintura con los brazos y me arrima hacia él; su tensión y la mía se escurren. Inhala con fuerza y exhala sus dudas y remordimientos sobre mi sien.

–Hola.

Es un hola. Es un saludo. Es una bienvenida; un «Te extrañé».

No nos separamos enseguida. Saboreamos la sensación de los cuerpos tibios fundidos de una forma que me hace temblar las rodillas y vibrar el estómago. Intento memorizar cómo se siente en mis brazos, firme y seguro, el calor y la energía y la química innegable que zumban en el abrazo.

Recién me aparto cuando parece que se me van a caer los dedos de los pies, de tanto apoyarme sobre ellos. Me aliso el vestido y no puedo ocultar la sonrisa diminuta que parece grabada para siempre en mis mejillas.

–Eso estuvo mejor.

–Mucho mejor. –Me devuelve la sonrisa.

–¿Quieres que cenemos esta noche?

Ah, hola, vómito de palabras. Ahí estás.

Retrocedo un paso lentamente, y la cara se me acalora con la audacia de la propuesta.

Los ojos de Dean despiden un destello juguetón, casi malicioso.

–¿Me estás invitando a salir?

–*Diuj*, no. Jamás. –Aparto la vista y frunzo los labios, para luego volver a mirarlo–. Pero ¿quieres?

–Sí.

–Bueno –sonrío.

–Bueno.

Nos quedamos mirándonos, encantados y hechizados, temporalmente mudos, sopesando las repercusiones de mi invitación.

Una cita. Con Dean.

Hemos pasado de ser enemigos mortales a ser dos personas arrojadas juntas a los abismos del infierno. Hemos compartido lágrimas, traumas, palabras de enojo y muchas sesiones de sexo apasionado y tóxico. Lo hemos vivido todo y, sin embargo, jamás hemos tenido una cita.

Algo así de sencillo me llena de chispitas diminutas, como luciérnagas que revolotean por mi corazón. Le sonrío; un poco tímida, un poco nerviosa, un poco coqueta.

–¿Me pasas a buscar a las siete?

Dean asiente con la cabeza y, caminando hacia atrás, me guiña el ojo.

–Nos vemos, Corabelle.

Lo miro darse vuelta y avanzar por la acera una vez más, solo que ahora hay vitalidad en su andar. No vacilación.

Ahora sabe que regresará.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

En mi bañito diminuto, donde estamos apretujadas, Lily acapara mi planchita de pelo. Ella también tiene una cita para la que prepararse… con Lars. El altísimo chico tatuado de la noche de la cervecería, cuando me puse como loca y terminé en la puerta de Dean.

Lo entiendo. Era oscuro y taciturno; un poquito intimidante, quizás, pero Lily no se amedrenta fácil. Creo que formarían una pareja sexy.

–Bueno, entonces, ¿con o sin ropa interior? –pregunta Lily, mientras se pasa el aparato por los cabellos color chocolate.

–¿Planeas ponerte muy traviesa en la primera cita? –arrugo la nariz.

–Tú dime. Me refería a ti.

Le doy una palmada en el hombro y le arrebato la alisadora de la mano.

–Para tu información, planeo tomarme las cosas con calma. No quiero acostarme con él enseguida y que mañana se vuelva a Bloomington para reacomodarse en su nueva vida.

–Ay, por favor –replica Lily, y toma el bolsito de maquillaje y examina su interior–. Terminaron una relación sexual apasionadísima de la noche a la mañana y no se ven hace ocho meses. Imposible que no hagan cochinadas esta noche. La inserción es inevitable.

–¿La inserción es inevitable? A veces me asustas.

–Voto que no lleves ropa interior. –Frunce los labios frente al espejo mientras decide el color de lápiz labial.

–Lo anoto. Gracias. –Niego con la cabeza, mitad irritada, mitad divertida: mi reacción habitual a todo lo que sale de la boca de Lily.

Después me entra un calorcito con la perspectiva de… la inserción.

Maldita sea. Pésima palabra.

Y pésima idea.

Apago la planchita, me esponjo un poco el pelo con las manos y evalúo mi apariencia en el espejo del baño. Llevo un maquillaje natural pero favorecedor, que resalta mi vestido lencero color champán y el leve bronceado que todavía me queda en la piel de los meses más cálidos. Me llevo el dedo al relicario que me cuelga del cuello y una energía nerviosa empieza a treparme por la garganta. Entonces me vuelvo hacia Lily y pregunto:

–¿Es una mala idea?

Mi amiga traba con un clic la tapa del lápiz labial rojo cereza que ha elegido y responde sin titubear:

–Nop. Necesitas tener relaciones, amiga. Estás en un limbo vaginal.

Dios.

–No hablo de sexo, Lily. Me refiero a… pasar tiempo con Dean. Reconectar. –La fulmino con una mirada de advertencia–. No hagas un chiste sobre reconectar partes del cuerpo, por favor.

–Buah. ¿Te piensas que soy tan inmadura? –Me guiña el ojo, luego se pone de frente a mí y me dirige toda su atención–. ¿Quieres franqueza?

–Claro. Sé que te sale bien.

Lily se pasa la lengua por los dientes y apoya la cadera contra el lavabo.

–Creo que ya era hora. Son el uno para el otro, Cora. Y estás muchísimo mejor ahora… Dios, me muero de ganas de ser la madrina de sus adorables bebés algún día.

–Okey, estás yendo un poco rápido –arrugo la frente, pero, a mi pesar, se me escapa una sonrisa–. ¿De verdad te parece eso? ¿Que una historia como la nuestra puede tener final feliz?

–¿Es broma? Una historia como la de ustedes hace que el final feliz sea mucho más dulce.

Sonrío.

Entonces lo imagino: Dean y yo.

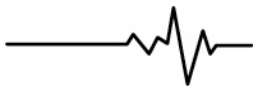
Un futuro.

Cenas románticas, mimos, noches de películas, vacaciones en la playa. Niños. Perros.

Más perros.

Todavía más perros.

Me lo imagino todo; y, por primera vez, lo *veo* en serio.



Suena la puerta principal y las mariposas que tengo en el estómago salen volando.

Lily se fue hace veinte minutos, y he estado sentada en el sofá practicando cómo respirar.

Respirar es bueno. Respirar es importante. Respirar nos mantiene con vida.

Jude y Penny corren hasta delante mientras yo arrastro los pies por el salón en mis tacones, repitiéndome el mantra para mis adentros. Cierro los ojos un instante, para serenarme, y abro la puerta.

Dean se queda helado cuando me ve, y sus ojos me recorren de arriba abajo, despacio y con deliberación. La nuez de Adán se le mueve en la garganta, y los dos nos quedamos mirándonos unos momentos, sin saber bien qué decir.

–Mierda –Dean inspira profundo por fin–. Estás…

Penny sale al porche de un saltito, se pone a darle vueltas a sus dos piernas y a tocarle el tobillo con la pata. Esto parece despabilar a Dean, que se acuclilla para atender a los dos perros. Pero no deja de echarme vistazos a mí, que permanezco en el umbral mordiéndome el labio.

Carraspeo y llamo a los perros para que se retiren, así Dean puede entrar.

–Hola –murmuro con una sonrisa, feliz de haber encontrado la voz–. Parece que te extrañaron.

Él se incorpora y cruza la puerta, con los ojos todavía clavados en mí. Vuelve a tragar saliva y se mete las manos en los bolsillos.

Siento que su mirada abrasadora me quema la piel, así que le doy la espalda y, retorciéndome las manos, voy a buscar mi abrigo.

–Entonces, ¿a dónde querías ir? Yo no tengo preferencia. Hasta podemos ir a El Remo Roto, por los viejos tiempos, aunque estoy…

Se me corta el aliento, posiblemente, de forma indefinida, cuando dos manos tibias, ligeras como plumas, me sujetan la cintura por detrás. Y entonces tengo sus labios sobre mi oreja, el latido de su corazón contra mi espalda, y la proximidad es un recordatorio doloroso de todo lo que me he perdido estos últimos ocho meses.

–Me prometí que me portaría bien esta noche, pero siento que me vas a volver un mentiroso.

La voz grave y rasposa me hace cosquillas al oído, y las mariposas de mi estómago se ponen como locas. De hecho, quizás hayan explotado. Ahora tengo un cementerio de mariposas en el estómago.

Respira. Respira. Respira.

Esos ejercicios respiratorios eran una porquería.

Me obligo a no paralizarme por completo y giro despacio hacia Dean. Él retrocede un paso y me quita las manos de la cintura.

–El Remo Roto me va bien. –Me lanza una sonrisa y un guiño, seguro que para aligerar el ambiente, pero lo único que logra es asesinar más mariposas.

–O… okey. Genial.

Madre mía. Será una noche larga.

O muy corta.

Consigo ponerme el abrigo, demasiado consciente del modo en que me mira Dean mientras me abrocho los botones y busco mi bolso. Tomo una bocanada reparadora de aire y lo conduzco de regreso a la puerta principal, les rasco las orejas a Jude y a Penny, y salimos.

Dean me apoya la mano en la espalda baja y señala al velo oscuro de la noche.

–Mira –y dirige mi atención al vehículo estacionado en la entrada junto al mío–. Recuperé a mi bebé.

Me da un apretoncito en la cadera antes de apartarse, y no puedo evitar preguntarme si sigue hablando del auto. Los ojos se me abren de sorpresa mientras nos acercamos al Camaro negro.

–No puede ser. ¿Es… *el* auto?

–Nah. Estoy seguro de que ese cretino se las arregló para liquidarlo, pero es un reemplazo idéntico.

Voy hasta el asiento del acompañante y me subo, al tiempo que Dean hace lo propio del lado del conductor. El aroma a cuero, nicotina y cedro me inunda los sentidos, y un torrente de recuerdos siniestros me fulmina la garganta como un rayo.

–Es hermoso –susurro con una exhalación, y me abrocho el cinturón de seguridad.

Dean vacila antes de colocar la llave en el arranque. Se le desinflan los hombros y, apretando los labios, gira la cabeza para mirarme.

–El lunes es ocho de noviembre –murmura.

–Sí –asiento con la cabeza, y le sostengo la mirada a través del aire cargado de emoción–. No se me escapa la coincidencia de fechas.

Está por ser nuestro primer aniversario.

Pero no celebramos ni un compromiso, ni un matrimonio, ni ningún hito superficial. Celebramos que sobrevivimos.

Y *voy* a celebrar el lunes. Festejaré despertándome más temprano de lo habitual, mirando el amanecer con mis perros y con una taza de café caliente en la mano, y respirando el aire fresco de noviembre.

Entonces sonreiré.

Porque tengo muchísimos motivos para sonreír.

Dean se estira por encima de la consola central y encierra mi mano en su palma sobre mi regazo. Me acaricia los nudillos y dice:

–Sobrevivimos, carajo.

Una sonrisa se me derrama en la cara; una sonrisa real, ancha, genuina.

–Ya lo creo que sí.

Él espeja el gesto y me suelta la mano, enciende el auto y arranca. Quince minutos más tarde, ingresamos al conocido estacionamiento de El Remo Roto. Los dos nos demoramos y nos quedamos mirando la fachada del edificio, plagada de grupos, fumadores y risas estruendosas. Me mordisqueo el labio mientras

recuerdo mi primera interacción con Earl, contra esa pared. Pienso en la inquietud que sentí en la boca del estómago bajo su mirada lasciva. Rememoro cómo apareció derrapando el auto de Dean y lo veo a él bajando de un salto con un destello de picardía en los ojos; no tenía idea de los horrores que estábamos a punto de enfrentar.

Exhalo un suspiro entrecortado, empieza a darme ansiedad, y entonces Dean me vuelve a tomar la mano. La aprieta con suavidad.

–¿Sabes qué? Tengo una idea mejor.

Veinte minutos después, estamos sentados en la hierba al borde de una barranca, contemplando el lago rodeados de bolsas de comida rápida. Uno al lado del otro, hombro con hombro, devoramos grasosas hamburguesas con queso y patatas fritas, y nos sentimos completamente ridículos, pero más aún liberados.

–Estoy demasiado bien vestida para esta cita, Dean –bromeo, me llevo una patata a la boca y le doy un empujoncito en el hombro con el mío.

Él ojea mis piernas descubiertas, estiradas bajo mi abrigo, y las enciende de calor.

–Yo diría que estás demasiado vestida.

Otro guiño. Otra mariposa muerta.

–No suelo proponer citas tan baratas –continúa Dean con una risita–. Pero me pareció que la ocasión requería de algo… sencillo.

–Es una cita perfecta –le sonrío, y lo digo en serio. Estas son las cosas que no valoraba hace un año: el aire fresco, las ondas del lago, la hierba entre mis dedos, la comida chatarra. Hoy, después de todo lo que he vivido, me resultan preciosas.

La mirada se me pierde en las aguas oscuras, y me abrazo a mí misma cuando sopla una brisa.

–Te doy un dólar si me dices en qué estás pensando –ofrece Dean, y se limpia las manos en los jeans.

–¿Tienes un dólar esta vez? –Lo miro, parpadeando con el recuerdo.

–No.

–No es un intercambio justo –sonrío.

–Un pensamiento por un pensamiento, entonces.

–O una confesión por una confesión…

Dean se reclina sobre los talones de las manos, y el abrigo de cuero se le abre y cae a los costados. Me clava una mirada traviesa; los ojos danzan a la luz de la luna.

–La última vez me metí en muchos problemas.

–Ah, sí –finjo que evoco el recuerdo, pese a que en ningún momento se me fue de la cabeza–. Te enamoraste de mí cuando entré a la clase del profesor Adilman con cara de ciervo asustado, vestida con un blazer morado horrendo, que debo de haber quemado. –Entrecierro los ojos–. Después me demostraste tu amor escondiendo a Terrance, la tarántula, en mi zapato de gimnasia.

–Maldita sea. –Dean no puede contener la risa–. Era un imbécil hecho y derecho, Cora. Perdón.

–Sí, bueno, siento que tuve mis buenas venganzas –suspiro, y me recuesto con el pelo desparramado sobre la hierba.

–Así es. No sé si me divertía más haciéndote bromas o anticipando tus contraataques. –Dean se termina de acostar al lado mío y gira la cabeza en mi dirección. Nos miramos; su expresión es suave y pensativa–. Tú primero.

–Bueno… –Aparto la vista y me pongo a darle vueltas a uno de los botones finitos de mi abrigo entre el pulgar y el índice. El corazón se me acelera cuando volvemos a cruzar miradas, y susurro–: No he estado con nadie más.

–Yo tampoco –responde Dean, estudiándome, sin parpadear.

Arqueo las cejas, sorprendida por la revelación. Estaba segura de que él andaba por ahí disfrutando de la vida de soltero.

–¿De verdad?

–Claro que de verdad –dice él, y se pone de costado para mirarme de lleno, apoyado sobre el codo–. Me importan un carajo las demás mujeres.

–Ah. –Trago saliva y miro hacia arriba, al cielo estrellado. No puedo negar que me inunda una sensación de alivio, a pesar de que nunca habíamos *oficializado* la relación; Dean estaba en todo su derecho de salir y acostarse con otras personas. Los dos podíamos.

Pero no lo hicimos.

Dean prosigue, tumbándose de espaldas otra vez y enlazando las manos detrás de la cabeza.

–Hoy lo vi a Reid. Quería hablar conmigo de algo personal. Algo que él temía que me fuera a enojar.

Sé muy bien de qué quería hablar Reid, pero lo dejo terminar.

–Me contó que empezó a salir con Mandy en mayo. La relación se puso seria bastante rápido y está pensando en pedirle matrimonio, pero antes quería mi visto bueno.

Guau… ¿matrimonio? Sabía que estaban saliendo y que Mandy estaba radiante de felicidad, pero no tenía idea de que la cosa iba tan en serio. Apenas pasaron seis meses; a Dean le llevó catorce años la propuesta. Ni siquiera llegaron a mudarse juntos.

No puedo evitar pensar si esas no serían señales de alerta. Quizás siempre hubo algo de incertidumbre ahí.

–Sabía que estaban juntos –respondo tras tomarme un momento para procesar lo que me ha dicho–. No estaba al tanto de que Reid quisiera casarse. Qué emocionante.

–Sí. Me alegra muchísimo por él. Y por Mandy. Se creía que en serio lo iba a golpear, porque, según él, va en contra del «código de amigos» o alguna estupidez por el estilo.

–Me parece que a esta altura ya estamos todos más allá de los códigos.

–Sí –se ríe él, y me cruza la mirada–. La verdad que sí.

Nos quedamos así acostados un rato, en un silencio cómodo, observando el parpadeo de las estrellas encima nuestro y el baile hipnótico de las ramas de los árboles con el viento. Después hablamos de los ocho meses que han pasado, intercambiamos anécdotas y risas, y de a poco nos vamos arrimando más y más en la hierba. En un momento, mi cabeza termina en el pliegue de su brazo, y me reconforta sentir su voz vibrando a través de mí.

Sin que nos demos cuenta, pasan dos horas volando, y las piernas se me empiezan a congelar con el aire frío. Recogemos las bolsas y los envoltorios, los descartamos en un cesto de basura cercano, y Dean me ofrece un trozo de goma de mascar con nicotina mientras regresamos al auto.

–¿Ya no fumas? –pregunto, y estudio el pedacito de chicle que le quito de la mano.

–Dejé hace unos meses. Ahora solo estoy con esto.

Me la llevo a la boca. Tiene gusto rico, al principio, pero después me produce en la garganta una sensación como si me hubiera tragado un panal de abejas.

–*Diuj*, arde. Qué asco.

Dean se ríe y me abre la puerta del acompañante.

–Pero es un buen ardor. Te dará un pequeño subidón –me guiña el ojo, y cuando estoy acomodada dentro, cierra la puerta.

Maldito sea él y sus guiños. Como si necesitara más subidones.

Cuando estacionamos en mi casa, reaparecen los nervios, y la incertidumbre flota en el aire. Nos lanzamos un vistazo al mismo tiempo, y yo bajo la cabeza, con el labio entre los dientes.

–Te acompaño a la puerta –dice Dean, y ese dejo áspero le vuelve a la voz.

¿Que me acompañas al cuarto, dices?

Niego con la cabeza; sé que no deberíamos. Sé que las suturas de mis heridas se desgarrarán apenas él regrese a Bloomington en la mañana.

Caminamos con parsimonia hasta la puerta principal, haciendo crujir las hojas muertas con los zapatos. Al llegar, nos demoramos en el escalón, mirándonos, y el corazón empieza a golpearme el pecho. La luz del porche ilumina el conflicto de sus ojos y las incógnitas abrumadoras que seguramente se reflejan también en los míos.

Dean lleva la mano a mi cara, me roza el pómulo con el pulgar y me hace inhalar con fuerza.

–¿Y ahora qué hacemos? –me pregunto en voz alta, y froto la mejilla contra su palma.

El gesto parece despertarlo, y se acerca hasta que nuestros cuerpos casi se tocan. Su mirada firme me acaricia el rostro, intenta leerme. Intenta arrancarme las respuestas de los ojos; como si, prestando la atención suficiente, fuera a encontrarlas.

Y lo hará.

Dean baja la mano a mi cuello, los dedos se le enganchan en mi pelo. Se inclina para darme un besito en la frente y, con los labios a centímetros del nacimiento de mi cabello, susurra:

–No estoy seguro, Corabelle. Solo sé que necesito besarte más que respirar.

Las rodillas se me ponen a temblar, y alzo el mentón para verlo a los ojos.

–No suelo besar en la primera cita.

Él me sujeta el cuello con un poco más de firmeza, rodeándome la nuca con los dedos.

–¿Considerarías hacer una excepción? –pregunta, y se arrima despacio, hasta tenerme recostada contra la columna de ladrillo, su pecho presionado contra el mío.

–Podría dejarme persuadir –me humedezco los labios, agradecida por el apoyo que he encontrado detrás.

–¿Sí? –Dean avanza y lleva la boca a mi cuello, aspira mi perfume y deposita besos apasionados por mi mandíbula. El roce de nuestras entrepiernas me extrae un gimoteo de la garganta. Dean suelta un gruñido cerca de mi oreja–. Dime qué hacer.

–Ya lo estás haciendo.

Con la otra mano, me sujeta la cara por debajo y, arqueándome contra el poste de ladrillos, junta nuestras bocas. Yo me aferro a él para estabilizarme, por necesidad, por deseo, y su lengua se abre paso entre mis labios, me invade y me hace gemir. Imagino que nos dominará la avidez y la urgencia, pero Dean conserva la suavidad y la cautela. Su lengua acaricia la mía, sus manos ahuecadas me sostienen la mandíbula con dulzura… con amor.

Dean se despega y apoya la frente sobre la mía.

–¿Entramos? –sugiere con un susurro, y mis dedos se cierran sobre su abrigo de cuero.

Asiento con un ademán, lo tomo de la mano y lo conduzco hasta la puerta, donde, con una mano temblorosa, inserto la llave en la cerradura. Dean está detrás de mí, cerquísima, me aparta el pelo y me besa la curvatura del cuello, y yo trato de no colapsar. La puerta se abre y unos hocicos y colas alegres nos dan la bienvenida cuando cruzamos el umbral; apenas cerramos, nos pegamos de nuevo como dos imanes. Con los labios de Dean contra los míos, me desabrocho el abrigo con dedos trémulos y lo dejo resbalar por mis brazos, que entonces le rodean el cuello. Él retrocede para estudiar mi vestido lencero, que se asemeja a un camisón sexy.

Emite un sonido ronco y posesivo, y baja los dedos para aferrarse al dobladillo de seda.

–La puta madre, Cora… casi me matas cuando te vi con este vestido.

Me come el cuello a besos y yo echo la cabeza hacia atrás, mientras su mano sube por el interior de mi muslo. Abro las piernas por instinto, desesperada por sentir su roce.

–Mmm…

Es todo lo que me sale.

Dean detiene sus movimientos cuando llega a mi entrepierna y suelta un gruñido.

–¿No traes ropa interior?

La mirada traviesa que le lanzo lo hace quitarse los zapatos de dos patadas, arrancarse el abrigo de encima y zambullirse de nuevo en mí. Trato de arrastrarlo para el sofá, pero él me alza y me lleva por el pasillo a mi dormitorio.

–Quiero hacerte el amor en tu cama.

Lo beso mientras nos metemos a la habitación, y aterrizamos con torpeza sobre el colchón con las bocas todavía fusionadas. Solo nos separamos para descartar más prendas, hasta que lo único que queda entre nosotros es mi relicario de oro. Dean lo sostiene entre los dedos un momento y, suspendido sobre mí, deja vagar los ojos hasta los míos, al tiempo que se abre paso la ternura. Yo le paso los dedos por el pelo, con suavidad y delicadeza.

–Gracias por devolvérmelo –le agradezco, y me levanto para besarlo en la boca con dulzura.

Dean me besa la nariz, la frente, con los brazos apoyados a mis costados. Me hace mirarlo a los ojos y afirma:

–Dijiste que no estaba luchando por ti, pero nada más lejos de la verdad.

Casi me atraganto con mi respiración, y con las muñecas unidas detrás de su cuello, trato de atraerlo hacia mí.

Él se resiste, me sostiene la mirada y me acaricia la mejilla con los nudillos.

–Corabelle… *así* estaba luchando por ti. Así luchaba por tu sanación, tu alegría, tu sonrisa, tu risa… tu espíritu quebrado y

hermoso. Nunca dejé de luchar por ti, ni lo haré jamás.

El corazón se me infla, los ojos se me llenan de lágrimas y mi alma se eleva con un aluvión de amor absoluto. Un pequeño sollozo cruza mis labios, y él lo atrapa en un beso. Nos abandonamos el uno al otro, al momento, al tiempo perdido; a la posibilidad de un futuro real. Y cuando se introduce en mí, mientras su boca rocía de besos mi cara, mi cuello, mis pechos… es distinto.

Lo hace con lentitud y constancia. Yo no desvío la mirada. Nuestros cuerpos se mueven acompasados en una certeza perfecta. No hay roces desesperados ni besos teñidos de temor, y no nos aferramos el uno al otro, prendidos con fuerza a la idea de algo más.

Simplemente, somos.

Y quizás siempre hemos sido.

Esa noche Dean me abraza con firmeza; nuestros cuerpos, enredados, relajados y satisfechos de una forma exquisita. Me abraza como un amante. Como mi paladín personal.

Como mi salvador.

Después de todo, me salvó de un asesino serial.

Me salvó de una sobredosis.

Me salvó de mí misma.

Capítulo treinta y cuatro

Dean

Corabelle.

Un único rayo de sol asoma a través de las cortinas de encaje de su habitación e ilumina los reflejos dorados de su pelo. Sigue dormida, más plácida que nunca, y el corazón se me estruja con cada respiración calma. Intento no quedarme mirándola como un acosador, pero estoy hipnotizado con el ascenso y descenso de su pecho, con sus labios entreabiertos y con la manera en que se le agitan las pestañas en sueños.

Estoy muerto de amor por esta mujer y pienso absorber todos y cada uno de los instantes fugaces que pase con ella mientras esté acá.

Tiene las manos metidas debajo de la mejilla y juro que veo una sonrisita arrugándole la boca. No lo puedo evitar: me inclino y le doy un beso tierno en la comisura de los labios. Cora se mueve, acurruca la cara contra las manos y, con el movimiento, el pelo le cae sobre el rostro. Se lo aparto con los dedos, que se demoran un momento hasta que ella abre los ojos.

Le lleva un minuto, pero entonces la sonrisa se le ilumina, cuando el entendimiento y el alivio le llenan los ojos.

–Hola –susurra, con la voz áspera y adormilada.

–Hola. –Mierda que me podría acostumbrar a esto; a despertarme todas las mañanas junto a su mirada somnolienta, teñida de amor, y a sus mejillas sonrosadas–. ¿Qué soñabas? Estabas sonriendo.

Cora se despereza, y la sábana se le cae de la cadera y atrae mi atención.

–Shakespeare.

–Mmm. –Entrecierro los ojos–. ¿Es una palabra clave para referirte a todas las formas nuevas en que usé mi lengua anoche?

Ella se sonroja y hunde la cara en la almohada, riéndose. La acerco a mí hasta tener su nariz presionada contra mi pecho y su cabeza justo debajo de mi barbilla. Entonces le susurro sobre el pelo:

–¿A un día de verano compararte?

–¿Conoces a Shakespeare? –Cora levanta la cabeza, sonriente.

–No personalmente. Pero sí conozco a una profesora de inglés muy sexy que lo cita bastante.

La sonrisa se le ensancha y me da un besito en el mentón.

–Solía pensar que eras tonto, ¿sabes?

–Sí. –Me río mientras le recorro el brazo con la mano y la llevo hasta su cadera–. Te enardecías cuando yo hacía de cuenta que no sabía algo. Era muy tierno.

–Eras el peor.

–Incorregible.

Cora suelta una risita y me envuelve el muslo con una pierna, con un destello en los ojos.

–Deberíamos hacer el amor. Después, ir a pasear a los perros un buen rato, volver, preparar el desayuno y meternos de vuelta debajo de las sábanas, hasta que tengas que irte.

Suena todo fantástico; menos la última parte. La idea de regresar al silencio espeluznante de mi monoambiente en Bloomington, solo, con el olor de Cora Lawson en el cuerpo, me resulta inconcebible. Pero entiendo que, en este momento, no hay manera de eludirlo. Y no me arrepiento para nada de la decisión que tomé hace ocho meses al aceptar el traslado, mudarme y distanciarme de la mujer que lo necesitaba con desesperación.

Fue durísimo.

Fue lo más duro que tuve que hacer en mi vida. Más que todo lo que atravesamos durante aquellos veinte días fatídicos en el sótano de un loco, porque fue elegido. Fue mi elección. Y tenía el poder de decir «a la mierda», ser débil y quedarme, y hubiera sido facilísimo hacerlo. *Quería* hacer eso.

Pero lo único que deseaba más era verla sonreír.

Quería verla radiante, próspera y viviendo su vida de verdad.

Quería verla así, como está hoy, feliz, sanando y aprendiendo a amarse de nuevo.

Así que todo valió la pena; solo que no sé qué diablos nos deparará el futuro.

Trago saliva, intento que las incógnitas no arruinen esta mañana llena de dicha. La última vez que nos despertamos juntos terminó siendo el peor día de mi vida.

Tomo su brazo, que está enlazado en mi cuello, y tironeo un poquito para abajo, con la palma para arriba. Contemplo el pequeño tatuaje delineado en su muñeca y acaricio con el pulgar el dibujito del latido. Tiene la piel suave y ligeramente arrugada por las cicatrices diminutas que yacen bajo el diseño, un recordatorio permanente de su pasado. Le masajeo el lugar donde palpita su pulso igual que lo hacía cuando ese era el único consuelo que podía darle.

Cora inhala una bocanada rápida de aire, y los ojos se le cierran al tiempo que deja que la inunden las emociones. Los recuerdos. Los *flashbacks*. Los pensamientos y las sensaciones. Cuando abre los ojos, nublados y vidriosos, me acerco su muñeca a los labios y esparzo besos tiernos a lo largo de su vena.

Ella suelta un suspiro de satisfacción y dice:

–Te amo.

Llevo ocho putos meses de tortura reproduciendo esas dos palabras una y otra vez en la cabeza, preguntándome si volvería a oírlas algún día.

Nada le gana a oírlas en la realidad.

La abrazo fuerte, aspiro su pelo de narcisos y su piel hecha de cítricos, donde todavía permanecen los restos de nuestro encuentro.

–Te amo tanto, Corabelle. He pensado en ti todos los malditos días desde que me fui, anhelando tus besos, tu roce, el aroma de tu pelo. Te tuve siempre en la cabeza. Me volvía loco pensando en que no sabía si estabas bien, o si me habías superado y estabas con otro. Ha sido un infierno. –Le beso la frente y, titubeante, me aparto–. Pero volver a ver ese brillo en tus ojos es *todo*. E incluso si

me hubieras superado y hubieras hallado la felicidad con otro tipo… habría sido una mierda, pero igual habría valido la pena verte así.

Cora me toca la mejilla con la punta de los dedos y los baja por la barba incipiente que me recubre la mandíbula.

–Yo también he pensado en ti. Todos los días. Todas las noches. Sueño que estamos en el océano, a veces, escuchando el arrullo de las olas, sintiendo el rocío del agua en la cara. –Me besa los labios, me ciñe con la pierna y la engancha en mi cintura–. Es mi lugar feliz.

Sonrío contra su boca.

–Mi lugar feliz es donde sea que estés tú. Y quiero que esto funcione, Cora. Basta de ocultarnos, basta de contenernos. Esperaré a que vuelva a liberarse algún puesto acá y me postularé para el traslado. Tal vez demore algunos meses… quizás un año. Pero pasaré cada puto fin de semana contigo hasta que regrese para quedarme.

Las lágrimas le asoman en los ojos verdes, y los labios se le entreabren con fascinación.

–¿Vas a volver?

–Si quieres que vuelva. Si quieres esto como lo quiero yo.

–Lo quiero, Dean –asiente ella rápidamente–. Te quiero *a ti*. Quiero todo lo que me dije a mí misma que no merecía.

–Te mereces todo, Corabelle, y me pasaré la vida entera dándotelo.

Ella me besa otra vez, y otra y otra.

–Hablaré con Mandy esta semana. Quizás la situación sea tensa al principio… puede que sea raro, todavía. Pero nuestra relación está mucho mejor, y ella siguió con su vida y está loca de felicidad con Reid, y va a estar todo bien, lo sé. Mis padres te siguen adorando. –Cora se arrima todavía más a mí, con lágrimas cayéndole por las mejillas–. Sé que podemos hacerlo.

Sonrío; el corazón no para de darme vuelcos en el pecho. La envuelvo en mis brazos y le susurro al cuello:

–Escapamos de un asesino serial, Cora. Podemos lograr cualquier cosa.

Ella atrae mi cara a la suya y me roba un beso que tiene un sabor algo distinto a los demás.

Tiene sabor a nuevo comienzo.

Cuando terminamos de hacer el amor esa mañana y nos quedamos recostados disfrutando del placer posterior, me queda una pregunta por hacerle. Encuentro sus ojos, ebrio de felicidad, y me enrollo un mechón de su pelo suave en el dedo, mientras ella me mira en la cama.

–¿Sigues siendo mía?

Cora no lo duda. Me toma la mano y la coloca sobre su corazón.

–Sigue latiendo –dice. La cara se le ilumina con una sonrisa radiante que es idéntica a como se siente su latido–. Mientras siga latiendo, soy tuya.

EPÍLOGO

Cora

–¡Llegaron la tía Mandy y el tío Reid!

Aiden y Brooklyn salen corriendo hacia la puerta principal, con los perros atrás. Frenética, trato de cerrar la maleta, me siento encima, doy saltitos arriba, y Dean se me acerca con parsimonia mientras se pone una camiseta.

–Mierda, Cora. Empacaste para el fin de los días.

–Bueno… –Saltito–…sabes que me gusta…–Tironeo–…estar preparada.

–¿Para el apocalipsis?

–Para unas vacaciones con dos niños. –Saltito–. Quién sabe cuántas mudas de ropa necesitaremos, y metí la mejor cámara porque, ya sabes, recuerdos, y después, los libros ocupan muchísimo espacio.

–¿Cuántos libros estás llevando?

–Cinco.

–Dios mío…

–Es una saga, Dean –resoplo.

Dean suelta una risita y, bajándome de la maleta con un empujoncito, me libra de mi dificultad. Apoya la palma sobre la tapa, presiona y consigue cerrar la cremallera en el primer intento.

Me lanzo el pelo hacia atrás y frunzo los labios.

–Eso fue un poco sexy.

–Solo a ti te calienta verme cerrando una maleta –me guiña el ojo.

–Más te vale –bromeo con los ojos entrecerrados.

Nos vamos a acercar para darnos un beso cuando Mandy y Reid entran arrastrando los pies, con cuatro perros pegados.

–Perdón por llegar tarde –se disculpa Mandy, le hace upa a Penny Lane y la llena de besos en el hocico–. ¿Están listas las bestias?

Sentados, Jude, Lucy y Rigby esperan pacientemente, agitando la cola, a que mi hermana baje a Penny y la coloque entre ellos. Mandy es la cuidadora residente. Ella y su marido, Reid, se llevan a los animales a su casa una vez por año, cuando nos tomamos nuestras vacaciones anuales.

Mandy y Reid están casados hace ya siete años. Reid le propuso matrimonio en Nochevieja, justo un mes después de su charla con Dean, y dieron el «sí» un año más tarde. Por fin pude ser la madrina de boda de mi hermana, con Dean como padrino de Reid, y hubo un sinfín de lágrimas, alegrías, perdones y cierres de ciclos. Después, Mandy y Reid vinieron a *nuestra* boda seis meses más tarde, y todos lloramos un poco más.

–Parece que están listas, sí –sonrío, busco las correas que cuelgan de la pared y me doy vuelta para buscar a los niños–. Hablando de bestias, ¿adónde se fueron Aiden y Brooklyn?

Dean se nos acerca, le da un abrazo rápido a Mandy y le choca el puño a Reid por encima del hombro de ella.

–Están en la cocina buscando refrigerios.

–¡Ma!

El sonido de mi nombre me arrastra a la cocina de nuestra casa de dos pisos, y encuentro a los dos niños rodeando la isla con tazas calientes de café en las manos temblorosas. Uf.

Aiden, nuestro hijo de seis años, alza la taza y el líquido caliente se salpica por los bordes.

–Te preparamos el café. Ya son más de las ocho, y sé cómo te pones.

Bueno.

Equivocado no está.

Intento no entrar en pánico con el tostado oscuro que se filtra por mis suelos de madera y acepto el ofrecimiento.

–Qué considerado de su parte. Pero está muy caliente, así que la próxima pídeme a mí o a tu papá.

Nuestra hija de cinco años, Brooklyn, apoya la taza en la mesa.

–¡Acá está el tuyo, pa!

Dean se aparta de la conversación futbolística con Reid y se nos une, me guiña el ojo y toma su taza.

–Gracias, princesa. Qué servicio.

Los dos le damos un sorbo a nuestros cafés.

Después, en simultáneo, lo escupimos.

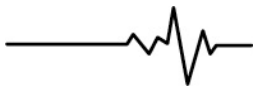
Para todos lados.

A mí me dan arcadas, Dean se limpia la camiseta. Los dos nos lanzamos miradas acusatorias, con los ojos rebosantes de culpa, pero entonces los dos niños estallan en carcajadas histéricas.

–¡Cayeron! –gritan, doblados de risa.

Dean y yo cruzamos otra mirada. Las bocas se nos curvan en dos sonrisas, que se ensanchan y se iluminan al tiempo que vamos cayendo en que hemos criado dos pequeños bromistas astutos, muy parecidos a nosotros. Entonces corremos al fregadero y nos ponemos a limpiarnos el café salado de la lengua con toallas de papel y enormes tragos de agua.

Me pregunto si Mandy y Reid tendrían problema en cuidar dos bestias extra.



–¿Podremos llevarle algunas caracolas a la abu Asher?

Brooklyn se me acerca brincando por la orilla, con los brazos llenos de delicados caracoles marinos.

De camino al aeropuerto, hicimos una parada rápida en la residencia geriátrica para visitar a la madre de Dean y entregarle algunas obras de arte que habían preparado los niños. Aiden y Brooklyn adoran pasar tiempo con Holly, a pesar la pérdida de memoria de ella. Ahora su puerta está completamente cubierta de cartulinas, artesanías y notitas cariñosas elaboradas por sus nietos. Pasamos varias horas con ella un par de veces por mes, cantando y contando historias. Holly tiene algún que otro momento de claridad, más últimamente, y sobre todo cuando cantamos.

Sabe toda la letra de «Hey Jude», y me pregunto si la canción no la ayudará a lidiar con la oscuridad, como era mi caso.

Le sonrío a mi hija y asiento con la cabeza.

–Me parece una idea fantástica. Le fascinarán. Recoge algunas para el abuelo y la abuela Lawson, también.

–¡Sí! A la abuela le encantan. Podemos armar collares.

Se aleja correteando para unirse a su hermano en la arena, y la brisa le hace flotar el pelo cobrizo.

La escena me deja hechizada, soñando despierta, contemplando cómo mis dos bebés llenan cubetas de arena sobre las toallas de playa desparramadas. Y entonces siento que los brazos de él me rodean la cintura, y mete apenitas los dedos en la parte inferior de mi bikini. Me derrito, mi espalda contra su pecho, y su barbilla que encuentra la curvatura de mi hombro. Nos quedamos así de pie un buen rato, absorbiendo ambos cómo se siente el otro, rememorando, cien por ciento presentes en este momento de dicha.

Abrazada por él, me doy vuelta y le rozo el pecho desnudo con la punta de los dedos. De solo verlo, sin camiseta, esbelto, todo abdominales y hombros anchos, me quedo embelesada, balanceándome sobre mis pies.

Dean inclina la cabeza y besa la mía.

–Otra vez me estás mirando así –me susurra en el pelo.

–¿Así cómo? –Mis brazos se enroscan sobre su centro y se aferran.

–Como que te estás volviendo a enamorar de mí.

Sonrío con la cara en su pecho y le doy besos suaves en su piel bañada de mar, mientras sus manos bajan audaces por mis caderas.

Es una forma de mirar que conoce muy bien.

Dean me toma la mano y me tironea hacia el agua.

–¿Lista?

El corazón me baila en el pecho, los nervios me cosquillean. Lo sigo hasta la orilla del mar, donde el agua toca la arena, y ralentizamos el paso mientras contemplamos las olas que rugen.

Es ocho de noviembre.

Todos los años, en esta fecha, venimos al océano. Todavía recuerdo nuestro primer viaje juntos, un año después de haber oficializado la relación. Finalmente, Dean logró asegurarse un

traslado laboral de regreso a su sede original del sindicato, tras once meses de agonía y espera en los que solo nos veíamos los fines de semana. Pero lo único que consiguió la distancia fue fortalecernos y convencernos de nuestro futuro.

Tres semanas después de mudarnos juntos, nos subimos a un avión y fuimos a Santa Monica para que yo pudiera por fin meter los pies en el mar. Fue un momento emotivo, mucho más potente porque Dean estaba a mi lado. Corrimos hacia las olas tomados de la mano, acompañándonos, y grité cuando el agua fría me engulló.

Y después me quebré.

Colapsé contra su pecho, abrumada por su fuerza, por su *belleza*; por la realidad de haber vencido, al fin, un miedo de toda la vida. Y, mientras sollozaba en sus brazos, temblando de frío y de la pura intensidad, Dean se arrodilló y me propuso matrimonio. Ahí, en mitad del océano, mientras yo lloraba sin consuelo, las lágrimas se fundían con el agua y las crestas de las olas se llevaban para siempre los muertos de mi clóset, que desaparecían en el fondo del mar.

Salté a sus brazos, le envolví la cintura con las piernas y le chillé al cuello que sí una y otra y otra vez, aferrada a él mientras las olas trataban de derribarnos.

Nos sostuvimos con firmeza, resistimos cada arremetida y nos mantuvimos en pie como hacemos siempre.

Como haremos siempre.

Dean y yo respiramos hondo, la mirada fija en el horizonte, donde se está poniendo el sol. Y entonces sus nudillos acarician los míos como un beso ligero, un roce cómplice, una promesa. Entrelaza los dedos con los míos. Nos quedamos ahí de pie, de la mano, como hicimos hace tantos años cuando esperábamos que nos rescataran, sin saber bien qué nos depararía el futuro.

Lo miro y me impregno de la sonrisa que le ilumina la cara, con sus ojos en los míos. Él me aprieta la mano y me guiña el ojo, su gesto característico.

–Feliz aniversario, Corabelle.

–Feliz aniversario –le respondo en un susurro; las lágrimas ya amenazan con derramarse.

Me llevo la mano libre a mi relicario y sujeto el dije de corazón entre los dedos, mientras me aferro a mi marido con la otra.

Y, a la cuenta de tres, nos metemos corriendo al mar, las lágrimas se mezclan con la risa, el amor crece más que la marea, y saltamos al agua.

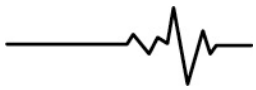
Juntos.

NOTA DE LA AUTORA

¡Muchísimas gracias por leer mi novela de *dark romance*, *Sigue latiendo*!

Este libro fue un trabajo ENORME que hice por placer, y me despertó muchas emociones. Postergué la escritura de esta historia durante mucho tiempo, e incluso tenía planeado publicarla bajo un seudónimo, por el contenido tabú que había al principio. Tampoco anticipaba que fuera más que una novela corta erótica. Después le puse un poquito de dedicación, y un poquito más, y de pronto empezó a desarrollarse esta historia de amor trágica y hermosa. Les envié algunos capítulos a mis lectores beta de confianza, que me rogaron que la publicara bajo mi nombre real. Me alegro mucho de haberlo hecho.

Cora y Dean escribieron esta historia por mí, y espero que hayas disfrutado de la aventura.



Si estás teniendo o conoces a alguien que tiene pensamientos suicidas, por favor, pide ayuda. Tu entorno te quiere y te ama.

Si has sido o conoces a alguien que haya sido víctima de violación o abuso sexual, por favor, solicita asistencia. No estás sola, no estás solo.

AGRADECIMIENTOS

Primero y principal, tengo que hacerle llegar mi amor y gratitud eternos a mi increíble marido, Jake. Les aseguro que este libro no existiría si no fuera por él. Básicamente, me arrastré a un agujero negro de oscuridad y estuve ahí durante treinta y tres días corridos, dedicándole todo mi tiempo a terminar este libro. Tenemos tres hijos, así que mi esposo se puso el disfraz de Superpapá y se hizo cargo de la casa mientras yo le daba vida a esta historia.

Gracias, esposo querido, por tu apoyo incondicional y el papel que jugaste para que mis sueños se hicieran realidad. Eres mi sostén, mi inspiración y mi guía.

Y mi salvador.

Quizás no me hayas salvado de un asesino serial, pero sí de una vida de dormirme en los laureles. Gracias por creer en mí y en mis sueños de escritora antes que yo. 🖤

Mil gracias a mis primeras lectoras beta, que leyeron esta historia mientras la escribía: Amanda Jesse, Rachel Wanland, Vanessa Sheets y Lyndsey Farrar. Ustedes, señoritas, fueron una contribución esencial a este libro, de muchas maneras. Me mantuvieron enfocada y en el camino correcto. Me mantuvieron inspirada. Me animaron a salir de mi zona de confort y no contenerme. Alentaron a estos personajes igual que yo. Me convencieron de apropiarme de estas palabras y publicar el libro con mi nombre real. Estaré en deuda con ustedes por siempre.

Gracias a todas mis otras lectoras beta que me hicieron devoluciones y sugerencias, y me brindaron amor y palabras amables: E. R. Whyte (tus notitas me hacían sonreír), Nicole Marie, Stephanie Goodrich, Emily Gutzmann, Gisell Butler, Ashley Marie Santorius, Amber Pardue, Megan Lick, Nicole Vaughn, Autumn Black

y Ali Herlihy. Y gracias a quienes leyeron las copias anticipadas, por las fantásticas reseñas que escribieron y me hicieron sollozar en mi taza de café.

Gracias al grupo magnífico de reinas que integra mi club de lectura, por alentarme en mi camino de escritora y en la vida en general. Adoro a mi colectivo de mujeres inspiradoras. Siempre me hacen reír, me levantan el ánimo y me mantienen enfocada, chicas.

Gracias a mis maravillosos hijos y familia por impulsarme siempre, y por ser mis más grandes fanáticos. Los amo.

Todo es mejor en comunidad, y estoy muy agradecida por la mía.

Índice

Primera parte. El casamentero. Cora
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce

Parte dos. Lazos que unen. Dean
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintiuno
- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés

Parte tres. Olas. Cora
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor



vera.romantica

Hartmann, Jennifer

Mientras siga latiendo / Jennifer Hartmann. - 1ª ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2026.
Libro digital, EPUB

Traducción de: Franco Monterroso
Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-658-8

1. Novelas Románticas. I. Monterroso, Franco, trad.
II. Título.
CDD A860

Título original: *Still beating*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Susana Estevez y Florencia Cardoso
Traducción: Franco Monterroso
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Arte de tapa: Cat at TRC Designs
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2020, Jennifer Hartmann
© 2026, V&R Editoras
www.vreditoras.com

Esta obra se publica en virtud de un acuerdo con The Seymour Agency.

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: marzo de 2026

ISBN 978-631-300-658-8

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Jennifer Hartmann
Portada
Epígrafe
Primera parte. El casamentero. Cora
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once
- Capítulo doce

Parte dos. Lazos que unen. Dean
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintiuno
- Capítulo veintidós
- Capítulo veintitrés

Parte tres. Olas. Cora
- Capítulo veinticuatro
- Capítulo veinticinco
- Capítulo veintiséis
- Capítulo veintisiete
- Capítulo veintiocho
- Capítulo veintinueve
- Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta